Gabri Ródenas

EL BÚNKER DE NOÉ

«Gabri Ródenas publicó una novela.
La noticia corrió por las redes sociales y fue toda una experiencia»
EL PAÍS.

«Gabri Ródenas, el escritor *Hacker*»
Revista *QUÉ LEER*.

B

El búnker de Noé

Una novela de

Gabri Ródenas

1

No tengo del todo claro si alguna vez alguien escuchará estas notas. Y, en caso de que así sea, no consigo imaginar qué tipo de persona será quien lo haga. Si algo me impulsa a grabar esto es la esperanza de que nadie encuentre pronto el *mp3* (pues lo destruiría de inmediato), pero sí que el contenido salga a la luz algún día, dentro de varias generaciones. Cuando todos los que directa o indirectamente contribuyeron a hundir el mundo en la miseria en que presumiblemente se sumirá hayan desaparecido. Deseo que todos los testigos del cambio ya no estén cuando alguien descubra esta grabación. Mi propósito es que los hombres y mujeres del futuro sepan cómo era el mundo, su mundo, antes de que ellos y ellas nacieran. Probablemente todos los libros de historia, todas las imágenes, cualquier tipo de documento que permita la reconstrucción del pasado, sean destruidos. Solo quedarán manuales técnicos: cómo hacer más bombas, cómo no morir a causa de enfermedades antiguas y cómo proceder para hacer frente a las que, inevitablemente, surgirán de forma novedosa; cómo sintetizar medicinas y carburantes; cómo fabricar ordenadores y teléfonos... En fin, tan solo algunos libros que impidan la desaparición del recién nacido Nuevo Hombre, o lo que es lo mismo, que garanticen la continuidad del grupo de los elegidos y que aseguren que su estancia en el planeta sea lo más cómoda y viable posible.

Así pues, trataré de relatar todo desde el principio. Aunque ya no tenga la menor importancia, intentaré guardar las formas y me presentaré. Me llamo León Poiccard (mi padre era francés, yo no) y hasta hace relativamente poco trabajaba en la sección de deportes del *Vientos de cambio*, para ser francos un diario de segunda o tercera. Por supuesto que jamás pensé que terminaría allí. De hecho, nunca me habían interesado los deportes. Pero así es la vida. Yo quería ser escritor. Supongo que no tengo el talento suficiente, de modo que tuve que contentarme con redactar crónicas de los eventos deportivos más destacados. Tal vez «redactar» no sea el término más adecuado, ya que,

como es por todos bien sabido, a los periódicos como el *Vientos de cambio* la mayor parte de las noticias les llegan a través de agencias que proporcionan paquetes de información a rotativos modestos. Así que mi tarea consistía sobre todo en retocar estilísticamente lo que nos enviaban. Intenté ser creativo en ese terreno, mas me temo que tampoco lo logré. «El corredor X parecía que iba a romper la barrera del sonido» o «Deconstrucción/reconstrucción del viento hecho añicos por el balón disparado por Y» eran giros que no convencían a mi jefe de sección. Ahora que lo pienso, y les aseguro que menudo momento para pensar en estas cosas, advierto que no eran demasiado buenos. No era precisamente Gay Talese. Y hasta aquí lo referente a mi vida personal.

La historia que quiero contarles, y permítame el incierto oyente que adopte un cierto estilo literario, comenzó, como casi todas las cosas importantes, con un error. Como ya he dicho, una agencia nos enviaba paquetes de información diversa. Recibí vía mail el bloque correspondiente a los contenidos deportivos y procedí a su lectura. Nada fuera de lo habitual, hasta que algo que no parecía gran cosa me llamó la atención. Entre dos noticias relacionadas una de ellas con no recuerdo qué partido de fútbol y otro refrito sobre juegos olímpicos, encontré un lacónico mensaje en inglés «Niels Oppenheimer is in». «Niels Oppenheimer está dentro» fue como lo traduje en ese momento, si bien más tarde descubriría el verdadero significado. Probablemente todo hubiese quedado en una mera anécdota de no ser por mi naturaleza curiosa. El apellido Oppenheimer me resultaba familiar, pero no conseguía ubicarlo debidamente, por lo cual introduje el nombre en un buscador de Internet. Claro, cómo olvidarlo, se trataba de uno de los padres de la bomba atómica. No Niels Oppenheimer, sino Julius Robert Oppenheimer. Supuse que el tal Niels sería su hijo, algún familiar u otro Oppenheimer digno de figurar en la correspondencia interna del *Vientos de cambio*, pero me equivoqué. También por curiosidad introduje «Niels Oppenheimer» en el buscador. Muy poca información: la mención de un artículo sobre física nuclear y un par de simposios en Armenia. Estaba claro que ese otro Oppenheimer no gozaba del mismo número de referencias en la Red que Julius Robert.

Hacía demasiado calor en la redacción, de eso estoy seguro. No tenía mucho que hacer (lo cierto es que nunca tenía mucho que hacer) y, además, ese día, lo recuerdo

perfectamente, me dolía bastante la cabeza. Quizá por ello, dejé las notas para luego y me permití el lujo de comprobar el remitente del email. Me lo había reenviado el redactor jefe. A él a su vez se lo habría enviado alguien de la agencia. Unas siglas, arroba y el nombre de la agencia punto com. Un personaje anónimo para mí.

Una compañera pasó por delante de mi mesa y me preguntó si la acompañaba a tomar un café. Miré el reloj. Media mañana. «Por supuesto», le dije. Por norma general nunca rechazo una invitación de ese tipo, ya que supone una combinación a la que no me puedo resistir: café y mujer, en ese orden. Si además, como era el caso, la mujer es decididamente hermosa, entonces no había escapatoria.

Maribel acababa de separarse de su esposo y, a diferencia de otras personas en su situación, no había perdido el juicio ni la dignidad y no había optado por paliativos y consuelos que no estimo necesario mencionar aquí puesto que cualquiera puede imaginarlos. No había tenido hijos, lo que, considerando a su ex-marido, era una gran suerte. Estar vinculada de por vida a un individuo así debía ser un suplicio.

Conocí a ese hombre una noche. Varios compañeros de trabajo con sus respectivas parejas o, como en mi caso, acompañantes, salimos a cenar. Maribel iba con el tal Lucho, que era como se autodenominaba. Me pareció un nombre bastante estúpido, seguramente porque me recordaba a otra persona decididamente antipática que durante el transcurso de una conversación había mencionado ese nombre, refiriéndose a otro Lucho. Ya se sabe, la vieja asociación libre hace a inocentes culpables y a culpables inocentes. El por entonces marido de mi compañera vestía con cierta clase, muy informal pero con estilo. Si la memoria no me falla —algo que no me extrañaría en estos momentos— llevaba una camisa blanca de algodón muy bien planchada y desabotonada un botón más de lo habitual, lo que permitía lucir un torso moreno y ejercitado en el gimnasio, vaqueros desgastados y chaqueta americana azul marino ligeramente entallada. Aunque mi orientación sexual está bastante definida y no menos testada, reconozco que me gusta fijarme en los otros ejemplares de mi mismo género cuando estimo que se puede aprender algo de ellos. Soy honesto también en ese sentido, sé tolerar la presencia de un rival de altura —no es que éste fuese el caso— e incluso disfrutar de un pulso entre seductores.

Lucho era un arquitecto más bien mediocre pero muy bien relacionado debido a su innegable atractivo personal. Como pude comprobar en breve, también era un mujeriego. A mí me acompañaba una vieja amiga, una galerista de arte de singular belleza e inteligencia (¿será por eso que la cosa nunca pasó de unos cuantos escarceos sexuales cada vez más intermitentes?). El arquitecto, en cuya defensa debo decir que tuvo el buen gusto de admitir que se sentía fascinado por los prototipos de Hundertwasser, no tardó en advertir estas cualidades de mi acompañante y, mientras vaciábamos nuestras vejigas al unísono, me preguntó si llevábamos mucho tiempo casados. Para un viejo perro como yo, el elemento tanteador de la pregunta no pasó desapercibido. «¿Cómo puedes ser tan tosco, Luchito?», me pregunté.

—El mes que viene hará veinticinco años, bodas de plata —contesté y sonreí.

Lucho sonrió también. Sabía perfectamente que le había desmontado pues era ostensible que, de ser así, nuestras nupcias tendrían que haber tenido lugar en nuestra más tierna infancia. *Touché*. Siempre me gusta jugar al primer toque, un *crochet* entre el tabique nasal y el ojo, como solía decir mi hermano.

—Es una mujer bella e inteligente. Te felicito.

Al menos tuvo el detalle de saber perder y no insistir en el tema. «Pobre Maribel —pensé en ese momento— tan hermosa y fiel» (los amigos sabemos esas cosas).

—Bueno, ya sabes que más de tres meneos es… —dije al marcharme de los aseos.

Reconozco que fue una vulgaridad pero, ya que se había interesado tanto por mi recién proclamada esposa, estimé que teníamos la confianza suficiente. Ya se sabe, entre hombres, esas cosas unen. Pobre Maribel.

Odio esos cafés de máquina, o mejor debería decir esos sucedáneos de café. Maribel me dijo que esa noche había quedado con unos amigos y que si me apetecía pasar estaba invitado.

—Tengo una cita, lo siento. —La verdad es que no tenía ninguna, si bien eso es algo que una mujer no siempre tiene por qué saber.

—Eres incorregible —me respondió.

—Creo que necesito una mujer como tú —bromeé.

—Pues no creas que te vendría mal.

—Ahhh, si no he tratado de seducirte en estos momentos en que te encuentras tan vulnerable se debe no solo a mi caballerosidad, sino también a la profunda amistad que nos une. No quiero estropearla, sería incapaz —dije esto mientras la agarraba cariñosamente por el talle. Ella me apartó burlonamente y me contestó:

—¿Quién ha dicho que sea vulnerable, señor Bond?

—Nunca cambiarás, Moneypenny —contesté y volví a mi mesa.

De nuevo el dolor de cabeza. Miré la pantalla y de nuevo mi mente viajó al otro lado. Traté de imaginar quién habría enviado ese mail. ¿Tal vez alguna mujer hermosa, como mi amiga y compañera de trabajo Moneypenny, digo, Maribel Salgado? No sé por qué cometí aquella estupidez. Tomé la dirección del remitente original y le envié un mensaje: «¿Quién es Niels Oppenheimer y qué hace en la sección de deportes?». Después me quedé mirando tontamente la pantalla. A partir de ahí la cosa fue precipitándose de manera vertiginosa. Algo de lo cual yo comenzaría a darme cuenta al día siguiente.

Mientras me dirigía a casa pensé por alguna razón en aquel mensaje, seguramente porque tenía bastante poco en lo que pensar. No me sonaba esa empresa. Al menos no era la que habitualmente nos distribuía la información. De haberlo recibido separado del cuerpo del correo, lo habría considerado un estúpido *spam* y lo habría borrado sin leerlo. Rápidamente mi pensamiento voló hacia Maribel. Ya sé que un hombre jamás debe dar a entender que está siempre a disposición de una mujer, y menos aceptar una invitación en su terreno. Daría la impresión de que no tenía mucho que hacer, de que su círculo de amigos debía ser reducido y de que, en cierto modo, se hallaba ávido de obedecer. De forma que la declinación de la invitación era estratégicamente incuestionable. Pero, por otra parte, lo cierto es que me apetecía verla. Ella pensaba que yo era una especie de seductor irresistible, algo no del todo cierto. Desde luego que tenía mis momentos y ocasionalmente podía dejarme ver con alguna mujer espectacular, si bien la realidad de mis días era que solía pasarlos solo. Se habría sorprendido de saber

cómo era su «seductor» cuando llegaba a casa y se despojaba de la máscara. La cotidianeidad es siempre vulgar: ir al supermercado, cocinar para uno, hacer la colada, barrer la casa y —en el caso de algunos— ponerse el pijama y ver la tele cuando cae la noche. Yo jamás he tenido un pijama, eso quiero dejarlo bien claro.

Esa noche ella estaría rodeada de amigos, de risas, de un poco de buen vino y, quién sabe, tal vez de un mucho de mal sexo. Yo en cambio cogería un libro (¿qué estaba leyendo en aquel momento?), me serviría una copa de vino y me fumaría unos cuantos cigarrillos. Plan que puede parecer ideal, pero del cual uno acaba cansándose. No obstante, lo que más me dolía es que todo eso que podría parecer de haber aceptado la invitación era absolutamente cierto: no tenía mucho que hacer y mi círculo de amigos era bastante reducido. Ganas de obedecer no tenía. Eso es algo que jamás me ha sucedido. Así me luce el pelo. De modo que, para no perder la costumbre, cogí ese libro cuyo nombre no recuerdo, me bebí media botella de vino y me fumé más de medio paquete de cigarrillos.

A la mañana siguiente pregunté a Maribel por la fiesta.

—Lo pasamos bien —me dijo—. Podrías haber conocido a mi amiga Ana. Seguro que te habría gustado.

—Quizá en otra ocasión me la presentes. Y tú, ¿qué tal? ¿Algún buen chico para ti? —No debería haber preguntado aquello. Error de principiante. Maldita sea, esa mujer estaba empezando a gustarme de veras. Ella se rio.

—¿Estás celoso, *mon ami*?

—No. Lo que pasa es que no me gusta que nadie se pasee por mi harén. —Yo también sonreí.

—¿Tu harén? Cada día estás peor.

—Será que necesito una mujer. Una mujer como tú. —*Merde*! Otra vez lo había dicho.

Ella meneó la cabeza sonriendo y se dirigió a su mesa. Me dispuse a abrir el correo. Otro bloque de noticias basura, pero ninguna respuesta de esa empresa desconocida —

concretamente bunk.com—. Supuse que habrían pasado. Me levanté de la silla y fui directo al despacho de mi jefe, el bueno de… de mi jefe.

—Oye, ¿te suena a ti que bunk.com nos proporcione noticias?

—¿Bunk.com? ¿Qué es eso? No me suena de nada.

—Pues en el paquete que me pasaste ayer se coló un mensaje de A.E@bunk.com.

—Chico, pues no sé qué decirte. ¿No se trataba de un *spam*?

—No, no. El cortafuegos lo habría detectado. —Era evidente que mi jefe sabía tan poco de informática como yo.

—Podemos comentárselo a los del departamento de informática. Pero, vamos, ¿se trataba de algo importante? ¿Qué ponía?

—Debe tratarse de una tontería. Ponía: «Niels Oppenheimer is in». —Mi jefe arqueó las cejas desconcertado.

—Un anuncio de Viagra, seguro. No molestes a los chicos.

Volví al trabajo con un sucedáneo de café en la mano. ¿Un anuncio de Viagra?

La mañana transcurrió sin incidencias hasta las doce y media, creo recordar. Mi jefe me llamó al despacho, donde le acompañaban dos tipos verdaderamente enormes, dos auténticos armarios empotrados.

—Estos señores desean hacerte unas preguntas.

—¿A mí? —Él asintió.

—Bien, ¿de qué se trata? —pregunté dirigiéndome a ellos.

—Parece que ha tenido usted problemas con su correo electrónico— dijo uno de ellos.

—No. No he tenido ningún problema.

—¿No recibió usted un email de A.E@bunk.com?

—Así es, ¿por? ¿Eso es un problema?

—En absoluto. —Noté que uno de ellos, el más grande, no hablaba—. Pero nos tememos que vamos a tener que llevarnos su ordenador.

—¿Qué? —exclamé desconcertado—. ¿Qué está pasando? —pregunté a mi jefe—. ¿Son ustedes policías? —volví a dirigirme a ellos.

—No, señor. No somos policías.

—Luego, ¿qué demonios sucede aquí?

—No se preocupe, se lo devolveremos en unos días. Mientras tanto podrá usted disponer de un ordenador de sustitución.

—¿Un ordenador de sustitución? ¡¿Qué es eso de un ordenador de sustitución?! ¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí? En serio, no entiendo nada.

Sin decir media palabra más, los dos hombres salieron de la sala. Me quedé solo con mi jefe, quien me miró ligeramente preocupado.

—¿En qué lío te has metido? —me preguntó.

—¡En qué lío me voy a meter! ¿Quiénes son esos tipos?

—Son de la Interpol.

—¿Qué coño me estás diciendo?

—Mira León, tampoco a mí me han dicho mucho más. Simplemente que debían llevarse tu ordenador unos días porque había indicios de que a través de él se había llevado a cabo una operación «irregular». Ése fue el término que emplearon, «irregular». Me enseñaron una placa y eso fue todo.

—Esto es una locura. —Mi jefe no dijo nada.

Salí corriendo hacia mi mesa. El gigante que no hablaba estaba desmontando mi ordenador. Me sentía un tanto minimizado. Algunos compañeros miraban sorprendidos. Tal vez mis gritos se hubieran escuchado fuera del despacho.

—¿Serían tan amables de decirme qué sucede exactamente? —pregunté.

Como era de suponer no hubo respuesta. El hombre que me había dicho que tenían que llevarse el ordenador se fue. Me quedé allí de pie viendo cómo ese gorila enfundado en un traje azul marino desactivaba mi herramienta de trabajo. Al cabo de un rato el otro agente regresó con una torre y la dejó en el suelo. Supuse que debía tratarse de mi «ordenador de sustitución».

—Si esta semana recibe otro mail de bunk.com, no dude en ponerse en contacto con nosotros —me dijo extendiendo una tarjeta.

Me dio la impresión, en cualquier caso, de que eso no iba a suceder. Fuera quien fuera ese o esa tal A.E se había metido en un buen lío y seguro que no volvería a mandarme otro correo sobre Niels Oppenheimer ni sobre nada más. «Mierda» pensé y estimé que lo mejor sería bajar a echar un cigarrillo. A mi jefe no creo que le hubiese importado.

Maribel me miraba desde su mesa. No hice el menor gesto y me fui de allí dejando a esos dos con sus cosas, es decir, con las mías. Estaba seguro que todo aquello tenía algo que ver con el maldito correo de A.E., pues, que yo supiera, ninguna acción remotamente irregular —salvo dispensar bazofia informativa— se había realizado desde mi computadora. Podría haber mirado en el ordenador de algún compañero a qué se dedicaba la empresa bunk.com, pero, si por recibir un mail suyo esos caballeros habían venido a «hacerme unas preguntas», no me parecía una opción muy inteligente. Ya lo haría días después y a varios kilómetros, en algún *ciber* que no contase con cámaras de seguridad.

Me fumé dos cigarrillos antes de que Maribel bajase, lo cual sucedió escasos minutos después.

—¿Qué sucede León? ¿Quiénes son esos tipos?

—Son de la Interpol.

—¿Qué dices? —hizo una pausa para asimilar el comentario— ¿Y qué hacen llevándose tu equipo?

—Supongo que deben ponerlo en cuarentena. Estos virus modernos…

Maribel percibió la seriedad en mi rostro. Era incapaz de disimular el fastidio y la preocupación. Me puso una mano en el hombro y trató de animarme.

—Eh, ¿va todo bien?

—Supongo que sí —dije sin mucha convicción.

En ese momento tuve un presentimiento desagradable. Me había convertido en sospechoso de un *pseudodelito* que yo no había cometido. Incluso era probable que Maribel se metiera en problemas si se dejaba ver conmigo. Cabía la posibilidad de que todo el asunto no fuera más que un malentendido. Pero mi intuición masculina me decía lo contrario. Ahí estaba pasando algo gordo. De otro modo era impensable que dos tipos de la Interpol se hubieran personado en un periódico de mala muerte para llevarse un PC.

—Tomemos un café después del trabajo —propuso Maribel.

Yo dudé un instante, preocupándome por su seguridad, pero finalmente accedí. No tenía el menor sentido negar que necesitaba, al menos, desahogarme un poco y explicarle las cosas. Ella no se merecía que la dejase sin una respuesta y que yo, de la noche a la mañana, cambiase de actitud y me mostrase frío y distante sin explicarle mis motivos. Maribel subió de nuevo a la redacción y yo me quedé allí. Miré la caja de cigarrillos. Me quedaban dos. Mientras esos señores trajeados instalan mi nuevo ordenador me acercaré al estanco y compraré dos cajetillas. «La noche promete», me dije. A fin de cuentas me daba igual. Si la cosa seguía así, tarde o temprano, acabarían por despedirme o recomendarme unas vacaciones permanentes. «Hasta que se resuelva esta historia», me diría mi jefe. Lo estaba viendo.

A las siete y media me acerqué a la mesa de Maribel.

—Bueno, por fin llegó la hora de nuestra cita —le dije.

—Perdona, pero esto no es una cita —me dijo ella sonriendo.

—Sí que lo es.

—No lo es.

—Perfecto. Si eso te hace sentir más cómoda…

Recogió su bolso y nos dirigimos hacia mi coche. Le prometí que después la acercaría a recoger el suyo. La idea era tomar un café, pero como siempre me había apetecido cenar con ella, sugerí tomar un trago ligero en el Café d´Orsay (no, no estábamos en París) y después ir a cenar a un pequeño bistró que sabía le gustaría. Cada hombre tiene sus armas secretas y ésa era una de las mías. Había llevado a varias mujeres allí con un éxito razonablemente elevado. Además, quedaba cerca de mi casa y los dueños me conocían. El trato era personal, lo que contribuía a hacer que ese aire de personaje «estirado» desapareciera de mi pellejo. Pero, sobre todo, repito, quedaba cerca de mi casa. Maribel vestía una delicada blusa de lino blanco que le sentaba sensacional.

—Hacemos buena pareja —le confesé mientras conducía.

—No, no la hacemos. Y si sigues así, pienso bajarme de este coche —repuso divertida.

—¿Ya te has enfadado conmigo en nuestra primera cita?

—Y dale con la cita. Solo quiero charlar con un viejo amigo, con un compañero del trabajo.

—Qué considerada.

Maribel encendió un cigarrillo de los míos y me ofreció otro a mí. Ni se molestó en preguntarme si me desagradaba que fumase dentro del coche. A pesar de ser un fumador compulsivo, no solía hacerlo. En cualquier caso, tampoco le dije nada.

—Bueno señor Problemas, ¿me vas a contar de una vez qué ha sucedido en la redacción hoy? —me preguntó. Tenía una forma de fumar que me encantaba. Su mirada se perdía, como si se enredase en no sé qué pensamientos, como si no estuviese realmente allí.

—Pensaba que aguantarías hasta que nos tomásemos un par de tragos —repuse.

—Pensaste mal.

—¿Sabes que me gustan las rubias? —añadí. Ella era morena.

—Y a mí —contestó. Sonreí.

—Oye, ¿Por qué te divorciaste de Lucho?

—Era decididamente imbécil.

—¿Y aparte de eso?

Dio otra calada a su cigarrillo y no contestó. De repente, toda mi preocupación se había desvanecido. Maribel bajó la ventanilla y el aire cálido comenzó a hacer que su cabello danzase libremente. Apagué el aire acondicionado con disimulo. Ella permanecía sin decir nada. Hasta ese momento no había reparado en lo verdaderamente sensual que era. Siempre la había visto como una mujer atractiva, pero un tanto mojigata. Ahora comprendía perfectamente que Lucho, en efecto, debía ser *decididamente imbécil* por haber dejado escapar a una mujer como esa. «Tanto mejor para mí», pensé.

El Café d´Orsay tenía una selección de café magnífica. La decoración, a pesar de su nombre, era típicamente mediterránea. Las paredes cubiertas mediante un revoco tosco, hecho con mortero de cal pobre, pintado de blanco, al estilo ibicenco; las mesitas de madera vieja repintadas de azul básico; el suelo de madera oscura, zonas con losas de barro y alguna alfombra rústica. Jamás comprendí por qué bautizaron aquel sitio con un nombre francés. Podrían haberle puesto «Santa Eulalia», «Mikonos» o algo así. Quizá tuviera algo que ver con el café, ni idea. La primera vez que un visitante llegaba allí solía quedarse sorprendido. Maribel, al menos, lo hizo. Ella pidió un café solo, yo un Campari con una rodaja de naranja. Le ofrecí un cigarrillo que aceptó gustosamente. Le dije que no conciliaría el sueño si bebía café a esas horas. «Tal vez no quiera dormir», me contestó y para mí fue una respuesta válida y suficiente. Volvió a pedirme que le contara lo de los hombres de la Interpol, pero le rogué que esperase un poco más.

Deseaba tomarme mi Campari tranquilo y le pregunté por su amiga Ana. Meneó la cabeza.

—No sabía que fueras tan torpe —contraatacó.

—Es probable que haya muchas cosas de mí que todavía no sepas.

—Hombre misterioso…

Me alegró oír ese comentario, empero, no se ajustaba en absoluto a la realidad. Tenía un buen sentido del humor aquella Maribel.

—Me temo que tendrás que aceptar cenar conmigo esta noche si quieres que te cuente lo de esos tipos —le dije.

—Si tienes tan buen gusto para los restaurantes como para las cafeterías, creo que no voy a oponerme. —Sonrió.

La cosa pintaba bien. Si ella opinaba que yo tenía buen gusto, tenía bastante terreno ganado. No podía precipitarme, pero, sin duda, se trataba de un buen indicativo. Hablamos de muchas cosas: de mi origen francés, de cómo acabé en un periódico de segunda (mentí en las respuestas). Me preguntó por qué no me había casado (otro buen indicativo. También mentí) y cosas por el estilo. Yo por mi parte le pregunté cómo llevaba su nueva soltería, sobre sus sueños y aspiraciones (estoy hecho un buitre). Reprimí el deseo de preguntarle por sus amantes, si los tenía, y la invité a un viaje loco por Egipto. Le dije que tenía unos amigos que poseían una casa en El Cairo con cocodrilos en el patio y que nos la dejarían sin problemas a cambio de que los alimentásemos durante esa semana (a los cocodrilos). Le aseguré que no tendríamos que limpiar la bañera gigante donde habitaban. Se notaba que se estaba divirtiendo. Apreciaba a esa chica. Puede parecer que a los hombres nos resulta indiferente la elegancia y la inteligencia de una mujer. No es así en mi caso. Detesto a las mujeres vulgares. Admiraba la forma en que Maribel estaba tratando de rehacer su vida, de manera madura y sin subterfugios baratos. Recuerdo que en un momento dado rocé levemente su mano, de manera inocente, pero la retiré al instante. Ella lo advirtió, pero no dijo nada. Noté cómo el tiempo se paralizó por un instante. Fue un acto espontáneo. Maldito Campari.

Un poco antes de las nueve sugerí que fuésemos a cenar algo. ¿Has reservado mesa? Me preguntó. Siempre hay una mesa para mí, le respondí. Ella me dirigió una mirada burlona, detrás de la cual se escondía una indudable atracción.

Fuimos caminando porque el *Figón de Lola*, un local con un nombre bastante irónico, quedaba muy cerca. Tommasi, el dueño, me recibió con un abrazo. Teresa, una de las camareras, me saludó desde el otro extremo de la sala. Había bastante gente, pero, afortunadamente, también una mesa para nosotros. Tommasi nos acomodó en una mesa estupenda, bastante íntima. ¿Qué tal Lola?, le pregunté. Pasa luego a saludarla, está por ahí en su «laboratorio». Tenía un suave acento italiano, atenuado por muchos años de distancia de su Cesena natal. Salvo una *pannacotta* que cortaba la respiración, no había ni un solo plato italiano en todo el menú. Lola los debía tener bien puestos. Dejé que Maribel echase un ojo a la carta y yo pedí pescado directamente. Sabía que Tommasi me traería lo mejor que tuviera por la cocina. La ex mujer del arquitecto se decantó por unas verduras confitadas y los entrantes de la casa. Pedí al dueño que eligiese él el vino. Me fio de ti. Es una forma de salir del paso cuando uno no entiende absolutamente nada de vinos o no quiere dar la impresión de que es un experto —como era mi caso—. Nos sirvió un vino blanco, que normalmente detesto pero que no estaba nada mal.

—Veo que sabes montártelo —señaló Maribel.

—Tengo mis momentos.

Ofrecí un cigarrillo a mi acompañante y, como es de recibo, encendí otro para mí. Consideré que era el momento de informar a Maribel del incidente del mail del empleado o empleada de bunk.com, explicando así la presencia de los dos agentes de la Interpol («No somos policías»). Permaneció un instante callada.

—No me suena para nada esa empresa, ni tampoco sé quién es ese tal Oppenheimer —dijo finalmente.

—Ni a mí tampoco.

—¿Has mirado a ver de qué se trataba?

—No me pareció muy prudente, ¿no crees? Al menos no dentro de la redacción ni en un lugar lo suficientemente cercano como para que puedan relacionarme con la búsqueda. —Ella asintió en silencio.

—¿De qué crees que se trata?

—Pfff, no tengo ni la más remota idea.

Tommasi llegó con los entrantes, lo cual interrumpió brevemente nuestra conversación. Lo suficiente como para que me diese tiempo a pensar en la pertinencia de comentarle a Maribel mi preocupación por su seguridad. No había nada entre ella y yo, pero aun así no conseguía estar tranquilo. Podrían confiscar su ordenador o enviarnos un detective privado, en caso de que no lo hubieran hecho ya. Sencillamente no quería involucrarla en todo esto.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer?

—De momento nada. Creo que es lo más razonable.

No le dije que pensaba entrar en un *ciber* a varios cientos de kilómetros para buscar un poco más de información ni tampoco la hice partícipe de la premonición que tuve, a saber: estaba jodido.

Traté de cambiar el tercio de la conversación, no preocuparla más y hacer que se olvidase un poco del asunto. Me mostré tranquilo y recurrí, como en tantas ocasiones, al humor.

—Este vino no está nada mal, pero si de verdad te apetece probar uno magnífico te invito a casa. Tengo un alsaciano fabuloso. Me lo regaló una prima.

—¿Una prima? Jajajaja. Creo que lo que quieres es llevarme a la cama.

—Eso también, pero el vino debes probarlo primero. —Me esforcé por sonreír de manera natural.

Ya habíamos dado buena cuenta de la cena y la botella de vino decía su último adiós.

—¿No sientes curiosidad por saber cómo es la vida de un seductor cuando no seduce? —Me miró directamente a los ojos. Creo que mi sonrisa debía parecer un poco estúpida, si bien no pareció darle demasiada importancia. Si he de ser sincero, a pesar de mi look a lo Antonio Banderas, mi filosofía *neo-dandy* y mi actitud *übersexual*, el papel de seductor profesional se me quedaba un poco grande.

Mi casa quedaba muy cerca del *Figón*, como ya he dicho. Tras degustar la maravillosa *pannacotta* de Lola y saludarla, nos dirigimos allí. La casa estaba muy adecentada. Maribel me preguntó si me ocupaba personalmente de la limpieza. Le dije que sí, lo que la sorprendió gratamente. Examinó atentamente mi extensa biblioteca, mi pequeño tesoro. Yo, mientras tanto, abrí la botella de alsaciano y le serví un poco.

—¿No vas a poner música?

—Dudo que mi colección de *punk* garajero sea de tu agrado.

Echó un vistazo a mi colección de cedés y se sentó en el sofá.

—Conque *punk* garajero…

Cierto que me gustaba ese tipo de música. Aunque también el *free jazz*, el *be bop* y otras cosas. Me senté junto a ella. Supongo que algún oyente esperará un pasaje de sexo salvaje o algo por el estilo. Lamento defraudarle (comienzo a entender por qué nunca me fue bien como escritor). Maribel durmió conmigo, pero no fornicamos. En cualquier caso, ésa es otra historia.

2

En algún lugar de Dresde, Alemania.

Klaus Zimmermann extendió la tela asfáltica en el suelo. Enseñaba al pequeño Brandeis a construir una placa solar con materiales domésticos. Su hija Erika y su esposa Dagna estaban en la parte trasera recogiendo verduras.

Hacía cinco años que se habían mudado a esa pequeña casita de madera en medio del bosque. Podría decirse que se trataba de una familia de ecologistas radicales. Klaus había abandonado su puesto de profesor de biología en la Universidad Técnica de Berlín —donde concretamente impartía edafología e hidrología— para entregarse por completo a investigaciones paralelas y más personales que bien podrían calificarse por muchos de «anarcoides». Entre algunos de sus intereses estaba el desarrollo de las teorías de Masanobu Fukuoka y de sistemas que permitiesen el ahorro del agua. Del mismo modo se entregaba al estudio de las enseñanzas contenidas en el *Walden* de Henry David Thoreau. Iba pulcramente afeitado.

Dagna seguía dando clases a niños, ahora en un pequeño colegio semi rural. Habían decidido ocuparse personalmente de la educación de sus hijos. Evidentemente también se preocupaban por socializarlos. Los vecinos, escasos, solían visitarles con cierta frecuencia. Preparaba el mejor *eierschecke* de todo Dresde. Los niños tenían ocasión de relacionarse con los demás. Técnicamente, Brandeis era lo que suele denominarse de manera habitual un superdotado y Erika presentaba altas capacidades en el terreno artístico. Aparte de eso, el niño sentía pasión por la escalada y el resto de chavales se morían de envidia al ver jugar al fútbol a Erika. Los adultos estimaban en gran medida al matrimonio y desde la llegada de la familia, gracias a los consejos de Klaus, las cosechas de los agricultores de la zona habían experimentado una espectacular mejora, dando mejores frutas y verduras: menos agua requerida, más calidad, más sabor y mayor tamaño.

Klaus y Brandeis habían cavado unas zanjas en el suelo. Habían puesto en el fondo unas láminas impermeables y habían dejado en ambos extremos unos agujeros. La idea

era que la lluvia llenase las cavidades. La tela asfáltica haría las veces de una placa solar. En un experimento anterior, habían situado la tela asfáltica en el fondo, habían sustituido las zanjas por unas tuberías metálicas colocadas en formas de «S» sobre la tela. Klaus quería que su hijo comprobase por sí mismo qué sistema era más eficiente: enterrar la tubería, o la zanja, bajo una capa de tela asfáltica o colocarla sobre ésta. El biólogo sostenía que ese mismo sistema podía emplearse, con algunas modificaciones, para montar en el tejado un sistema de calefacción natural, añadiendo un mecanismo de canalización del agua corriente más regular en caso de que el agua procedente de la lluvia se agotase. El sistema también incluiría un sistema de almacenamiento del agua de lluvia. Unas tuberías conducirían el agua calentada gracias a la luz solar hasta el baño y así podrían ducharse con agua caliente y un gasto mínimo de energía y agua. Tienes que ayudarme a mejorarlo, le dijo a Brandeis.

—¿Crees que eso bastaría para abastecer una casa de agua caliente? —preguntó Brandeis.

—Creo que la gente debería ducharse menos —fue la respuesta que le dio su padre. Como cualquier niño habría hecho, aquella opinión fue absoluta y alegremente compartida por el hijo.

Los sistemas de almacenamiento de agua en condiciones óptimas y el estudio de la capa freática habían sido el punto central de las investigaciones de Klaus en Berlín. A esos había sumado su interés personal por la agricultura, a modo de complemento ideal. Sin duda, se trataba de un salvaje en las aulas. Su actitud combativa, insumisa, y su estilo poco académico hacía que el resto de profesores lo mirase con un cierto recelo. Además, publicaba en revistas prestigiosas, ajenas al estrecho círculo endogámico del claustro. Hecho que añadía al recelo la envidia. Sin embargo, entre los estudiantes era bastante popular. Sintieron una gran decepción cuando Klaus anunció que se marchaba a Dresde para ocuparse de su jardín y olvidarse del correo electrónico.

A lo largo de diez años, Klaus había ido construyendo su casa aprovechando los periodos de vacaciones. Se sentía orgulloso de haberla hecho con sus propias manos, aunque lo cierto es que había llevado a cabo una gran reforma, convirtiendo una pequeña vivienda que había comprado a un campesino que bebía demasiado y que

deseaba mudarse con su familia a la ciudad en una bonita construcción de ciento cincuenta metros, siguiendo los preceptos de la llamada arquitectura bioclimática. Cuando estuvo terminada, cogió a su familia y se la llevó allí. De eso hacía cinco años. Solía salir a pescar con ellos, pero rara vez llevaba caña ni ningún otro utensilio de pesca. Y, dicho sea de paso, tampoco pescaba nada. Disfrutaba de una vida tranquila. Algunos días llevaba a los niños a esparcir semillas enterradas en bolitas de arcilla por los alrededores. En ocasiones, Dagna les acompañaba.

Una hora más tarde, Dagna les llamó desde la casa.

—Id poniendo la mesa. El asado estará listo en unos minutos.

Klaus y Brandeis dejaron lo que se traían entre manos y atendieron a la llamada de la madre. Comerían en la parte de fuera. No había televisión en casa, lo que fomentaba la comunicación permanente entre los miembros de la familia.

Ese día hablarían de las dos piezas de la pequeña Erika que habían sido seleccionadas para la controvertida Bienal de París. Dagna había enviado algunas fotografías y el detalle de que las pinturas estuvieran realizadas por una niña de nueve años debió conmocionar al comité. La exposición se abriría en octubre. Teniendo en cuenta el desastroso panorama artístico, era más que probable que las propuestas frescas y auténticas de Erika constituyesen la gran revelación de aquella edición. En cierto sentido, suponían un retorno no a un arte pretendidamente primitivo, algo imposible y falso, sino a un arte pre-hegeliano, no sometido al peso creciente de la filosofía y a la necesidad del «libro de instrucciones» (con la consiguiente gratuidad y ausencia de necesidad de la obra en sí). Por supuesto, esta operación no presuponía un ejercicio consciente de teorización. Tan solo se trataba de un arte primigenio, realizado por una pequeña niña tocada por los dioses. Ya se encargarían otros de ponerle etiquetas y toda una serie de filiaciones culturales. A fin de cuentas, para ello estaban y también ellos tenían que comer. Lo que se resiste a la teorización supone automáticamente un reto suculento para los masoquistas intelectuales.

Parte del encanto de la obra de Erika era que estaba realizada exclusivamente empleando pigmentos naturales y no manufacturados, siguiendo, sin saberlo, la estela de Hundertwasser e instruida por su padre. Su estilo presentaba el colorido vivo del

pintor austriaco y evocaba la poesía de los trabajos de Marc Chagall. Pura expresión de vida. Juego infantil que desestabilizaba y asestaba un duro golpe a las elaboradas teorías estéticas, tan estériles como las obras que las ilustraban.

Después de recibir las fotografías, tres emisarios parisinos llegaron a Dresde a contemplar en vivo la obra de Erika. Eran dos mujeres bastante delgadas y un hombrecillo vestido de negro y muy afeminado. Si las fotografías y los detalles biográficos de la joven artista les había cautivado, cuando llegaron allí pensaron estar en el paraíso. Sencillamente no podían creer lo que estaban viendo. Era como si ya tuviesen en mente los titulares: «Niña salvaje reinventa la pintura». Todo les parecía *cool*. Consideraban que la familia entera en su conjunto, incluyendo el marco «ambiental», era una obra de arte en sí misma. Solamente una de las mujeres hablaba alemán. El resto parloteaba en francés o trataba de expresarse con mayor o menor fortuna en inglés. Klaus habría establecido el inglés como «idioma oficial» del grupo de no haber intuido que algunos de ellos, los franceses, no lo dominaban del todo. Así que, en ese idioma babélico, fueron invitados a visitar el «estudio» de Erika, a petición de ellos. Allí los tres alcanzaron el paroxismo. No podían creer lo que veían: ¡No había estudio! La niña trabajaba en la parte de atrás de la casa. Una estantería de madera llena de botes de pigmentos, colas, resinas, pinceles, y un tablón con cuatro patas —ambos muebles confeccionados artesanalmente por ellos— constituían su estudio. Los parisinos no daban crédito. Tomaron varias fotos de Erika. Aquello era vendible, muy vendible. Y auténtico, le dijeron a Klaus. «Auténtico»… Menudos papanatas. « ¿Qué se piensan, que están en una especie de Nueva Atapuerca?» se preguntó éste con resignación.

—Hemos tenido obras de artistas muy especiales —continuó la francesa que hablaba alemán—: desde locos muy cuerdos, ya bastante pasados de moda, hasta paralíticos que hacían garabatos con un pincel de dimensiones personalizadas insertado en el ano y otro sujeto al pene, empleando una silla de ruedas diseñada especialmente para ellos, pasando por travestis haciendo de costureras y bordando *Twin Towers* en pleno derribo. Pero esto… Dios, esto es otra cosa.

Hicieron varias preguntas a la niña, y también a sus padres. Cuantas menos respuestas daba Erika, más parecía complacer a los críticos. Con sumo disimulo, una de las mujeres preguntó a Klaus si su otro hijo también era artista.

—No, señora. Él solo hace cosas como calcular mentalmente raíces cuadradas de números de más de veinte cifras en pocos segundos y diseñar complejos planos para proyectos de ingeniería —contestó Klaus.

—¿Solamente? —preguntó la francesa con una mezcla de incredulidad y estupefacción.

—Bueno, hace más cosas. Pero eso es de lo más llamativo —sonrió—. ¿Otra cerveza?

Los franceses estuvieron dos días allí. No accedieron a hospedarse en casa de los Zimmermann pero el segundo día acudieron temprano. Después de fijar algunos aspectos de la exposición y hacerles unas interesantes propuestas de compra, el grupo se marchó contento, trotando como adolescentes locas. Los Zimmermann se miraron entre sí y sonrieron. Klaus apoyaba sus manos en los hombros de la pequeña Erika.

Hacía una temperatura perfecta. El sol calentaba sin abrasar. Erika jugueteaba con sus rizos dorados. El olor del asado llegaba desde lejos. Klaus sirvió *weißbier* a su esposa y llenó otra gran copa para él. En ese momento un coche aparcó cerca de su casa. Klaus vio cómo dos tipos vestidos con trajes bajaban del vehículo. Los dos tipos se acercaron.

—¿Es usted Klaus Zimmermann? —preguntó el más alto.

—Así es. ¿Qué desean?

—Hemos venido a entregarle una carta en mano. Como ya no tiene usted correo electrónico… —le entregaron un sobre cerrado. Llevaba impreso un logotipo. La carta venía de los Estados Unidos.

—¿Desean tomar algo?

—No, muchas gracias.

—¿Están de servicio? —Klaus rio. Los dos hombres sonrieron de mala gana y no contestaron.

El biólogo abrió el sobre y leyó rápidamente el contenido de la nota. Volvió a meterla dentro, la dejó sobre la mesa de madera y permaneció un instante sin decir una palabra.

—No debe preocuparse de nada, el Departamento Hidrológico de los Estados Unidos cubrirá los gastos de desplazamiento y el alojamiento.

—No puedo abandonar mi huerto.

—Sería deseable que nos acompañase.

—¿Deseable? —el rostro de Klaus se ensombreció repentinamente—, ¿a qué se refieren con «deseable»?

—Nos sentiríamos muy halagados si usted accediese a venir con nosotros. Quizá no nos hayamos expresado correctamente, discúlpenos. —Aquellos señores debían trabajar en equipo. Hablaban en plural—. Nos gustaría que nos acompañase. Nuestro jefe desea que inspeccione nuestras instalaciones en Nebraska. Es usted el mejor.

—Ya sé lo que quieren —Klaus hizo una pausa—. He leído la carta.

—Está bien. Si cambia usted de opinión no dude en llamarnos. Será un placer venir a recogerle. —El tipo más alto extendió una tarjeta de visita. Klaus la dejó junto al sobre sin mirarla.

Los dos hombres se despidieron y se alejaron. Una vez el coche hubo desaparecido, Dagna se acercó a su marido, que permanecía meditabundo, y le preguntó:

—¿Quiénes eran esos señores? ¿Qué querían?

—Eran del Departamento Hidrológico de los Estados Unidos.

—¿Otra vez ellos? —Su mujer parecía preocupada.

—Otra vez ellos.

Los niños se sentaron a la mesa. Dagna pasó un brazo por encima del hombro de su esposo y le dio un beso en la cabeza. Klaus cogió la tarjeta de visita y la sostuvo delante de sus ojos durante un buen rato. Por supuesto que aquel nombre le resultaba familiar: Bunk.

3

En algún lugar del desierto de Nebraska, Estados Unidos.

La superficie estaba llena de hombres armados vestidos de uniforme. A simple vista solo había un enorme cubo de más de mil metros cuadrados muy sobrio e industrial. No había rastro de edificaciones en varios kilómetros a la redonda. Únicamente el desierto. Había cámaras de seguridad por todas partes. Desde el cielo, si es que hubiera sido posible cruzar esa zona, se habría visto que toda el área estaba delimitada por unas alambradas muy elevadas y vigilada por más soldados. No se detectaba señal de mucha actividad en el exterior. Cerca de la entrada se podían ver unas marcas de lo que parecía un helipuerto y, un par de kilómetros más allá, una rampa enorme que parecía descender a un sótano invisible.

El interior era otra cosa. Visualmente no se diferenciaba demasiado de una mega oficina llena de objetos y muebles funcionales, compartimentada de manera monótona pero perfectamente organizada. Un hombre vestido con uniforme civil de militar que llevaba un portafolio color marrón tomó el ascensor. Pulsó un sensor con el dedo, detección de huellas digitales, y una pequeña cámara le reconoció. Se escuchó un suave pitido y el hombre pudo accionar el botón de la planta baja. Tras dos minutos de descenso, el hombre salió del cromado habitáculo y se dirigió a una zona donde estaban aparcados unos cuantos cochecitos similares a los que se veían en los campos de golf. Ningún ser humano podría espontáneamente haber imaginado lo que se escondía allí abajo: un búnker color antracita cuya extensión no podía abarcarse con la vista. Decir «búnker» se quedaba corto. Aquello era más bien una pequeña ciudad bajo tierra. La estancia estaba iluminada por miles de tubos fluorescentes y el techo era prácticamente invisible debido al brillo.

El tipo uniformado circuló por las instalaciones. Había obreros trabajando por todas partes. A simple vista resultaba prácticamente imposible determinar qué era cada cosa de las que allí había o qué estaban haciendo exactamente. En un carril paralelo habían

instalado una especie de vía de metro. La altura de la sala debía rondar los cuarenta metros. El cochecito se desplazaba a poca velocidad. El hombre del traje verde oscuro miraba a ambos lados parsimoniosamente, sin centrarse en nada en particular. Lucía unas mandíbulas muy afiladas, un corte de pelo al cepillo y un afeitado impecable. Debía tener unos cincuenta años, pero su aspecto era el de un hombre fornido, amén de poco amistoso.

El militar llegó a una zona más apartada. Detuvo el pequeño vehículo, cogió el portafolios y se apeó. A unos cien metros, un grupo de hombres charlaba a pie de obra. Daba la impresión de que uno de ellos, también uniformado, explicaba algo al resto, dos de los cuales vestían ropa de trabajo.

—Coronel —así fue recibido por el otro militar—, le presento al señor Esdras. Ha venido a examinar las obras. Estábamos esperándole.

—Disculpen el retraso. Es un honor, señor Esdras, que nos haya visitado —añadió el coronel mientras estrechaba la mano del evaluador.

—El honor es mío, coronel. Me satisface certificar que las obras están siendo ejecutadas con gran diligencia.

—Creo que ya les he hecho esperar demasiado —continuó el coronel—. ¿Qué les parece si les muestro «el almacén»?

—Estoy impaciente —respondió el señor Esdras.

El coronel, el otro señor uniformado y Esdras se dirigieron de nuevo al cochecito y los dos operarios continuaron trabajando.

Esdras producía una extraña sensación de desconfianza. Era extremadamente alto y delgado, con el pelo lacio, rojizo, peinado pulcramente hacia el lado. Las mandíbulas muy marcadas y unos ojos azul claro obscenamente penetrantes. Sus manos eran fuertes y sus gestos ligeramente afectados. En definitiva, el adjetivo que mejor podría definirlo era *siniestro*.

Contemplaba con atención los detalles de la obra, mientras el vehículo avanzaba lentamente y los otros dos militares hablaban y explicaban los pormenores de aquella

construcción. El examinador no parecía estar muy interesado en dichas explicaciones y, sin decir nada ni apenas disimular su desinterés, se limitaba a escudriñar cada rincón con su mirada.

—Le advierto, señor, que lo que va a ver le impresionará. No creo que haya visto nada igual en su vida —anunció el coronel.

—He visto muchas cosas en mi vida, coronel —repuso el emisario.

—Aun así, me temo que se sorprenderá —añadió el coronel.

—En cierto modo, coronel, es para lo que he sido enviado: para sorprenderme.

Atravesaron un pasillo largo y menos iluminado que el resto. La luz amarillenta provenía de lámparas de obra situadas en la bóveda. El ambiente era húmedo. Finalmente, alcanzaron lo que parecía ser el final inevitable del trayecto. Un muro señalaba que el viaje había terminado.

—Por aquí, señor Esdras —indicó el coronel.

Los tres hombres bajaron de esa especie de coche de golf militar y el coronel les hizo de guía. Escondida en la oscuridad, se hallaba una pequeña escalera metálica.

—Lamentándolo mucho, van a tener que ejercitar un poco las piernas.

El coronel iba en primer lugar y, mientras ascendían, les iba explicando que un muro de cien metros de anchura separaba el lugar donde se hallaban del «almacén». Debían ascender unos veinticinco metros para acceder al otro habitáculo. Una puerta metálica de seguridad era el acceso al otro lado. Tras un pasillo de cien metros, justo el espesor del muro, otra puerta idéntica a la primera les separaba de la esperada sala. El coronel hizo una breve pausa antes de abrirla. El otro militar guardaba silencio y Esdras no mostraba el menor gesto de impaciencia. La puerta se abrió. Al atravesarla, Esdras advirtió que estaban sobre una plataforma cuyo fin no era posible avistar. Cada cinco metros había un foco pegado a la pared y cada cien una escalera que permitía la bajada al fondo del almacén. Los ojos de Esdras se iluminaron. Lo que vio era sublime, monstruoso. Las paredes del «almacén», que no era sino una especie de piscina gigantesca, eran metálicas y de veinticinco metros de altura.

—¿Qué extensión tiene, coronel?

—Cincuenta kilómetros, señor.

El enigmático *perito* no pudo reprimir una leve sonrisa de satisfacción. Resultaba obvio que conocía perfectamente las medidas de aquella cosa. Cincuenta kilómetros de metal. Una caja de cincuenta kilómetros y veinticinco metros de altura bajo tierra. Poco a poco, la vista se perdía, hasta el punto que solo era posible percibir un inmenso fondo negro. Completamente negro. Era como encontrarse delante de la nada más absoluta. El vacío. Una suerte de *finis terrae* artificial.

—El presidente Crush se sentirá muy orgulloso de ustedes. Señores, estamos haciendo Historia. El mundo jamás vio nada similar. Ni volverá a verlo.

El coronel explicó a los otros que había accesos desde el exterior cada diez kilómetros. Las entradas estaban absolutamente camufladas y vigiladas de manera permanente por cámaras, satélites y un efectivo militar.

—Quizá le apetezca ahora tomar un café, señor —sugirió.

Esdras salió a la sobrecalentada superficie. El sol pegaba con fuerza. Sacó una pitillera del bolsillo de la chaqueta y cogió un cigarrillo. Los otros dos acompañantes habían permanecido en el interior del cubo. Un gran número de soldados hacía su ronda. Los contempló durante un rato. Después buscó su teléfono móvil y llamó.

—Señor: todo según lo previsto. —Permaneció un instante con el teléfono pegado a la oreja y colgó.

Cuando hubo terminado su cigarrillo, Esdras regresó al interior y buscó a sus cicerones. Ahora tomaré ese café, le dijo al coronel.

Los tres hombres se sentaron en los sillones de un despacho con sus respectivos cafés.

—Las obras finalizarán en seis meses. Todo el equipo está trabajando a pleno rendimiento —informó el otro militar.

—Espero que así sea. Muchas de las invitaciones ya han sido enviadas —añadió Esdras.

—¿Para cuándo se prevé la… operación? —preguntó el coronel.

—Lo sabe perfectamente —atajó Esdras—. La fecha límite está claramente establecida en los informes. Un retraso, por pequeño que sea, en las tareas de ejecución de la obra podría tener consecuencias irreparables y, sin pretender resultar amenazador, catastróficas para todos nosotros.

Los tres hombres guardaron unos segundos de silencio. El coronel abrió el portafolios y mostró al resto unos planos.

—Deben contratar a más hombres —propuso el emisario.

—¿Cómo justificar…?

—Mi querido coronel, ¿desde cuándo el Gobierno de los Estados Unidos ha tenido que justificar nada? Contrate a más hombres. Es una orden.

En ese momento, los dos militares comprendieron que el señor Esdras no era un simple mensajero. No era uno más, ni mucho menos. Aquel hombre ni siquiera necesitaba tarjeta de identificación, ni armas ni fichas en base de datos alguna. Era una suerte de fantasma que había trascendido el orden administrativo y burocrático del Estado. Operaba a través de otros cauces, reservados y establecidos para apenas una docena de seres humanos.

—Señores, llevamos siete años preparando este momento. Me hago cargo de que comprenden la importancia de lo que les estoy pidiendo. Los dados ya han sido arrojados.

Dicho esto, Esdras se levantó del sillón, se despidió de los dos militares y abandonó el despacho.

Fuera, el calor había arreciado. Un Hummer blindado recogió al enviado. «Unos cacharros muy particulares —pensó Esdras—. Una pena que hayan dejado de

fabricarlos». El coche se alejó rumbo al helipuerto. Desde lo alto, apenas se apreciaba actividad humana. Un pequeño juego de estrategia, un videojuego. Una broma.

4

A la mañana siguiente llevé a Maribel a su casa. Quería pegarse una ducha y cambiarse de ropa antes de ir al trabajo. Le dije que yo no pensaba ir, que telefonearía al jefe y le diría que no me encontraba muy bien. Francamente, no creo que se lo tomase muy a mal. Lo imaginaba allí sentado, con su habano en el bolsillo interior de la chaqueta y la petaca escondida en el cajón, sin hacer nada delante de una pantalla de un ordenador no confiscado. Bueno, no confiscado de un modo material, pero intuía que todas las redes ya estarían pinchadas por entonces. Dos tipos de la Interpol, o supuestamente de la Interpol, no se dejan caer en un sitio para cargar con un PC y ya está.

—¿Estarás bien? —se interesó Maribel.

—Perdona, nena, pero estás hablando con *Monsieur* Poiccard. Seguro que estaré bien —le acaricié suavemente la mejilla a fin de tranquilizarla.

De repente, aquella mujer descendía del Olimpo en que mi imaginación la había situado y se convertía en una persona frágil y al mismo tiempo fascinante. Sabía que estaba verdaderamente preocupada. Le prometí que la llamaría y, en ese caso, no mentí. No pretendía tanto informarle acerca de mi situación como saber si ella se encontraba bien y, sobre todo, a salvo.

La vi bajar del coche y alejarse después de darme un repentino beso en los labios, más fruto del temor que de cualquier otro impulso erótico. ¡Menuda camisa de lino! Hizo una pausa a mitad del camino para sacar un cigarrillo del bolso. Se lo encendió y desapareció en el portal de su edificio sin mirar atrás.

En aquel momento tenía dos opciones: una de ellas conducir hasta un lugar lo suficientemente alejado, localizar un *ciber* sin cámaras de seguridad y buscar un poco de información sobre las actividades de Bunk o bien seguir pensando un poco más. De haber hecho lo primero, los agentes que nos habían visitado en la redacción u otros similares habrían, inmediatamente, llamado o se habrían personado para averiguar un par de asuntos acerca de mí, como, por ejemplo, dónde había estado ese día.

Obviamente, aunque me ausentase una semana después, las alarmas se dispararían. Solo había una forma de poder llevar a cabo mi plan: convencer a mi jefe de que me enviase fuera a realizar cualquier gestión. No podía albergar muchas esperanzas. El *Vientos de cambio* era un periodicucho local que no realizaba ningún tipo de investigación y resultaba altamente improbable que mi jefe decidiera subvencionar cualquier actividad fuera de las paredes de la redacción. Tenía que pensar en otra cosa. Y, honestamente, no estaba para pensar.

Cuando Maribel llegó a la redacción, yo ya llevaba un par de cafés y cinco pitillos entre pecho y espalda. No disimuló su sorpresa, aunque nadie lo advirtió. Le hice un discreto gesto para que no se acercase a mí y mantuviera la calma. Ella se sentó en su silla y yo me dirigí al despacho de mi jefe.

—¿Se sabe algo de mi ordenador? Es que el cacharro de sustitución que me han dejado… tiene las teclas un poco duras.

—¿No será que tú tienes los dedos algo blandos? —hizo una pausa, es decir, dejó de hacer la nada que estaba haciendo, y me miró con atención—. León, no han llamado para decirme nada acerca de tu ordenador. No sé cuándo van a hacerlo, así que te agradecería que no jodieras más y olvidases el asunto. ¿No te basta con que no te haya pedido más información al respecto?

Era un buen tío. Un poco inútil, pero excelente. Le dije que lo pillaba y regresé a mi mesa. Había hecho lo correcto. De haberme ausentado ese día, alguien, no sé quién, habría sospechado algo. Era incluso probable que un detective o un *secreta* me estuviera vigilando. Mejor, por tanto, no joder más —según las indicaciones de mi jefe— y hacer como que no pasaba nada, como que todo estaba bajo control, aunque, a efectos prácticos, no hubiese nada que yo tuviera que tener controlado. ¿Para qué preocuparme tanto por un maldito ordenador con un sistema operativo desactualizado?

Al pasar por la mesa de Maribel, le rocé el hombro. Me acerqué a su oído y le dije que ya me encontraba mejor gracias a su beso. Ella miró a nuestro alrededor. No había nadie cerca. Comprendió que había acudido al trabajo para no levantar sospechas y, sin

decir nada, me dio su aprobación. Antes de que pudiera incorporarme, me cogió suavemente de la solapa y me acercó a sus labios. Tras besarme me dijo: «no hace falta que finjas estar mal para que te dé un beso». Sonreí y me alejé. Supuse que estaba más tranquila.

Abrí de nuevo mi correo electrónico con escasa esperanza de encontrar otro mail que me ayudase a comprender un poco mejor aquel asunto. Los tipos de la Interpol o de Bunk o de quién sabe qué organismo habían hecho los deberes. Nada de nada, salvo el habitual paquete de noticias enlatadas. Únicamente advertí un hecho insignificante pero curioso. El mail anterior, el desencadenante de mi inquietud y de mi cita con Maribel, había desaparecido. La cosa estaba clara, aunque predecible: alguien había hurgado en mi correo y se había tomado la libertad de manipularlo descaradamente. Estimé innecesario dar parte a los del departamento de informática, es decir, un par de chavales de una tienda cercana que, de vez en cuando, se pasaban para actualizar el anti-virus o para cambiar algún componente de los ordenadores. Por suerte, tenía (todavía la tengo) buena memoria y recordaba a la perfección el remitente: A.E@bunk.com dentro de un mail enviado desde la agencia de empaquetado de noticias, seguramente remitido por una becaria o un becario a los que su sueldo no les llegaba ni para pagar la habitación en un piso de estudiantes.

Mordía la capucha de un bolígrafo mientras mis ojos se clavaban en la pantalla del ordenador sin un objetivo fijo. ¿Cómo un mail tan insignificante, al menos por lo tocante al contenido, podía haber causado un revuelo así? Un organismo que podía contar con la Interpol para visitar un diario como el *Vientos de cambio* no podía cometer el absurdo error de permitir que sus correos salientes no atravesasen un filtro más estricto y sofisticado. ¿Acaso alguien, presumiblemente A.E, lo había enviado adrede? ¿Se trataba de un mensaje en clave? ¿Quién sería el destinatario real? ¿Por qué había sido reenviado desde una agencia de noticias? No conseguía dar una respuesta a ninguna de aquellas cuestiones. «Niels Oppenheimer is in». «¿Para qué sirve la física nuclear, qué estudia?» me pregunté. De todos los usos, puede que el más llamativo, o el más inquietante, fuese el desarrollo de armas nucleares. ¿En qué se *había metido* el tal Oppenheimer? Resultaba razonable pensar que, al igual que habían intervenido mi ordenador, también hubiesen hecho lo propio con la persona que enviase el mail desde

la agencia de noticias. Sopesé la opción de buscar a dicho individuo. ¿No sería demasiado arriesgado? No tenía muchas más posibilidades, excepto dejar las cosas estar y olvidar el asunto. El problema es que no me gusta que cojan mis cosas sin mi permiso.

Solo tenía que encontrar la manera de convencer a mi jefe para que me permitiese viajar hasta la agencia y que me encubriese en caso de que alguien preguntara por mí.

Mientras se me ocurría la manera de conseguirlo, me puse a darle vueltas a la cabeza acerca de cómo podría proceder una vez que estuviese allí. No podía presentarme y preguntar por nadie, salvo que desease —y no era el caso— que unos cuantos agentes se presentasen no en la redacción sino en mi casa con la firme intención de confiscar algo más que mi ordenador. Tal vez a mí mismo. Por otra parte, era bastante probable que el tipo que envió el mail en el que se había colado el otro mensaje no tuviera la menor idea de quién era el/la tal A.E. No obstante, era un hecho que alguien lo había enviado. ¿Y si la teoría de Stanley Milgram —ya saben, aquella según la cual todos estamos interconectados a través de una cadena que no tiene más de cinco eslabones o intermediarios— fuese cierta? Sería posible dar con el remitente original. Si Milgram consiguió demostrarlo mediante el correo postal, cabía imaginar que a través del correo electrónico —por no hablar de Facebook— sería todavía más sencillo y rápido. El reverso tenebroso: también sería más peligroso.

Aprovecharé esta circunstancia para hacer una pequeña confesión. Nunca me han gustado los ordenadores. Para mí son aparatos del demonio. Tienen un aspecto inocente, nos brindan la posibilidad de llevar a cabo un sinnúmero de operaciones, pero dejan muchas huellas. Las páginas que visitamos, los documentos que guardamos, esto es, los que no se acaban borrando por un simple «clic» en la pestaña equivocada. Todo queda perfectamente reflejado. Nos gusta escondernos en la falsa tranquilidad que nos ofrece la cantidad de operaciones realizadas al cabo del día, los millones de correos electrónicos que se generan, las visitas realizadas en todo el mundo… Pero si nuestra máquina cae en hábiles manos, como las de la Interpol, en ese caso, estamos perdidos. Nuestra privacidad saltaría por los aires y todos nuestros romances digitales quedarían al descubierto.

¡Quién me habría dicho a mí que un periódico de tercera, unido a mi incontrolable tendencia a meter las narices en cualquier lado, me habría reportado más emoción que cualquier vida de escritor! Por alguna extraña razón pensé en el *Periodista deportivo* de Richard Ford, aquel libro que fue mi único consuelo cuando abandoné mis fantasías de escritor serio. «Bascombe —me dije— esta vez te he superado».

Pensaba en Milgram y en Maribel. Dudaba entre pedirle ayuda a ella de un modo explícito o no. Me preocupaba su seguridad, pero lo cierto es que era casi seguro que ella estaba siendo igualmente investigada ya. De modo que, tristemente y muy a mi pesar, se encontraba, presuntamente, con el agua al cuello y poco tenía que perder. ¿Por qué jamás me he casado? La respuesta se presenta ahora en mi mente de un modo claro y distinto: me convertiría automáticamente en un homicida en segundo grado o, como poco, en alguien que envía a su esposa al presidio sin que ésta sea culpable de nada en absoluto. La prueba era evidente. Dos besos habían puesto en peligro a Maribel. Un matrimonio… no quiero imaginármelo. Por otra parte, convertirla en una versión actualizada de la madre de Cary Grant en *Con la muerte en los talones* y ponerla a hacer el trabajo sucio me azoraba un poco. Además, tampoco sabía qué debería hacer ella en caso de aceptar mi indecorosa proposición. Mejor sería asumir mi destino y no implicar innecesariamente a nadie más. Y nada más adecuado para empezar que dedicar un fin de semana a buscar una conexión a Internet lo suficientemente alejada y prepararme para salir corriendo en cualquier momento.

Nunca me he considerado un tipo paranoico, pero tenía la sospecha de que si alguien introducía la palabra «Bunk» en un buscador, en alguna parte del planeta saltaría una alarma, detectarían al instante la IP del ordenador del que procediera la consulta y en pocos minutos un agente le echaría el guante al curioso de turno. Es decir, yo. Sonaba un tanto descabellado, pero si algo aprendí en mis años de aspirante a escritor es que la realidad siempre supera a la ficción, y lo hace con creces.

El paso previo era asegurar la seguridad de Maribel y para ello nada mejor que dramatizar una falsa ruptura o discusión en público. En el fondo resultaba un poco triste, dado que no había relación en sentido estricto. Segunda respuesta a la pregunta acerca de por qué no me casé: es imposible casarse si previamente no se tiene una relación con nadie.

Me dirigí a la mesa de mi compañera de fatigas y le pedí que nos viéramos esa tarde después del trabajo.

—Chico, ¿no crees que vas muy rápido? —me preguntó maliciosamente.

—Estoy de acuerdo y quiero romper nuestro romance antes de que sea demasiado tarde —contesté medio en broma.

—¿Vas a dejarme?

—Técnicamente, tú vas a dejarme a mí.

—Todo un detalle por tu parte…

No dije nada más y fingí buscar algo por la redacción. La actitud bromista de Maribel en esas circunstancias denotaba que estaba nerviosa o algo inquieta. Cosa perfectamente comprensible, atendiendo al rápido y un tanto absurdo desarrollo de los acontecimientos. A efectos prácticos, lo único que había sucedido era que unos tipos se habían llevado mi ordenador después de recibir yo un mail incomprensible. Desde ese momento, me estaba comportando como un personaje de novela de espionaje tal y como concibo que debe comportarse, pues, en honor a la verdad, nunca he leído una. Lo mío son los clásicos. Un Kafka postmoderno habría sacado un gran partido de este asunto. Ya lo creo.

—Muy bien —dije a Maribel—. Así están las cosas.

Sentados en una terraza no muy alejada de la redacción, tomábamos cerveza y fumábamos sin descanso. Le expuse detalladamente cuál era la situación y las razones de por qué se imponía una «despedida». No oculté mis preocupaciones y mi temor a que a ella le sucediera algo.

—León, voy a serte sincera. —Me incliné un poco hacia adelante— Puede que estés exagerando un poco. Tal vez todo esto no sea más que una tontería.

—Cierto, pero, ¿y si no lo es?

—Podrías contratar a un detective para que averiguase si alguien te sigue… —detecté un deje de burla en sus palabras.

—Maribel, esto es serio.

—¿Por qué no dejas todo este asunto, te olvidas de ello y sigues con tu vida? No has hecho nada y la cosa no va a pasar de aquí si te estás quieto.

Quieto. Menuda palabra. Era incapaz de imaginar otra que se ajustase menos a mí, cuando la verdad es que hacer caso a mi acompañante me habría venido de maravilla. Habría engordado un poco y habría sido bastante más feliz. Me habría casado y, quizá, hubiese llegado a escribir un buen libro. Puede que tuviera hijos. Total, cosas que uno se pierde cuando no sabe estarse *quieto*.

—Esto es lo que vamos a hacer —continué, ignorando sus recomendaciones—: vas a simular un enfado y te vas a levantar de la mesa airadamente. Así, si alguien nos está observando, creerá que nos hemos peleado y no se preocupará más por ti.

Aunque podría haberlo hecho, Maribel no mencionó la ingenuidad de mi plan. Optó, no obstante, por fingir seriedad y, mirándome fijamente a los ojos, añadió:

—¿Sabes que como inventor de juegos eróticos te lo montas bastante bien? El rollo «discusión en público» tiene su punto.

Me costó reprimir una sonrisa. «Ya te llamaré», contesté muy serio. Ella se levantó de repente y me estampó una sonora bofetada en la cara. No recordaba que fuera tan espantoso. Se alejó con paso firme, trasero turgente y duro como una piedra. De nuevo desaparecía la mujer de la que más cerca me había sentido en muchos años y con la que no había tenido ni visos de relación sexual. Tan lejos, tan cerca. Tan cerca, tan lejos. Paradojas del amor y el deseo. O, abreviando, del sexo.

Aquel sábado conduje hasta Madrid. Madrugué. Uno de los beneficios de estar soltero y sin perspectivas de cambio es que puedes permitirte algunos caprichos. El mío era lucir deportivo, un Spider Veloce del 76 en perfectas condiciones. Las manos de mi cirujano particular, el *doctor* Baricco, se encargaban de que el corazón de mi Alfa

Romeo no me diese ningún susto. De los Lounge Lizzards a Blue Cheer, de los Skatalites a Johnny Cash, de Miles Davis a los Cramps. El mp3 que había instalado en mi coche no dejaba de escupir buena música. Tal y como recomiendan las autoridades, hice un descanso después de dos horas de relajante travesía, me fumé un par de pitillos y sendos cafés. Lo de los cigarrillos fue mi aportación personal, ya que no estaba incluido entre las medidas de seguridad sugeridas por la Dirección General de Tráfico. Fue entonces, en aquella área de descanso, donde barajé la posibilidad de adquirir una grabadora de bolsillo. La misma en la que ahora almaceno mis últimas reflexiones.

Debería haber hecho caso a Maribel, ya lo sé, pero la mera idea de que alguien me persiguiera sin motivos, me observara, se permitiera el lujo de presentarse en mi lugar de trabajo y, sin dar explicaciones, se llevase mi ordenador personal (sí, personal), me sacaba de mis casillas. Tercera respuesta a la pregunta acerca de por qué no me casé: porque no sé ceder fácilmente. Detrás de mi apariencia de hombre tranquilo y un tanto desapegado se encerraba un personaje testarudo y peleón, dos cualidades que no se llevan bien con el casorio. Cuarta respuesta: al igual que el bueno de Carlos Gardel, estimo que entregarme a una sola mujer sería una falta de respeto hacia las demás. Y yo soy un tipo muy, pero que muy educado.

Debido a una mezcla de prudencia y una recién estrenada manía persecutoria, me había cerciorado de que nadie aparcase el coche cerca del mío al entrar en el área de descanso. En principio, nadie se había tomado la molestia de seguirme en fin de semana. Hasta los vigilantes necesitan un descanso. Antes de retomar la marcha, eché un vistazo alrededor. Traté de memorizar cada uno de los vehículos que se hallaban en el parking. Contemplé el rojo Ferrari de mi coche y sonreí orgulloso.

Salí de allí mirando por el espejo retrovisor. Efectivamente, nadie vino detrás. Revisé con cuidado todas las salidas y posibles accesos. Habría resultado imposible aparcar el coche fuera del área de descanso sin ser detectado. Subí el volumen para disfrutar de «Human Fly» y pisé el acelerador de mi bólido hasta la tabla. *Push the pedal to the metal*.

En menos de dos horas ya estaba en Madrid. Mi propósito era localizar el *ciber* más destartalado al que pudiera acceder. Condición indispensable: que no tuviera cámaras de seguridad. Condición deseable: que el dueño pasase de todo. Conclusión: un locutorio de inmigrantes constituía la mejor solución. Lavapiés se perfilaba como el destino ideal, una suerte de Bollywood-Zulú donde, además de poder comer de maravilla y disfrutar de gente agradable y amistosa, uno podía pasar totalmente desapercibido —salvo por el detalle de lucir un *buga* como el mío—. A cualquiera que le preguntasen, le sonaría haberlo visto y también cabía la posibilidad de que fuera yo quien no lo viera nunca más si lo dejaba allí el tiempo suficiente. Decidí, por tanto, aparcarlo en otra zona y tomar el metro. Por suerte para mí, los sábados resultaba un poco más fácil encontrar aparcamiento. O fue pura casualidad. Extraer una ley general a partir de un único caso particular siempre ha sido bastante problemático.

No hay vez que no me pierda en el metro. Me fascinan esas construcciones bajo tierra, enormes y misteriosas, aunque reconozco que siento un poco de claustrofobia y, en especial, padezco un incontrolable pánico a las explosiones. Desde el atentado del 11M, el transporte público madrileño —creo que cualquier transporte público en general— me causa un poco de respeto. Me incomoda profundamente. Antes de eso, me asustaban las bombonas de butano, las ollas exprés y las botellas de champagne y sus derivados. En definitiva, cualquier cosa que pudiera saltar por los aires en el momento menos esperado. De niño, los objetos que me aterrorizaban eran los globos, los petardos y los cohetes. Por fortuna, jamás he visitado un terapeuta, en cuyo caso me habría diagnosticado algo extraño como ligirofobia u otra cosa mucho peor que me habría perturbado seriamente. He aprendido a vivir con ello: cuando voy a un restaurante, pido que abran otros las botellas de líquidos espumosos y siempre tomo vino en casa (los hay que superan el romanticismo del champagne), uso electrodomésticos eléctricos y cocino a fuego lento. A partir de ahora tampoco volveré a coger el metro ni el tren y preferiré vacilar de Spider, aunque resulte más llamativo y cueste más aparcar. Para algunos, las fobias son un problema; para mí, imprimen carácter.

Jamás entenderé cómo la gente se queda dormida en el metro y se despierta justo cuando llegan a su destino. Tal vez la vida en sí no sea otra cosa aparte de vivir dormido hasta llegar a la meta. Algo bastante desasosegador, como cualquiera imaginará.

Tampoco me gusta mucho que el personal lea mientras viaja, por la sencilla razón de que me recuerda mi fracaso como escritor. Siempre leen bestsellers no escritos por mí, a excepción de los que se decantan por textos cultos. Normalmente éstos coinciden con aquellos que van durmiendo. Los dejan en sus rodillas a modo de tarjeta de presentación. Es como si dijeran: «Yo leo estos libros cuando estoy despierto. Soy una persona sensible. Deja tu teléfono y ya te llamaré y tal». Cada uno se lo monta como puede.

Cuando mis zapatos pisaron Lavapiés, un olor a especias —y especies— desconocidas por mí me embriagó. No me costó demasiado localizar un locutorio, aunque fallé en mi pronóstico. El tipo que regentaba el chiringuito, un indio con cara amable, me miró sorprendido. Supongo que se preguntaría qué hacía un tipo tan bien vestido, uno de esos que seguramente tendría un móvil con Internet, allí metido. Para mi tranquilidad, no había cámaras de seguridad. Pagué una hora de conexión y me entregué a la búsqueda de información. Había preparado durante el viaje lo que tenía que meter en el buscador y estaba entrenado para conseguir toda la información en menos de tres minutos. Me sobró tiempo. Apenas había entradas sobre bunk.com y, desde luego, nada relevante. Algo que debería haber supuesto. Un poco de información sobre hidrografía norteamericana, grupos ecologistas y bastantes páginas—espejo vacías de otro contenido que no fuera publicitario y/o pornográfico. Obviamente, no caí en el error de querer saber más sobre el remitente del mail, ni siquiera el de la agencia de envasado de noticias. Eso me habría situado en la cuerda floja y no habría hecho falta que nadie reconociese mi Spider. Salí pitando de allí un tanto inquieto, pues el indio volvió a fijarse en mí. ¿A quién se le ocurre dejarse caer en un locutorio de Lavapiés vestido como yo y pretender pasar desapercibido? Si al menos hubiese dicho al entrar algo parecido a «Salam Aleikum», la cosa habría cambiado, ya que no creo que el encargado percibiese que el acento no era el adecuado. Pero me limité a saludar con un «Hola». Total, que mejor me encomendaba a Dios o Alá, o a cualquier otro que impidiese que nadie de la Interpol se dejase caer por allí a preguntar. Algo, por lo demás, totalmente imposible.

Puesto que tenía todo el día libre y muy pocas ganas de conducir otras cuatro horas, decidí regresar al coche a pie. A medio camino, entré en un bar, pedí dos cafés al mismo

tiempo y me encendí un cigarrillo que daría paso a otros dos más. Reflexionaba acerca del fracaso de mi viaje. Volvía a estar en un callejón sin salida. Bunk parecía no existir, a pesar de que alguien hubiese enviado un mail desde una cuenta de correo propiedad suya. Solo se me ocurría que tal vez la persona de la agencia de noticias supiera algo. La duda era cómo contactar con ella sin levantar sospechas. Si la cosa fallaba, me prometí a mí mismo que abandonaría el asunto. Aún tenía el olor a pachuli metido en las narices.

5

Ereván, capital de Armenia.

Las luces del laboratorio estaban totalmente apagadas. Únicamente un pequeño flexo alumbraba una mesa. Un hombrecillo menudo escribía algo en un cuaderno, lo cual contrastaba con la avanzada tecnología de los aparatos que componían aquella sala y, a decir verdad, con la propia sala, construida a base de materiales de inclasificable procedencia y naturaleza. Si los platillos volantes existieran, su sala de enfermería sería similar a aquel laboratorio. Al igual que el cuaderno, el hombre también parecía fuera de contexto: la bata blanca, el pelo, cortado al uno, cubriéndole únicamente las sienes y la nuca, reducida estatura, traje de tweed con chaleco y corbata incluidos, gafas redondas minúsculas. Si hubiese llevado un reloj de cadena, el tipo podría haber salido de principios del siglo XX sin problemas. Dejó el bolígrafo, sacó un pañuelo del bolsillo y desempañó las gafas. Después se frotó la frente con una mano mientras cerraba los ojos. Finalmente, decidió incorporarse y estirar los brazos. Colgó la bata en el respaldo de la silla, apagó el flexo y avanzó a oscuras hacia una puerta metálica de seguridad.

Era de noche. Un hombre apoyado en el capó de un coche, un Bentley Arnage negro excepcionalmente brillante, le esperaba en la oscuridad. El hombre de la bata se le acercó.

—No sabía que condujese usted, señor Esdras —fue su saludo.

—Ya ve. A veces me gusta sentirme libre —sonrió socarronamente y alargó la mano para estrecharla.

—Bonito coche.

—Su inglés ha mejorado mucho desde la última vez que nos vimos.

—Gracias.

—¿Quiere que le lleve a alguna parte?

—Tengo mi propio vehículo, muchas gracias.

—En ese caso, tal vez pueda invitarle a una copa, señor Oppenheimer.

Niels Oppenheimer se lo pensó un instante, mientras observaba detenidamente a su interlocutor. Esdras sacó la pitillera del bolsillo interior de la chaqueta y ofreció uno al recién llegado.

—Son egipcios. —El americano esbozó una sonrisa tan maliciosa como cómplice. Oppenheimer accedió.

—Veo que no pierde usted las buenas costumbres. —Se aproximó al encendedor que Esdras le ofrecía e inhaló el humo con fruición— Reconozco que están deliciosos. —Hizo otra pausa para saborear otra calada de aquel exótico pitillo— Está bien, de acuerdo. Tomemos esa copa.

—Si le parece bien, podemos encontrarnos en el lugar de la otra vez. ¿Lo recuerda?

—Sí, claro.

—Esta vez deje que el aparcacoches se ocupe de todo.

Esdras tiró el cigarrillo a medio y subió al coche. A lo lejos se divisaba una alambrada metálica y una garita de vigilancia. Dos militares estaban apostados uno a cada lado de la barrera de seguridad. Oppenheimer vio cómo se levantaba ésta al acercarse el enigmático visitante. Terminó su cigarrillo tranquilamente y se introdujo en su automóvil dispuesto a seguirle.

De camino hacia el punto de encuentro, Oppenheimer rememoraba cómo conoció a Esdras. De hecho, era la tercera vez que lo veía, a pesar de haber transcurrido cinco años desde entonces. La primera vez tuvo lugar en un congreso en la propia Armenia. Oppenheimer, físico nuclear de profesión —si bien no emparentado con otro Oppenheimer harto más conocido—, daba una conferencia sobre nuevas técnicas de fisión. Los datos aportados generaron un gran revuelo internacional que, por alguna razón, se mitigó rápidamente y sobre la cuestión se corrió un oscuro velo. El temor era comprensible. Un mal uso de aquellos descubrimientos podría dar lugar a armas nucleares sin precedentes y esos temas, qué duda cabe, solían sensibilizar a la población, preocupar a los distintos países y alimentar a la prensa. Oppenheimer fue

abucheado en plena ponencia y se vio obligado a abandonar la sala antes de concluir. Únicamente, un señor de pelo rojizo y aspecto peculiar se acercó a él en el pasillo y le invitó a tomar una copa. Aquel hombre era Esdras.

La mayor preocupación de Oppenheimer por entonces era que su proyecto se quedase sin financiación, algo que podría haber sucedido dada la presión internacional. Mas el amigo americano estaba dispuesto a aportar una solución.

—Buenos días, ¿entiende usted mi idioma? —de este modo se le presentó Esdras en aquel congreso.

—Sí —Oppenheimer ostentaba un fuerte acento azerí—. Ya ha podido observar que he dado mi conferencia en inglés…

—No sería la primera vez que viera a alguien con un guión escrito y que luego… Pero bueno, en ese caso, tal vez pueda ofrecerle una copa, señor Oppenheimer.

—¿Quién es usted? —preguntó el físico— ¿Nos conocemos?

—Un amigo que, a su vez, tiene otros muchos amigos que desean ayudarle. Su propuesta me ha parecido sumamente interesante y sería una pena que se viniese abajo debido a la cobardía e ignorancia de un puñado de hipócritas, ¿no cree, señor Oppenheimer?

—Está bien —accedió éste.

—¿Podemos vernos esta noche en el Café Mamoulian? ¿Lo conoce?

—Sí, claro. Aunque me temo que no es el tipo de locales a los que suelo acudir.

—Dígale al portero que ha quedado con el señor Esdras, y disculpe la descortesía de no haberme presentado antes —alargó la mano para estrecharla con la del científico—. ¿Las ocho le parece una buena hora?

—Un poco tarde.

—Tanto mejor. Tengo otros asuntos que no pueden ser demorados y me van a mantener ocupado todo el día. Espero que sepa usted perdonarme.

—De acuerdo. A las ocho allí.

Oppenheimer se quedó solo en medio del pasillo después de que Esdras se hubiera marchado. Ni un aplauso, ni un elogio, pero una esperanza en el horizonte. Una luz en forma de delgado alienígena. Una propuesta.

Antes de poder acceder al Café, el físico repudiado por la comunidad científica, tuvo que dar varias vueltas para encontrar aparcamiento. Sin duda había aceptado la descabellada invitación debido a la frustración y a la rabia ante el rechazo. Años de investigación no podían acabar en un cajón sin más. Resultaba penoso tener que recurrir a un desconocido que Dios sabe qué pretendía en realidad. Pero así son las cosas. Para un hijo de Azerbaiyán, las oportunidades no abundaban y lo menos que podía hacer era tomar una copa con aquel señor y ver qué tal.

Oppenheimer acudió veinte minutos tarde a la cita. El señor Esdras había acertado al sugerirle que le dijese al portero que había quedado con él, pues el Café Mamoulian no era, lo que podía decirse, para todos los públicos. Se trataba de un club selecto al que asistían políticos, empresarios multimillonarios y algún que otro traficante de armas. Esdras se puso en pie para recibir a su invitado.

—Lamento el retraso —se disculpó un azorado Oppenheimer.

—No pasa nada. Estaba bien acompañado —añadió señalando a un vaso de Glenfiddich—. Se lo recomiendo. Nos conocemos desde hace muchos años y jamás me ha defraudado. —Una sonrisa se dibujó en su rostro.

El científico miró a su alrededor. Se sentía ligeramente desubicado. Un señor muy elegante le había acompañado a un reservado donde le esperaba su misterioso anfitrión, algo que no solía sucederle de manera habitual.

—¿Un cigarrillo? Son egipcios —ofreció Esdras, abriendo su pitillera.

—No, gracias. Fumaré uno de los míos. No quisiera cogerle el gusto a los suyos. Son difíciles de encontrar por aquí —Esdras sonrió—. Bien, dígame cuáles son esos amigos que desean ayudarme —prosiguió Oppenheimer.

—Trabajo para el Departamento de Seguridad de los Estados Unidos. Aunque no lo crea, mis superiores han seguido con atención sus investigaciones y estarían muy interesados en colaborar en su proyecto.

—No estoy interesado en asuntos militares.

—Me alegro. Por un instante creí que me iba a decir que no tenía intención de trabajar para los Estados Unidos… Mire, nosotros tampoco nos enorgullecemos de ello. El problema es que hay que estar prevenido contra los enemigos de la libertad. Personalmente, prefiero denominar a las actividades de nuestro Departamento «medidas disuasorias». Nos vemos en la obligación moral de proteger a los nuestros. —Hizo una pausa para tomar un sorbo de su exclusivo whisky y dar una calada a su cigarrillo egipcio—. ¿Tiene usted familia?

—Sí, mujer y dos hijas.

—Estupendo. Comprenderá entonces nuestras preocupaciones. Al igual que usted, deseamos que nuestros hijos vivan sanos y seguros —dijo clavando los ojos en los de Oppenheimer.

Éste pensó en su pequeña Anna, su hija menor, enferma de esclerosis múltiple desde la infancia, a pesar de suponer dicho hecho una excepción.

—Exactamente, ¿qué quieren de mí? —preguntó Oppenheimer.

—Tan solo que continúe con sus investigaciones. Nosotros le proporcionaríamos todo lo necesario, sin reparar en gastos. Lo que incluye, obviamente, una sustanciosa retribución por sus servicios.

—¿Y a cambio?

Esdras volvió a hacer otra pausa.

—A cambio tendría que compartir sus descubrimientos con nosotros. Es un trato justo, ¿no cree? —sonrió—. Estaríamos dispuestos a instalar un laboratorio aquí mismo y más adelante, si usted lo desease, podría trasladarse con su familia a los Estados Unidos. Es un lugar maravilloso, ¿ha estado alguna vez allí?

—En un par de ocasiones.

—Magnífico. Bien, ¿qué me dice?

Un camarero apareció con otro vaso de Glenfiddich para el científico. Oppenheimer, un tanto desconcertado, dio las gracias.

—Pruébelo. —Adelantándose un poco y bajando la voz en tono confidencial, Esdras añadió—: Me han dicho que también *éste* resulta un poco difícil de encontrar por aquí. —Incidió en «éste».

—Tengo que pensarlo —determinó el hombrecillo de las gafas redondas.

—No espere demasiado. No disponemos de mucho tiempo. —La respuesta del americano puso a Oppenheimer en guardia.

—¿Tiempo para qué?

—Tiempo para muchas cosas, como, por ejemplo, para explicarle por qué no nos queda mucho tiempo. No pretendo insistir, pero sabe muy bien que si no acepta mi oferta, la comunidad científica internacional se le echará encima, cancelarán su proyecto y quién sabe qué más podría pasar. Su hija Anna necesita medicamentos y, en fin, la vida es cara incluso aquí, ¿verdad?

—¿Qué sabe usted de mi hija Anna? —preguntó Oppenheimer visiblemente disgustado. ¿Para qué le había preguntado antes si tenía familia si ya lo sabía?

—Ya le he dicho que tenemos la obligación moral de proteger a los nuestros. Y usted podría ser uno de ellos. —Esdras sacó de la chaqueta una pequeña libreta y una estilográfica. Anotó un número de teléfono y, tras arrancar la hoja, se la entregó a su acompañante. Después se levantó y concluyó—: Piénselo un poco y llámeme. Al whisky invito yo.

Oppenheimer sostuvo el papel en las manos mirándolo fijamente, con una mezcla de desagrado, ira y también desesperación. Estaba contra las cuerdas. En su fuero interno sabía que todo lo que había mencionado ese caballero de modales refinados y mirada infernal era cierto. Tarde o temprano tendría que aceptar su oferta. Terminó su

copa y salió a la calle. Fuera, el contraste térmico era brutal. También el estético. Nada de lujos, nada de whiskies caros ni de pitillos egipcios. Todavía llevaba el papel con el teléfono anotado en la mano. Volvió a mirarlo antes de meterlo en su cartera. Se apretó la chaqueta y se dispuso a buscar su coche.

Dos días después, todavía sumido en la desazón que le había provocado el hecho de que Esdras supiera algo acerca de su familia, algo tan íntimo y doloroso como la enfermedad de su hijita, Oppenheimer descolgó el teléfono y marcó el número escrito en el papel.

—Buenos días, señor Oppenheimer —contestó una voz al otro lado del aparato—. ¿Cómo le va?

—Llamaba para decirle que acepto su oferta.

—Excelente. En unos días enviaré a unos hombres para ultimar todos los detalles y, de paso, para que le lleven los documentos que usted debe firmar. Pura formalidad, ya sabe. Le felicito por su decisión.

Tal y como había señalado Esdras, tres días después, dos hombres con fuerte acento norteamericano se presentaron en el antiguo laboratorio de Oppenheimer, propiedad de una multinacional. En un mes el nuevo laboratorio estaría construido y equipado con todo el instrumental que el científico necesitase. Asimismo, éste percibiría mensualmente un estipendio de treinta mil dólares. Por su parte, Oppenheimer debía firmar un documento que le comprometía a ceder la patente a los Estados Unidos para que fuera incorporada al Programa de Seguridad y Defensa. Tras la cesión, el físico recibiría una cantidad que le convertiría inmediatamente en multimillonario y un permiso de residencia vitalicio con posibilidad de nacionalización en los Estados Unidos para él y toda su familia. El científico pensó en su pequeña Anna, en el largo y tortuoso camino que había recorrido hasta llegar hasta ahí, en el rechazo de la comunidad científica internacional y, finalmente, estampó su rúbrica en el contrato. De la noche a la mañana se había convertido en un hombre rico.

Las obras se realizaron con suma diligencia. Centenas de hombres trabajaban sin descanso. El laboratorio estaba incluido dentro de una especie de base militar dotada de

fuertes medidas de seguridad. De cara a la población, el recinto se destinaba a llevar a cabo investigaciones hidrográficas. Sin embargo, la urgencia con que se desarrollaba todo sumía a Oppenheimer en la duda y hacía crecer en él un sentimiento de culpabilidad. ¿Para qué tenían poco tiempo los señores del otro lado del Atlántico? Estaba claro que no iban a invertir tanto dinero para que sus ciudadanos asumiesen un coste menor en la factura de la luz. ¿Qué se proponían realmente? Oppenheimer, alguien que había sido un chaval procedente de una familia humilde oriunda de un pueblecito cercano a Bakú y que se había labrado un porvenir con gran esfuerzo, no deseaba formar parte de una catástrofe. No tenía intenciones de mancharse las manos de sangre. Demasiada sangre había visto a lo largo de su vida. Trataba de consolarse pensando que únicamente les movía un afán de posesión, de acumulación de saber y patentes. Incluso podría tratarse de una estrategia disuasoria más efectiva que la propia guerra: si ellos preservaban los resultados de la investigación, ningún loco podría hacerse con ellos y poner en juego la supervivencia del planeta. Después de todo, unos tipos que hubiesen contado con personajes como Emerson o Thoreau entre sus filas no podían ser tan perversos. Reflexiones que no impedían que alguna noche no consiguiera conciliar el sueño y se sumiera en un insomnio aterrador. El insomnio de alguien incapaz, debido a sus acciones y decisiones, de conciliar el sueño de los justos.

La segunda vez que Oppenheimer vio a Esdras fue a propósito de una visita de éste al nuevo laboratorio. Un mes después del final de las obras, Esdras acudió a comprobar que todo estaba en orden y el científico absolutamente satisfecho.

—¿Qué le parece su nuevo laboratorio? —preguntó Esdras mientras acariciaba una especie de mostrador.

—No está mal.

—No está mal… —repitió al tiempo que asentía lentamente con la cabeza y repasaba el habitáculo con la mirada—. Yo diría que se trata del sueño de cualquier científico.

—He de reconocer que es un lujo poder trabajar aquí, por lo que les estoy muy agradecido.

—No tiene importancia. Ya le dije en su momento que si decidía permitir que colaborásemos con usted, no le faltaría de nada. Por cierto, ¿cómo está su familia? ¿Qué tal la pequeña Anna?

—Muy bien, gracias —respondió Oppenheimer reprimiendo las ganas de rogarle que dejase de preguntar por ellos.

—Me alegro mucho.

La enfermedad de Anna constituía el motivo más poderoso que llevase al físico a aceptar la oferta de Esdras. Después de todo, si Dios había permitido que a su hija le sucediese algo así, pues sus caminos son inescrutables, resultaba lícito pensar que tal vez concibiera el mismo plan para el resto de la humanidad. El egoísmo bien entendido, esto es, la preocupación por los propios intereses, resultaba ser una forma tan valiosa de contrarrestar el caos como otra cualquiera. Si resultaba cierto aquello de que mi libertad termina donde empieza la del otro, lo mismo podría decirse de mi egoísmo. Ya se encargarían los demás, en la defensa de sus intereses, de que no creciese desmedidamente. Así todos tan contentos.

De éste y otros modos similares justificaba Oppenheimer su colaboración con los *yankees*. Esdras confesó que le apetecía fumarse un cigarrillo fuera y le pidió a su protegido que le acompañase.

—¿Quiere uno de los egipcios? —ofreció una vez se encontraron en la superficie exterior.

—¿Sabe? Le estoy cogiendo cariño a los americanos —respondió el físico sacando una cajetilla de *Lucky Strike* (un golpe de suerte)—, pero le agradezco el ofrecimiento.

El monte Ararat se vislumbraba a lo lejos, majestuoso y enigmático.

—¿Ha escalado usted la montaña? —preguntó Esdras señalando al frente—. Dicen que los chinos han encontrado los restos del Arca de Noé. ¿Qué le parece? Los chinos siempre tan emprendedores, ¿eh?

—No he tenido ocasión. ¿Y usted?

—Olvidaba que era usted un hombre muy ocupado, señor Oppenheimer —dio una calada lenta y ceremoniosa a su cigarrillo y prosiguió—. Yo he escalado muchas montañas y le puedo asegurar que el Arca de Noé no se encuentra ahí. —Sacudió las cenizas suavemente, mirando dónde caían. Entornó un poco los ojos, añadiendo— Sé lo que piensa usted de mí. En el fondo me desprecia, a mí y a mi país. Seguro que cree que somos unos prepotentes que nos aprovechamos de personas en situación desesperada. Todo lo arreglamos con dinero y con violencia, ¿no es verdad? Sin embargo, usted mismo ha podido comprobar que no todos los americanos somos unos devoradores de hamburguesas. Pues así sucede con el resto de estereotipos —Oppenheimer no contestó—. Debe usted creerme cuando le digo que solo deseamos ayudar. Una catástrofe nos perjudicaría tanto como al resto y de nada serviría entonces nuestro dinero ni ninguna otra cosa.

—Eso no ha impedido que causen guerras injustas con fines meramente económicos —repuso Oppenheimer.

—Lamento no estar del todo de acuerdo con usted, aunque comprendo que sea una idea bastante extendida. El hecho de ser la primera potencia mundial siempre despierta ciertos recelos en los demás. Incluso dentro de nuestras fronteras existen bastantes personas cuya opinión coincidiría con la suya. Qué le vamos a hacer. De todos modos, ahora usted es uno de los nuestros, así que deberá establecer de quién quiere fiarse.

El monte Ararat, los chinos y el Arca de Noé. Una extraña combinación. Oppenheimer advertía que un laboratorio de las características del suyo suponía una especie de garantía de fidelidad, un compromiso fuerte que casi rozaba la hermandad. «Ahora es usted uno de los nuestros». Rico y americano de un día para otro. A cambio una minucia: entregar unos documentos donde, indirectamente, se explicaba cómo destruir a todo el planeta, además de cómo generar energía limpia y económica.

Después de aquel día, el único contacto que los dos hombres habían mantenido era vía telefónica. En su última conversación, Esdras le había instado a dar por concluida la primera fase del proyecto. Después de cinco años parecía que, en efecto, el tiempo se estaba agotando.

Oppenheimer conducía su viejo coche en dirección al Café Mamoulian. El nombre del café no dejaba de figurársele una tremenda ironía, ya que, a excepción del pelo, él mismo guardaba un gran parecido físico con Rouben Mamoulian, el director de cine al que habían largado de unas cuantas producciones y con el cual nada tenía que ver el nombre del café. La distancia entre Esdras y el científico era la determinada por medio cigarrillo egipcio y la diferencia de cilindrada entre los dos vehículos. Lo que no impidió que, cuando Oppenheimer se presentó en el mismo reservado de la primera vez, tras haber dejado en manos del desconcertado aparcacoches las tareas propias de su oficio, el americano no estuviera ya disfrutando de un magnífico Glenfiddich y un pitillo oriundo de las tierras de Cleopatra —a propósito, una de las producciones en las que se había prescindido del director armenio a mitad del rodaje—.

—Parece que al final se nos echa el tiempo encima —anunció Esdras—. Estamos deseando hacerle millonario.

Estaba claro que aquellos tipos querían recoger el fruto de su inversión. Hasta la fecha, habían dejado absoluta libertad al físico, pero el plazo había expirado.

—Está todo listo —anunció Oppenheimer.

—Es una buena noticia. A propósito, ¿qué hará usted con todo el dinero? Si no es indiscreción…

—Se me ocurren un par de cosas.

—Antes de que se me olvide, conozco un par de clínicas en los Estados Unidos que están obrando milagros en materia de esclerosis múltiple. —Oppenheimer sintió cómo la repulsión crecía en su interior—. La ciencia es algo maravilloso, ¿no está de acuerdo conmigo? —hizo otra pausa retórica—. ¿Qué le movió a interesarse por los átomos?

—Por aquí los inviernos son muy duros. La energía nuclear podría facilitar la vida de muchas personas —respondió con una mirada dura y ansias de partirle la cara.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señor Oppenheimer. Ya lo creo.

Los dos hombres permanecieron en silencio un instante, frente a frente, la mirada de uno clavada en la del otro. Cigarrillos egipcios y golpes de suerte. Clínicas milagrosas y estufas nucleares. La ciencia es algo maravilloso.

6

Klaus Zimmermann volvió a repasar el contenido de la carta que aquellos dos armarios humanos le habían entregado. Una nota formal por la cual se le invitaba a supervisar unas instalaciones destinadas al estudio hidrológico. No era la primera vez que habían tratado de ponerse en contacto con él. Estando en Berlín había recibido numerosas llamadas y correos electrónicos solicitando sus servicios, a lo cual jamás había accedido. Tampoco habría sido la primera vez que sus pies pisasen suelo norteamericano. Frecuentemente era invitado por sus universidades a dar charlas e impartir seminarios. La última vez, seis años atrás. Le agradó descubrir la presencia de un fuerte movimiento ecologista entre los estudiantes y algunos profesores. Había hecho buenos contactos con los que mantenía una cierta relación, a pesar de mantenerse alejado de la docencia.

Durante su último año en la Universidad Técnica de Berlín había recibido la visita de enviados de Bunk en un par de ocasiones. Los mensajeros habían acudido siempre en grupos de dos, causando en el biólogo una profunda desconfianza. Sus modales de agentes secretos le desagradaban sobremanera. El «señor» para acabar cada frase, la cortesía extrema y artificial, fingida y tensa, los peinados pulcros y anticuados, los trajes impecables, la pistola perfectamente disimulada. Aspectos que no contaban con su simpatía. A fin de cuentas, él tan solo era un científico muy poco interesado en cuestiones militares o policiales. Por lo demás, la insistencia del «Departamento Hidrológico» y la filial Bunk, sobre la cual no había encontrado nunca mucha información ni dentro ni fuera de la Red, le desconcertaba. Cierto que él era uno de los expertos mejor valorados del mundo, pero había otros, incluso dentro del territorio estadounidense: su colega Burt Kutcher, de la Universidad de Wisconsin-Madison, el doctor Perkins en Michigan, Philippe Hasselman en Canadá… ¿No resultaba suficiente con ellos, si es que habían contactado, o también les habían ofrecido sus respectivas negativas? Kutcher seguro que los habría mandado a paseo.

El caso es que desde hacía más de cinco años no había recibido noticias de dicha organización y los datos sobre las actividades de Bunk seguían siendo poco fiables o, en

cualquier caso, determinantes. Parecía tratarse de la Agencia de «relaciones públicas» del Departamento Hidrológico de los Estados Unidos, si bien otros datos apuntaban a que sus funciones se extendían más allá. Nada mejor que una buena correspondencia con los estudiantes más *geek* para mantenerse al día de lo que no era de dominio público ni solía publicarse en ninguna parte. Al parecer, Bunk también prestaba sus servicios al Departamento de Defensa, aunque esto estaba todavía menos documentado que su vinculación al Departamento Hidrológico. Tan solo existían rumores al respecto.

Erika seguía entusiasmada con el asunto de la exposición en París y Brandeis estaba dispuesto a perfeccionar el prototipo de placa solar casera de su padre. Dagna, por el contrario, se preocupaba por su marido. La visita de los agentes de Bunk le había desasosegado, a pesar de los intentos por parte de Klaus de tranquilizarla. Aunque él nunca lo hubiera confesado, ella sabía que aquellas repetidas visitas, llamadas y correos electrónicos se habían convertido en otro de los motivos de la salida voluntaria de la Universidad Técnica. Sospechaba que su esposo albergaba dudas y temores acerca de las actividades del famoso Departamento Hidrológico estadounidense y su inclasificable filial. En honor a la verdad, también Zimmermann había cambiado bastante desde que abandonase la Universidad, puede que desde un poco antes. Se había vuelto más desconfiado, había extremado sus planteamientos ecologistas rozando la radicalidad. Ella sabía que mantenía contacto con diversas organizaciones y personas de distinta procedencia, aunque él jamás hablaba de ello. Se limitaba a acercarse a la ciudad sin dar más explicaciones y regresaba unas horas más tarde. En ocasiones viajaba a Berlín «para visitar a éste o aquél». Tampoco era raro que invitase a gente a pasar unos días en casa: profesores extranjeros, chavales, estudiantes, amigos suyos desconocidos para Dagna, y un largo etcétera. Solían pasear por el bosque durante largas horas. Klaus afirmaba que charlaban sobre ecología y temas afines. Él les resolvía dudas, o ellos a él, animaba a los estudiantes a continuar el estudio de los ríos, los mares y las aguas, dirigía a la sombra algunas tesis doctorales sin figurar en ninguna parte. En definitiva, se había convertido en una especie de consultor e incluso un guía espiritual para muchas personas. Lo que resultaba un misterio, al menos para Dagna, era qué tipo de consultas le hacían. Zimmermann siempre recurría a evasivas o se ocultaba tras un discurso técnico e incomprensible. Por fortuna, tales episodios no pasaban de ser una anécdota en sus vidas, de forma que Dagna no les concedía mayor importancia.

La esposa del biólogo sabía perfectamente que el cese de la «tregua» afectaría a Klaus, quien se había mantenido más taciturno que de costumbre desde entonces.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó a Zimmermann mientras apoyaba sus manos en los hombros desde atrás.

—Muy bien.

—¿Por qué crees que han regresado esos señores?

—Francamente no lo sé. No es algo que me quite el sueño. —Klaus Zimmermann contemplaba el huerto—. Mañana tengo que ir a la ciudad. Quiero comprar unos materiales.

Dagna no ignoraba que su viaje se debía a la visita de los mensajeros de Bunk, aunque optó por no hacer demasiadas preguntas. Se sentó a su lado y también dirigió su mirada hacia el huerto.

—¿Piensas que son peligrosos? —prosiguió Dagna. Zimmermann meditó la respuesta.

—Espero que no, Dagna, espero que no. —Dicho esto, apoyó su mano sobre la de su mujer sin dejar de mirar al frente.

A la mañana siguiente, después de desayunar con los suyos, Klaus se dispuso a recorrer unos cuantos kilómetros. Llevaba una lista de lo que los miembros de su familia necesitaban de la ciudad: un bloc, dos tuberías de cobre, cerveza, alimentos diversos y clavos. Nada que no pudiera adquirir en la cooperativa agrícola en la cual se abastecía toda la familia habitualmente.

—Estaré de vuelta para cenar.

—¿Puedo ir contigo, papá? —preguntó Brandeis.

—Tengo cosas que hacer, hijo. —La respuesta no satisfizo al pequeño, aunque no se quejó.

La primera parada fue el almacén. El calor no estropearía nada y así Klaus se despreocuparía de horarios y demás. De camino a la ciudad sopesaba la posibilidad y conveniencia de escribir a Kutcher. Había cancelado su cuenta de correo de la Universidad Técnica, optando por otro más corriente y menos conocido. Solía mirarlo una vez al mes. Hacía bastantes años que no veía a su colega de Wisconsin, aunque mantenía una correspondencia regular. Las investigaciones del americano se centraban, al igual que las suyas, en el estudio del agua, especialmente en los procedimientos de almacenamiento y métodos de potabilización. Solía pasar largas temporadas en una base instalada junto al Lago Superior. Zimmermann no quería implicarle, con pruebas documentales de por medio, en nada que tuviera que ver con Bunk, de forma que lo mejor sería concertar una reunión en persona, bien en su casa, bien allá donde se encontrase Kutcher. Aunque, por otra parte, si Bunk no había contactado con él, a uno de los dos la visita le saldría bastante cara, dado que el viaje sería realizado en balde.

Klaus tenía localizados varios *ciber* que no contaban con cámaras de seguridad. A pesar de que sus acciones no eran delictivas, se sentía más cómodo alejado de un objetivo. Solía alternar de local para no hacerse conocido, luego reconocible. Los mejores eran siempre los regentados por inmigrantes. No les gustaba meterse en la vida de nadie (demasiado tenían con evitar inspecciones y preguntas embarazosas).

Aparcó la furgoneta y se encaminó hacia un locutorio del que se encargaba un turco con cara de haber preferido dedicarse al negocio del *kebab*. Pagó una hora de conexión y una botella de agua. Buscó un ordenador lejos de los ocupados por chavales pertrechados con auriculares o exhibiéndose delante de una webcam destartalada, con los ojos clavados en la pantalla, los dedos al ratón o al teclado y el gesto contraído. Debían estar librando una batalla global, por suerte virtual, o haciendo gala de sus faltas de ortografía a través de un programita de mensajería instantánea, cuando claramente preferirían estar cascándosela mientras surfeaban por las páginas de contenido pornográfico. Ventajas o inconvenientes de no disponer de un portátil y una conexión a Internet en la habitación de uno.

Tarea número uno: escribir a Kutcher. Es increíble la cantidad de *mails* que pueden acumularse en un mes, incluso con un potente *anti-spam* instalado.

Querido Burt,

¿Qué tal tus investigaciones en Lago Superior? ¿Habéis acabado con toda el agua? Te escribo porque me gustaría consultarte unas cosas en persona. ¿Has pensado tomarte unas vacaciones por Europa o prefieres invitarme a uno de esos pescados al aceite de Harley Davidson *que soléis pescar por ahí? Ponte en contacto conmigo. Es urgente.*

Abrazos

K

Como viejos amigos que eran, Kutcher comprendería de inmediato la importancia del asunto y encontraría el modo de contactar con su colega alemán del modo más discreto posible, pues conocía su aversión a los ordenadores y a los teléfonos móviles —al margen de que ocasionalmente se viera obligado a recurrir a ambos—.

Tras enviar el mail, Zimmermann accedió a un blog que visitaba habitualmente, *Aquarius*, destinado a cuestiones hidrológicas y ecológicas en general. Escribió la siguiente entrada:

Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña. Los visitantes están entre nosotros. Otra invitación a su fiesta. ¿Cuál debe ser la respuesta de Alí Babá?

Klaus permaneció un instante contemplando estúpidamente la pantalla del ordenador, preguntándose si había hecho lo correcto, si su entrada era lo suficientemente comprensible (o incomprensible). Los usuarios del blog estaban acostumbrados al lenguaje críptico, pero Zimmermann no tenía claro si se había excedido o no.

Los que sí se habían pasado de la raya eran los tipos de Bunk. Presentarse en su casa sin previo aviso suponía una falta absoluta de cortesía. El biólogo había ocultado a su mujer la preocupación que se había apoderado de él. Percibía una amenaza latente.

Dos tipos trajeados no suelen internarse sin más en medio del bosque a entregar una carta a un pacífico ecologista. «Sería deseable que nos acompañase», dijeron. Por mucho que hubiesen tratado de retractarse o atenuar el impacto de su afirmación, aquello era una advertencia ridículamente encubierta. ¿Cuáles serían las consecuencias de su negativa a cooperar? ¿De qué le había servido abandonar su plácido puesto en la Universidad Técnica si, después de todo, no podía sentirse a salvo? ¡Con lo cómodo que viviría entre carcamales y colegas que aspiraban a que llegase el viernes tanto como un sustancioso cheque a fin de mes! Lo único que tendría que haber hecho era fingir que investigaba sobre algo que no le interesaba a nadie e impartir un par de clases a la semana. Tan sencillo como eso. En cambio, Zimmermann prefirió ceder su despacho al pajillero de Bingham y dejar que las momias de la Academia se la pelaran mientras jugaban a asfixiarse apretando el nudo de la pajarita más allá de lo recomendable para el mantenimiento de la supervivencia, es decir, aquello que garantizaba que uno pudiera seguir escribiendo artículos absurdos y citar a sus compañeros de Departamento con objeto de recibir alguna palmadita en la espalda, de mantener el *statu quo* o, en el mejor de los casos, de encandilar a alguna estudiante de intercambio desorientada y confusa y llevársela así al catre.

Klaus aprovechó la visita a la ciudad para echar un vistazo a las novedades bibliográficas en la librería *Das Glück des Wissens*. Nada fuera de lo habitual: la última de Paul Auster, un nuevo estudio que aseguraba que la Atlántida se hallaba en la zona delimitada por el Triángulo de las Bermudas (si Platón levantara la cabeza…), volúmenes dedicados a alabar las virtudes de la lactancia materna o que incitaban a vivir la sexualidad sin represiones de ningún tipo. Seguramente en ellos se encontraría mucha información sobre cómo estrangularse de manera más placentera y decorosa —si es que eso de quedarse con la cara más morada que una berenjena podía resultar decoroso en algún sentido— que con una mugrienta pajarita con nudo prefabricado de profesor universitario, por ejemplo con una delicada corbata de *Hermès* con estampado de conejitos; una reedición de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein e incluso la última parida delirante de algún antiguo compañero de la Universidad Técnica de Berlín.

Decidió buscar en la sección de Arte. Solicitó a un dependiente el catálogo de la última Bienal de París con el fin de decidir cómo tendría que ir vestido cuando Erika expusiese su obra. No deseaba que lo confundieran con algún jardinero postmoderno o un *performer* y lo devolviesen a su jaula. Pensó que a la pequeña le haría ilusión y se decidió a adquirirlo, junto con una novela de Siri Hustvedt para Dagna y un extraño libro sobre estructuras de tubos y cosas así para Brandeis. Él se apañaría con el cobre, los clavos, la cerveza y, cómo no, con otro repasito al *Walden* y *Desobediencia civil*, pues el niño ya se encargaría de mejorar el prototipo de placa solar casera y muchas otras cosas.

Última parada: un *espresso* en la cafetería que llevaba un portugués muy amable. El local estaba repleto de fotografías de Sintra, lugar de origen del dueño, y donde se servía el mejor café que Klaus hubiese probado jamás.

Llegó a casa antes de lo previsto. Dagna estaba dando los últimos toques al *mousse* de algarroba y leche de soja que serviría de postre esa noche; Erika aplastaba a los hijos de los vecinos en un partido de fútbol que estaba dejando de ser amistoso y Brandeis contemplaba atentamente la instalación solar casera. Se acercó a su padre cuando éste bajó de la furgoneta y descargó la caja con toda la compra.

—Aquí tienes. Francamente, no tengo ni idea de cómo puedes comprender estas cosas tan raras —dijo Klaus entregándole el libro. El chaval se alegró mucho.

—¿Qué tal por la ciudad? —se interesó Brandeis.

—Como siempre. Prometo que la próxima vez te llevaré conmigo. De hecho os invitaré a todos a esas salchichas que tanto te gustan. —Zimmermann era consciente de que debería volver en unos días para revisar el correo electrónico y las entradas en el blog. Nunca se sabe qué noticias pueden recibirse a través del ciberespacio.

A diferencia de la mayor parte de las y los ecologistas, Dagna se preocupaba mucho por su aspecto e higiene, detalle que agradaba sobremanera a su esposo. En ese momento lucía unos *shorts* vaqueros muy ajustados y una camisa de lino a cuadros blancos y turquesa. Alguien puede amar la naturaleza y no atraerle la idea de retozar con un ser apestoso, con barba y pelo grasientos, el vello de las axilas casi a la par, y misma

altura, que el púbico y unos dientes que solo conocen el ocasional efecto limpiador de la manzana. Por mucho que nos quieran convencer de ello, el look orangután —y mucho menos el de la *orangutana*— no resulta atractivo en el mundo de los humanos, esa excepción del mundo animal que conduce coches, cuenta con iPhones y todas esas cosas que no caracterizan al resto de los miembros del ecosistema. De ser así, el Hombre no habría tenido la ocurrencia de afeitarse, allá por la Edad de Piedra, ni las mujeres la obsesión de acercar sus piernas al fuego para churrascar esos indeseables y antiestéticos pelitos. Tal vez esta información constituyera el núcleo de alguna de las observaciones que Klaus, en su papel de gurú, hiciera a sus visitantes de vez en cuando. En cualquier caso, habría sido deseable.

Zimmermann se acercó a su esposa por detrás y la agarró de la cintura para plantarle un beso en el cuello. Ella sonrió y, haciendo como que seguía pendiente de la comida, le preguntó:

—¿Qué tal por la civilización?

—Cada día estoy más convencido de que la verdadera civilización es vivir en el campo. No sé a quién se le habrá metido en la cabeza que habitar entre ruido y humo es la *evolution, baby*. A propósito, te he traído un libro. Espero que no lo tengas…

Erika entró empapada en sudor.

—Hola papá.

—Hola Erika. ¿Cómo te has puesto así?

—Estaba machacando a los hermanos Löwe.

—Supongo que debe ser agotador. Esos chicos, ¿saben a qué sabe la verdura o la fruta?

Erika llenó un vaso de agua y se lo bebió de un trago, repitiendo la operación un par de veces.

—Anda, ve y dúchate —ordenó su madre. La chica obedeció inmediatamente.

—¡Bran! —llamó la madre—. ¡A la ducha!

—Le he prometido a Brandeis que os llevaré a cenar a la ciudad la semana que viene— comentó Klaus una vez su pequeña se hubo marchado.

—¿A qué se debe ese gesto capitalista? —bromeó Dagna.

—Los extremismos nunca han sido de mi agrado. Además, al chico le encantan las salchichas que hace Hackett.

—¿Y no tendrá nada que ver con regresar a la ciudad así como así?

—Bueno, de ese modo no. Pero… —Klaus hizo una breve pausa—. Tengo que mirar unas cosas, es cierto. —Su rostro denotaba preocupación.

Dagna dejó lo que se traía entre manos y acompañó a su esposo a la mesa de la cocina.

—¿Qué sucede Klaus? ¿Es por esos tipos?

—Confieso que estoy algo preocupado. No comprendo por qué han venido aquí. ¿Quién les ha dado nuestra dirección? ¿A qué tanta insistencia?

—¿Qué quieren exactamente?

Zimmermann se frotó la boca y sus alrededores, indeciso. Después siguió rozando sus labios con el borde del pulgar. El momento que tanto había temido durante todos esos años estaba a punto de llegar.

—Creo que ha llegado la hora de que te cuente una historia —dijo Klaus, cogiendo las manos de su compañera por encima de la mesa y mirándola a los ojos. Sin duda, lo peor era lo que estaba por llegar.

7

¿Qué podía decirse de Maribel Salgado? Más allá de sus treinta y cinco años, de ser morena y de vestir como nadie, amén de su proverbial culo, Maribel era una mujer excepcionalmente inteligente. Se había graduado en económicas y doctorado en periodismo. Hablaba a la perfección cuatro idiomas y chapurreaba otros tres. Corría el rumor de que sus padres eran poseedores de una enorme fortuna, algo que ella negaba, y había cometido el error de casarse con un bobo llamado Lucho. Seguramente lo habría hecho para fastidiar a sus acaudalados progenitores, demasiado protectores según ella, y quienes conocían la faceta de mujeriego del arquitecto. Tal vez la misma razón le hubiera llevado a trabajar en un periódico como el *Vientos de cambio*.

Durante sus años jóvenes, es decir antes de sus nupcias, pasaba largas temporadas en París, Uppsala y Chicago. Por los pelos no se unió en matrimonio con el director de un prestigioso diario de esta última ciudad, pero ella odiaba las hamburguesas y el vino californiano. Siempre afirmaba que le habría gustado vivir en Tucson, Arizona. Le fascinaba el Desierto de Sonora por alguna razón que no alcanzaba a comprender. Decía que allí un hombre podría salir a lo que fuera y no regresar jamás. Nadie le echaría de menos y, por supuesto, nadie le encontraría, cuando lo cierto es que, con toda probabilidad, ningún ser humano —y mucho menos divino— saldría en su búsqueda. Resultaba complicado explicar cómo aquellos deseos se albergaban en el corazón de una chica tan delicada. Puede que tuviera que ver con la cantidad de veces que sus padres habían ido en su búsqueda contra su voluntad. Algunos hijos de padres ricos salen desesperadamente rebeldes.

Lucho diseñó una de las residencias de sus padres, la única según ella, en el norte de España, una curiosa construcción hecha a base de acero y obsidiana (en cierto sentido, las casas son el reflejo de aquellos que las habitan). Los padres de Maribel ultimaban algunos detalles con el arquitecto en la nueva *demeure* cuando ella apareció, aterrizando de su ruptura sentimental con el maduro director del rotativo *made in USA*. Unos zapatos de Prada, combinados con una impresionante camisa blanca de Kenzo, vaqueros de Trussardi —los Evisu los guardaba para los fines de semana— y cazadora Belstaff,

dando un toque informal al encuentro, tienen el agradable efecto de causar una impresión favorable a una chica sujeta al discreto encanto de la burguesía. Lucho hizo el amago de ponerse en pie cuando Maribel entró en la sala.

—¡Ah, te presento a nuestra hija Maribel! —el arquitecto estrechó la mano a la recién llegada—. Lucho se ha ocupado de todo esto —añadió el padre al tiempo que movía la mano mostrando nada en particular.

—Encantada.

Lucho era cuatro años mayor que su futura esposa. Una caricatura de macho alfa que, tal y como Maribel descubriría más adelante, no era capaz de ofrecer mucho más que Pradas, Kenzos y algún que otro disgusto. El padre —mejor no preguntar por qué— conocía las correrías del arquitecto y mostró un cierto desacuerdo cuando su hija le anunció que deseaba casarse con él después de un año de discreta relación. La madre, acostumbrada ya a habitar el ataúd *deluxe* diseñado por Lucho, optó por reservar su opinión respecto al enlace, confiando tal vez en que la propia naturaleza del arquitecto siguiera su curso e hiciese el resto. Actitud que se revelaría como la más acertada.

Un mes antes de que Maribel se incorporase al *Vientos de cambio* se produjo el casorio. A pesar de su juventud, el arquitecto ya cargaba sobre sus espaldas un matrimonio anterior. Su ex mujer, una nórdica bastante mediocre —aunque rubia natural—, había tenido el buen gusto de no concederle hijos, de forma que el divorcio no había pasado de constituir una anécdota en la ajetreada vida de Lucho, una locura de niños grandes. Por un donativo nada módico (para estas cosas, Dios no se contenta con la voluntad), el párroco de una pequeña capilla románica había consentido que ése fuera el escenario de una unión que se prolongaría casi cinco años. A la boda no asistió la anterior esposa de Lucho, pero sí unas cuantas señoritas y señoras con las que el arquitecto había tenido algún *affaire*.

El convite, un despliegue de buenos vinos, carnes suculentas y miradas a caballo entre la reprobación y la envidia. El viaje de novios, quince días recorriendo velozmente las ciudades emblemáticas del amor: París, Roma. La ilusión de vida aventurera y apasionada debería haber quedado ahí, si bien la estupidez humana tiende a prolongar las cosas más allá de lo razonable. En cualquier caso, esas dos semanas supusieron el

periodo en el cual la fidelidad del arquitecto, por razones obvias, se mantuvo durante más tiempo. Detalle que Maribel descubriría años después.

Al margen de su experiencia matrimonial, Maribel hacía gala de una clase excepcional. Poseía una elegancia innata, sus movimientos eran delicados y sus modales exquisitos, lo cual no impedía que un espíritu salvaje coexistiera con su yo más sofisticado. En un cierto sentido, era de ese tipo de mujeres que asustan a los hombres: demasiado guapa, demasiado inteligente. El terror de los ligones de tercera.

La mañana del sábado de aquella semana en que se había producido la «ruptura» con León Poiccard, Maribel se despertó, como otros tantos días, en su casa situada en un exclusivo barrio residencial. Vestida con una bata de seda con motivos japoneses, desayunó en la iluminada cocina: café italiano, zumo de naranja y un par de tostadas con mantequilla y mermelada casera de albaricoque que le había regalado una vecina, la prematura viuda de un acaudalado empresario que ahora ocupaba su tiempo en la cocina. Hacía meses que había sustituido su vieja *Pavoni* de brazo, a la que se le había fundido un fusible o algo difícil de determinar, por una funcional *Lavazza*. Sobre la mesa descansaba *Tokio Blues* de Murakami, cuya lectura todavía no había iniciado. Quien se lo había recomendado había hecho mención de algunos aspectos de la biografía del escritor japonés que habían contribuido a que Maribel se interesase por el libro más que el propio argumento: su afición por el jazz y por Raymond Carver —uno de los autores favoritos de la, de nuevo, señorita Salgado—, su pasión por correr y su defensa de la cultura popular. Suficiente para que mereciese que una bella dama le prestase un poco de atención y unos instantes de su valioso tiempo. Por lo demás, Maribel se declaraba amante de Japón, país que había visitado en dos ocasiones.

Por primera vez en mucho tiempo, sentía un cierto malestar por hallarse desayunando sola en casa y, sin darse cuenta, comenzó a repasar los acontecimientos. Se sorprendió a sí misma pensando en León. No podía negar que sentía una creciente atracción por él, pero la forma en que se estaba tomando el asunto del ordenador comenzaba a preocuparle. Después de todo, no tenía ninguna prueba de que las cosas fueran como él pensaba.

Le conocía desde hacía bastante y siempre había tenido una impresión bastante favorable de su compañero de redacción. Estando casada, se veía obligada a negar, al menos de cara a la galería, que lo consideraba un tipo interesante y atractivo. Sí, consideraba que era un hombre inteligente, un pelín borde, pero notablemente sofisticado en sus gustos y maneras. Ahora se encontraba libre de las ataduras matrimoniales y podía entregarse libremente a sus impulsos. El problema es que su liberación coincidía temporalmente con el nacimiento de una especie de manía persecutoria en el bueno de Poiccard. Dio un mordisco a una de las tostadas y olvidó de repente estos pequeños inconvenientes. Comenzó a preguntarse dónde estaría en ese momento. ¿Había pasado la noche del viernes solo? Incluso los corazones más maduros son incapaces de impedir el acceso de preguntas obscenas debido a su crudeza y falta de sutileza. Al margen de la cultura, el estatus y esas cosas que parecen diferenciar unos seres humanos de otros de la misma especie, por lo tocante a las cuestiones sentimentales, todos somos iguales. En el fondo y a la hora de la verdad, todos de filete con patatas.

Se debatía entre hacerle una llamada telefónica o no. Se supone que una dama jamás da el primer paso, pero el sufrimiento innecesario era algo por lo que ya había pasado en demasiadas ocasiones como para seguir perdiendo el tiempo. «Tal vez sea algo temprano», dudaba Maribel. Optó por darse una larga ducha y vestirse para la ocasión. Había llegado la hora de pasar a la acción. Después de todo, si el siglo veintiuno tenía que caracterizarse por algo debía ser por el abandono de viejas convenciones caducas. «La etiqueta jamás debe estar reñida con la espontaneidad», pensó.

Mientras el agua de la ducha se deslizaba por su escultural figura, Maribel revivía algunos de los instantes más surrealistas de las últimas semanas. Indudablemente, León figuraba en todos ellos. El artífice de aquella demencial aventura siempre había estado ahí. Ya trabajaba en el *Vientos de cambio* cuando ella se incorporó; le ayudó, con su discreto desapego y distancia de seguridad, cuando sobrevino el divorcio; jamás le negó un piropo educado y cortés —algo que, se diga lo que se diga, viene bien a hombres y mujeres en un momento de desánimo—. En definitiva, el falso seductor podía advertirse

en el fondo de cada una de las fotografías más recientes de su vida, como un ángel de la guarda que adoptaba una pose para ocultar un corazón sensible.

Maribel tenía la costumbre de fumar al mismo tiempo que se maquillaba. La verdadera clase siempre ha estado en los detalles y, por tanto, ella solía fumar los alargados *More*. Entre calada y calada, se propuso hacer una pequeña locura: se dejaría caer en casa de León sin previo aviso y le invitaría a desayunar por primera o segunda vez, si es que ya lo había hecho. Descuidaba que ese tipo de impulsos pueden, y suelen, tener un desenlace fatal como, por ejemplo, que Poiccard ya hubiese preparado café para la persona que había pasado la noche con él o, lo que era peor, que abriese la puerta con los ojos pegados, el pelo revuelto y el aliento todavía sin perfumar. «No obstante, la vida sin riesgos es un aburrimiento total», se dijo.

Maribel apuró el cigarrillo y salió dispuesta a derribar a León en su propio lecho. Por el camino, y conforme se aproximaba a la casa, divisaba algunos de los lugares que había visitado con él: el Café d´Orsay, El *Figón de Lola*… Su imaginación viajó a ese día. Poiccard bebiendo Campari y fumando mientras entornaba los ojos para impedir que el humo entrase en sus ojos, con el pitillo entre la primera y tercera falanges. El Spider rojo. La pulcritud de la casa, la estupenda biblioteca, la colección de discos —algunos en vinilo—, el vino alsaciano. La borrachera que cogió, impidiéndole culminar una velada encantadora. El modo caballeroso en que su compañero se comportó, llevándola a la cama y acostándose él en el sofá y respetando un doloroso y particular «voto de castidad».

Detuvo el coche en una pastelería especializada en dulces *delicatessen* y se hizo con una bandeja lo suficientemente grande como para poder invitar a desayunar a la supuesta amante —en caso de haberla— antes de patearle el trasero y pedirle groseramente que se marchase, y con la esperanza de que a León le quedase algo de café en la despensa. Total, que estaba decidida a cepillarse al redactor de deportes del *Vientos de cambio* sí o sí. De eso no cabía duda.

La calle donde se ubicaba la vivienda de Poiccard estaba muy tranquila a esas horas y no le resultó difícil encontrar aparcamiento. La puerta del edificio estaba abierta, por

lo que no tuvo que llamar al interfono. Decidió subir por las escaleras, siempre tan preocupada por la tersura de sus muslos. Alcanzado el último peldaño, comenzó a percibir la figura de un hombre al fondo del pasillo o, lo que era lo mismo, delante de la puerta de la vivienda de León. Se trataba de un joven que no debía llegar a los treinta. Vestía pantalón negro y camisa azul tornasolado que no le quedaba nada bien, puesto que resultaba manifiesto que no correspondía a su modo habitual de elegir atuendo. Era como si se hubiese disfrazado, como si pretendiese lucir un aspecto más serio del que normalmente tenía. Maribel sabía que esas cosas se detectan perfectamente a través de los zapatos: una persona que está acostumbrada a vestir de un modo informal difícilmente sabrá elegir correctamente los zapatos cuando quiera arreglarse con un estilo más elegante. Siempre se falla en los zapatos, recuerden.

El tipo en cuestión no era particularmente atractivo, más bien todo lo contrario: moderado sobrepeso, pelo descuidado, pinta de pasar horas jugando al póker online —y solo online—, gafas anticuadas, piel de la cara incapaz de resistirse a la gravedad, ¡y esos malditos zapatos! Maribel avanzó por el pasillo con cierta cautela, mientras el hombre la observaba pacientemente. Al llegar a su altura, éste comentó:

—El señor Poiccard no se encuentra en casa.

—¿Puedo saber quién es usted?

—Será un placer presentarme, señorita Salgado, pero ¿me invita antes a un café?

8

Después de salir de la cafetería, se me ocurrió que podría optimizar el viaje y nada mejor para ello que visitar la agencia desde la cual, supuestamente, me habían enviado el mensaje que indirectamente había contribuido a que en ese momento me encontrase ahí. Lógicamente, no me presentaría en aquel lugar sin más, pero, por lo menos, conocería el edificio y… bueno ya se me ocurriría alguna otra cosa. Busqué la dirección en el móvil. Internet en un teléfono es uno de los mayores avances de la humanidad. No quedaba especialmente lejos, si bien no me apetecía caminar de nuevo. Así que, como tampoco me seducía la idea de coger el metro, detuve un taxi y le pedí que me llevase hasta el origen de mis desgracias más inmediatas. Por el camino me asaltaban dudas como, por ejemplo, si ella estaría trabajando esa mañana —las agencias permanecen abiertas sábados, domingos y festivos y, efectivamente, la presentía mujer— o cómo sería. Me la imaginaba joven, bella y falsamente ingenua, como las agentes secretas y las espías en las películas de James Bond. Tarde o temprano, tendríamos un tórrido romance entre fotocopiadoras y computadores.

Las calles estaban más despejadas que de costumbre y el tráfico ligeramente menos intenso. El taxi aparcó unos instantes en doble fila mientras yo abonaba la carrera y después desapareció como cualquier otro ser anónimo con el que se ha mantenido una especie de intimidad transitoria. Aunque es algo que uno no suele recordar, a mi mente acude la imagen de un indigente con el que topé nada más salir del vehículo. Tengo la costumbre, no sabría decir si manía o compulsión, de dar una pequeña propina a cualquier mendigo que me encuentre. Siempre llevo unas cuantas monedas sueltas por si acaso. Nunca he conseguido explicarme tal comportamiento ni cuándo comenzó a convertirse en una característica de mi personalidad, pero así es. Indudablemente, trato de que mi mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, como Dios manda… Incluso he llegado a invitarles a un café conmigo o me he detenido a intercambiar unas palabras con ellos. Que nadie me malinterprete: no deseo ser más *cool* de lo que soy ni tengo la menor intención de limpiar mi mala conciencia por algún pecado del pasado. Ni siquiera mi sensibilidad social es particularmente llamativa. Nada de eso.

El caso es que discretamente dejé unas monedas en un platillo que había colocado en el suelo y contemplé el edificio. Funcional, un poco viejo y un poco sucio y sin mucho que destacar en su estructura. En otras palabras, un edificio tal y como me lo había imaginado. ¿Qué empresa si no enviaría combinados de noticias al *Vientos de cambio* y similares?

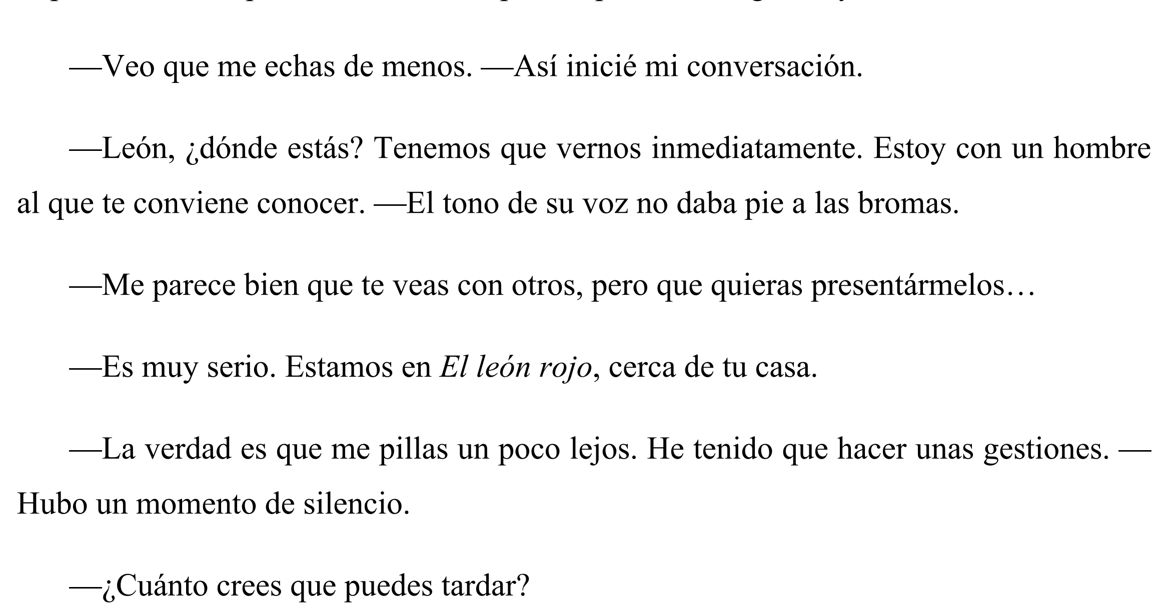
Decidí que otro cigarrillo no me vendría mal. Reconozco haber sentido el impulso de entrar allí y preguntar directamente por la persona o personas encargadas de enviarnos el correo a nosotros, pero enfrié la mente en un santiamén. Gente entraba y salía del edificio. ¿Alguna de esas personas sería la persona en cuestión? Estaba empezando a volverme un poco bastante loco. No tardé en llegar a la conclusión de que mi viaje había concluido, de que ya había llevado a cabo la misión que me había encomendado esa mañana y que, tal vez, lo mejor sería regresar a casa y disfrutar lo que quedaba del fin de semana. Con un poco de suerte, podría llegar a tiempo de ver un par de películas, tomar un Campari o dos y fumarme media cajetilla de cigarrillos. Sé que resultaba un plan un tanto deprimente, pero, honestamente, es lo que podía hacer. Claro que también podría llamar a alguna amiga y pedirle que me sacase a cenar, aunque tengo que confesar que mi faceta de galán gélido no atravesaba su mejor momento.

Me desplacé por el asfalto urbano hasta llegar a mi Spider, en esta ocasión tomando otra vez el metro y poniendo a prueba mi resistencia a las fobias. ¿Quién sería el demente que sugiriera la terapia de choque para librarse de ellas? Antes de coger el «tubo» me había detenido en una tienda de electrónica y había comprado una pequeña grabadora digital con capacidad para almacenar cientos y cientos de horas de conversación, tal y como a mí me gusta, en especial si hablo o se habla positivamente sobre mí. En líneas generales, y salvo por la grabadora, mi visita a la Capital había sido un desastre. Regresaba a casa prácticamente igual a como había llegado, es decir, sin saber nada en absoluto o, incluso peor, puesto que ahora advertía que cualquier resquicio de información sobre el remitente del mail era, sencillamente, inexistente. Había llegado la hora de abandonar mi pequeña cruzada contra la intromisión digital y de hacerme con el mando de mi ordenador de sustitución. *C´est fini*. Total, ¿para qué ponerse así por un correo incomprensible, por mucho que hubiese llamado la atención de unos agentes de la «Interpol»? Después de todo, yo sabía que era inocente y aquellos

señores podrían diseccionar mi herramienta de trabajo que no encontrarían nada irregular, aparte de algún mensaje chorra.

Mis días como detective freelance habían terminado y ello se merecía una banda sonora acorde a la situación. Metí un CD de Santisteban y seleccioné el tema «Neurotic Blues». Bien pensado, suponía una coda exquisita y muy adecuada a una historia bastante absurda y, en cierto sentido, neurótica (por mi parte al menos). Me vi a mí mismo como un Mike Hammer deshecho y castigado por la vida, regresando al hogar al ritmo de una crepuscular música policiaca. Primer plano a cámara lenta, el gesto abatido pero la sensación agradable que deja el riguroso cumplimiento del deber. ¿Por qué no incluir un poco de lluvia suave al cuadro? Neones y luces de coche al anochecer. Nada que ver con el sol y el calor infernal que hacía aquel día.

No llevaría recorridos ni doscientos kilómetros cuando mi móvil comenzó a sonar. Como con la capota bajada no podría oír lo que me decían, no cogí el teléfono. Sí comprobé que se trataba de Maribel. ¿Querría proponerme algo para esta noche? No tardé demasiado en recibir un sms: «León, llámame cuando puedas. Es muy importante». Busqué una zona donde poder aparcar un segundo y le devolví la llamada.



—Veo que me echas de menos. —Así inicié mi conversación.

—León, ¿dónde estás? Tenemos que vernos inmediatamente. Estoy con un hombre al que te conviene conocer. —El tono de su voz no daba pie a las bromas.

—Me parece bien que te veas con otros, pero que quieras presentármelos…

—Es muy serio. Estamos en *El león rojo*, cerca de tu casa.

—La verdad es que me pillas un poco lejos. He tenido que hacer unas gestiones. —Hubo un momento de silencio.

—¿Cuánto crees que puedes tardar?

—Un par de horas como poco. —Más silencio.

—Está bien. Te esperaremos aquí. Intenta no retrasarte demasiado.

—Vale. Pedidme un Campari, por favor.

Un hombre… Menudo planazo. Definitivamente, a mi fracaso como escritor, detective y periodista de nivel había que añadir el de mi faceta como galán. Aunque el estereotipo del perdedor es muy apreciado en la actualidad, lo sé porque me gusta leer, no me agradaba la idea de encarnarlo en mi propia piel. De todos modos, para lo que me queda en esta tierra, tampoco resulta algo que me preocupe en exceso…

«Un hombre al que te conviene conocer» ¿Por qué me convendría a mí conocer a ningún hombre? Además, ¿un hombre? Este enigma no terminaba de convencerme. El cualquier caso, pisé más de la cuenta el acelerador con el deseo de enfrentarme cuanto antes a mi destino. No soy muy amigo de las agonías y siempre he creído que lo mejor es afrontar las cosas de frente y en el menor tiempo posible.

Llegué al *León rojo* cinco minutos antes de lo previsto. Maribel y un tipo decididamente poco atractivo me esperaban sentados a una mesa retirada. Suspiré aliviado al suponer que no iba a presentarme a su nuevo novio. Avancé hacia ellos con paso firme y seguro, dejando clara mi pretendida superioridad de un modo más que patético. El camarero me dirigió una mirada y aproveché la ocasión para pedir un Campari antes de alcanzarles.

—¿Qué tal el viaje, señor Poiccard? —me preguntó el desconocido antes de que hubiera podido saludar.

—Te presento a Enrique Junco —se adelantó Maribel—. Trabaja en la agencia que envía las noticas al *Vientos de cambio*.

Parecía que había necesitado menos cartas que el bueno de Milgram para llegar a «mi hombre». Sentí una suave decepción al constatar que el emisor no era la bella y misteriosa mujer que había imaginado. Enrique Junco, vaya nombre. Estreché la mano y añadí:

—Encantado. Veo que usted ya me conoce a mí. —Tomé asiento mientras el camarero, casi de un modo simultáneo, dejaba mi copa en la mesa— ¿Cómo sabía usted que he estado de viaje? —pregunté sin rodeos.

—Del mismo modo que lo saben los que van detrás de usted —arqueé una ceja en señal de sorpresa—. A través del GPS de su teléfono móvil.

Sabía que el móvil me traería problemas, pero no de ese tipo. De repente, supe que había perdido el tiempo. Todas mis medidas para pasar desapercibido habían resultado en vano. Aquellos señores, fueran quienes fueran, me habían tenido localizado en todo momento.

—Y ya que parece saber tanto, ¿sería tan amable de decirme quiénes son esas personas? —sorbí un poco de mi bebida roja y miré a Maribel desconcertado.

—Según parece se trata de agentes de la Interpol, aunque cabe la posibilidad de que trabajen para el servicio secreto de los Estados Unidos.

—Ya —repuse socarrón—. ¿Y qué hacen unos agentes secretos americanos aquí? Digo americanos porque usted lo ha mencionado, dado que hablaban castellano a la perfección. A lo mejor estaban poseídos por el espíritu de la paella…

—Yo no he dicho que fueran americanos. He sugerido que tal vez trabajen para el servicio secreto de los Estados Unidos. Y ahórrese su sarcasmo. Solo intento echarles un cable.

—Gracias por la aclaración.

Maribel intervino en ese instante.

—El señor Junco ha venido para ayudarnos, León.

—¿Por qué te ha llamado a ti?

—No me ha llamado. Yo le he encontrado a él. —Omitió el pequeño detalle de que Enrique ya conocía su nombre.

Brevemente, expuso cómo aquella mañana había acudido a mi casa con el fin de invitarme a desayunar y había encontrado a Enrique Junco en el descansillo.

—Bueno, puesto que sabía que yo estaba de viaje, ¿por qué fue a mi casa?

—Quería asegurarme de que vivía allí, de que, efectivamente, no se encontraba en casa. Señor Poiccard, debe creerme cuando le digo que estoy aquí para ayudarle. Sé que todo esto le debe resultar muy extraño, pero si continúa con sus pesquisas puede meterse en un lío bastante gordo. Todavía está a tiempo de dejar las cosas como están y olvidar el asunto.

—A ver si lo he comprendido bien, recibo un correo absurdo, unos señores con muy malos modales se presentan en mi lugar de trabajo y, ante la mirada de mis compañeros, se apoderan de mi ordenador y me proporcionan uno de sustitución, recibo su visita y me dice que me tienen localizado a través del GPS de mi teléfono móvil, ¿y me dice que olvide el asunto? Para empezar no sé ni de qué asunto se trata.

—Permítame que le muestre una visión de las cosas desde otra perspectiva. El correo que recibió no es en absoluto absurdo, esos señores tienen peores modales de lo que usted ha podido observar, ciertamente le han localizado a través del GPS y mi visita tiene por objeto protegerles. No lo olvide.

—¿Protegerme de quién o de qué? —Mi tono de voz aumentó unos decibelios.

—León, cálmate —me recomendó Maribel apoyando una mano sobre mi brazo. Encendí un pitillo en un vano intento por ocultar mi alteración.

—Usted es una persona inocente. Nada de esto tiene que ver con usted. Lo que ha sucedido no tendría que haber tenido lugar. En cierto sentido, ha sido fallo nuestro y por ello queremos solucionarlo.

—¿Nuestro? ¿Quiénes son ustedes? ¿Quién es usted?

—Ya se lo he dicho, mi nombre es Enrique Junco y trabajo en la agencia que envía paquetes de noticias a rotatorios como el *Vientos de cambio*.

—Ha dicho «nuestro»… —Junco suspiró pesadamente.

—Mire, el email que recibió no iba dirigido a usted. Fue un fallo mío. No sé cómo demonios pudo suceder, pero de algún modo pasó.

—¿Y por qué no fueron a requisar su ordenador? Si usted reenvió el mail, debió haberlo recibido previamente. ¿Por qué no se presentaron en su agencia? —Enrique Junco hizo una pausa.

—Mi ordenador está, digámoslo así, blindado.

—¿Blindado? —me froté los ojos con las dos manos.

—De verdad, no insista. Deje estar las cosas. Vuelva como si nada a su trabajo, retome su vida. No se complique la existencia.

—¿Podría traerme otro Campari? —ordené al barman. Notaba cómo iba acelerándome más y más. A James Bond nunca le habría sucedido, pero a mí la situación me estaba sacando de quicio. Algo que no me habría preocupado tanto si Maribel no hubiera estado presente. Un hombre que pierde los papeles, pierde también puntos en la escalada hacia el corazón, o la cama, de una mujer a pasos agigantados y de un modo inmediato—. Está bien —proseguí—. ¿A quién iba dirigido el mensaje?

—A mí —respondió lacónicamente mi salvador de la agencia de noticias.

—¿Y a usted le dice algo «Niels Oppenheimer is in»?

—Eso no es asunto suyo, señor.

—¡Claro que lo es! Joder, ¿quiere dejar de decir que no es asunto mío?

El camarero llegó con mi segunda copa de Campari, al que di un trago con aprobación nada más tocar la mesa. Maribel miraba a nuestro alrededor. Supongo que estaba alzando la voz más allá de lo que imponían los límites de la discreción. Por fortuna, nadie parecía prestar demasiada atención, ni siquiera el camarero.

—Se lo repetiré una última vez —sentenció Enrique—. Olvide el tema y haga como si nada de esto hubiese sucedido jamás.

—Y si, por un casual, no me apeteciera hacerlo, ¿qué sucedería?

—En ese caso, señor Poiccard, que Dios le asista.

Miré a Maribel con la esperanza de que ella pudiera aportar alguna sugerencia sobre cómo debía proceder.

—Pienso que Enrique lleva toda la razón.

—Bien —proseguí—, hay otra cosa que me gustaría preguntarle: ¿Cómo puedo fiarme de usted? ¿Cómo sé que no es uno de «ellos»?

Enrique Junco esbozó la sonrisa más inteligente de toda la conversación.

—Tiene que hacerlo. No puede saberlo a ciencia cierta, pero, amigo, no le queda otra.

Me llevé la mano derecha a la frente y agaché un poco la cabeza. Me estaban entrando ganas de partirle la cara a ese tipo. Y eso que todavía no había visto sus zapatos.

9

Las obras continuaban a toda marcha y a más de cuarenta metros bajo la superficie del desierto de Nebraska. Resultaría ridículo arrojar una cifra al azar del número de trabajadores que faenaban alejados de la luz solar, pues, con toda probabilidad, sería muy inferior a la real. Más que una obra al uso o una construcción humana, aquello se asimilaba a un hormiguero de enormes dimensiones, con sus peones moviéndose aparentemente sin orden ni concierto, pero con una función estrictamente definida, siguiendo el «ácido fórmico» en forma de raíles, indicadores e instrucciones dictadas por los capataces. Perder el tiempo o entorpecer las labores no era una opción. Desde la visita de Esdras, el coronel había multiplicado considerablemente el número de operarios, al tiempo que había recrudecido las normas con el fin de tener aquella edificación lista dentro del plazo establecido.

Para que ciertas cosas funcionen, nada hay como romper la cadena informativa. Tan alienante como efectivo. El procedimiento es tan sencillo como ofrecer una serie de datos muy precisos, una lista de tareas concretas, pero no la finalidad de la operación. En esa situación se hallaban el coronel y los suyos, esforzándose por cumplir rigurosamente unas órdenes cuyo objetivo global desconocían por completo. En el mundo militar es algo más que habitual, lo cual no impedía que, en mitad de la noche sin fin de la vida bajo el suelo, el coronel se preguntase por el sentido de aquella Atlántida sublime y monstruosa. En ocasiones se despertaba sobresaltado, contemplaba el austero habitáculo al que le habían confinado y se cuestionaba qué demonios querían hacer en realidad con todo eso. Rápidamente le asaltaba un sentimiento desagradable producido por el hecho de haber dudado. Un militar nunca duda, solo obedece, cumple órdenes, actúa. Sus galones daban buena cuenta de que se trataba de un leal soldado que había servido fielmente a su país en varias ocasiones. Había luchado en el Golfo Pérsico y había dirigido a varios cientos de soldados en Irak. Había visto caer a civiles inocentes, mujeres y niños, sin hacer demasiadas preguntas, con fe ciega en la inteligencia y en la cordura de sus superiores, en un bien mayor para toda la humanidad, que justificaba todas las atrocidades cometidas. ¿Por qué desconfiar entonces de la

bondad de los fines de la nueva misión que le habían encomendado? Otro hombre que daría lo que fuera por poder dormir el sueño de los justos.

¿Qué sería lo próximo? ¿Un supuesto ataque de los chinos o los afganos? ¿Tendrían que recurrir a un nuevo Rambo para que les sacase las castañas del fuego? Siempre surge un hombre solo ante la adversidad, frente a un enemigo siempre cambiante, cuando el Imperio se tambalea, más poderoso que todos los misiles, los tanques y los marines juntos. Surgido del insomnio americano, engañado por aquellos en los que había depositado su fe y por los cuales había arriesgado su vida en varias ocasiones.

El coronel se levantó de la cama. Como no podía mirar por la ventana, dado que no había —aunque eso era lo que hubiese deseado— miró la foto de su esposa y sus dos pequeños. Protegidos por el marco de madera, libres fuera de aquella prisión bajo tierra, ajenos a los grandes planes trazados por los encargados de velar por su seguridad (la de ellos y la de todo el planeta, a juzgar por sus discursos). Viuda y huérfanos, aunque ni el marido ni el padre hubieran muerto realmente.

Sin pensárselo dos veces, el coronel se arrojó al suelo y comenzó a realizar frenéticas flexiones en plena madrugada. Era su forma de flagelarse y mortificarse por un instante de duda, por una crisis de fe momentánea. El látigo y el cilicio convertidos en ejercicio físico. Cien, doscientas, trescientas, nada mal para un hombre de su edad. Los brazos le temblaban, las muñecas se resistían a continuar soportando el peso de su cuerpo. Las piernas tensas y abundante sudor goteando de manera incesante. Volvió a ponerse en pie con dificultad y se sentó en el borde de la cama para tumbarse poco después. Pensó en Esdras y en la enorme piscina metálica. Le vio avanzar hacia la oscuridad y perderse en ella. «Estamos haciendo historia», decía, estamos haciendo Historia. Aquellos fueron los últimos pensamientos que acudieron a la mente del coronel antes de que se durmiera otra vez.

A las seis de la mañana, el coronel ya estaba pulcramente afeitado y listo para la batalla. Tras ingerir un café con leche, se dispuso a recorrer las instalaciones en el cochecito. Todo según lo previsto. Las obras avanzaban a gran velocidad. Aquello comenzaba a parecer una estación espacial de grandes dimensiones. Un trabajo de

ingeniería y arquitectura como ningún hombre había visto antes. Un bosquejo del futuro, una pequeña ciudad en la que no faltaría ni un solo detalle. Según tenía entendido el militar, aquel complejo alojaría a los mejores cerebros del planeta, los cuales se concentrarían —como si de un equipo de fútbol se tratase— para analizar cuestiones relacionadas con el almacenamiento del agua, un tesoro más preciado que el petróleo, el oro, los diamantes y todo aquello por lo que los hombres se habían matado unos a otros. Alejadas de su mente las dudas nocturnas, comprendió que formaba parte del mayor experimento científico del siglo XXI que, presumiblemente, asentaría las bases de la ciencia de los siglos venideros, y se sintió orgulloso. Se hallaba luchando por su país y por un mundo libre sin recurrir a las armas. «El saber sustituirá a la violencia», se dijo. Se alegró de formar parte de la era pacífica de la humanidad. Atrás quedaban las guerras, la muerte, el horror, la inseguridad. Pronto, muy pronto, el ser humano olvidaría su vergonzoso pasado, aquél por el cual se le había catalogado como la criatura más dañina y destructiva de la creación. El hombre ya no sería nunca jamás un lobo para el hombre, ni un azote para el resto de las especies. Los cuatro jinetes del apocalipsis serían definitivamente derrotados y la armonía se instauraría de una vez por todas. *Come and See*.

«El presidente Crush se sentirá muy orgulloso de ustedes. Señores, estamos haciendo Historia. El mundo jamás vio nada similar. Ni volverá a verlo». Las palabras de Esdras resonaban en la cabeza del coronel. Por supuesto que así sería, dado que cada uno de ellos, desde el peón menos cualificado hasta el más alto cargo, estaba acometiendo su tarea con gran entusiasmo y diligencia. El futuro seguiría luciendo el vestido de barras y estrellas. Henchido de felicidad, el coronel se apeó del vehículo y animó a unos cuantos trabajadores que trabajaban soplete en mano. Una vez se hubo marchado, los operarios se miraron entre sí. Recibir una felicitación no era algo muy habitual.

El coronel arribó a la zona en la que, en un futuro inmediato, se alojarían los ilustres invitados. Se había pretendido darle un aspecto de barrio residencial: casas prefabricadas a imagen y semejanza de las que conformaban un barrio cualquiera de una ciudad tranquila cualquiera (un poco más reducidas, eso sí —aproximadamente de unos cincuenta metros cuadrados cada una—). Incluso se había previsto colocar césped

artificial alrededor. Gran parte de los esfuerzos de los ingenieros se centraban en conseguir una luz lo más parecida a la emitida por el sol, si bien no lo habían conseguido del todo. La idea era que cada uno de los cerebros residentes allí no añorase en exceso el exterior. Hasta donde el coronel sabía, se instalaría un pequeño campo de golf, restaurantes y alguna cafetería. Todos los servicios estarían subvencionados por el Estado. Bajo tierra, el dinero de ninguno de los elegidos tendría valor.

El militar se ocupaba de supervisar uno de los cinco sectores que conformarían el complejo subterráneo, por así decirlo, la zona VIP, mini hospital incluido. Del resto tan solo tenía oídas, no sabía en qué lugares se ubicaban las demás dependencias ni quiénes se encargaban de ellas. A decir verdad, tampoco sabía a ciencia cierta que existieran realmente. Forma parte del protocolo marcial, como muy bien había podido experimentar, no hacer ni hacerse demasiadas preguntas. Y menos ahora que se había convertido en un guerrero de la paz.

Había pasado más de un mes desde la visita de Esdras y el cambio a todos los niveles resultaba patente. Cuándo volvería a personarse en las instalaciones era algo completamente imprevisible. De todas formas, el coronel tenía la intuición de que si algo hubiese ido mal, Esdras ya se habría dejado caer por allí para reprenderles. Sin lugar a dudas, varios observadores recorrían incansablemente la ciudad subterránea a fin de mantener informado al mensajero del presidente Crush. Por no hablar de los cientos de cámaras de seguridad instaladas por todas partes. ¿Quién sería el encargado de vigilarle a él? Se preguntó. Miró alrededor juguetonamente y sonrió. Se maravilló de lo vigoroso que se encontraba esa mañana a pesar de no haber descansado en toda la noche.

En ocasiones, las personas no advierten los pequeños detalles, cuando, en realidad, son éstos los que suelen resultar decisivos en la vida. Convertidos en máquinas gracias a la rutina, hombres y mujeres cruzan el periodo transitorio que es la existencia descuidando inconscientemente un porcentaje demasiado elevado de la misma. De no ser así, el coronel habría percibido que en cada herramienta empleada por los trabajadores, en cada pieza de aquel hiperdimensionado habitáculo, en cada mono de trabajo, incluso en el reverso de su portafolio, venía grabado el nombre «Bunk», sin logotipo y mediante una tipografía sencilla. Supuestamente, él trabajaba para el

Gobierno de los Estados Unidos, en concreto, para el ejército. Eso era lo que creía firmemente. Para el coronel, Bunk podría ser la empresa que fabricaba los portafolios —aunque no había prestado ninguna atención—. Si hubiera sido más observador —algo que también, en teoría, se le presupone a un militar— habría descubierto que del mismo modo podría ser la casa que distribuía material de construcción futurista o ropa de trabajo. ¿Pero todo? Bueno, las multinacionales suelen hacer ese tipo de cosas o tal vez se tratase de la «marca blanca» del Gobierno estadounidense y él nunca se había fijado. Los detalles hacen que un matrimonio sobreviva o vaya a pique, que un criminal sea puesto en libertad o encarcelado, que una persona sea elegida para participar en un Reality Show o desterrada al baúl donde habitan las legiones de individuos anónimos e indiscernibles, que la vida nos sonría o muestre su cara más desasosegadora. Los detalles son la clave, y el recién iluminado coronel no se percataba de ello. De haberlo hecho, y aplicando un mínimo de sentido común, habría comprendido que una multinacional se preocupa mucho por diseñar un logotipo que la haga identificable, que casi siempre acaba fabricando detergentes y filtros para cafeteras, que coquetea con el estigmatizado tabaco y con la mejor vista industria armamentística o automovilística, aunque emita más humo que los entrañables pitillos y en cuyos pequeños ataúdes cromados muera más gente que debido al cáncer nicotínico. En definitiva si, después de haber advertido el insignificante detalle de un nombre en múltiples objetos variados y la ausencia de logotipo, hubiese puesto en funcionamiento su cerebro, el coronel habría comprendido que Bunk no era una multinacional al uso. Ni, de hecho, una multinacional en absoluto, y que los gobiernos no tienen «marcas blancas» pues, antes o después, siempre acaban *manchándose*.

En lugar de eso, el militar siguió examinando la ciudad del futuro, alejada del sol, construida a base de sucedáneos de vida e inquietantemente pequeña, a pesar de sus grandes dimensiones.

10

Casa Blanca, Washington D.C., Estados Unidos.

El *Cuarto Rojo* fue el salón elegido por el presidente Crush para entrevistarse con el leal Esdras. Contraviniendo todos los preceptos legales, éste fumaba tranquilamente uno de sus amados cigarrillos egipcios y Crush un egregio Habano.

—Cada día estoy más convencido de que el bloqueo a Cuba fue un tremendo error —apuntó el presidente mientras exhalaba el humo. Esdras lo aprobó con una media sonrisa.

—La ley anti-tabaco también debería ser objeto de revisión —añadió su delgado hombre de confianza. Carraspeó discretamente y cambió de tema con brusquedad—. Han llegado los informes de dos de nuestros agentes destinados en Berlín. El señor Zimmermann se niega de nuevo a cooperar.

—Dichosos ecologistas. No saben ver más allá del *Walden* y otras fantasías rurales. Son una plaga más perniciosa que todas las que Dios se empeña en seguir enviándonos. Primero las ranas, los mosquitos, los tábanos y las langostas, después los rusos, los vietnamitas, los talibanes y ahora los chinos… Y los ecologistas. Yahvé Sebaot no deja de ponernos a prueba. —El presidente Crush tomó un sorbo de café antes de dar otra calada a su cigarro— ¿Se ha planteado usted alguna vez que todo lo bueno tiene un reverso tenebroso? Los mejores puros proceden de Cuba, Davidoff era originario de Kiev… Nos hemos convertido en unos pecadores, señor Esdras.

Mientras hablaba, él levantaba un poco la mirada hacia arriba y ésta se perdía por momentos. Entre broma y broma pensaba en algo que Esdras ni se molestaba en averiguar. Sabía que el propio Crush le haría partícipe tarde o temprano. Como es bien sabido por todos, las leyes están hechas para los esclavos, luego era improbable que él estuviera dando vueltas a esa cuestión. Difícilmente, por lo demás, se sentiría un pecador.

—¿No sería más razonable convocar a otro investigador, señor Esdras? —inquirió.

—Podríamos intentarlo, pero Zimmermann es, con diferencia, el mejor.

—¿Y qué demonios hace que no está aquí? ¡Cualquier científico que se precie querría estar en los Estados Unidos!

—No sabría qué decirle, señor. No hay que olvidar que también abandonó la Universidad. Tal vez haya dejado de interesarle la investigación.

—Pero parece que hacer las triquiñuelas necesarias para seguir cobrando en calidad de investigador no ha dejado de interesarle tanto, ¿no es cierto?

Ante la imposibilidad de ofrecer una respuesta calibrada, Esdras optó por dar una calada a su cigarrillo y beber un poco de café.

—Klaus Zimmermann tiene que asesorarnos. Si, como usted insiste en defender, es el mejor, ha de estar entre los nuestros.

—Haremos todo lo posible, señor presidente.

Crush se levantó y deambuló lentamente por la habitación hasta llegar a la ventana. Permaneció un instante mirando en silencio al exterior. Chupó el puro un par de veces y retomó la conversación centrándose en otro asunto.

—¿Más noticias en relación al informe de Oppenheimer?

—El informe está perfectamente redactado. El señor Oppenheimer ha cumplido fielmente su parte del trato.

—Como bien sabe, sería *recomendable* que se desplazase hasta aquí. Su presencia resultará imprescindible para que el proyecto se desarrolle como es debido.

—No creo que haya mayor inconveniente para convencerle. Tiene una hija gravemente enferma que podría beneficiarse mucho del tratamiento que podemos ofrecerle en nuestro país.

—Excelente. No repare en gastos. Oppenheimer es una pieza clave de nuestro rompecabezas. Deberá supervisar cada una de las fases del proceso. —Hizo una pausa y se volvió hacia Esdras— ¿Cree que deseará colaborar hasta el final?

—Estoy convencido de que los argumentos que esgrimiremos le harán comprender la importancia de su cooperación. Tenemos buenas razones para actuar como lo estamos haciendo.

—No le quepa duda. Hemos invertido muchos esfuerzos, y mucho dinero, en que este proyecto salga adelante y de un modo exitoso. No podemos permitirnos fallo alguno. Los mejores deben hallarse entre los nuestros y para conseguirlo haremos lo que sea necesario, ya sabe a lo que me refiero.

Aquel que cree ferozmente en la misión que le ha sido encomendada, no flaqueará jamás. Los ojos de Esdras brillaron. No era necesario que el presidente añadiera ni una sola palabra a lo que ya había dicho. Crush regresó a su sillón.

—No debe seguir preocupándose por el doctor Oppenheimer. Como le he dicho, aceptará gustoso nuestra invitación. —Era la primera vez que se refería a Oppenheimer por su verdadero grado: doctor.

—Perfecto. —Crush apuró lo que quedaba de café de un solo sorbo— Bien, ¿qué le pareció su visita al búnker?

—Debo reconocer que se trata de una obra sin precedentes, señor. Quedé profundamente impresionado.

—¿Usted? —el presidente soltó una breve pero sonora carcajada—. Creía que no podía impresionarse de ningún modo.

—Puedo garantizarle que lo ha conseguido, señor.

La cabeza del presidente Crush se alzó con soberbia. El búnker constituía su mayor triunfo y era consciente de la grandeza de aquella construcción.

—¿Qué es lo que más le ha sorprendido?

—Considerando que no todo está todavía acabado, la «piscina», como tuvieron a bien apodarla los militares que supervisan las obras, fue el elemento más destacable.

—La piscina… Un nombre muy apropiado e irónico, me gusta. Podríamos bautizarla así, ¿qué le parece, señor Esdras?

—Me parece una gran idea, señor.

—¿Y qué me dice del resto?

—A pesar de seguir en construcción, se advierte ya su grandeza. Quisiera señalar que las obras se están ejecutando según lo previsto. *Sugerí* al coronel que reforzase la cuadrilla a fin de agilizar el proceso. Al igual que a usted, me preocupa el estricto cumplimiento de los plazos, señor.

—Su eficiencia resulta pasmosa, señor Esdras.

—Gracias.

—¿Cree que podría visitar las instalaciones?

—Cuente con ello, pero permítame antes hacer alguna averiguación. No quiero que haya ningún fallo. Por lo demás, me ocuparé personalmente de organizar su visita.

—Lo dejo, pues, en su manos.

—Descuide.

Crush encendió de nuevo el Habano, que se había apagado mientras charlaba. Una llama procedente de un reluciente *Dupont* de oro blanco cumplió pulcramente su cometido. Esdras, en un alarde de confianza, extrajo otro egipcio de su pitillera y el presidente se ofreció presto a darle lumbre.

—Muy amable —agradeció Esdras.

—¿Sabe? —Crush retomó la conversación— Admiro su lealtad, señor Esdras. Nos conocemos más de quince años y jamás ha descuidado absolutamente nada. Es, sencillamente, encomiable.

—Simplemente cumplo con mi trabajo de la mejor manera posible.

—Para mí es manifiesto que sus atenciones van más allá de lo estricta y meramente laboral. Casi podría hablarse de un sacerdocio.

—Me tomo muy en serio las cosas, señor presidente.

—Es difícil dar con personas como usted, se lo aseguro. De hecho, le considero un amigo.

—No sé qué decir… Me siento muy halagado.

—Sin embargo hay bastantes cosas que desconozco de usted. —Esdras se agitó con disimulo en su sillón— Por ejemplo, no sé si le gusta leer, aunque intuyo que sí.

—Es una de mis grandes aficiones.

—¿Cuál es su libro favorito?

Esdras titubeó un instante. No quería dar una respuesta equivocada a una pregunta tan aparentemente nimia como, en realidad, determinante. Después de todo, después de quince años de conocimiento mutuo, la primera pregunta personal que hace un presidente no es qué libro le gusta a uno.

—El Antiguo Testamento —respondió finalmente.

—El Antiguo Testamento… Un libro interesante, ¿verdad? —Sin llegar a sonreír, el presidente esbozó un gesto que denotaba satisfacción por la respuesta de su mano derecha.

—Así es.

—Señor Esdras, ¿sabía usted que provengo de una familia judía?

—No tenía conocimiento de ese aspecto biográfico, señor.

—Si no me equivoco, usted también lo es, ¿cierto? —inquirió Crush.

—Lleva usted razón.

—En realidad, no puedo decir que yo lo sea. Mis padres no lo eran y mis abuelos tampoco, pero, en cierto sentido, sangre judía corre por mis venas. No sabría decirle qué rama de mi árbol genealógico se partió. —Esbozó una sonrisa cómplice. Había algo en su tono de voz que no convencía del todo a Esdras. Le daba la impresión de que el presidente le estaba poniendo a prueba.

—Tal vez una rama paterna, si me permite la observación.

—No me extrañaría —respondió Crush visiblemente divertido—. Tengo entendido que algunos de mis antepasados varones no eran muy dados al cumplimiento de precepto alguno… En fin, no pretendo entretenerle con conversaciones teológicas. ¿Le apetece dar un paseo por el jardín? Hace un día estupendo.

—Será un placer.

A pesar de la extremada cortesía de Esdras, éste no resultaba forzado ni artificial, sino extrañamente exquisito. Como si hubiese interiorizado por completo el protocolo de un modo del todo natural.

Tal y como había mencionado el presidente, en el jardín situado en la Fachada Sur, la temperatura resultaba muy agradable.

—Señor Esdras, usted conoce a la perfección la gravedad del peligro al que nos enfrentamos.

Esdras asintió con la cabeza. Crush había adoptado la ridícula forma de caminar con las manos cogidas detrás de la espalda, a la altura de la cadera. Su hombre de confianza, por el contrario, mantenía una mano en el bolsillo izquierdo, del cual asomaba el pulgar en dirección a los genitales, y un pitillo egipcio en la derecha. El presidente prosiguió:

—Me preocupa mucho que pueda sobrevenir algún imprevisto, algún error que dé al traste con nuestra operación. —Hizo una breve pausa antes de proseguir—: Le hablaré con franqueza, y le ruego máxima discreción. Los chinos me inquietan. No sé qué pasa por sus cabezas.

—¿Considera que, finalmente, se lanzarán al ataque?

—Las relaciones están tensas y, lamentablemente, no descarto esa opción. Nos hallamos en un punto conflictivo. Crítico, a mi juicio.

—¿Crítico?

—Sin más rodeos —sentenció él—, para mí, la guerra es ya un hecho.

Esdras no respondió. La afirmación de Crush no dejaba mucho margen a la interpretación. Las consecuencias de la ofensiva china podrían ser devastadoras. Sabía

que el *Gigante asiático* llevaba tiempo realizando pruebas nucleares de gran intensidad y cabía la posibilidad real de que éstas tuvieran una finalidad más allá de la meramente disuasoria. Uno de los ejemplos más recientes que avalaba dicha tesis lo constituía la virulencia del gobierno de Corea del Norte. Como buen americano, el presidente Crush se movía por máximas de carácter pragmático, una de las cuales era —siempre lo había sido— que la mejor defensa es un buen ataque. De modo que unas cuantas medidas preventivas ya se habían puesto en marcha y otras más ofensivas no tardarían en llegar, casi con toda seguridad —y siempre en caso de resultar necesarias, de acuerdo con las palabras del presidente—.

Por fortuna, Crush no estaba dispuesto a comenzar la guerra. Al menos eso es lo que le daba a entender a su fiel interlocutor. A decir verdad, Esdras era interlocutor accidental, inspector habitual, *messaggero* de asuntos importantes, incluso vitales, y discreto y silencioso consejero. Llevaba a cabo una labor de *Coaching* muy particular, en tanto que no solo instruía al presidente sin apenas hablar, sino que también efectuaba pequeños *encargos*. Su estilo no era especialmente motivacional. Más bien se trataba de un acompañante especial, un «ángel de la guarda», una sombra amiga. A partir de cierto nivel, algunas personas se ven en la necesidad de recurrir a apoyos de tipo personal, pero sin llegar a ser tan personales como la esposa, los hijos, la familia, algunos amigos íntimos y algunos advenedizos o aspirantes a serlo. En otras palabras, individuos que ni juzguen ni esperen más allá de lo establecido en el contrato. Esdras cumplía una función de este tipo y lo hacía a la perfección. Cuando el presidente se estresaba en exceso, su leal acompañante le consolaba haciéndole ver que todo estaba bajo control, dado que él se ocupaba, o ya se había ocupado, de ello. Visto desde otro ángulo, su labor consistía en ser un segundo cuerpo del presidente, pero siempre al servicio del primero. Un *alter ego* que, pasase lo que pasase, le recordaba que *todo iba bien*.

—¿Quién se ocupó de las conversaciones diplomáticas, señor?

—Nehemiah.

Esdras conocía las capacidades diplomáticas y persuasivas de su compañero y no insistió.

—Todo debe estar listo para el veinticinco de diciembre.

—Lo estará, señor presidente.

—Confío plenamente en su gestión.

—Gracias de nuevo. No le defraudaré.

—Señor Esdras —la inflexión de voz denotaba que Crush iba a cambiar otra vez de tema—, ¿ha deseado algo con tanta intensidad que se haya materializado?

—Me temo que no comprendo bien su pregunta.

—¿Cree que los pensamientos y los sueños pueden acabar convirtiéndose en objetos y realidades?

—No sabría qué responderle, pero, en cierto modo, todo comienza con un pensamiento, ¿no está de acuerdo?

—Completamente, señor Esdras, completamente. Siempre supe que acabaría siendo presidente de los Estados Unidos. En mis años de universitario me veía a mí mismo siéndolo. Recreaba hasta los mínimos detalles: cómo vestiría, cómo me sentaría, qué tono tendrían mis palabras en cada discurso y me preparaba a conciencia. Digamos que fingía que ya lo era y me comportaba como tal… Quería cambiar el mundo. Y aún sigo deseándolo. La diferencia reside en que ahora podré hacerlo. Convertiré este mundo en un lugar mejor para vivir. —El presidente hizo una breve pausa—. ¿Qué quería usted ser cuando era un niño?

El carácter personal de la pregunta desagradaba ligeramente a Esdras, un hombre poco dado a recordar datos de su vida pasada y mucho menos acostumbrado a entregarse a fantasías o sueños.

—Supongo que lo mismo que todos —respondió —: Astronauta, médico, qué sé yo…

—¿Y cómo es que acabó dedicándose a la política?

—Una familia judía ubicada en Arkansas tiene necesidades más perentorias que convertir a su hijo en viajero cósmico, señor. —Trató de imprimir a su respuesta un tono gracioso, aunque aquella situación le incomodaba.

—Ya imagino —asintió el —. Aunque, en cierto modo, esta «profesión» nos convierte a todos en «lunáticos», ¿no cree? —lanzó una mirada divertida y una media sonrisa acorde.

Esdras no terminaba de comprender los vaivenes retóricos de Crush. Pasaba de una cuestión a otra sin ningún tipo de orden aparente ni finalidad concreta: de lo importante a lo trivial y de aquí de nuevo a lo grave; de lo político a lo personal para regresar al punto anterior. El presidente Crush no tenía por norma el andarse por las ramas, de modo que su proceder no dejaba de sorprender a Esdras. Repentinamente, había comenzado a interesarse por el individuo que tenía a su lado. No como asesor sino como persona. Asimismo, trazaba una línea entre sus deseos de la infancia, sus sueños cumplidos y una suerte de responsabilidad que se había desprendido del cumplimiento de sus anhelos. Aquel comportamiento podía leerse en clave de preocupación. Mostraba la tensión existente entre sus obligaciones como presidente y su dimensión humana y personal, no del todo compatibles ni tranquilizadoras.

—Señor Esdras —prosiguió el presidente—, después de esto, el mundo ya no volverá a ser el mismo.

—Me hago cargo.

—Me alegra que así sea. A propósito, ¿cuál de los libros del Antiguo Testamento es su favorito?

—El Eclesiastés —respondió con contundencia y sin titubeos.

—Un libro magnífico, sin duda. Un libro magnífico. Extraño pero fabuloso al mismo tiempo.

Los dos hombres caminaron en silencio, seguramente, como el bueno de Wittgenstein, pensando cada uno de ellos en la lógica y en sus pecados. Lo que, con toda probabilidad, venía a ser, atendiendo al carácter del filósofo austriaco pero no a su teoría, una y la misma cosa.

11

Dos días después de la visita de Klaus a la ciudad, los Zimmermann al completo se dispusieron a regresar a la civilización. El padre quería cumplir la promesa que había hecho a Brandeis de invitarles a comer una de las salchichas de Hackett. Los niños estaban bastante animados, aunque los dos adultos no compartiesen dicho entusiasmo. Dagna apoyaba su mano sobre la de su esposo, en un gesto de apoyo y complicidad. El rostro de éste presentaba un aspecto duro, tenso, pero aliviado por el hecho de contar con la comprensión de su familia. La vieja Volks atravesaba sin mucha prisa los bosques teñidos de un verde muy oscuro.

Antes de tomar una excepcional *Bratwurst*, Klaus había anunciado que debía pasar por un *ciber* para mirar unas cosas. A los chicos les pareció bien. La madre sugirió que podrían acercarse a comprar ropa para los pequeños y, tal vez, para ella.

Una vez trazado el plan, Klaus se dirigió a un local situado en el centro, alejado del anterior. Allí había bastantes tiendas y el resto del equipo estaría entretenido un buen rato. Como solía sucederle, encontró aparcamiento a la primera. Los chavales saltaron de la furgoneta por la puerta lateral, como si fuera la primera vez que veían un edificio, lo cual no era así para nada. Klaus y Dagna acordaron verse allí en una hora. Klaus acabaría mucho antes, pero así ellos dispondrían de más tiempo para elegir el vestuario. Después de darse un beso, cada progenitor corrió en una dirección.

En la puerta del locutorio, Klaus inhaló profundamente y exhaló una pesada bocanada de aire. Aquello no le gustaba en absoluto. Pagó media hora de conexión y se sentó en el ordenador más alejado del encargado, cosa harto inútil, pues es bien sabido que todos los terminales de los cibercafés están conectados con el principal. Pero Klaus trató de, al menos, situarse lejos de los ojos del menudo chaval que regentaba aquel lugar y que, con un poco de suerte, tendría mejores cosas que hacer que husmear en los asuntos ajenos.

Tal y como había esperado, en su cuenta solo había un mensaje, procedente de la cuenta alternativa de Burt Kutcher.

Querido K.

Tal vez sea mejor que contemples la posibilidad de acercarte por aquí. Hace tiempo que no nos vemos y, en esta época del año, merece la pena saborear uno de esos pescados de los que hablas. Espero tu respuesta.

«La cosa pinta mal», pensó Klaus. Acto seguido insertó la dirección del blog y comprobó que habían escrito una nueva entrada:

La respuesta de Alí Babá debe ser: «Ábrete Sésamo». Así se abrirá la puerta.

El biólogo permaneció delante de la pantalla, inmóvil, mirándola sin ver nada. Pensando. La entrada en el blog confirmaba sus suposiciones y peores augurios: El asunto se había puesto feo de veras. No había marcha atrás. El momento, largamente evitado, había llegado. Se recostó sobre el respaldo e, ignorando que se hallaba en un establecimiento público, miró hacia el techo, como si esperase una respuesta venida del cielo. Entornó los ojos y suspiró antes de cerrarlos por completo. Volvió a recuperar su posición y miró de nuevo la pantalla. En lugar de un discreto *anónimo*, quien firmaba aquella entrada lo hacía como A.E.

Klaus salió del local sin despedirse del tipo de la caja registradora y miró a ambos lados de la calle como si buscase algo, cuando lo cierto es que no había nada que buscar. En plena calle, puso los brazos en jarras y suspiró de nuevo mientras bajaba la cabeza en señal de desesperación.

Dos días antes, los niños tomaban un preceptivo pero indeseado baño mientras Dagna y Klaus charlaban en la cocina. La esposa del científico había puesto el dedo en la llaga y éste ya no tenía escapatoria. Su relación marital no se basaba en el engaño, todo lo contrario, si bien él se había sentido obligado a ocultarles parte de sus actividades por miedo a que ellos se preocupasen más de la cuenta. Sin embargo, ahora había llegado a la conclusión de que lo problemático sería seguir omitiendo información y, tras unos instantes de titubeo, se lanzó a su particular confesión.

—¿Recuerdas mi último viaje a los Estados Unidos?

—Claro que lo recuerdo.

—Como sabes, allí conocí a Burt, con quien he mantenido un contacto regular desde entonces. —Klaus se detuvo—. ¿Te apetece una cerveza? —propuso a su mujer.

—Prefiero un poco de vino.

—Vale. Yo también tomaré vino.

Zimmermann se levantó, cogió dos copas y la botella y regresó a su asiento. Dagna sabía que aquel paseo era un pretexto para aclarar las ideas y medir las palabras.

—Como te decía, allí conocí a Burt Kutcher. Pero no solo a él. Supongo que te habrás preguntado quiénes son esas personas que de vez en cuando se dejan caer por aquí.

—La verdad, sí. Siempre he sentido curiosidad por saberlo. —Dagna sonrió, tratando de relajar el ambiente.

—En Wisconsin, entablé una relación con varios estudiantes… Estudiantes, profesores y otros personajes. Se mostraron bastante interesados en mi trabajo, suscribían la mayor parte de mis tesis. Me satisfizo comprobar que allí se había desarrollado un grupo ecologista fuerte y muy activo. —Tomó un retórico sorbo de vino—. Una noche me invitaron a cenar y después se empeñaron en llevarme a un garito a tomar una cerveza. Pasaron gran parte de la noche haciéndome preguntas relacionadas con mis investigaciones, pero, conforme el alcohol iba haciendo mella en nosotros, o al menos en mí, la conversación adoptó un tono más… ¿Cómo decirlo? Conspiranoico, aunque el término me resulte un tanto ridículo. Bueno —Klaus se aclaró la garganta—, no del todo, pero empezaron a tantear mis puntos de vista sobre ciertas actividades, determinadas prácticas que podrían llevarse a cabo y cosas así.

—¿Qué actividades? ¿Quiénes llevarían a cabo esas «prácticas» y en qué consistían?

—En aquel momento no me dijeron nada más. Únicamente se interesaron por mi opinión al respecto de simples hipótesis. «¿Qué pasaría si…?» y preguntas por el estilo. Hablaron de almacenar grandes reservas de agua bajo tierra y de cómo el agua sería el

oro del futuro, de determinados peligros medioambientales, del cambio climático y cómo afectaría a la supervivencia en la tierra… Lugares comunes de la biología.

—Menudo concepto de diversión…

—En cualquier caso, supongo que debieron intuir que mi planteamiento coincidía con los suyos. Al día siguiente, Burt me invitó a dar un paseo y me comentó que tanto él como sus colegas tenían la sospecha, debidamente fundada, de que el Gobierno de los Estados Unidos estaba llevando a cabo una especie de almacenamiento descomunal de agua en algún lugar de Nebraska. Según ellos, estaban haciendo acopio con dudosos fines. Tarde o temprano, el agua sería más valiosa que el petróleo o cualquier otro elemento presente en la faz de la tierra y ellos serían los que controlarían la mayor cantidad posible, consolidando, una vez más, su dominio sobre el resto de los países.

—Lo cual es algo a lo que ya nos tienen bastante acostumbrados, ¿no es cierto? —intervino Dagna.

—Pues sí, pero esta gente no estaba muy de acuerdo. Me habló de un bastión anarquista americano y también de una resistencia ecologista. Aquello no me escandalizó, al igual que la noche anterior yo había mostrado gran interés por sus observaciones, lo que dio pie a que mencionara que había varios infiltrados en el Departamento Hidrológico.

Dagna escuchaba atentamente. Bebió un poco de vino y siguió prestando atención. Conocía perfectamente las tendencias anarquistas de su marido.

—Abreviando —atajó Dagna—, te propusieron formar parte de esa resistencia.

—Así es.

—¿Y cuáles eran tus funciones?

—Investigar. Querían que estudiase la viabilidad de un proyecto de tales características. Es decir, si sería posible almacenar tanta agua en condiciones salubres, cuánta y por cuánto tiempo.

—¿Y es posible?

—Lo cierto es que sí.

—Vale. ¿Y qué me dices de esos tipos de Bunk?

Klaus apuró la primera copa de vino y sirvió un poco más a cada uno.

—Dos meses después de mi regreso, recibí el primer mail de Bunk. Requerían mis servicios como técnico. Como puedes suponer, mi respuesta fue negativa. No deseaba cooperar con ellos. Insistieron mucho, pero no cambié de postura.

—¿Informaste a tus nuevos amiguitos? —preguntó Dagna con sorna.

Klaus puso de manifiesto su desagrado ante tal pregunta mediante un gesto cortante.

—Claro que informé a «mis amiguitos». El caso es que un día, dos tipos enormes supuestamente contratados por Bunk se dejaron caer en mi despacho. A pesar de su aparente simpatía, quedaba claro que no venían de buenas maneras. Más que una visita cordial, aquello suponía una amenaza en toda regla. Fue entonces cuando decidí abandonar la Universidad y que viniéramos aquí a vivir. Los americanos me habían prevenido acerca de las tareas de espionaje que los de Bunk estaban llevando a cabo: habían pinchado teléfonos, correo electrónico y, seguramente, instalado micrófonos en mi despacho, cuando no en casa.

—¿Se puede saber por qué nunca puedes estar tranquilo y dejar de meterte en líos?

—Me conoces bien, Dagna. Sabes que detesto la injusticia.

—Yo también y eso no me lleva a convertirme en una persona vigilada. Me encanta vivir aquí, pero no me gusta que las cosas sean forzadas. Siempre he pensado que nos habíamos mudado para que los niños vivieran en un entorno más sano, pero no por ser unos prófugos.

—No somos unos prófugos —puntualizó Klaus. Resultaba visible que su esposa estaba ligeramente disgustada.

Los niños comenzaron a hacer ruido y Dagna interrumpió la conversación para ver qué pasaba. Klaus juntó las manos y apoyó la barbilla mientras esperaba. Las voces de los tres se oían al fondo. Niños jugando y una mujer preocupada poniendo orden. El

biólogo oyó cómo su esposa les ordenaba ponerse el pijama y que se preparasen para cenar. Volvió con paso ligero y le dijo a su marido que iba a servir la cena en breve. Necesitaba un poco de tiempo para asimilar la información acerca de la casi doble vida de Klaus. Éste guardó silencio y la siguió con la mirada mientras ella preparaba los utensilios con desgana.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó.

—No hace falta. Quédate ahí sentado. Quietecito estás mucho mejor.

A pesar de lo delicado de la situación, Klaus no pudo evitar fijarse en los *shorts* de Dagna. Se sentía un hombre profundamente afortunado. Poder convivir con una mujer de semejante belleza e inteligencia era un lujo, lo mejor que le había podido pasar en la vida. Cierto que también se enfadaba, lo cual en ocasiones estaba plenamente justificado, pero era muy comprensiva con las no siempre comprensibles decisiones de su compañero. A decir verdad, la suya constituía una relación perfecta, de una unidad absoluta, un andrógino esférico como el descrito por el Aristófanes platónico. Alejados de las modas y las tendencias de la época, sus cuerpos habían sido desde siempre algo exclusivo del otro: ni Klaus había estado jamás con otra mujer, ni Dagna con hombre alguno y, lejos de considerarlo una merma, lo habían convertido en una virtud un tanto contracultural y privilegiada. Bromeando, el biólogo solía decirle a su media naranja si, por un casual, el tema salía a relucir: «¿Para qué habría querido estar con otras si estoy con la mejor?» Aplastante desde un punto de vista lógico. Ella, mucho más funcional, le respondía: «No puedes saberlo, dado que no lo has probado». Y de este modo continuaban tejiendo su bucólica historia de amor.

Los niños entraron en la cocina uno detrás de otro, tras haber atravesado el pasillo a toda velocidad. Brandeis se dirigió automáticamente a coger un plato que llevaba su madre y Erika se sentó en la silla que ocupase Dagna para hacer gestos burlones a su padre. Él le siguió la corriente cuando, en el fondo, seguía bastante preocupado. Las interrupciones en medio de una conversación crucial suelen tener el efecto de incrementar la tensión. Contempló las graciosas pecas en la nariz de su hija y, acto seguido, se abalanzó sobre la mesa para cogérsela, lo cual causó una carcajada en la pequeña.

—Estaos quietos —se interpuso Dagna—. Vais a tirar algo.

La cena se desarrolló sin mayores incidentes en su Arcadia, ahora amenazada por los agentes de Bunk. Una vez terminada, los niños se retiraron a sus habitaciones. Sentados frente a frente, los adultos reanudaron su conversación.

—Bueno, ¿y qué más?

—Hoy he escrito un mail a Burt y otro a un compañero para informarles de la aparición de esos tipos en casa. No sé exactamente qué debo hacer.

—¿Qué hacer con respecto a qué?

—No sé si debería visitar sus instalaciones.

—¿Te has planteado que tal vez podrías desentenderte de todo este asunto y dejarlo estar? —propuso Dagna.

Klaus se rascó la mejilla y trató de encontrar los términos adecuados.

—Hace poco llegó a nuestros oídos que un tipo había sido reclutado por Bunk. El problema es que no se trata de nadie dedicado a cuestiones hidrográficas, sino un físico nuclear.

—¿Y?

—Dagna, lamento mucho este incidente, pero creo que algo grave va a suceder. No logro entender qué pinta un físico nuclear en todo este asunto. Estoy asustado.

Las palabras de Klaus hicieron que su esposa bajase la guardia.

—¿Qué papel piensas que juega él en esta historia?

—Es lo que tengo que averiguar —respondió el biólogo secamente.

—¿Un físico nuclear? —Dagna se sorprendió con un cierto retardo.

—Un físico nuclear…

Del exterior de la casa provenían los habituales sonidos nocturnos: insectos, pequeñas aves, murmullos animales, pisadas en la hojarasca, el zumbido indeterminado

de la vida en la oscuridad. Solo una luz amarillenta, cálida y acogedora, iluminaba la noche en aquella parte de Dresde. En el interior de una casa de madera, que contaba con una cocina de muebles blancos repintados una y otra vez, dos inocentes se estremecían de incertidumbre. Su serena existencia podría verse amenazada en breve. La suya y la del resto del planeta. No hay bárbaros a las puertas por la sencilla razón de que ya han entrado.

Klaus esperó más de veinte minutos junto a la furgoneta. Los demás aparecieron con varias bolsas. Un pantalón, una camisa y una camiseta para Brandeis; una cazadora fina, un pantalón y otra camiseta para Erika y unos sencillos tejanos para Dagna.

—¿Solo unos vaqueros? —susurró Klaus al oído de su esposa.

Ella fingió un gesto de «me has descubierto», metió la mano en la bolsa y extrajo un fabuloso jersey negro de cuello vuelto.

—Hay que prepararse para el invierno —se justificó innecesariamente Dagna.

A Klaus le gustaba mucho el rápido movimiento de cabeza que ella hacía, con los ojos cerrados y la barbilla ligeramente levantada.

—Bueno, chicos. ¡Hora de visitar al tío Hackett! —anunció el padre.

Dagna pidió a los pequeños que se adelantaran un poco cuando llegaron al puesto de salchichas. Quería saber qué respuestas había recibido Klaus.

—¿Cómo ha ido eso? —preguntó en voz baja.

—Me temo que voy a tener que hacer otra excursión a los Estados Unidos.

La belleza teutona cogió de la mano a su marido y le dijo que, pasase lo que pasase, ella le apoyaría. Como había hecho siempre. Klaus se vio forzado a reprimir una lágrima. Vieron cómo los niños pedían al viejo Hackett las deseadas salchichas. Por primera vez, el biólogo se lamentó de su decisión, de la defensa inamovible de sus principios, de la facilidad que tenía para embarcarse en cruzadas personales y suicidas. Contempló con ternura a sus hijos y pensó si acaso el mundo no era ya un lugar

perfecto: daban el interruptor y se hacía la luz; abrían el grifo y caía agua, ¡incluso caliente!; hasta existía el teléfono e Internet. ¿Qué más cabía esperar? ¿Volver al bosque era la solución? ¿El progreso era tan nefasto? El avance de la medicina no lo era, las medidas de justicia social tampoco. ¿Por qué no podría ser él como su esposa? También ella se implicaba con los más desfavorecidos, también creía en la importancia del medio ambiente, pero no permitía que sus creencias arrasasen con todo, incluida su propia vida familiar.

En el fondo, pensó mientras avanzaba hasta el puesto de salchichas, su actitud entrañaba un cierto narcisismo mesiánico, un elitismo velado y racionalizado: nosotros (yo) salvaremos (salvaré) al mundo. El único problema era que ya estaba dentro. Para bien o para mal, era conocedor de la situación y ello le convertía en un ser responsable. De nada servía retroceder ahora, ahuecar el ala. La mala conciencia no le permitiría seguir adelante, sobre todo si algo terrible llegase finalmente a suceder. En ocasiones, el idealismo puede resultar letal.

Dagna pasó un brazo por encima del hombro de Klaus y juntos llegaron donde estaban sus hijos. El biólogo se prometió que, después de esto, abandonaría su lucha incondicional y viviría sus principios de una forma más moderada, sin atentar contra su propia vida ni la de sus seres queridos. Lo cual también constituía un acto de madurez y responsabilidad. Regresaría a la Universidad, si su familia estaba de acuerdo. Ayudaría a Dagna a ingresar en un colegio en Berlín y canalizaría sus esfuerzos dentro del propio sistema. Ya estaba bien de ser un *outsider*. Ulises había regresado a Ítaca y no deseaba por nada del mundo abandonar a su Penélope, Telémaco y la pequeña Erika. Las sirenas habían dejado de cantar.

Saludó al bueno de Hackett y pidió un par de salchichas con sus correspondientes *Weißbeer*. Los demás estaban sentados en un banco insertado en una larga mesa de madera. Dagna le sonrió. Su mirada estaba llena de amor y complicidad. Se la imaginó con su suéter nuevo, como cuando se conocieron y no tenían nada y vivían en un apartamento sin cama ni sofá, durmiendo en el suelo sobre una manta, y se sintió desgraciado por no haber sabido mantenerse al margen y por haberla puesto en peligro. Se dijo que acabaría con los cabrones de Bunk y retomaría su vida por donde la había

dejado, es decir, por el momento más dulce. Coincidiendo con Leibniz, había llegado a la conclusión de que éste era el mejor de los mundos posibles.

12

Soy un hombre terco. De otro modo no se explica cómo me puse así por el asunto del ordenador. Ya lo he repetido varias veces, pero no me canso de hacerlo.

—Se me ha escapado un detalle. Maribel ha dicho que usted la encontró a ella. ¿Cómo la conocía?

—Ya le he dicho que he seguido sus pasos muy de cerca —respondió Enrique—. Me sentía responsable de mi error y no quería que ningún inocente tuviese que pagar por él.

—Muy considerado. Es una historia entrañable, señor Junco. —Puse énfasis en el apellido, dado que me parecía sumamente ridículo.

—Por desgracia para usted, su teléfono resulta fácil de «secuestrar». Y me temo que la señorita Salgado ha contactado con usted en más de una ocasión, por no hablar de mensajes del tipo «¿Quién es Niels Oppenheimer y qué hace en la sección de deportes?».

Maldije la hora en que había malgastado unos cientos de pavos en un iPhone «fácil de secuestrar».

—Llegados a este punto —proseguí—, y no encontrando un modo más adecuado de reconocer su valentía y férrea disposición a subsanar sus errores, debo pedirle, señor Junco, que me diga exactamente quién es usted, quién envió el mensaje original y de qué coño va todo esto. De lo contrario, me veré forzado a emplear la fuerza bruta.

Normalmente, no soy partidario de servirme de mi superioridad física, pero aquel tío había comenzado a sacarme de mis casillas por segunda vez.

—Es usted muy persuasivo, señor Poiccard. Pero no olvide que se lo advertí.

Fue entonces cuando observé sus horribles zapatos asomando por debajo de la mesa. Sentí una especie de vergüenza por haberle amenazado. Después de todo, se trataba de un chaval que hacía lo que podía. Había recorrido varios kilómetros para protegerme, según él. Incluso se había puesto su ropa de los domingos para causar buena impresión. Resultaba evidente que su atuendo habitual era una camiseta mugrienta con motivos infantiles (un súper héroe, una asociación de jugadores de *rol on-line*, un dibujo de Súper Ratón o *The Munsters*, el cartel de alguna sangrienta película de terror de serie B o algo por el estilo) y unos pantalones cortos —incluso en invierno— que dejaban ver parte del tejido adiposo y estriado que bordeaba su cintura. También quedaba de manifiesto que se masturbaba varias veces al día, concretamente cada vez que su madre salía del apartamento a comprar pizzas para su niño grande. Me enternecí, aunque no estimé apropiado abrazarle amorosamente.

Junco confesó que formaba parte de una organización ecologista internacional con sede en los Estados Unidos. Había contactado con ellos a través de Internet y, aprovechando unas vacaciones, conoció a algunos miembros en persona. Al preguntarle Maribel por el modo en que se comunicaban sin levantar sospechas, respondió que habían sustituido en tradicional sistema de los anuncios clasificados en los periódicos por blogs, siempre, eso sí, empleando un lenguaje en clave. Necesidad que entraría en escena con posterioridad, pues, al principio, los intercambios eran neutrales e inofensivos. Como cabía suponer, él no era periodista sino informático. Se podría haber ahorrado la información. Mientras exponía su biografía rebelde, no pude dejar de pensar en qué le habría llevado a interesarse por la ecología. Tal vez lo había hecho movido por un deseo de que su cactus hipertrofiado no falleciese a causa de tanta radiación procedente del computador. Quizá porque considerase que su vida social se hallaba más próxima al mundo vegetal que al humano, o animal, propiamente dicho. En cualquier caso, no me pareció cortés preguntárselo.

—¿Resulta tan sencillo ingresar en una sociedad secreta? —le interrumpí.

—No es ninguna sociedad secreta. Es una asociación de ecologistas, ya se lo he dicho.

Enrique Junco reanudó su exposición tras el inciso, forzado en gran medida por mi impertinencia. La cosa, comentó, era bastante *light*: exponer las opiniones y temores de cada cual sobre el medio ambiente, soltar alguna diatriba contra el gobierno estadounidense, etc. Vamos, la típica historia. Hasta que uno de los cabecillas tuvo la feliz idea de infiltrarse en el Departamento Hidrológico.

—Querrá decir «trabajar para ellos», ¿no?

Maribel me soltó un discreto puntapié por debajo de la mesa a modo de invitación al silencio.

—En efecto. Su grado en ingeniería y su doctorado en edafología le posibilitaron ser contratado por lo que él consideraba que se trataba de un organismo público, más o menos transparente.

—Pero en realidad fue la empresa Bunk quien le contrató, ¿no es cierto? —intervino Maribel, y me alegré de que lo hiciera.

—Exacto.

Junco retrató a Bunk como una empresa dedicada a la investigación del suelo y del agua, una suerte de filial fantasma del Departamento Hidrológico. La idea del topo era sacar a la luz sus actividades inmorales, a saber, el almacenamiento y conservación de grandes cantidades de agua que, cuando comenzase a escasear venderían a precio de oro, lo que traducido vendría a significar «más cara que el oro». Ya me estaba viendo venir otro rollo monumental sobre el 2012 y demás temas esotéricos. Por suerte para mí, no ocurrió así. La cosa, continuó, empezó a ponerse fea cuando el infiltrado tuvo conocimiento de que Bunk había requerido los servicios de un físico nuclear. Hasta entonces, todos pensaban que sus actividades se centraban en cuestiones relacionadas con el agua, pero la presencia del físico tambaleó todas las teorías.

—Déjeme adivinar, se llamaba Oppenheimer.

—Niels Oppenheimer. Probablemente el mejor físico nuclear que existe en la actualidad.

—Niels Oppenheimer is in… Niels Oppenheimer está dentro. Se ha unido.

—Veo que ya sabe a qué me refiero.

—Chungo. —Maribel me lanzó una mirada asesina— Vale, vale, ya me callo. Aunque, antes de que prosiga, una última observación: ¿Por qué nos cuenta todo esto? Podríamos ser personas poco fiables…

Junco sonrió con suficiencia.

—Señor Poiccard, tampoco tiene usted por qué fiarse de mí y lo está haciendo. Vuelvo a repetirle que me siento responsable de haberles implicado en este asunto. He rastreado sus cuentas de correo, sus llamadas telefónicas y sé que es usted de fiar. —Aquello me halagó.

—¿Y ella? —inquirí sonriendo mientras ponía mis ojos en ella. Junco echó una tímida mirada a la que, probablemente, fuera la mujer real más impresionante de la que había estado cerca alguna vez en toda su vida.

—Ella también.

—¿Cómo lo hacen? —pregunté en tono divertido—. Me refiero a eso de meter las narices en los ordenadores y teléfonos de los demás.

—Recurrimos al *phishing* y otros procedimientos de suplantación de la identidad.

—¿*Phishing*? Qué mal suena eso… Era solo un matiz. Continúe, por favor.

El resto de la historia, aventuró, ya era en parte conocida por nosotros.

—Parece claro que A.E. es el infiltrado, en tanto que envió el mail desde una cuenta de Bunk —puntualizó Maribel.

—A.E. es un nombre en clave, una especie de acrónimo de *Anti-Ecologist*.

—Un tipo simpático ese A.E. —señalé.

Un tipo simpático que se había metido en un buen lío. Para ser tan inteligente había descuidado muchos detalles. El primero de ellos enviar un correo tan comprometedor desde una cuenta de Bunk. Y así se lo hice saber a Junco.

—¿Sabe usted lo complicado que puede llegar a resultar cambiar de identidad y de cuenta de correo varias veces al día?

—¿Me está diciendo que se trató de otro error? Después de todo, el mensaje lo enviaría desde un interfaz distinto de los convencionales…

—Por supuesto. Pero lo cierto es que no sabemos lo que sucedió después —afirmó don Zapatos Hortera con seriedad—. A. E. ha desaparecido.

Nos habló de un blog, sin facilitar el nombre, a través del cual A.E. solía comunicarse con el resto de los camaradas. La última entrada firmada como A.E. fue enviada antes del correo de la discordia, desde un ordenador con IP inidentificable. Después, *pluf*, el ecosistema se lo tragó.

Para un tipo como yo, acostumbrado a ver la cara luminosa de la existencia, que compraba en ocasiones por Internet sin temor a que me robasen el número de tarjeta, y que, por norma general, me fiaba de mis congéneres, aquella historia del *phishing*, del IP y de topos desapareciendo sin dejar rastro ni físico ni virtual me superaba un tanto. Además, eso de estar hablando con un hacker con ligero sobrepeso, un *friqui* ecologista que había «pinchado» mi teléfono móvil de última generación, me resultaba familiar. ¿Dónde había yo leído algo parecido? Es igual.

—Perfecto. ¿Cómo termina la historia? —traté de concluir.

—Espero que para ustedes la historia termine aquí, al margen de su desenlace real —determinó Junco.

—Ha sido usted muy amable en venir a prevenirnos, señor Junco. —Maribel mostraba su cara más diplomática y, aunque no fuera necesario, maternal.

—Señor Junco, aunque lamento lo de su colega cibernético, me ha convencido usted. El asunto no va con nosotros. Tiro la toalla.

—Me alegra su decisión. Es lo más sabio que he escuchado de su boca desde que ha llegado —esbozó una sonrisilla estúpida. Yo arqueé una ceja ante su repentino atrevimiento—. No se metan en líos, sean conscientes de que, al menos por un tiempo,

seguirán estando bajo vigilancia y confíen en que acabarán comprendiendo que ustedes han sido víctimas de un error ajeno.

—Usted también debería cuidarse —recomendé en sustitución del abrazo que antes le hubiera dado—. Quién sabe si no le han seguido…

—Yo también tomo mis precauciones, señor Poiccard.

—¿De veras? Qué interesante. —Maribel volvió a regalarme otra de sus miradas fulminantes. No puedo evitarlo, el falso George Kaplan al que da vida Cary Grant en *Con la muerte en los talones* siempre ha sido uno de mis referentes masculinos.

Ni me molesté en preguntar a qué precauciones se refería. Parecía que toda la maldita historia había, por fin, acabado para nosotros y eso era lo que de verdad contaba para mí. Ahora podría dedicarme a seducir como era debido a Maribel. Incluso le pediría matrimonio si fuese necesario. La llevaría a Lisboa, a Sintra, a Oporto y tendríamos *duas ou três crianças*. Tomaríamos café en el *Café A Brasileira* y le pediríamos a un simpático y educado portugués que nos echase una foto junto a la estatua de Pessoa. El mail, el precintado de mi ordenador y el resto de sucesos me habían hecho reflexionar sobre la soledad y el desamparo en que me hallaba, en la fragilidad de mi existencia y en lo placentero que resultaba tomar un Campari sin la sensación de estar siendo espiado. Era un trato justo: el rechoncho informático volvería a su lucha por la salvación del planeta y nosotros recuperaríamos nuestras vidas. No estaba mal del todo.

Sentí una especie de alivio cuando los tres nos levantamos de las sillas. A modo de agradecimiento, aboné todas las consumiciones —cosa, por otra parte, comprensible, dado que las mías eran más y más caras— y agradecí de corazón la visita de Enrique. Era lo menos que podía hacer. No negaré que también me alegré de no tener que volver a verle jamás, pues eso significaría «problemas en el horizonte». El propio Junco aconsejó que nos despidiéramos dentro de la cafetería, por razones de seguridad.

—Bien, me temo que esto es un adiós en toda regla. Espero que no tengamos que volver a vernos, sin ánimo de ofender. Significaría que las cosas han vuelto a la normalidad y que todo va bien.

—¿Y si las cosas se ponen feas? —pregunté—. ¿Algún modo de contactar con usted?

Me miró con cara de «chaval, ¿no te has enterado de nada?» e inclinó levemente la cabeza hacia un lado.

—Si las cosas se ponen mal, como usted dice, ya me encargaré yo de dar con ustedes.

Nos estrechamos la mano y, tras desearle un buen viaje, le sugerí que fuese bueno. Al verle salir por la puerta me pregunté si las precauciones que había tomado no eran ponerse una máscara y una tripa de látex, lo cual explicaría lo extraño de su complexión. Últimamente se hacen verdaderos milagros con dicho material que, curiosamente, siempre está presente cuando se habla de «tomar precauciones», sea en el sentido que sea: sexo, electricidad, productos tóxicos, etcétera. No falla. De ese modo nuestro precavido amigo salió de nuestras vidas, o al menos de nuestro campo visual. Me volví hacia Maribel y le pregunté si se encontraba bien. Me dijo que sí, lo que me dio ánimos para invitarla a cenar esa noche.

—¿No prefieres comer? —fue su contestación—. Yo pongo los dulces —añadió mientras mostraba una bandeja de *La maison des délices*.

—Veo que no te andas con paliativos.

Mi nevera estaba tan vacía como la agenda sexual de Enrique Junco, pero no quería incurrir en la descortesía de llevarla a un restaurante cargada de delicados pasteles.

—Muy bien, aunque primero tenemos que pasar por el supermercado.

—¿También vas al súper?

—Pues sí. Es algo que me veo obligado a hacer cuando los del servicio doméstico están en su día libre —contesté con ironía—. Los pobres también necesitan un descanso…

—¿Y vas a llevarme allí? Vaya, vaya, parece que esto es ya una relación en toda regla. —Ahora era ella la que empezaba a chulearme.

—Yo no diría tanto —repuse con la intención de no morder un anzuelo al que estaba deseando hincarle el diente.

Salimos a la calle. No había ni rastro del afable Junco. Tal vez se lo tragó el ciberespacio. El coche de Maribel fue el elegido para realizar nuestra excursión al supermercado. Abrí su puerta como buen caballero y después ocupé mi asiento de copiloto. No tenía claro si una visita al súper era el mejor modo de afrontar una tensión sexual no resuelta, pero no tenía muchas más opciones.

—¿Hacen unas pechugas de pollo? —pregunté con ánimo de resultar vulgar.

—Mientras vayan acompañadas de uno de esos vinos caros que te gastas, no veo mayor inconveniente. —Una respuesta demoledora. No era rival sencillo la señorita Salgado.

Bien pensado, no logro explicarme por qué seguí prolongando una amorosa lucha dialéctica con ella. A fin de cuentas, casi me había confesado que quería acostarse conmigo. La fase de parecer un tipo al que no le asustaba una mujer hermosa debía haber quedado lejos hacía mucho tiempo y, sin embargo, ahí estaba yo, perseverando en el error. Las posibles consecuencias eran evidentes: que ella perdiera el interés, que yo quedase como un cínico y poco más o algo por el estilo. Nunca he sabido parar a tiempo. Me cuesta horrores establecer límites y, a la vista está, supone una actitud que me da bastantes problemas.

No llevábamos ni cinco minutos en el coche cuando le pregunté por la potencia del motor de su coche y si corría mucho. No tengo ni idea, contestó ella, ¿a qué viene eso? Pura curiosidad. Fue entonces cuando cogí la bandeja de dulces, la abrí y le ofrecí uno.

—¿Eres gilipollas o qué? ¿Qué estás haciendo ahora? ¿De qué vas?

—Considerando que desde que hemos salido del aparcamiento dos gorilas en un Volvo vienen detrás de nosotros, he creído oportuno preguntarte por la velocidad límite de tu coche y ofrecerte un dulce. Es un poco tarde y puede que tardemos aún más en comer. Y tal vez sea necesario pisar a fondo el acelerador. —Dicho esto, di un bocado a una exquisita galleta de mantequilla con pistachos caramelizados.

Maribel miró por el retrovisor para cerciorarse. Efectivamente, allí estaban, con pinta de guardaespaldas.

—No tenemos nada que ocultar —añadió.

—Uno que yo conozco acaba de llegar de la *Capi* después de haber buscado un poco de información potencialmente comprometedora y una chica muy guapa ha sido vista con un miembro de una hiperactiva organización ecologista bastante obsesionada con las actividades de Bunk. ¿Qué opinas tú?

—Opino que si quisieran detenernos ya lo habría hecho en el *León rojo*. Así que no pienso huir. No somos unos fugitivos.

—De acuerdo. —Dejé la bandeja en el asiento de atrás—. Y perdona por lo de los dulces. Por cierto, están deliciosos.

Maribel, sin apartar la vista de la carretera, me hizo un gesto de desaprobación. A través del espejo incrustado en mi parasol, comprobé que los gorilas no eran los mismos que habían confiscado mi ordenador —pero podrían haberlo sido, a juzgar por su tamaño—. Indiqué a Maribel el camino hacia el supermercado. Aunque trataba de disimularlo, la situación le había puesto un poco alterada. Tenía que encontrar la manera de que se relajase o al final asumiría que había apostado a caballo perdedor.

Detuvimos el coche en el parking del supermercado y, como preví, nuestros seguidores también lo hicieron. Nada más bajar del coche, encendí un pitillo y me dirigí a su coche. Golpeé la ventana del conductor con los nudillos y éste bajó la ventanilla.

—Perdonen, es que he visto que nos seguían y me preguntaba si les importaría vigilar nuestro coche, si son tan amables. Serán solo unos minutos, tenemos que hacer la compra. ¿Necesitan algo del súper?

Los dos tipos se miraron entre sí sorprendidos.

—No, estamos servidos —contestó el copiloto.

—Estupendo. Hasta ahora, pues.

Me disponía a largarme cuando el otro me detuvo.

—Perdone. Nos gustaría hacerles unas cuantas preguntas. —Típica expresión de policía de película.

Los dos salieron del coche y pude advertir su estatura. Me considero una persona alta, pero aquellos dos eran enormes. Tiré el cigarrillo a medio consumir al suelo y lo aplasté con el zapato.

—Ustedes dirán.

—¿Qué hacían con ese señor en la cafetería?

—Si no es molestia, ¿serían tan amables de identificarse? Pura formalidad. —Sonreí.

Uno de ellos abrió la chaqueta y mostró una placa de la Interpol. De paso, aprovechó la ocasión para sacar a relucir la culata de su SIG Sauer P220. Debió considerar que no le vendría nada mal tomar un poco el sol, aunque fuera desde el interior de su funda.

—Miren, se trata de un asunto delicado. Mi compañera —dije señalando con la cabeza a Maribel, que se hallaba delante de su coche— se sentía un poco sola y decidió buscar compañía en un chat, algo muy habitual en nuestros días, ya saben. El caso es que el tipo mintió con las fotografías y, cuando se presentó, resultó ser bastante poco agraciado. Ella me llamó para que le librase de él. Los amigos estamos para eso.—Sonreí de nuevo.

—Ya —repuso lacónicamente uno de los agentes—. Sabemos que ha estado usted esta mañana en Madrid, en un locutorio y que ha buscado información sobre la empresa Bunk. ¿Es cierto?

—Veo que están muy bien informados. Como también sabrán, hace unos días, unos compañeros suyos vinieron a visitarme al lugar donde trabajo y retiraron mi ordenador al considerar que desde él se habían llevado a cabo operaciones irregulares. Sentí curiosidad por saber de qué se trataba.

—¿Y por qué no lo hizo desde su redacción?

—Comprenderán que no me pareció oportuno. Seguro que están muy acostumbrados a ver a tipos descomunales llevarse el ordenador de la gente, o a retirarlos ustedes mismos, pero para mí fue algo, digamos, novedoso.

—También es casual que el tipo de la «cita a ciegas» trabajase para la agencia que les envía noticias, ¿no cree?

—No tenía conocimiento de ello. —Pues sí que había tomado precauciones la mente preclara de Enrique Junco, pensé.

—Ha hecho un largo viaje para encontrarse con su amiga. Tal vez ella debería haberle dado una oportunidad —comentó el otro agente con abierta causticidad.

—No hay quien entienda a las mujeres…

—Señor Poiccard, nos tememos que vamos a tener que hacerles más preguntas. Esta vez en un lugar más apartado.

—¿Un interrogatorio? —No contestaron— Siempre he sentido curiosidad por saber dónde llevan a cabo los interrogatorios los de la Interpol. —Intentaba guardar la compostura con ciertas dificultades.

—Una perfecta ocasión para descubrirlo —añadió el más ingenioso de los dos—. Llame a la señorita —ordenó sin más rodeos.

Me volví hacia donde estaba Maribel y le hice señas para que viniera. Ella se aproximó con el rostro tenso, aunque sin perder la seguridad que le caracterizaba.

—Quiero presentarte a dos amigos de la Interpol. Desean hacernos unas cuantas preguntas. —Sabía que estaba jodido. Después de aquello, Maribel me mandaría a paseo sin dudas y con mucha razón. Quinta respuesta a por qué no me casé: porque tengo muy mala suerte y tiendo a comportarme como un maldito temerario.

Los agentes nos «invitaron» a entrar en el coche y no nos resistimos. Nos abrochamos los cinturones de seguridad, a pesar de que dudaba de si era algo necesario dentro de un coche *policial*. Maribel miraba hacia abajo, con los brazos cruzados,

mandíbulas y labios contraídos y claras muestras de crispación. Por un momento temí que fuera a darme un puñetazo en la cara o en el hombro, pero no sucedió.

—¿Nos van a decir lo del abogado y todo eso? —Cuando me pongo nervioso, hago preguntas tontas.

—No están ustedes detenidos —puntualizó el conductor—. Al menos de momento.

Después de varios minutos de ruta, reconocí el recorrido. Supe que se estaban acercando al cuartel de la Policía Nacional.

—No sabía que sus dependencias coincidieran con las de la Policía Nacional —observé en un alarde de estupidez.

—Nuestros colegas nos alquilan habitaciones por horas —añadió el gorila cáustico. Se volvió hacia nosotros y sonrió por primera vez. Una sonrisa perfecta, aunque artificial, casi irónica, si entendemos por «ironía» el hecho de dar a entender lo contrario de lo que se dice o muestra. Supuse que era el único tipo de sonrisa que un psicópata sería capaz de exhibir, sin establecer, no obstante, que el agente fuese uno de ellos.

—Me cae usted bien —añadí—. Cuando todo esto acabe, estaría encantado de invitarle a un Campari.

—No bebo, señor Poiccard. Nunca. —Intuí que se trataba de un ex-alcohólico. Nadie que no lo haya sido es tan tajante.

Después de aquello no dije nada más. Miré a Maribel que mantenía la misma actitud y postura. No podía reprochárselo. No me había equivocado. Nos estábamos acercando donde había imaginado. Dos calles más y estaríamos en una pecera con cámaras de vigilancia, un flexo impúdicamente orientado hacia nuestro rostro, un espejo convertido en pantalla al otro lado —es decir, en aquel en el que no nos encontraríamos nosotros—, unas sillas incómodas, una mesa funcional y, con un poco de suerte, un cenicero. Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado. De repente, un coche pequeño salió de una de las calles laterales y colisionó brutalmente contra el morro del vehículo en el que viajábamos. Recuerdo que el impacto fue bestial. No podría precisar si llegué a dar con mi cabeza en el asiento delantero, pero, de algún modo, me hice una herida.

Los dos agentes, por el contrario, sí parecían más aturdidos. No sabría decir lo que duró aquello, tan solo que oí una voz lejana, como si procediera del interior de mi cabeza. Moví la cabeza sin objetivo claro y allí lo vi: Enrique Junco nos llamaba desde el coche que se había estrellado contra el nuestro. Tenía el frontal destrozado y había dado marcha atrás para salir pitando. Maribel estaba intacta, sin signos de conmoción. Hice un gesto con las dos manos, como preguntándole «Y ahora, ¿qué hacemos?», a lo que ella respondió desabrochando el cinturón y abandonando el vehículo a toda velocidad. Hice lo propio. Corrimos hacia el coche de Junco, quien salió de allí a toda velocidad una vez nos montamos. Algunas personas comenzaban a acudir. La última visión que conservo en mi mente es que los dos armarios humanos salieron torpemente del coche. Uno había desenfundado un arma y el otro tenía que apoyarse sobre el techo del coche para no desplomarse. La habíamos cagado bien.

Enrique Junco llevaba la ropa y la cara manchadas de sangre. Supuse que se debía a heridas sufridas durante el asalto al coche policial, pero no tardaría en conocer las verdaderas causas. A pesar de encontrarse medio destrozado, el vehículo de Junco conseguía desplazarse con relativa normalidad.

—Hemos tardado poco en meternos en problemas, ¿eh? —así traté de quitarle hierro al asunto.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué es todo esto? —preguntó Maribel, a caballo entre la desorientación y la incredulidad.

Poco después de abandonar la cafetería, nos contó, dos tipos similares a nuestros vigilantes le detuvieron para tomarle declaración. Otra expresión típicamente policiaca, aunque dudo mucho que en la vida real los polis procedan de un modo tan cortés. Normalmente —y solo normalmente— suelen ser ineptos personajes castigados con dureza en su infancia y adolescencia y marginados por el resto de compañeros de recreo, que buscan en el ejercicio de su profesión una vía de venganza y un modo de demostrar a los demás que eran muy valiosos y que ahora nadie tendría el coraje de vacilarles. Los caminos, y usos, de la justicia son inescrutables. El caso es que Junco supo de inmediato que si se prestaba a «cumplimentar el cuestionario», no saldría de

allí. Comenzó a forcejear con los dos titanes, que no tuvieron el menor reparo en propinarle unos buenos golpes para que entrase en razón. Le dieron a base de bien y sin contemplaciones, lo cual dejaba a las claras que le tenían ganas. A él y a cualquier integrante de la *resistencia*. Con el rostro ensangrentado debido a un duro derechazo en la nariz, Enrique Junco extrajo un espray de pimienta antes de que los agentes sacaran al señor Walther, también conocido como míster 9 Parabellum, para que el condenado le presentase sus respetos. Se notaba que no trabajaban para el gobierno español, puesto que estos se decantan por las *pipas* de la casa Star, añadió nuestro rescatador. Mientras se llevaban las manos a los ojos, Junco pateó el tejido escrotal de uno y propinó un puñetazo en la nariz al que le hubiera roto la suya. Sacó dos esposas de plástico del bolsillo trasero de su pantalón —que yo no había advertido durante nuestra conversación en la cafetería— y ató a los dos osos para introducirlos en su coche, alejado de miradas curiosas. En ocasiones la suerte se pone de parte del inocente y nadie fue testigo del suceso.

Se hizo con un coche robado, el más viejo que encontró —según él—, el más fácil de puentear —según yo—, y se lanzó a rescatarnos movido por un sólido sentimiento de responsabilidad. Sabía que nos estarían esperando a nosotros también y que, si nos detenían, lo tendríamos bastante difícil para escapar.

—¿De veras redujo usted a los dos agentes? —le pregunté impresionado.

—Ya le dije que tomo mis precauciones. Además, dadas las circunstancias creo que puede tutearme.

—Ah, es un gran alivio. A partir de ahora, dejo de ser un señor y paso a llamarme León a secas. —Me toqué las diversas partes de la cara mientras hablaba.

Sin pensarlo, cogí la mano de Maribel y le prometí que no pasaría nada, que saldríamos de ésta. No lloró, no me reprochó nada, solo asintió en silencio con la cabeza.

—Hablando de medidas —puntualicé—, me temo que te has quedado corto. ¿Cómo sabían esos tipos que estabas aquí?

—Según parece, tenemos un soplón entre nosotros. Él dio el chivatazo.

—¿Él?

—Bueno… —se justificó— supongo que se trata de un hombre. Por pura probabilidad. Hay pocas mujeres en nuestro grupo. —No me extrañó el comentario— Sería interesante bajar del coche —propuso Junco.

Admiré la osadía, la actitud gallarda y el sentido del deber, por no decir del honor, de aquel hombre al que, sin duda, había juzgado erróneamente. Se había jugado literalmente el tipo para rescatarnos, lo cual le honraba.

Enrique aparcó el coche, todo un gesto de caballerosidad y buen gusto, y salimos corriendo. Estuve a punto de exclamar: «¡Mierda, nos hemos dejado los pastelitos en el coche!», pero no me pareció lo más adecuado dadas las circunstancias. Me acordé de la delicia de arándano que se había perdido por el camino y me entristecí. Mientras huíamos, Junco nos anunció que desconocía la zona y que no tenía ni idea de a qué sitio debíamos dirigirnos. Pensar a toda velocidad no es tarea fácil, doy fe, pero tuvimos la suerte de que el cerebro de Maribel funcionase con más precisión que el mío. Ir a cualquiera de nuestras casas sería tan eficaz como entrar directamente en el calabozo, apuntó mientras sus piernas daban claras muestras de su entrenamiento constante. ¿Qué tal la cocina de un restaurante, León? Me quedó claro en qué estaba pensando. El *Figón de Lola* no quedaba muy lejos y Maribel supuso sabiamente que allí nadie iría a buscarnos. No me seducía la idea de abusar de la confianza de un viejo amigo, pero la prefería a la de ser atrapado por unos pistoleros a los que acabábamos de destrozar el coche. Buena idea, nena, respondí con voz jadeante. ¿Nena? De no ser porque la carrera era más prioritaria que los ajustes de cuentas en ese momento, Maribel me habría soltado el bofetón que había reprimido durante todo ese tiempo.

Sin lugar a dudas, el que peor llevaba lo de correr así era Enrique Junco. Demasiadas emociones juntas para un plácido jugador de rol —aunque, visto lo visto, a lo mejor también me había equivocado en eso—: estar cerca de un pedazo de mujer de carne y hueso, zafarse de la policía con un espray de pimienta para, posteriormente, machacar el morro de su vehículo contra otro robado por él mismo, y, cómo no, demostrar sus habilidades en el *Test de Cooper* en su versión más extrema. *Too much*.

Resoplaba pesadamente, como si el corazón amenazase con detenerse de repente. Y yo hubiera jurado que pasaría de no haber alcanzado el *Figón*.

Tommasi se sorprendió al vernos llegar así. Reconoció a Maribel y la saludó casi tan efusivamente como a mí. El hecho de verme dos veces con la misma mujer debió parecerle sintomático de algo bueno. El *calavera* de León se ha enmendado por fin…

—Oye Tommasi, ¿podemos pasar un segundo a la cocina? Unos atracadores vienen persiguiéndonos y…

—¿Unos atracadores? —Obviamente no se tragó mi excusa. Miró hacia afuera sin mucha convicción y nos invitó a pasar— Lola está allí dentro.

—Gracias.

Entramos al verdadero corazón de mi restaurante favorito. Abracé a Lola y le expliqué lo que pasaba, es decir, mentí sobre lo que realmente sucedía. Junco pidió, por favor, un vaso de agua.

—Para nosotros el caldo de siempre. —Lola sonrió y se dispuso a sacar un soberbio Jumilla, Robert Parker al margen.

Tommasi entró poco después y, con agudeza, nos comentó que, casi seguro, los ladrones habrían pasado de largo y que no sería necesario llamar a la policía. No estimé necesario contradecirle ni añadir nada más. Con toda certeza debía saber lo que era correr delante de alguien, presumiblemente de la propia policía.

Junco había entrado en modo cálculo y daba vueltas a su cabeza tratando de encontrar el modo de sacarnos de allí de la manera más discreta posible. Se decidió por llamar a un amigo para que viniera a recogernos, lo que nos obligaría a tener que permanecer en la cocina unas cuantas horas. Yo no me veía en disposición de ofrecer una alternativa más interesante y Maribel tampoco opuso resistencia. Por desgracia, anunció, tendríamos que escondernos durante un tiempo y, a ser posible, en el lugar más alejado de «la escena del crimen». Nada, pues, de regresar a casa.

—¿Y qué hacemos con el dinero? —pregunté—. Si sacamos un céntimo de un cajero o compramos lo que sea con la tarjeta nos atraparán al instante.

—Desviar cantidades de dinero de una cuenta a otra siempre ha sido una de las especialidades de los *informáticos* —nos tranquilizó Enrique. Leí entre líneas que «esa otra cuenta» sería una cuenta fantasma o ubicada en tierras tan sugerentes como las Islas Caimán, lo que, a efectos prácticos, venía a ser lo mismo. De todos los problemas que tenía, ése era el menos importante, aunque lo fuese.

¿Dónde podríamos ir? Me vi a mí mismo en el despacho de mi jefe. Esta vez perdía el trabajo, fijo. En una ocasión leí un cuento oriental que se me quedó grabado a fuego. En líneas generales, narraba la historia de un campesino que perdió su viejo caballo. Los vecinos acudieron a mostrar sus condolencias, a lo que él respondió que no sabía si era buena o mala suerte. Días después, el caballo regresó con otros caballos. ¿Buena o mala suerte? Quién sabe, volvió a contestar el anciano. Su hijo trató de domesticar a uno de los caballos recién llegados, tuvo un accidente y se rompió una pierna. De nuevo los vecinos le visitaron y se lamentaron del incidente, provocando en el campesino la misma reacción, ¡quién sabe! El ejército, en medio de una campaña de alistamiento, visitó el hogar del labrador, pero, al ver que el hijo estaba impedido, no lo reclutaron. ¿Buena o mala suerte? Es fácil imaginar la respuesta.

¿A qué viene este relato? Recluido en la cocina de Lola y Tommasi, trataba de hacer balance de mi vida y de mis perspectivas de futuro. Perdería el trabajo, pero tal vez encontrase algo mejor, como, por ejemplo, la posibilidad de hacer nada. Richard Ford, rememorando unas palabras de Thoreau, señaló que un escritor es un hombre sin nada que hacer que de pronto encuentra una ocupación. Con un poco de suerte —buena o mala, atendiendo a las enseñanzas y moraleja del cuento chino— retomaría mi carrera literaria, es decir, pasaría de la cama o el sofá al escritorio.

Le pregunté a Maribel qué le parecía la idea de largarnos a París. Mi hermano vivía a las afueras y podría conseguirnos un lugar donde escondernos. Lógicamente, en su casa no. Cruzaríamos la frontera en tren desde Barcelona. Para mi sorpresa, a Maribel le pareció una idea estupenda. Decía tener buenos amigos en París. Decidido, nos marchábamos a la Ciudad de la luz, un tradicional lugar de exilio para artistas, disidentes políticos y algún que otro criminal. Enrique Junco se comprometió a llevarnos —directa o indirectamente— hasta Barcelona. Él, por su parte, se ocultaría en algún punto de Madrid. Lavapiés era el escondrijo por excelencia.

A pesar de resultar reiterativo, Junco nos advirtió de los peligros de usar nuestros teléfonos móviles. Una llamada y *zas*, atrapados en cero coma tres. Bien pensado, la situación rozaba el surrealismo más disparatado: tres tipos fugados, dos inocentes y un culpable solo a medias, encerrados en una cocina y esperando a que un desconocido nos llevara a un lugar seguro. A medida que la historia avanzaba, todo se volvía más demencial. Y eso que todavía no conocía el final…

Algo, no obstante, resultaba terriblemente desconcertante. Los miembros de la resistencia ecologista estaban muy bien organizados. Demasiado bien, cabía pensar: suplantadores digitales de identidad, mecanismos para transferir dinero de una cuenta a otra invisible sin dejar rastro, acólitos dispuestos a recorrer cientos de kilómetros para rescatar a personajes anónimos, escondites secretos, topos y traidores en sus filas, trama internacional, etc. A mi entender, distaba mucho de ser un grupo de blogueros con ganas de dar guerra. El caso es que allí estaba yo, escéptico e impotente, más si cabía debido a la sensación desagradable que me producía haber implicado a Maribel en todo ese asunto. Barajé la opción de entregarme y confesar mi parte de la historia, descargando así a mi compañera de toda responsabilidad —o culpabilidad, en términos jurídicos—. La gran pregunta era ¿me creerían? Las cosas habían ido demasiado lejos: coches destrozados, policías atacados, fugas… ¿Y alguien iba a creer que éramos inocentes? Lo más probable es que, si me dejaba caer por la comisaría, cargarían sobre mí todo el peso de la ley, caracterizada por la búsqueda frenética de un cabeza de turco de cara a tranquilizar a la opinión pública o para ofrecer una impresión de eficacia y seguridad dentro del Departamento. Si decidía entregarme, me convertiría automáticamente en un miembro de una peligrosa organización criminal internacional más virulenta que el fundamentalismo islámico o cualquier enemigo puntual del Imperio. Vamos, que sería el enemigo público de moda y, además, no tendría nada que decir, no por falta de ganas, sino por pura ignorancia. Puede que me torturasen, manchasen mi camisa blanca, o quién sabe qué podría pasarme. Total, que estimé más viable la opción parisina.

Junco se había retirado un poco y no dejaba de hablar por teléfono. Se le notaba un tanto inquieto, como si pretendiese llevar a cabo mil gestiones en un segundo y, al mismo tiempo, alertar a los suyos de que el asunto, fuera el que fuera (en todo caso

desconocido para mí), se había precipitado. Algo gordo había estallado y no me quedaba claro en qué consistía. No suelo aceptar de buen grado quedarme al margen de las decisiones que afectan a mi vida, pero me mordí la lengua y cooperé en mi propia minimización. Viéndole, daba la impresión de que la Tercera Guerra Mundial o algo aún peor había comenzado, pero seguíamos vivos y eso nos daba un respiro.

Con sumo descaro, cogí un poco de pan y unos ingredientes y preparé unos bocadillos para mis compañeros de escapada.

—¿No puedes pedir las cosas como las personas? —preguntó de repente Lola, a la que había perdido el rastro. La voz tuvo un efecto despertador en mí.

—Perdona, Lola, es que…

—Si quieren comer, no les hagas un bocadillo, hijo. ¡Estáis en *El Figón de Lola*! —Aunque agradecí su buena voluntad, la última expresión no dejó de resultarme desagradable. Otro de mis cortocircuitos asociativos, nada serio.

Me pasó las manos por encima del hombro, como una madre que reprende cariñosamente a un hijo demasiado mayor. Enrique había colgado el teléfono, si bien daba la impresión de seguir bastante alterado. Imaginé la de golpes que se habría llevado de niño y pensé en la extrema crueldad que entraña la etiqueta de *friqui*. Un *friqui* solo se es cuando se es feo, dado que un *friqui* guapo pasa automáticamente a la categoría de *cool*, el chico diferente, estrafalario e interesante. Junco no lo era ni nunca lo había sido, de modo que las humillaciones habrían sido constantes. Alguien debería decirles a los jóvenes del futuro, tal vez esta grabadora cumpla esa función, que, algún día, los marginados del presente serán los jefes el día de mañana. En última instancia, un *friqui* posee mayor cultura que el resto: construirán ordenadores más eficaces y seguros, diseñarán un mundo más justo y plural, inventarán cohetes espaciales y descubrirán alguna nueva galaxia y, si son lo suficientemente inteligentes, que lo son, aplastarán a sus antiguos enemigos. Sin ir más lejos, y avalando mi tesis, uno de ellos acababa de salvarnos la vida, luego gozaba de todo mi respeto y gratitud.

Durante las casi cuatro horas que pasamos en la cocina hablamos muy poco. Supongo que cada uno de nosotros daba vueltas a sus asuntos, que eran bastante

parecidos a los de los demás pero con matices. Sonó el móvil de Junco, el único no intervenido. Ya está aquí, anunció con seriedad. Nos despedimos de Lola y Tommasi, yo con dos fuertes abrazos. A la merienda de hoy invitamos nosotros, nos dijo ella con un guiño cómplice.

—Cuidaos y buena suerte —nos deseó Tommasi.

—Muchas gracias. —No creo haber dado las gracias de forma tan sincera en la vida.

Siempre les recordaría con un sentimiento de infinita gratitud. La gente como ellos constataba que todavía había esperanza para el ser humano. Subí corriendo a una furgoneta sin conocer al conductor, empujado por un Enrique Junco muy impaciente. ¿Cómo reprochárselo o hacer un comentario sarcástico al respecto? En efecto, todavía había esperanzas para el ser humano. Todavía. Algo hizo *crack* en mi corazón y juro por Dios que estuve a punto de echarme a llorar. En lugar de ello, aspiré una honda bocanada de aire, apreté las mandíbulas y cerré los ojos.

13

Hacía dos días que unos hombres poco dados a la conversación habían recogido en persona el informe de Oppenheimer. Esdras se había limitado a presenciar la escena. El científico se percató de un pequeño detalle: los acompañantes de éste llevaban guantes blancos de algodón. No se molestó en preguntar a qué se debía esa medida. Esdras, por su parte, tampoco estuvo especialmente hablador aquel día, recordándole, no obstante, que supondría un gran honor para él que visitase las instalaciones estadounidenses, aprovechando su estancia para que unos médicos examinasen a la pequeña Anna.

—Lo pensaré —concluyó Oppenheimer, aunque su lenguaje corporal diera a entender que lo haría con toda seguridad.

Tras tener en su poder el dossier, Esdras marcó un número de teléfono y tan solo dijo: «Ya». Los hombres abandonaron el laboratorio. Un coche blindado, al que llegaron custodiados por un buen número de militares, les aguardaba fuera. El físico encendió un pitillo y vio cómo se alejaban. De vuelta al interior, Oppenheimer accedió a su cuenta bancaria a través de Internet para descubrir que su saldo personal había sido incrementado en quince millones de dólares. El «Ya» de Esdras significaba que la transacción había sido ejecutada y que podían hacer el traspaso a la cuenta del científico. En menos de un minuto, el dinero ya obraba en su poder, nada que ver con los retrasos y retenciones a los que los bancos sometían a los usuarios de a pie.

Miró a su alrededor. Aquel sofisticado y exclusivo laboratorio ya no serviría para nada o, al menos, no quedaba claro quién iba a financiar algún tipo de actividad allí dentro. ¿Qué harían los americanos en casos así? Dejarlo hasta que alcanzase el estado de ruina no era una opción. La gente podría entrar y descubrir el pastel. ¿Lo derribarían o lo desmontarían y llevarían las piezas que todavía sirvieran a otro lugar? Conociéndoles, resultaba probable que las numerasen y lo montasen en otra parte del mundo con otra finalidad. Un laboratorio nuclear reciclable, toda una ironía.

Ya era tarde para cualquier cosa que no fuera regresar a casa, pensó Oppenheimer. Salió al recinto exterior y contempló el monte Ararat en todo su esplendor. ¿Cómo se le

habría ocurrido a alguien imaginar que el Arca de Noé se hallaba allí? Resultaba del todo increíble. Además, los datos científicos movían más al escepticismo que a otra cosa: calcularon la antigüedad del Arca hallada a cuatro mil metros y estimaron que tendría cuatro mil ochocientos años. Los científicos habían demostrado que el monte Ararat no estuvo cubierto por tanta agua, al menos en ese periodo. Tampoco las condiciones de conservación de la madera eran las más óptimas. Para haberse preservado así, tendría que haberse encontrado en un entorno sin oxígeno, lo cual no era el caso. En definitiva, aquella historia olía a reclamo turístico por todas partes. ¿Qué era entonces lo que había allí en realidad?

Oppenheimer se dirigió a su viejo coche. Ahora podría comprarse el que quisiera, pero no lo haría. No olvidaba por qué había aceptado la proposición de Esdras y no se movería de su sitio. Un millonario conduciendo un viejo Lada. El físico, aun sin pretenderlo, hacía conjeturas sobre los motivos que habrían llevado a los estadounidenses a invertir varios millones de dólares en sus descubrimientos. La urgencia con que se había visto obligado a trabajar y entregar los resultados invalidaba la hipótesis de una aplicación *lícita* del fruto de sus investigaciones. Y en las más perniciosas mejor no pensar. Oppenheimer conocía a la perfección lo que diferenciaba su hallazgo del resto de trabajos en esa línea. Su manipulación de isótopos y radionucleidos había arrojado datos sin precedentes: sería posible, a partir de dichos desarrollos, fabricar armas nucleares con una característica única, a saber, la capacidad de aniquilar todo resto de vida humana, animal y vegetal, pero sin contaminar ni el suelo, ni el agua, ni la atmósfera, puesto que su vida sería muy breve —si bien la necesaria para llevar a cabo su cometido—. Se consolaba pensando que quien poseyera un arma de tales propiedades disuadiría a cualquier enemigo de efectuar un ataque potencialmente apocalíptico. «En las otras aplicaciones, mejor no pensar», se dijo.

La otra ventaja que presentaba tal reordenación isotópica era su elevada estabilidad. Ningún gobierno en su sano juicio desearía albergar en su país un material que, debido a un error, acabase con él y, pocos segundos después, con el resto del planeta —que sería justamente lo que podría suceder en caso de que los planos e informes cayeran en manos poco adecuadas—. El temor de Oppenheimer estaba del todo justificado y consideraba un mal menor, o el menor de los males posibles, habérselos entregado al

gobierno de los Estados Unidos. De acuerdo que la mayor parte de sus gobernantes estaban locos, pensaba para sus adentros el físico nuclear, pero menos que otros. Acto seguido acudieron a su mente imágenes de Rusia, Oriente Medio, China, los bárbaros a las puertas. Si no le fallaba la memoria y sus conocimientos de historia —que no era su especialidad— los gobiernos de aquellos países nunca habían dado el primer paso hacia el conflicto, habiendo reaccionado ante una agresión norteamericana. Sin embargo, estos se habían convertido en héroes y los otros en el demonio. Oppenheimer se echó las manos a la cabeza. «Ojalá lo único que quieran sea energía barata y duradera…», se dijo.

En casa le esperaban todos. Anna jugaba sentada sobre una alfombra situada en el salón. Al ver a su padre, comenzó a desplazarse hacia él arrastrando la parte inferior del cuerpo e impulsándose con los brazos. No hubo avanzado ni un metro cuando su padre la tomó entre sus brazos y la besó amorosamente. Anna era el motor de su existencia. Ni que decir tiene que también tenía ojos para su otra hija Hasmik y su esposa Narine, pero la desvalida Anna gozaba de su especial querencia, a la vez que provocaba grandes preocupaciones en su padre. ¿Qué sería de ella en el futuro? ¿Podría algo o alguien salvarla de un destino tan horrendo? De no haber sido por la búsqueda desesperada de un remedio para su hija no habría aceptado proposiciones como las de Esdras ni por todo el oro del mundo. Un padre desesperanzado sería capaz de vender su propia alma por su hijo.

Todavía hacía buena temperatura en Armenia, pero en breve el tiempo cambiaría de manera brusca y comenzaría el terrible invierno. Oppenheimer dio sendos besos a Hasmik y Narine con Anna tomada. Hasmik era una guapa adolescente que aspiraba a estudiar medicina en el extranjero. Ahora podría hacerlo. Narine siempre se había ocupado de las tareas del hogar y del cuidado de Anna, si bien era una devoradora de libros. Sus autores favoritos caían más o menos dentro del periodo *Fin-de-Siècle*: Thomas Mann, Hermann Hesse, Kafka, Hofmannsthal o Musil, entre otros. Aunque, en honor a la verdad, lo leía todo.

—Tengo que daros una buena noticia.

Narine dispuso un poco de *ghapama* sobrante del día anterior y una bandeja con abundante *lavash* y todos se sentaron a la mesa. Anna descansaba sobre las rodillas de su padre.

—Somos ricos —confirmó Oppenheimer sin más preámbulos.

—Ya lo éramos, ¿no? —repuso Hasmik.

—Me refiero a ricos de verdad. —Narine y la mayor de las hijas lo miraron a la espera de una respuesta más concreta— Acabo de entregar el informe a los americanos —su familia ya sabía que estaba trabajando para ellos— y nos han ingresado quince millones de dólares en nuestra cuenta.

Anna permanecía ajena a todo aquello y mordisqueaba un poco de *lavash*, pero las otras dos mujeres abrieron los ojos de par en par sin dar crédito a lo que estaban oyendo. Narine, presa de la emoción, rompió a llorar y Hasmik no podía borrar una sonrisa desconcertada de su rostro. Niels jugueteaba con una servilleta de tela.

—Querías estudiar medicina en el extranjero, ¿no es cierto? —preguntó a su hija— Pues ahora podrás hacerlo en la mejor universidad de los Estados Unidos. —En ese momento fue Hasmik la que derramó lágrimas de alegría—. Nos han invitado a mudarnos allí. Me han dicho que unos médicos podrían hacer mucho por Anna. —La pequeña levantó la cabeza al oír su nombre y después siguió con su trozo de pan como si nada.

—¡Eso es…! —Narine no pudo terminar la frase, mas el resto quedaba claro: aquello era estupendo.

Habían sido demasiados años de privaciones materiales y de falta de reconocimiento por parte de la comunidad científica y ahora, por fin, la suerte estaba de su parte. Alrededor de aquella mesa, en su modesta vivienda, la familia Oppenheimer celebraba el triunfo de la justicia. Un mundo de ilusiones y recompensas se abría ante ellos. La pregunta obligada era para cuándo el viaje y así la formuló la mayor de las hijas.

—En un mes o así. No tendremos problemas de visados —adelantó Oppenheimer—, ellos se ocupan de todo.

—¡Vas a ser una persona famosa! —exclamó Hasmik pensando en el gran descubrimiento que había realizado su padre.

Niels sonrió por pura cortesía, ya que, en su fuero interno, no tenía ni mucho menos claro que desease hacerse famoso por algo así. De hecho, no quería hacerse famoso en ningún sentido. Era un hombre tímido y familiar que no buscaba notoriedad alguna. Las fiestas, los homenajes, las entrevistas y lo que acarreaba la fama no iba con él. El resto de científicos, sus colegas, sin embargo, lo odiarían aún más —como suele pasar cuando alguien tiene éxito—. Oppenheimer tomó otro poco de *ghapama* y no pudo resistir una perversa satisfacción al pensar en los que le habían dado de lado, abucheándole y tratándole como un terrorista en potencia. En lugar de ello, en lo que se había convertido era en millonario, lo cual resultaba mucho más tranquilizador para él. Podría incluso retirarse de la investigación, considerando que ya había alcanzado su cima personal, aunque no lo haría porque sentía pasión por ella. Lo importante, creía, era no perder jamás el objetivo, que no era otro que idear cosas que fuesen de utilidad para todas las personas, que le hiciese la vida más fácil al mayor número de ellas. La historia de la ciencia estaba llena de buenos propósitos con desenlaces trágicos, algo que había que afrontar como daños colaterales, como gajes del oficio. En cierto modo, la ciencia era una ocupación despiadada.

—¿Qué os parece la idea?

—Genial —contestaron las dos mujeres casi al unísono.

—Perfecto, en ese caso, la suerte está echada. Mañana llamaré a mi contacto para informarle de nuestra decisión.

—Tendré que aprender inglés… —mencionó Narine con fingida preocupación.

—Todos tendremos que aprender muchas cosas —añadió su marido mientras le acariciaba la mejilla.

Aunque todos daban muestras de alegría, quien la manifestaba de manera más explícita era la joven Hasmik. Para ella, aquella oportunidad representaba poder comenzar a vivir en la tierra de las oportunidades infinitas, según su mente adolescente. Viviría en un país de película, nunca mejor dicho, perfeccionaría uno de los idiomas más importantes del mundo —el segundo que aprendería sería el español, se propuso— y tendría ocasión de realizar sus sueños. Oppenheimer contemplaba a los suyos y trataba de compartir su entusiasmo, pero no era capaz. Disimulaba. Ellos desconocían el alcance de unos estudios cuyas conclusiones había entregado a los norteamericanos y en esa ignorancia podían festejar la llegada de una vida mejor, pero él no. Niels Oppenheimer tenía un nudo en el estómago que se había hecho mayor desde que se desprendiera del informe. Ahora las consecuencias escaparían a su voluntad e incluso a su conocimiento y aquello le atormentaba. Hacía mucho que había perdido la fe en Dios y casi en la humanidad, de modo que lo único que le consolaba era pensar en su familia.

Antes de acostarse vieron un poco la televisión. Niels llevó a la pequeña a la cama y Hasmik no tardó en retirarse.

—No he querido decir nada delante de las niñas —dijo Narine—, pero te he notado un poco preocupado. ¿Qué sucede? ¿Es por el viaje?

Oppenheimer no tenía por costumbre mentir a su mujer.

—Tiene que ver con el informe. Si alguien hiciera un mal uso de él podría ser catastrófico.

—Bueno, ya sabes que tu trabajo siempre tiene ese reverso peligroso. —Narine trataba de quitarle importancia al asunto para tranquilizar a su esposo.

—Lo sé, pero no quisiera que las cosas salieran mal.

—Todo va a salir bien. ¿Vamos a la cama?

—Vamos.

A la mañana siguiente, Oppenheimer telefoneó a Esdras para comunicarle la decisión que habían tomado. La llamada satisfizo al norteamericano, que ya sabía de antemano la respuesta. En quince días podrían tomar un avión y trasladarse a los Estados Unidos. Tendrían la opción de elegir la residencia donde ellos deseasen, aunque, le advirtió, el número de visitas que tendría que hacer a Nebraska sería considerable. Tal vez Wisconsin o Illinois. Chicago es una ciudad fantástica, comentó Esdras. No me gustan las grandes ciudades, añadió Oppenheimer. En ese caso, Milwaukee se perfila como el destino ideal. Una familia armenia en la *reserva india*.

Cuando colgó el teléfono, Niels Oppenheimer se dijo a sí mismo que ya no había marcha atrás. Había llegado la hora de desprenderse de todas las inseguridades, recelos, dudas, culpas y temores. Si había decidido hacer lo que debía hacer por su familia, tenía que ser consecuente y no titubear. No más noches de insomnio, no más tormentos internos. No más miedo.

En conversaciones anteriores, previas a la entrega del dossier, Esdras había mencionado la necesidad de acudir a las instalaciones de Nebraska en calidad de asesor, sin especificar demasiado qué tipo de proyecto estaban llevando a cabo, salvo que se trataba de una aplicación de sus investigaciones. Oppenheimer advirtió que suponía una manera excelente de vigilar y supervisar desde dentro los empleos de su trabajo. Ello contribuiría a tranquilizarle todavía más, de modo que aceptaría sin ofrecer ninguna resistencia.

Los días previos a la partida, la familia se dedicó a realizar preparativos: empaquetar cosas, poner en orden los papeles, recabar información sobre institutos para Hasmik y barrios donde alojarse, despedirse de los amigos, etc. Todos los miembros estaban verdaderamente entusiasmados. Incluso Oppenheimer se contagió de la alegría de los demás. Eran felices y eso es todo lo que él quería. A la postre quedaría demostrado que el ritual de la mudanza era innecesario, dado que el equipo de Esdras se ocuparía de las engorrosas cuestiones administrativas y logísticas. Les proporcionarían una vivienda impresionante, se harían cargo de la escolarización de los niños en los mejores centros, despacharían los temas burocráticos, el transporte de bienes, la gestión de los billetes en primera; les llevarían al aeropuerto y les facilitarían los transbordos; se encargarían de acompañarles hasta su nuevo domicilio y de cualquier cosa que

supusiera una incomodidad. Los americanos tenían merecida fama de hacerlo todo a lo grande y la familia Oppenheimer no tardaría demasiado en constatarlo.

A finales de septiembre, unos individuos cargaron sus enseres en una furgoneta y un coche les recogió para llevarles al aeropuerto. Les instalaron en una sala VIP y les ofrecieron comida y refrescos. Narine estaba impresionada y Hasmik deambuló por las dependencias haciendo gala de su juventud. Anna jugaba con su muñeca, ajena a los adultos. Un hombre muy educado les entregó su permiso de residencia.

—¿Ya? —Se maravilló Niels.

—Ya —respondió el americano con una sonrisa cómplice.

Oppenheimer, orgulloso, pasó la mano por encima del hombro de su esposa.

—Si necesitan cualquier cosa, no duden en llamarme. Estaré en aquella salita —informó señalando una puerta al fondo.

—Muy bien, muchas gracias.

El hombre se retiró y el matrimonio quedó a solas.

—Eres un gran hombre. Te mereces lo que estás viviendo —dijo Narine.

—Soy un hombre afortunado por contar con una esposa como tú a mi lado y con una familia como la que tenemos. Vosotras sí que os lo merecéis. Nada de esto habría sido posible sin vuestro apoyo y vuestra ayuda. ¡Y sin esta pequeñaja! —dijo refiriéndose a Anna. Ella comenzó a reír cuando su padre se puso a hacerle cosquillas en la barriga.

Les esperaba un largo viaje. Narine estaba preocupada por Anna y deseaba que pasase la mayor parte del tiempo durmiendo. Viajarían de Armenia a Londres, de allí a Nueva York, harían trasbordo en Chicago antes de alcanzar el aeropuerto de Milwaukee. Cada uno se había preparado a su manera: Hasmik no se despegaba de su *mp3*, Anna de su muñeca, Narine se había hecho con una traducción del *Sixty Stories* de Barthelme y otra de las *Crónicas de motel* de Sam Shepard. Para viajar prefería lecturas más ligeras. A Oppenheimer le bastaba con sus pensamientos. Tenía serias dificultades

para conciliar el sueño en los aviones, y, a decir verdad, en cualquier tipo de transporte, y asumía que vería cambiar la luz varias veces.

Como mujer inteligente que era, Narine siempre se había preguntado por qué los occidentales en general y no solo los oriundos de aquellas tierras sentían tal fascinación por el «desierto» norteamericano, por el *cowboy* contemporáneo. Conforme leía más libros con dicha temática más sencillo le resultaba hallar una respuesta: en el fondo constituía la mayor recreación de la fantasía de la libertad total, del regreso al estado salvaje, de la búsqueda de uno mismo, pero enmarcada en un contexto civilizado. Europa, mucho más pequeña y más anclada en su pasado cultural, no se prestaba fácilmente a tales construcciones mentales, aunque disfrutaba del espectáculo. América era la tierra del hombre y mujer hechos a sí mismos en todos los sentidos, material y espiritual. África o Sudamérica escapaban a la conceptualización por parte de los *primermundistas* y en Asia resultaría bastante difícil desaparecer del todo —debido a la superpoblación, entre otras cuestiones—.

Hasmik apareció con una revista de moda. Dijo que por si tardaba algún tiempo en encontrar una revista armenia.

El asistente americano les pidió que le acompañasen. Faltaba un poco para la llamada general, pero ellos no tendrían que hacer cola, ni embarcar. Todo su equipaje estaba en el avión y accederían por una entrada privilegiada y exclusiva. Narine no cabía en su asombro. Por primera vez en su vida la estaban tratando como a una celebridad. A toda su familia, que Dios sabía qué calamidades y penurias había soportado durante inacabables años. A diferencia de su marido, ella sí era creyente y veía lo que estaba sucediendo como un verdadero milagro. Un milagro custodiado, aunque pasara desapercibido, por varios agentes de seguridad. Tantas atenciones denotaban que la misión de Oppenheimer no había terminado. El informe era el principio de una colaboración más estrecha y prolongada. El cerebro del físico nuclear era por lo que aquellos señores habían pagado quince millones de dólares. Y pagarían mucho más si fuera necesario. Oppenheimer era una pieza clave en el clasificado plan de Crush, que, a juzgar por el despliegue de medios, no podría desarrollarse sin la participación del científico. Durante el tiempo que durase el trayecto, el lugar donde se encontrase Niels Oppenheimer sería el más seguro del planeta. Se habían instalado los

sistemas de seguridad más sofisticados, junto a ellos, y sin que lo supieran, volarían paracaidistas por si fuese preciso realizar una salida de emergencia precipitada. Catarían los alimentos y las bebidas antes de servírselos. Nada podía fallar. Esa había sido la orden de Esdras, incitado por el presidente Crush, y se cumpliría a rajatabla.

Fueron los primeros en subir al avión. Salvo Oppenheimer, ninguno de los miembros de su familia había volado con anterioridad y estaban excitados. Por fortuna, no tenían miedo y sí mucha curiosidad.

—Vas a volar por encima de las nubes —dijo Niels a Anna. La niña estaba impaciente por hacerlo. Para un ser con serias dificultades para desplazarse, la idea de volar excedía todas sus expectativas.

Una azafata les preguntó si deseaban tomar algo mientras llegaba el resto. Las mujeres pidieron un refresco de cola y Niels se decantó por una cerveza. No quería tomar café por si, por azar, caía rendido al sueño. Cuarenta y cinco minutos después, el avión despegó sin problemas. Anna miraba extasiada por la ventana.

—Estás volando —le dijo su padre—. Estás volando como un pájaro.

Y el pájaro metálico cruzó los cielos llevando en su vientre a la familia más afortunada de todas. Al menos, eso era lo que ellos sentían.

14

A la mañana siguiente del día de las salchichas, Klaus Zimmermann salió a pasear a fin de aclarar sus ideas acerca de cómo debía proceder. Por una parte, quedaba patente que tenía que aceptar la invitación de los de Bunk a visitar las instalaciones. Solo de ese modo sería posible conocer con exactitud qué estaban llevando a cabo los americanos y a qué se debía tanta insistencia. Burt le había recomendado acudir y A.E. también.

Por otra, no le apetecía verse involucrado en los asuntos de tan poco transparente organización ni abandonar, aunque fuera unos días, a su mujer y a sus hijos. Ahora ellos sabían dónde vivían y desconfiaba de que fueran a estar seguros. Asimismo, tenía muy presentes las palabras de Dagna y sus propias reflexiones al respecto. Sabía que no tenía muchas opciones reales y que, de no poner fin a esa situación, acabarían teniendo más problemas. La única conclusión a la que llegó era que sería preferible preparar una buena estrategia y dar el salto al vacío, confiando en que hubiera una buena colchoneta al fondo del precipicio.

De momento cabían dos alternativas: adelantarse y viajar a los Estados Unidos para ver a Burt sin que los de Bunk tuvieran constancia o informarles previamente. La primera opción quizá no tuviera un buen desenlace. Si ya le habían encontrado una vez, lo harían las demás. De hecho, no resultaba descabellado pensar que ya le estaban siguiendo —lo cual planteaba otros problemas como, por ejemplo, que supieran de sus visitas a los *ciber*—. De decantarse por el plan B, la probabilidad de ser vigilado sería todavía mayor, pero no levantaría mayores sospechas sobre su culpabilidad, entendiendo por «culpabilidad» la vinculación a la célula ecologista. Conclusión: debía avisar a Kutcher sobre su inminente llegada a tierras americanas, advirtiéndole que estaría controlado de forma permanente. Del mismo modo, trataría de conocer de antemano la ubicación de las instalaciones para que alguien tuviera constancia de su paradero por lo que pudiera pasar. Pronto advirtió que aquellas precauciones resultarían vanas en caso de ser retenido o algo peor. Después de todo, ¿quién iba a poder acceder al recinto?

Una vez avisado su camarada, hablaría con los de Bunk y les diría que estaba conforme, que iría.

No tenía móvil y ésta se presentaba como una ocasión que justificaba su posesión. Decidió adquirir dos teléfonos desechables con cámara incorporada —había leído que unos fabricantes ya lo estaban comercializando en Alemania—, uno para él y otro para su familia. Así podrían contactar si algo fallaba y, ya de paso, le permitiría tomar algunas instantáneas de las instalaciones.

A.E. también estaría al corriente de la visita al complejo de Bunk. Dejaría constancia en el blog, a la espera de que su desconocido interlocutor lo leyese. No conocía su cara ni su nombre real ni le hablaba de otro modo que no fuese en esa especie de lenguaje en clave que habían establecido de manera espontánea. El resto de miembros también lo utilizaba y, considerando que el contexto se encontraba claramente delimitado, funcionaba de maravilla. Todavía no le era dado saber que A.E. no contestaría a su mensaje.

A la mañana siguiente regresaría a la ciudad; adquiriría los móviles y escribiría sendos mensajes, tras conseguir la mayor información posible sobre el emplazamiento de las instalaciones de Bunk. Telefoneó a quien en su día le entregara la tarjeta, el cual le atendió con presteza.

—Irá usted acompañado en todo momento y no tiene que preocuparse por nada.

—Ya, pero me gustaría que mi familia supiera dónde voy a estar.

—Nuestras instalaciones están en Nebraska, aunque comprenderá que no podemos decirle mucho más.

—¿Por qué?

—Es confidencial.

—No comprendo la razón.

—Es lo que podemos decirle, señor Zimmermann. Lamento ser tan tajante.

—Entienda que me preocupo por mi seguridad y la de los míos.

—Estará seguro, no lo dude.

Klaus supo que no tenía sentido seguir insistiendo. Aquel hombre no iba a decirle nada más.

—Vale —concluyó—: ¿Cómo vamos a hacerlo?

Tres días después, un coche se plantó en el domicilio de los Zimmermann para recoger al biólogo. Los dos mismos mensajeros que dejaron el aviso se encargaron de ello. De camino al aeropuerto, Klaus repasó los detalles de su plan y las características de los recién adquiridos teléfonos desechables: doscientas cincuenta horas de duración, cámara de fotos con resolución aceptable, no permitía el acceso a Internet ni venía dotado de GPS o dispositivo de localización alguno. Dagna se había quedado con uno y él con el otro, por motivos de seguridad básicamente. Esperaba contar con algún punto de acceso a la Red allá donde fuera, aunque era consciente de que lo vigilarían de un modo permanente y que todos los cacharros del lugar donde se alojase estarían pinchados. Sabía que debía andar con cuidado. Un paso en falso y todo se vendría abajo, incluyendo su propia integridad física.

Los dos «guardaespaldas» mantenían un silencio profesional. Parecían estar alerta sin descanso, tensos, atentos a cualquier imprevisto que pudiera surgir en el trayecto. Viajaría de Berlín a Londres, de Londres a Nueva York y después ya no estaba claro, salvo el destino que, en principio, era Nebraska. ¿Tendría que hacer un trasbordo en Chicago? ¿Habría vuelos Nueva York-Omaha? Le gustaba más Chicago, aunque creía que Omaha tenía su encanto, a pesar de no haberla visitado. Se imaginaba a sí mismo escuchando algún tema de Muddy Waters, en concreto «Hoochie Coochie Man», «Louisiana Blues» o «Long Distance Call». Ya había agotado su etapa de «Mannish Boy». Desde pequeño le había gustado el *Blues*. Tal vez porque un abuelo suyo había pasado bastantes décadas en Norteamérica, regresando a Alemania para morir, trayendo buenos recuerdos, una vida desastrosa, varias rupturas familiares y un buen puñado de vinilos. Al final, la vida resulta una extraña combinación de momentos triviales e insignificantes, aderezada por algún episodio destacable. Tamborileaba el picaporte mientras tarareaba mentalmente y miraba por la ventana.

—Ha traído usted poco equipaje, señor Zimmermann —señaló el copiloto en un gratuito intento por mantener una conversación transitoria.

—No espero quedarme mucho tiempo. —Fin de la conversación.

En el aeropuerto, Klaus entró a un punto de venta de prensa y libros y compró una traducción de bolsillo de *La carretera* de Cormac McCarthy. No conocía ni la obra ni al autor, pero le llamó la atención la portada y el hecho de que no fuera muy grueso. Más Muddy Waters sonando en su cabeza. «I don´t want you to be no slave; I don´t want you to work all day; But I want you to be true, and I just wanna make love to you». La cubierta del libro mostraba a un hombre y un niño caminando por un paraje desolado. Lo metió a su bolsa de viaje ante la atenta mirada de sus acompañantes. Éstos le condujeron a una sala más exclusiva. Pidió una cerveza que fue servida con unos cacahuetes. Había algo que le hacía sentir mal, incómodo, desconfiado. Si el tema era que debía revisar unas instalaciones destinadas al estudio del agua, no entendía la omnipresencia de aquellos señores. Bien podría haber cogido el avión por cuenta propia en lugar de ir custodiado.

Todos a bordo. Brandeis no había quedado muy satisfecho al saber que su padre iba a estar fuera unos días. Una semana, según habían acordado entre ellos, si bien era difícil determinar si podría cumplir su promesa o no. Dagna ocultó su preocupación y trató de infundir ánimo al viajero transoceánico. Cuídate, le rogó. Erika lo había enfocado de un modo menos dramático. Los dos «cicerones» guiaron a Klaus hasta su asiento en primera. Zimmermann advirtió que uno se situó en el asiento de atrás y el otro a un lado. Una medida bastante absurda, considerando que había aceptado voluntariamente acompañarles, que no se trataba de ningún asunto turbio, al menos de manera oficial, y que de un avión resultaría un tanto complicado escapar con vida, si es que alguien tuviera esa intención. Decidió ignorarles y se concentró en *La carretera*. Conforme avanzaba en su lectura, más esperaba un final feliz. Solo eso haría tolerable un texto por completo demoledor, salvaje, devastador, descarnado. Pocas veces se había visto al borde del llanto leyendo y ésta era una de ellas. Se imaginaba en una situación similar a la descrita en la novela con su pequeño Brandeis, por afinidad con la trama de la novela, aunque, a efectos sentimentales, lo mismo habría sucedido con Erika, y se sorprendió diciéndose a sí mismo que preferiría la muerte. Después vino el dilema.

Podría decidir su propia muerte, pero ¿y la de su hijo? ¿Sería capaz de acabar con su vida para evitarle un posible sufrimiento mayor? Comprendió entonces el alcance de la novela y se dijo que, a su regreso, adquiriría más textos de McCarthy. Se lo recomendaría a Dagna, aunque tal vez ella ya lo conociera. A fin de cuentas, ella tenía el extraño don de conocerlo todo.

Klaus Zimmermann poseía una particular sensibilidad hacia los niños. Consideraba que eran el futuro y que ninguno de ellos debía estar privado de infancia. Al igual que su mujer, colaboraba como activista en diversos proyectos relacionados con la protección de los menores. El sueño de Dagna era crear una fundación para ayudar a niños con problemas de diversa índole, en especial aquellos que presentaban algún tipo de deficiencia psíquica o que se hallaban en situación de orfandad. Klaus apoyaba por entero a su esposa. Contemplaba con estupor y rabia el aumento de casos de pedofilia y los datos negativos respecto a la pobreza infantil. Si un mundo que se autodenominaba «civilizado» no podía erradicar esos males, entonces no merecía la pena apoyar ningún tipo de modelo de gobierno organizado o defender la figura del Estado bajo cualquiera de sus formas. Únicamente la actuación civil podría ser de alguna utilidad y mediante ella se conseguiría algún logro que excediera el mero discurso cosmético y vacío que caracterizaba a la clase política en su conjunto. Razón por la que se declaraba abiertamente anarquista, opción que había caído en el olvido y el descrédito al ser asociada al terrorismo, la holgazanería y el caos total. Tal vez, sostenía Klaus en ocasiones, resultaría interesante recordar que los anarquistas de antaño eran bastante frugales y espartanos: no bebían alcohol ni fumaban, defendieron la igualdad entre hombres y mujeres e impulsaron la *escuela libre*. De hecho, insistía, algo tan extendido como Internet debía su éxito a una concepción anarquista. Temía, no obstante, que dicho medio de difusión cayera en manos de los hijos del Capital: mayor control cibernético e invisible, claros atentados contra la libertad de expresión y la democracia participativa (el asunto de Wikileaks, donde no se atacó *lo que* se decía sino el hecho de *que se dijera*), etc. A su juicio, la Red constituía el mayor mecanismo de coerción y vigilancia de todos los tiempos, el panóptico perfecto. Había nacido como un canto a la libertad, como un terreno sin barreras, como lo incontrolable, pero pronto sería dominado por la maquinaria capitalista. Prueba de que esta guerra a la que se llamaba «paz» era una realidad. Aun así, albergaba cierta esperanza.

La imaginación de Klaus voló hacia su infancia y adolescencia. Recordó a Eldwin Grimme, el primer chaval al que ese líquido viscoso, todavía estéril, que les sale a los preadolescentes se le convirtió en semen. Se masturbaba cogiéndose el extremo del pene con los dedos índice y corazón, agitando violentamente la mano y dejando el brazo muerto. Una cosa francamente prodigiosa. Grimme olía siempre a algo raro, apestoso e inidentificable y tenía una hermana con problemas de drogas que, a pesar de ello, había pasado de cuarenta y nueve a doscientos cincuenta kilos en un tiempo récord. No obstante, lo que más recordaba Klaus de su antiguo compañero de colegio era un episodio menor. No era capaz de precisar si tenían catorce o quince años y estaban a punto de pasar al instituto cuando aquello sucedió. El caso es que el profesor de matemáticas sacó a Eldwin a la pizarra para que resolviese una ecuación. Éste hizo sus cálculos mentales, dibujó algunos garabatos con letra muy pequeña e ininteligible en el extremo inferior derecho de la pizarra y al final arrojó un resultado impensable.

—Veamos, Eldwin. Vayamos al principio.

Lo que el pobre profesor no sabía es que ese «principio» le haría retrotraerse a las tablas de multiplicar.

—Eldwin, ¿cuánto es dos por cero?

El chaval puso cara de circunstancia y respondió:

—Uno.

—A ver, Eldwin, ¿cuánto es dos por cero?

Éste reconsideró su respuesta y estimó más acertado contestar:

—Dos.

—Eldwin, te estás equivocando. Empecemos de nuevo. ¿Cuánto es dos por cero?

Grimme hizo una larga pausa, seguramente evaluando los posibles resultados. Miró a sus compañeros de clase un poco azorado y finalmente volvió a responder, con la esperanza de que, en un segundo intento, las leyes de las matemáticas hubieran cambiado:

—Uno.

—Está bien, Eldwin, siéntate.

Después de aquello, Eldwin Grimme abandonó los estudios para siempre.

De Londres a Nueva York, Klaus dio una larga cabezada, despertando cuando el avión estaba a punto de aterrizar. Tuvo tiempo de soñar. En su sueño se veía junto a Brandeis. De Dagna intuía la presencia, pero no caía dentro del campo de visión. Llevaba a un recién nacido envuelto en sus brazos —suponía que era varón, pero tampoco se mostraba—. Erika no aparecía en el sueño. De repente, el bebé estaba muerto y él se entristecía mucho y lloraba. El ambiente era oscuro y desolador, como el descrito por McCarthy en su novela. El recién nacido comenzó a dar señales de vida de nuevo y Klaus se emocionó. Llamó a Brandeis que estaba muy serio y triste, aunque no por el nacimiento y muerte de un hermano. En el sueño debieron mezclarse elementos del libro con otros detalles. El escenario del sueño cambió y de pronto estaba con el bebé en una especie de lavandería. Por alguna razón tuvo la certeza de que debía tatuarse una cruz griega más gruesa de lo habitual en el pecho, en el lado del corazón. Fue entonces cuando despertó.

Uno de los hombres que le acompañaban le dio unos golpecitos en el hombro para decirle que ya estaban a punto de aterrizar y que tenía que abrocharse el cinturón.

El John F. Kennedy quedaba a la vista. Medio aturdido todavía, abrochó el cinturón y plegó la tabla que hacía las veces de mesa. Alguna azafata debió avisarle antes, pero no lo recordaba.

Aún quedaba un último transbordo y un tramo en coche. A pesar de que su deseo era comunicar a su familia que había llegado sano y salvo, sabía que no podía abusar de las llamadas. Dagna y los chicos estaban al tanto de la decisión y lo comprendían. Klaus Zimmermann abandonó el avión entre bostezos. Tendrían que esperar cerca de tres horas hasta que saliera el vuelo a Omaha. Creyó recordar que en otro sueño anterior había tenido la sensación de tener que tatuarse la cruz griega, pero, como no era muy dado a tomarse en serio la interpretación de los sueños, no le concedió mayor importancia.

Se preguntó si tanto A.E. como Kutcher habrían leído los *mails* que les envió. Intuyó que iba a tenerlo difícil para averiguarlo. Librarse de aquellos tipos aunque fuera por un instante era prácticamente imposible. ¿Cómo zafarse de dos gorilas —o quién sabe si más— que no dejaban de observarle aunque no lo advirtiera? «Tengo que agudizar el ingenio», pensó. A pesar de que le habían proporcionado un espacio

privado, Klaus prefirió deambular un poco por la terminal. En los *no-lugares* siempre se desarrollaban micro historias muy peculiares, al margen del tiempo y el espacio, transitorias y efímeras. Circunstanciales. Zimmermann tomó un café pagándolo de su bolsillo, ignorando que iba a gastos cubiertos, tan solo por sentirse un poco más libre. Uno de los armarios humanos se le acercó y le rogó que no se alejase mucho. «Es un aeropuerto muy grande y no nos gustaría que perdiera el vuelo», le dijo.

—Está bien. No me despistaré, pero ¿podría tomar este café a solas?

—Faltaría más, señor Zimmermann.

Klaus observó cómo el tipo se retiraba, aunque tenía bastante claro que no iría muy lejos. Aquel café le supo a rayos y lo dejó a medias. Accedió a la sala VIP, donde otro de los agentes, o lo que fueran, le esperaba en un sillón. Saludó con la cabeza al entrar y ocupó el asiento más apartado. Sacó *La carretera* de la bolsa y se dispuso a terminarla. Al llegar al final, rompió a llorar. El hombre de Bunk, dejó el periódico que estaba leyendo en el sillón y se le acercó.

—¿Se encuentra bien, señor Zimmermann?

—No. —Fue lo único que dijo por respuesta.

Presentía que algo desagradable iba a suceder. El acompañante permaneció observándole sin saber qué decir. La imagen de un hombre llorando sin causa aparente, incluso con ella, le dejaba fuera de juego, excedía por completo su capacidad de conceptualización. Sin decir nada, regresó a su asiento y echó una última ojeada al biólogo antes de volver a la lectura del periódico. Klaus, por su parte, se sonó los mocos en un pañuelo de papel y se frotó los ojos con ambas manos. En su fuero interno, bien sabía que todo aquello podía ser una trampa. No se lo había manifestado a su esposa en clave de preocupación, pero él no olvidaba que formaba parte de una organización ecologista que atentaba contra los intereses de Bunk. Y ahora iba derechito a la boca del lobo, y por su propio pie. Nada ni nadie podían garantizarle que le hubieran convocado en efecto para supervisar unas instalaciones o informes sobre temas relacionados con el almacenamiento del agua. ¿Y si no era más que una emboscada? Se consolaba pensando que, de ser así, le habrían arrestado en su propio domicilio, independientemente de que no hubiera cometido ningún acto criminal.

El otro tipo entró aparentando que llegaba por casualidad, cuando lo cierto es que aquello constituía otra prueba del seguimiento al que le estaban sometiendo. Klaus ni se

inmutó. Permanecieron en silencio hasta que uno de ellos anunció que había llegado la hora de subir al avión. Sin mediar palabra, el biólogo se puso en pie y siguió a sus acompañantes, que, una vez en el pájaro metálico, ocuparon una posición similar a la de los vuelos anteriores.

Omaha. Los agentes mencionaron que no tenía que preocuparse por el equipaje y se dirigieron directamente a un área donde un todoterreno les esperaba.

—Veo que se lo montan muy bien —apuntó Klaus.

—Es una cuestión de cortesía.

No volvieron a hablar durante el resto del trayecto. Poco a poco se iban adentrando en una especie de desierto. Ya no se veían construcciones de ningún tipo. Aun así, el paisaje presentaba una exótica belleza. Deseó que lo hiciese por mucho tiempo.

Arribaron a las instalaciones de Bunk. A Klaus le desanimó el aspecto decididamente militar de las mismas. ¿A quién se le ocurría fiarse de tales hijos de perra? Se apearon del vehículo y caminaron sobre la superficie cubierta de polvo. Los dos hombres iban delante, lo que Zimmermann aprovechó para conectar el teléfono dentro del bolsillo de la chaqueta (no llevaba contraseña) y echar una foto con disimulo. Fue una suerte que nadie le descubriese. Al menos de manera ostensible. Sin embargo, no pudo contener un ligero temblor causado por el nerviosismo. Afortunadamente, se calmó con rapidez. «Un centro destinado al estudio del agua no está custodiado por hombres armados —se dijo—. Seguro que me cachean». No tenía nada que ocultar, pero no fue así. Al llegar a la entrada, uno de los que había volado con él dijo:

—Solo lleva un reloj, unas llaves, un libro, un bolígrafo, la cartera y un móvil— lo que hizo que Klaus arquease las cejas en señal de asombro.

Sin duda, lo habrían descubierto durante alguno de los diversos controles a los que se había visto sometido. En el fondo, comenzaba a darle igual. ¿Cabía alguna posibilidad de escapar de la vigilancia absoluta? «No —se dijo—. Lo mejor será tomarlo con calma y sonreír a la cámara».

Accedieron al interior de aquella rocambolesca edificación.

—Hay alguien que quiere conocerle en persona —anunció uno de los gorilas humanoides.

Como muy pronto descubriría el biólogo, se trataba de Esdras. Junto con Oppenheimer, y Dios sabe quién más, Klaus constituía una de las piezas claves del rompecabezas estratégico. Una de esas piezas por las que merecía la pena pagar mucha pasta.

La mano derecha de Crush les esperaba en una salita en la primera planta, es decir, a ras de la superficie. Cuando los tres hombres entraron les estaba esperando sentado en un sillón. Bebía café y, con toda probabilidad, reprimía las ganas de fumar un delicioso egipcio. Como buen caballero, se puso en pie para recibir a su invitado.

—Señor Zimmermann —saludó—, es un honor conocerle. —Klaus no dijo nada. Se limitó a estrechar la mano con desgana—. ¿Le apetece conocer las instalaciones?

—Es la razón por la que he venido hasta aquí.

—Estupendo. ¿Un café?

—No, gracias.

Despidió a los otros dos y acompañó a solas al científico.

—Las obras estarán acabadas en un mes a lo sumo —señaló Esdras mientras descendían por el ascensor privado.

Al llegar al sótano subieron a un cochecito que Esdras condujo. Zimmermann observaba cada detalle con suma atención. Estaba horriblemente maravillado. Algunos operarios se afanaban en su labor, ultimando algunos detalles. Había raíles sobre los que se desplazaría algún vehículo todavía sin instalar. El aspecto general era el de una ciudad futurista con la peculiaridad de ser esencialmente negra en lugar del blanco al que nos tenían acostumbradas las ficciones hollywoodienses. Había cámaras de seguridad por todas partes y la luz artificial llenaba por completo el espacio subterráneo. El ambiente resultaba un tanto opresor.

—¿Qué le parece? —preguntó Esdras.

—Sorprendente. Aunque no logro ver qué tiene esto que ver con el agua.

—No se impaciente, señor Zimmermann. Todo a su debido tiempo.

La respuesta de Esdras, por demasiado prepotente y por el exceso de confianza gratuita que denotaba, no agradó a Klaus, por lo que no añadió nada más y guardó silencio. Llegaron a la zona que daba acceso a la piscina y Esdras anunció el fin del trayecto.

—Lo que está a punto de contemplar puede que le sorprenda —advirtió Esdras. Abrió la puerta de seguridad y cedió el paso al biólogo. El infinito metálico se proyectaba delante de él—. Bienvenido a la Piscina.

—¡Fascinante! —exclamó Klaus, cuando lo que de verdad hubiera deseado pronunciar era: «¿Qué cojones es esto?».

—En unas semanas estará cubierta de agua. ¿Comprende ahora por qué se hace imprescindible su presencia?

Millones de centímetros cúbicos de líquido vital la justificaban. Aquello excedía con creces todas las expectativas del ex-profesor universitario, que todavía no cabía en su asombro.

—¿Cuántos nadadores de élite cruzarán esta piscina?

—Unos cuantos, señor Zimmermann. Unos cuantos.

Klaus Zimmermann imaginó a un puñado de nadadoras sincronizadas danzando bajo la luz artificial. Sin público, sin jurado ni votos. Un baile en homenaje a la nada, a la oscuridad más absoluta.

—¿Seguro que no le apetece un café? —preguntó Esdras.

—Creo que ahora sí.

Lo cierto es que habría preferido una *weißbier* en compañía de Dagna y los niños. Sobre todo, muy lejos de allí.

15

La furgoneta estaba muy bien equipada. Poseía un excelente equipo musical. Los graves sonaban a la perfección. Incluso he de reconocer que el conductor tenía buen gusto a la hora de elegir canciones para una huida. Primero sonó el «Dog Door» de Tom Waits, seguido de «Big in Japan». El bajo retumbaba. Si se hace necesario escapar, nada mejor que seleccionar una buena banda sonora. El conductor era un pelucas de no más de veinticinco años, extremadamente delgado y ataviado al más puro estilo *no wave* neoyorquino. Mis neuronas trataban de atar cabos y deducir quién podría haber dado el soplo.

—Bueno, os presento a Big Dick Junior. —Junco interrumpió mis cavilaciones.

—¿De verdad te llamas Big Dick Junior? —pregunté.

—Es un nombre artístico.

—Encantado en cualquier caso. Aquí la señorita Maribel Salgado y León Poiccard, *moi*.

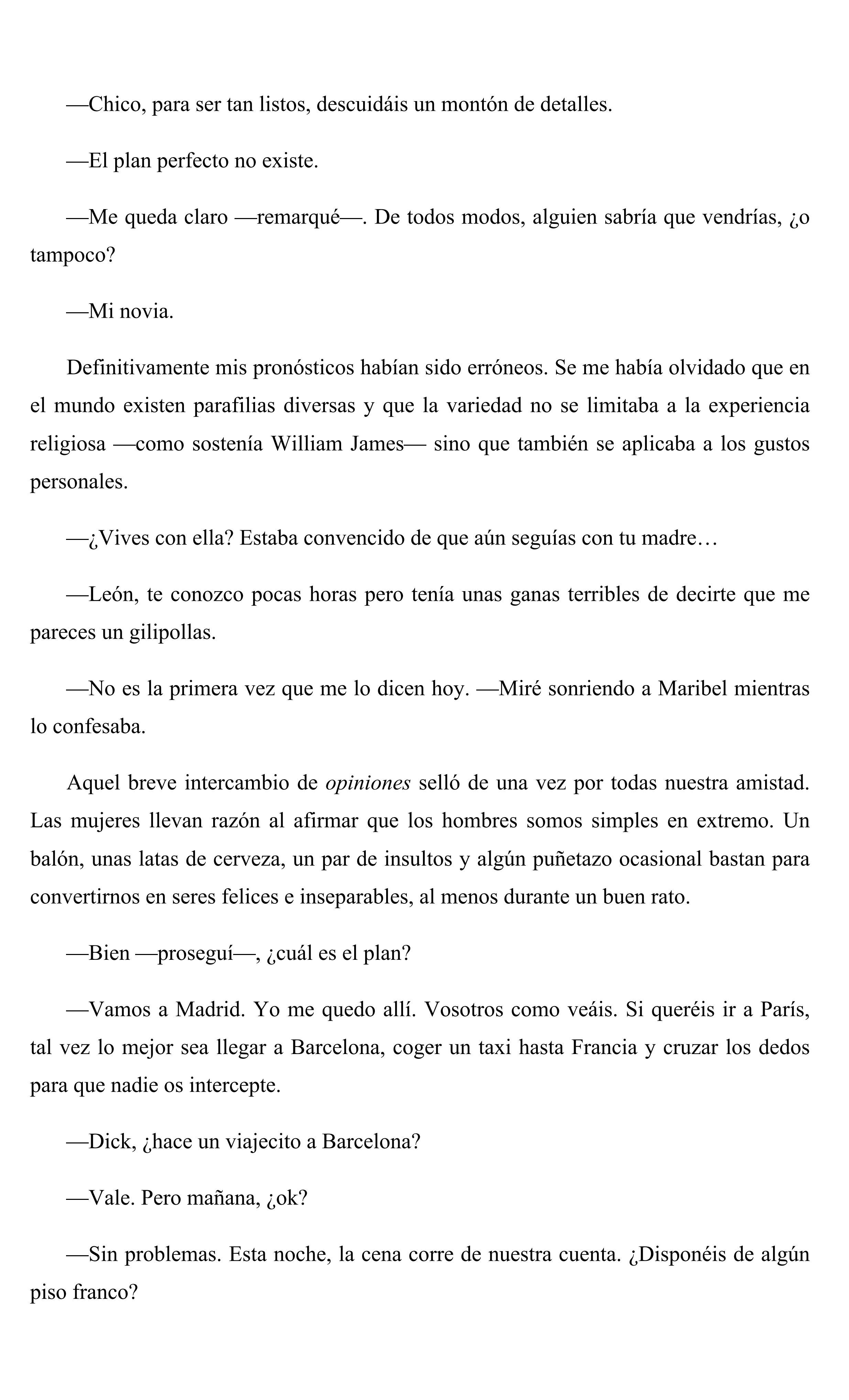
—¿Eres francés? —inquirió.

—Mi padre sí, yo no. —Hice una breve pausa—. Enrique, a propósito, estoy intentando descubrir quién es el chivato. ¿Cuántos miembros de la resistencia residen en este país de bandoleros? ¿Cuántas personas sabían que vendrías a buscarnos? —En el fondo, mi actitud resultaba lamentable, puesto que el nombre de cualquier candidato a soplón me habría sonado a chino.

—He pensado en ello. El problema es que el infiltrado podría haber descubierto mi paradero sin vivir aquí. Por motivos de seguridad, determinados camaradas están autorizados para seguir nuestro rastro a través de GPS.

—Alguien tuvo que proponerte que contactaras con nosotros.

—No, fue una decisión propia.



—Chico, para ser tan listos, descuidáis un montón de detalles.

—El plan perfecto no existe.

—Me queda claro —remarqué—. De todos modos, alguien sabría que vendrías, ¿o tampoco?

—Mi novia.

Definitivamente mis pronósticos habían sido erróneos. Se me había olvidado que en el mundo existen parafilias diversas y que la variedad no se limitaba a la experiencia religiosa —como sostenía William James— sino que también se aplicaba a los gustos personales.

—¿Vives con ella? Estaba convencido de que aún seguías con tu madre…

—León, te conozco pocas horas pero tenía unas ganas terribles de decirte que me pareces un gilipollas.

—No es la primera vez que me lo dicen hoy. —Miré sonriendo a Maribel mientras lo confesaba.

Aquel breve intercambio de *opiniones* selló de una vez por todas nuestra amistad. Las mujeres llevan razón al afirmar que los hombres somos simples en extremo. Un balón, unas latas de cerveza, un par de insultos y algún puñetazo ocasional bastan para convertirnos en seres felices e inseparables, al menos durante un buen rato.

—Bien —proseguí—, ¿cuál es el plan?

—Vamos a Madrid. Yo me quedo allí. Vosotros como veáis. Si queréis ir a París, tal vez lo mejor sea llegar a Barcelona, coger un taxi hasta Francia y cruzar los dedos para que nadie os intercepte.

—Dick, ¿hace un viajecito a Barcelona?

—Vale. Pero mañana, ¿ok?

—Sin problemas. Esta noche, la cena corre de nuestra cuenta. ¿Disponéis de algún piso franco?

—El de mi madre —sugirió Junco—. Ahora que yo no estoy, cuenta con una habitación libre.

—Muy bueno. —Este chico tenía buen sentido del humor— Por cierto, no quiero ponerme cartesiano, pero si el teléfono te ha delatado una vez, volverá a hacerlo.

—Ya no volverá a molestarnos más —dijo y, acto seguido, se dispuso a destrozarlo meticulosamente.

—Entre nosotros, ¿sospecháis de alguien?

—Francamente no. Jamás había sucedido algo así.

—¿Y por qué ahora? Nosotros no dejamos de ser unos convidados de piedra.

—Es una buena pregunta —añadió Junco.

—Sin ánimo de resultar recalcitrante, recompongamos los acontecimientos: recibo un mail enviado en primera instancia por A.E., la policía, o la Interpol, viene a buscarnos, apareces tú y nos dices que A.E. ha desaparecido. Después localizan tu posición. ¿No te suena un poco extraño?

—Para empezar, los que nos persiguen no son de la poli ni la Interpol. Son agentes de Bunk. En segundo lugar, A.E. es un tipo íntegro hasta la médula. Él jamás nos delataría. Aparte de eso, no puedo darte una respuesta mejor.

—Oye, Big Dick, ¿no serás tú el topo? —pregunté en tono humorístico.

—Qué va, tío. ¿De verdad crees que habría recorrido tantos kilómetros en lugar de dejar que los de Bunk te echasen el guante?

—Tenía que preguntarlo, ¿no?

—Supongo.

—Chicos —intervino Maribel—, ¿cómo es que la Policía Nacional cede sus instalaciones a los de Bunk?

—Certificar la pertenencia a la Interpol no es difícil para estos señores —puntualizó Junco.

—Oye Big Dick, no creo que Maribel se asuste si nos cuentas a qué se debe tu «nombre artístico».

—Es una larga historia.

—¡Y tan larga! —Junco reprimió una carcajada.

—Bueno, tenemos bastante tiempo, ¿no creéis? —Maribel siempre tan atrevida.

Big Dick se negó a relatar la historia de su apodo. No llegué a saber si por pudor o porque la cosa no era para tanto. Nos detuvimos en un restaurante de carretera un poco retirado para tomar un bocadillo y un café, fumar unos cigarrillos y vaciar las vejigas. Contemplé cómo Maribel se desenvolvía en tan peculiar situación. Ya había podido comprobar que mis dotes adivinatorias y proféticas resultaban nefastas, de modo que no tuve mayores reparos en admitir para mis adentros que la señorita Salgado era una caja llena de deliciosas sorpresas y menos aprensiva de lo que hubiese podido imaginar. Todo ello sin perder un ápice de su elegancia y distinción. Huir de la policía, o algo peor, aun siendo inocente, y sin perder la clase imprime carácter. Viéndola caminar hacia el restaurante, decidí que había llegado la hora de pasar a la fase dos y abandonar el papel de chulo cínico y, en el fondo, aterrorizado ante la idea del compromiso. Dejemos una cosa clara, no es que quisiera un compromiso con nadie, ni tampoco que pensase que Maribel lo deseara, pero supuse que tenía que mostrarme un poco más humano. Me pareció algo terrorífico de pronto. Había pasado la mayor parte de mi vida depurando el arte del sarcasmo y el distanciamiento y la mera idea de romper dicha barrera me dejaba tan indefenso como a un niño. Casi todas mis relaciones se caracterizaban por la superficialidad y me veía sintiendo otra cosa. Cómo había llegado hasta ahí no me quedaba claro. ¿Había sido de repente? ¿Se había instalado en mi corazón de un modo progresivo? ¿Tenía algo que ver con el hecho de ver esas piernas duras corriendo en plena calle? Ni idea.

Maribel iba un par de metros por delante de mí. Se detuvo un instante y se giró para comprobar dónde me hallaba. Sonreí y llegué a su altura. La cogí del brazo como si

fuéramos un matrimonio de ancianos, pero me detuve al instante e intenté sincerarme un poco.

—Oye Maribel. Quiero agradecerte todo lo que estás haciendo por mí. No sé muy bien qué te ha llevado a implicarte en esta historia, pero sin tu ayuda me temo que ya me encontraría entre rejas.

—Vaya, veo que un par de carreras te han bajado los humos.

—Es la falta de entrenamiento.

—Deberías hacer más deporte.

—Ya lo creo. ¿Quieres ser mi entrenadora personal? —Maribel me devolvió la sonrisa.

—Mira León, trabajo en un periódico de mierda aunque no tendría por qué hacerlo, la relación con mis padres no es lo que se dice cordial, he estado con un montón de hombres en mi vida. Incluso me casé con un cretino que se follaba a todo lo que se movía. Y llegas tú. Eres una buena persona. —Me pellizcó la mejilla con suavidad, como si yo fuera un crío. Pero su gesto me hizo sentir bien. No tuvo que decir nada más para que comprendiera sus razones. La vida sin un poco de aventura no merece la pena y la bondad se esconde en los lugares más insospechados.

—¿De qué vas a pedir tu bocadillo?

—De jamón serrano, por supuesto. —Apretó mi brazo e hizo que reanudásemos la marcha.

A medio camino le di una suave palmada en el trasero.

—Poiccaaaaard —repuso sin apartar la vista del frente.

—Vale, vale.

Yo todavía tenía mucho que aprender. Abrí la puerta del restaurante y le cedí el paso. Sentados en la barra nos esperaba el resto. Aprobé la recomendación de Maribel y también pedí un bocadillo de jamón serrano. Tenía que aprovechar, puesto que no sabía

el tiempo que pasaría hasta que pudiera comerme otro de lo mismo. Lo acompañé de un vino de la casa que también resultó del gusto de mi ex-compañera de trabajo. Estaba claro que ya podía atribuirle un nuevo estatus, teniendo en cuenta que nos iban a despedir a los dos.

—¿Un vino de la casa? No es propio de ti.

—De vez en cuando me gusta entregarme a los placeres de la pobreza.

Junco y Big Dick hablaban de sus cosas.

—Si me permites la indiscreción, no sé de dónde sacas tanto dinero para tus caprichitos.

—Trafico con estupefacientes en mis ratos libres.

—Te pega.

—Muy graciosa. ¿Quieres conocer mi secreto?

—Lo estoy deseando.

—Ahí va: me tocó la lotería.

—Jajaja. ¿Estás de coña?

—No. Solo he jugado una vez a la lotería y me tocó. Lo suficiente para pagar mi casa y permitirme algún lujo ocasional. —La historia de la lotería era cierta de cabo a rabo.

—Deberías hacerte escritor, estás lleno de historias que contar.

—¿Escritor? Qué curioso. La verdad es que he vivido unas cuantas aventuras, ¡y más que pienso vivir, *baby*! Busco acompañante, por cierto.

—Creo que ya *la* has encontrado. —Me guiñó un ojo.

El resto del trayecto transcurrió sin complicaciones. Casi nadie habló. Supongo que todos estábamos inmersos en nuestros propios pensamientos, digiriendo los acelerados acontecimientos y el incierto porvenir. Hasta Enrique Junco temía, sin reconocerlo, por

su futuro. A la luz de lo sucedido, la organización ecologista había dejado de ser un *lugar* seguro. Confiar en alguien, fuera quien fuera, supondría un acto de fe absoluto y carente de garantías de ningún tipo. En casos así, cierto grado de paranoia está plenamente justificado. Big Dick Junior y Maribel no parecían demasiado preocupados. Pregunté a Junco si los de Bunk acudirían a meter las narices al domicilio de su madre. Dijo que no y di la respuesta por válida. La perspectiva de registrarnos en un hotel me parecía incluso más suicida.

Cuando llegamos a Madrid era demasiado tarde para salir a un restaurante. Junco nos condujo directamente a casa de su madre, una señora entrañable. De camino nos había comunicado que su padre había fallecido años atrás. Maribel ocuparía la antigua habitación de Enrique y yo pernoctaría en el sofá, todo un clásico. Nuestra anfitriona insistió en preparar algo de cenar. En cierto modo agradecí no tener que salir fuera, pues mi ropa estaba bastante sucia y me habría resultado un tanto embarazoso a la par que cinematográfico: un tipo hecho papilla sentado a la mesa de un restaurante con suma dignidad, como si no hubiese pasado nada, tenía su encanto. Empero, prefería la opción B.

Cuando la madre de Enrique se retiró, discutimos algunas cuestiones referentes al dinero: supimos que se financiaban gracias a donativos que tanto ellos como otras entidades y personas físicas ajenas a la organización realizaban. Junco nos explicó cómo podríamos tener acceso a nuestro dinero sin que pudieran rastrear nuestros movimientos monetarios. A decir verdad, él se encargaría de la cuestión informática que permitiría —esperaba yo que con más fortuna que otros intentos— el milagro de la *invisibilidad*. Entendí que el entramado financiero que configuraba nuestra vida cotidiana, impuestos al Estado incluidos, estaba montado para las personas corrientes, si bien existía otro muy distinto, normalmente accesible tan solo para grandes empresas y conglomerados mercantiles. La vieja historia se repetía por doquier: los ricos cada vez serían más ricos y tendrían menos cuentas que rendir y los pobres o la amorfa clase media soportaría el peso de las consecuencias de los desmanes de la clase política y económica —lo que, a fecha de hoy, era una y la misma cosa—. La ley está hecha para los esclavos.

Organizamos el modo de comunicarnos si la cosa se ponía fea —mucho más fea, claro estaba—. Total, ya nos encontrábamos metidos hasta las cejas. Lo primero que Junco nos recomendó fue que nos deshiciéramos de nuestros móviles. Crearíamos unas cuentas de correo con nombre en clave a través de las cuales estaríamos en contacto. Miré ese iPhone mío que tantos problemas me había dado en las últimas semanas y procedí a su destrucción total. Maribel hizo lo propio con su Google Phone. Acabaron los preparativos de la segunda fase de nuestra escapada y cada uno se retiró a sus aposentos: Maribel al cuarto de Junco, Junco y Big Dick Junior ni idea y yo al sofá.

A las siete de la mañana del día siguiente, Big Dick tocó el interfono. Llevábamos una hora despiertos y ya habíamos desayunado el café y las tostadas cortesía de la madre de Enrique. El melenas nos comunicó que Junco nos enviaba saludos y se despedía de nosotros por el momento. Agradecimos a su madre la hospitalidad y subimos a la furgoneta con destino a Barcelona. Big Dick nos entregó unas tarjetas de crédito, asegurándonos que no dejarían rastro.

—Enrique se ha pasado toda la noche trabajando —nos dijo.

—No sabemos cómo agradecéroslo —añadí.

—No tiene importancia. Nosotros sabemos subsanar nuestros errores.

—Pero a un precio muy elevado…

—La mort avant le déshonneur —replicó Big Dick.

—Amén.

Nuestro plan era coger un taxi hasta Perpiñán y desde ahí un tren hasta París, una vez salvada la frontera virtual entre España y Francia. Nos saldría un poco caro, pero constituía un medio más seguro que el transporte público o el alquiler de un vehículo. Esperaba que mi hermano estuviera en casa, ya que no me había dado tiempo a avisarle. Mi hermano estaba casado con un negrata muy majo llamado Fela. Debían llevar unos diez años juntos, lo cual no había contribuido a mejorar el acento de Fela, que si bien hablaba castellano no se desprendía de un cierto deje *exótico*.

—¿Por qué te refieres a él como «negrata»? ¿No eres capaz de mostrar un poco de respeto? —me recriminó Maribel.

—Mi querida amiga, si no sintiese un gran respeto hacia él, no le denominaría de ese modo.

—Pues tienes una forma muy particular de demostrarlo. —Hizo una pausa y su gesto adoptó rasgos más divertidos— No sabía que tuvieras un hermano homosexual. Eso explica muchas cosas…

—Seguramente. —Traté de mostrar indiferencia ante su comentario.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Maurice. Supongo que el nombre lo eligió mi padre.

—Advierto cierta hostilidad. Nunca hablas de tus padres.

Estimé que no tenía nada que ocultar y le expliqué mi breve relación con ellos.

—Los dos están muertos. Mi padre era francés. Conoció a mi madre durante unas vacaciones en la Costa Azul. Ella trabajaba como traductora para una agencia de viajes. Se mudaron a París. Maurice nació dos años antes que yo. Cuando yo tenía menos de un año, mi padre se largó con otra mujer y los tres regresamos a España. Creo que no volví a verle jamás. Hace quince años nos enteramos de que había fallecido. Yo cedí mi parte de la herencia a mi madre y mi hermano consintió en hacerse cargo de sus negocios.

—¿A qué se dedicaba?

—Asuntos relacionados con el vino.

A fecha de hoy todavía no consigo comprender qué me movió a realizar una confesión de ese tipo, en presencia de un casi desconocido (Big Dick Junior). Quizá, a un nivel inconsciente, necesitaba desprenderme de un lastre que había arrastrado toda mi vida y que me negaba a que me acompañase en la nueva etapa. Anhelaba redimirme de un pecado que yo no había cometido. Los pecados de los padres.

—El vino…

—Sí, el vino. Supongo que, junto con la homosexualidad de mi hermano, ya cuentas con todos los elementos para hacerte una idea más que acertada de mi personalidad —Maribel no respondió—. Lo irónico del asunto es que una semana después de la muerte de mi padre, mi madre también nos dejó. Doné a mi hermano lo que me correspondía.

Maribel apretó mi mano con fuerza. Recuerdo que no dije nada más en todo el viaje. Big Dick nos dejó en una parada de taxis y se despidió de nosotros con un efusivo abrazo. Encendí un pitillo sin ofrecerle a Maribel. Notaba un nudo insoportable en la boca del estómago. Las cosas se estaban precipitando de un modo acelerado. Las cosas no, mi vida era lo que se derrumbaba por momentos. Todos mis esquemas, mis creencias, mis secretos, mis falsas seguridades. Quedaba a merced del azar. Algo que jamás, por lo menos desde que tenía memoria y/o uso de razón, me había sucedido. En ese instante, delante de un destartalado taxi, recomponía años de disgregación interna.

—A Perpiñán —señalé cuando nos introdujimos en el taxi. El tipo nos miró desconcertado y con un evidente gesto de tedio.

Menos de tres horas tardamos en alcanzar la primera localización de nuestro periplo francés. Apuré el efectivo de que disponía delante de la estación de tren. Con la mirada intenté averiguar si había algún cajero cerca. *Voilà*. Magnífica ocasión para comprobar la precisión de las tarjetas elaboradas por Junco. En principio, funcionaban a la perfección. Se las había arreglado para poner como titular quién sabía a quién, a pesar de que pudiéramos funcionar con nuestro pasaporte habitual. De ese modo, aunque no tuviéramos problemas con los dependientes u operarios, no quedaría huella de nuestras actividades.

—Dos billetes a París —ordené a la señora de la taquilla.

—Veo que eres prácticamente bilingüe —apuntó Maribel en el andén.

—Sí, pero no se lo digas a nadie.

Desde pequeños mi madre se dirigió a nosotros en ambos idiomas. Tal vez por un afán de culturizarnos, tal vez por cuestiones sentimentales. El caso es que tanto Maurice como yo dominamos el francés desde muy corta edad. A mi hermano, como la vida se

encargaría de constatar muy pronto, aquellas habilidades le fueron de gran utilidad. O, como poco, muy placenteras. Solo había que preguntarle a Fela.

—Chica —anuncié—, te espera un largo viaje.

—Puede que haya pasado más tiempo aquí que tú —repuso Maribel.

—Lo olvidaba.

A esas alturas del viaje había eliminado toda tentativa de exhibir mi innata chulería. ¿Cómo lo haría para no parecer desaliñada? Ciertamente a esa mujer cualquier cosa le quedaba bien. Oyentes del futuro, no lo olviden: eso es la clase.

Debí dormirme en el tren. Desperté dos horas antes de llegar a París. Me palpé los ojos con las manos. Llevaba unas legañas que retiré con discreción. Me dirigí al vagón—cafetería y pedí un par de cafés con sus respectivos *croissants* y un paquete de chicles. Me adecenté como pude en el escuálido lavabo y regresé a nuestro asiento. Afuera, la noche lo abarcaba todo. Llegaríamos en plena madrugada. Mi ropa comenzaba a desprender un desagradable aroma, algo que no le sucedía a mi acompañante. Dios, ¿no podrás jodernos todavía más? Me dije en voz alta.

Serían las tres de la madrugada, si no recuerdo mal, cuando llegamos a París. Tomamos un taxi cuya carrera abonaría Maribel. Sin maletas, sucios y agotados llegamos a casa de mi hermano casi una hora después. Tardó un poco en recibirnos.

—Hola Maurice, ¿qué tal? ¿Te hemos despertado? —Todavía recuerdo su cara al vernos aparecer a esas horas, de esa guisa y sin previo aviso.

16

Narine no podía creer lo que estaba viendo. La residencia que le habían asignado se hallaba en un lujoso barrio. Las cajas de la mudanza se encontraban perfectamente ordenadas y etiquetadas en armenio a su llegada. Solo tendrían que abrirlas y organizar el contenido. Las calles eran amplias. Algunas Harley Davidson descansaban en los exteriores de las casas, incluso sobre el césped. Hasmik únicamente las había visto por televisión. Le llamó la atención la cantidad de personas con sobrepeso que caminaban por las calles. Muchas viviendas tenían la puerta abierta. Oppenheimer llevaba a Anna en brazos.

Uno de los acompañantes les comunicó que al día siguiente una asistenta les guiaría en calidad de cicerone y les mostraría los sitios que debían conocer: el instituto de Hasmik, el colegio de Anna, el supermercado más cercano, la biblioteca, el hospital, la comisaría de policía, etc. Dejaron una lista con las direcciones y unos números de teléfono sobre la mesa del salón.

—Señor Oppenheimer, dispondrá de una semana para instalarse adecuadamente. Después le mostraremos nuestras instalaciones en Nebraska.

—De acuerdo —asintió el físico.

—Esperamos que la casa sea de su agrado.

—Como pueden apreciar por la reacción de mi familia, han acertado de pleno. Les doy las gracias en nombre de todos.

—Es lo menos que podíamos hacer por usted y por los suyos. Su comodidad es una de nuestras prioridades.

A Niels seguía desagradándole el tono artificial —de tensa corrección— del agente, pero apreciaba la hospitalidad del organismo al que representaba y servía.

—Ah, una última cosa —señaló el otro agente antes de marcharse—, si quieren sumergirse cuanto antes en la cultura americana y, de paso, disfrutar de una fabulosa

carne de ternera local, les recomiendo el *Downtown-Grill-Beef-O-Rama*. No les pilla muy lejos y merece la pena.

—Lo tendremos en cuenta, muchas gracias.

Los dos tipos se despidieron de las mujeres con la mano, ya desde la puerta. Oppenheimer dejó a Anna sobre una alfombra y contempló su nueva casa con satisfacción. Narine corrió a abrazarle, ya lejos de las miradas de los extraños. Hasmik examinaba las habitaciones a toda velocidad, presa de la excitación y la euforia. Se asomaba a las ventanas, cruzaba los pasillos como una posesa, sus gritos de júbilo se escuchaban desde el salón y sus padres los recibían con una sonrisa emocionada. Ni en sus sueños más felices habrían imaginado que la vida les depararía algo así. Oppenheimer se sentía más relajado.

—Me temo que vamos a tener que poner todo esto en orden —dijo Narine a su marido sin soltar el brazo de su cintura.

—¿Antes o después de comernos una hamburguesa? —Los dos rieron y se abrazaron de nuevo.

¡Chicas! ¿Os apetece salir a cenar fuera? La respuesta no se hizo esperar: un rotundo sí.

—¿Qué hacemos con la ropa? —inquirió Narine.

—No te preocupes por eso.

—Por lo menos podremos darnos una ducha antes, ¿verdad? Me vendría muy bien.

—Claro que sí. Yo revolveré entre las cajas en busca de ropa limpia.

—No vas a tener que desordenarlo todo —aclaró la esposa del científico mientras señalaba las cajas. La precisión del empaquetado era sorprendente: ropa de Narine, ropa de Hasmik y Anna; ropa de Niels; por grado de informalidad (trajes, vestidos, vaqueros y ropa de diario, etcétera). Y el mismo procedimiento con el resto de pertenencias.

—En ese caso cogeré algo de nuestro improvisado armario.

Los cuartos de baño estaban equipados con toallas, jabones, champú, hasta espuma de afeitar y cuchillas para Niels y piezas adaptadas para Anna. El resto de la casa también había sido diseñada o reconfigurada atendiendo a las necesidades específicas de la pequeña. Mientras las damas se aseaban, Oppenheimer salió afuera a fumar un cigarrillo. Le pareció estar en una fantasía diurna. Las calles limpias e iluminadas, la tranquilidad se respiraba en el ambiente. En sus dos viajes anteriores al planeta americano no se había percatado de ello. Ni rastro de los adolescentes desorientados que se armaban con una escopeta y aniquilaban a medio instituto, ocupando —de forma ocasional— las portadas de los periódicos y los telediarios. Tal vez a eso se redujese el tan cacareado sueño *amerrikano*: a calles limpias e iluminadas y una parrilla esperando la llegada de una familia armenia.

Las chicas ya estaban casi listas cuando Niels entró de nuevo en la casa. Debió pasar más tiempo afuera del que había imaginado. Cogió de la misma caja lo primero que encontró y se metió en la ducha. El agua manaba en abundancia sin que la temperatura descendiera cada dos por tres. Oppenheimer no recordaba haberse dado una ducha igual en toda su vida. Aun así, su mentalidad ahorrativa le impidió permanecer mucho tiempo bajo el agua. Examinó el espesor de su barba y decidió no afeitarse. Cayó en la cuenta de que no sabía con exactitud dónde quedaba la parrilla. No se lo preguntó al tipo que se la había recomendado. En el peor de los casos sería una suerte de pretexto para inspeccionar la zona.

Los cuatro salieron a la calle henchidos de emoción. Anna iba en brazos de su padre, Narine no podía disimular su satisfacción y Hasmik… Bueno, Hasmik era un radar permanente. Absorbía la información sobre su entorno con avidez, casi sin pestañear. Al no haber podido adaptarse todavía a la sensibilidad estética del continente americano, quedaba claro a la legua que se trataba de una familia de inmigrantes de minoría étnica. Lo que sus vecinos no podrían adivinar por mucho que se esforzasen es que aquellas personas de aspecto humilde eran, con toda probabilidad, los más ricos del barrio. La hija mayor fue la primera en advertir que su atuendo les delataba. No es que se sintiera avergonzada de su procedencia, ni mucho menos, pero quería empezar a formar parte de la comunidad cuanto antes, ser una más, adaptarse con rapidez.

—Mamá —dijo—, ¿te gustaría ir de compras mañana? —De repente advirtió que era la primera vez en su vida que preguntaba algo así y se sonrojó ligeramente.

La madre comprendió al instante a qué se debía tan repentino deseo y le prometió que, cuando llegara la guía, le pediría que les dijese dónde quedaba la zona de tiendas a la que acudía la gente joven para vestirse. Y tal vez nosotras también caigamos en la tentación, añadió refiriéndose a Anna y a ella misma.

En efecto, el *Downtown-Grill-Beef-O-Rama* no quedaba muy lejos. Apenas hubo que recorrer cuatrocientos metros para encontrarlo. Se trataba de un típico restaurante americano, con detalles en madera, banderas, algún neón publicitario y la parafernalia propia del país de las barras y estrellas al completo. La cerveza estaba muy fría y las chicas podían recargar el vaso de refresco tantas veces como quisieran sin recargo alguno. Narine no bebía alcohol. Niels pidió un entrecot de novillo francamente insuperable. Las mujeres se decantaron por hamburguesas y patatas fritas. Estaban encantadas. En toda su vida no volverían a probar una hamburguesa, unas patatas y una carne como aquellas. Ostentaban el sabor de la libertad y de la justicia cósmica. Las salsas a entera disposición del cliente, lo mismo que las sodas y el café. Los camareros amables y, como advertirían en los sucesivos días, los vecinos y las gentes en general muy hospitalarias y cordiales. Narine pensó para sus adentros que los medios de comunicación habían vendido una idea errónea de los Estados Unidos, limitándose a exhibir las locuras de las grandes ciudades, las desgracias ocasionales y las decisiones megalómanas y fatales de algunos de sus presidentes. Norteamérica, no obstante, era algo más que Nueva York o Los Angeles y el presidente Crush.

Como persona educada que era, Oppenheimer se había molestado en conocer algunos aspectos de la vida del país de adopción. Sabía que tenía que dejar como mínimo un diez por ciento de propina a la hora de pagar. Dejó un veinte.

—¿Han llegado recientemente? —preguntó con una sonrisa el camarero.

—Hace unas horas.

—¿De dónde son?

—De Armenia, en Europa.

—Les deseo una feliz estancia en los Estados Unidos.

—Muchas gracias, muy amable.

De camino a casa, Niels invitó a su hija mayor a soltarse un poco. Practicar su inglés le vendría muy bien. Las camas de su nueva casa eran excelentes, mullidas y confortables. Todavía no dominaban la programación, por lo que, una vez se hubieron acostado las chicas, los adultos decidieron hacer el amor a modo de alternativa lúdica.

A la mañana siguiente, alrededor de las diez, una señora de unos cuarenta y cinco años con la cara redondeada y sonrosada llamó a su puerta. Era su asistente personal.

—Buenos días, soy Margaret Wachowski, su guía.

—Encantado. Niels Oppenheimer —añadió extendiendo su mano para estrecharla con la de ella—. Le presentaré a mi familia.

La mujer vestía al estilo de las exploradoras y su trato era mucho más cercano que el de sus *compañeros*. Los Oppenheimer la recibieron en la cocina y le ofrecieron un café que ella aceptó gustosamente.

—Narine, mi esposa, no habla mucho inglés y Anna tampoco —advirtió Niels.

—No se preocupe. No tardarán en aprenderlo. Si lo desea, podemos proporcionarle un profesor particular.

—Se lo agradeceríamos.

Después del desayuno, Margaret les acompañó a su coche, un monovolumen negro reluciente. La parada del autobús que llevaría a Hasmik al instituto y al centro de la ciudad quedaba a escasos diez metros de su casa. Al colegio de Anna se podía ir caminando. La visita guiada les llevó un par de horas, tras las cuales, las dos mujeres de más edad expresaron su deseo de acudir a las tiendas. Margaret Wachowski, americana a pesar de su peculiar apellido, les dijo que la mayor parte de la gente iba al centro comercial situado a las afueras, el *Big Mall*. Niels prefirió esperarlas en una cafetería del centro, estimando que no necesitaba nada. Las mujeres regresaron dos horas más tarde

cargadas de bolsas. Ropa, zapatos, bolsos, una oda a un consumismo del que no habían podido disfrutar con anterioridad. Hasmik ya lucía sus ropas nuevas cuando llegó.

—Estás preciosa —celebró su padre. El comentario fue acogido por parte de su hija con una amplia sonrisa.

Lo cierto es que la muchacha era espectacular. Poseía una belleza típicamente armenia que sorprendería gratamente a los habitantes de Milwaukee. Era dueña de una larga y abundante cabellera morena, al igual que su tez. Sus ojos eran oscuros, grandes y expresivos, con forma de almendra. Algo sin duda exótico en el centro de los Estados Unidos. No era muy alta, pero sus proporciones eran, sencillamente, escandalosas. Oppenheimer tenía bien claro que no había heredado sus genes, al menos por lo que al aspecto físico se refería. Cada vez le recordaba más a Narine, quien, en su juventud, había hecho gala de una porte envidiable. Se sentía muy afortunado de que una mujer de tales características se hubiese fijado en él y se convirtiera en su esposa. La adoraba aún más por el hecho de haber hecho frente sin descanso a la adversidad, sobreponiéndose a las dificultades que las circunstancias le habían hecho padecer. Al no poder estudiar, cultivó la lectura de manera desmesurada. Tal vez en unos meses —cuando dominase el inglés— pudiera graduarse en literatura comparada, su gran sueño. En su interior, Niels se sentía en deuda con la mujer que le permitiera entregarse en cuerpo y alma a sus investigaciones, apoyándole en los momentos críticos (que no habían sido pocos), cumpliendo con las ingratas tareas de la crianza de un modo abnegado. Solo esperaba poder devolverle un poco de lo que ella le había entregado a él. Gracias a Dios, la rueda de la fortuna giraba ahora a su favor.

—¿Qué has comprado tú? —preguntó a Narine.

Ella mostró tímidamente un par de vestidos, unos pantalones, varias camisas y dos juegos de zapatos.

—Me han dicho que por aquí hay unas peluquerías fabulosas —Niels guiñó un ojo a las chicas—. Si os apetece, Anna y yo podríamos dar una vuelta por la juguetería mientras vosotras…

Hasmik juntó las manos a modo de oración y, sin decir palabra, puso el inequívoco gesto adolescente de «por favor, por favor, por favooorrr». El embrujo capitalista no había atrapado a la familia Oppenheimer, pero Niels sabía que vivir en la constante privación no es bueno. Confiaba lo bastante en los suyos como para saber que su nueva posición no se les subiría a la cabeza.

—Está bien —dictaminó la madre—. Pero tú te encargarás de hablar con ellas. No quiero comunicarme por señas —ordenó en tono de cariñosa burla a su hija mayor.

—¡Trato hecho!

Las dos mujeres se despidieron dejando a Niels y a Anna a cargo de bolsas.

—¿Y ahora qué hacemos con todo esto? —preguntó a la niña, que se encogió de hombros sin saber qué contestar.

Oppenheimer preguntó a un vigilante de seguridad que hacía la ronda si disponían de servicio de consigna en el centro comercial. El hombre contestó que sí y se ofreció amablemente a acompañarles después de pedir un carrito por *walkie*. «Los americanos deben estar más que acostumbrados a que la gente haga las compras por etapas», pensó el físico. El guardia les condujo hasta la consigna y les entregó una pulserita para recoger la mercancía, informándoles, no obstante, de la existencia de un servicio de reparto a domicilio. Niels le dio las gracias y se dirigió con la niña a una de las jugueterías que había en el establecimiento. Por supuesto, a la más grande.

Margaret Wachowski le había entregado una tarjeta con su teléfono móvil para cualquier cosa que pudieran necesitar. Les sugirió, por lo demás, un supermercado donde podrían encontrar productos internacionales y comida ecológica a buen precio. Incluso a los ricos, la expresión «buen precio» les suena bien en los oídos. Ser rico no siempre es sinónimo de ser idiota. Oppenheimer valoró positivamente la atención y así se lo hizo saber. Siendo honesto, no creía que tuviera que volver a recurrir a sus servicios, aunque estaba seguro de que ella se personaría en casa o llamaría para saber si todo iba bien. Su libertad era similar a la de un importante testigo protegido: de su seguridad e integridad física dependía el éxito de la misión, luego dicha libertad era aparente, cosmética. En cualquier caso, más relativa que la del resto de los mortales.

Cuando uno ha cobrado varios millones de dólares, algo así se reduce a un mero daño colateral que se conlleva con facilidad. Sobre estas cuestiones reflexionaba Niels de camino a la juguetería.

Anna rozó el éxtasis cuando llegaron al establecimiento. Parecía el paraíso de los niños. Debido a su enfermedad, a la sobreprotección o quién sabe a qué, la pequeña tenía un carácter introvertido, manifestando una timidez considerable y fuera de lo normal. Padre e hija deambularon por los pasillos repletos de peluches y muñecas. La niña apenas se atrevía a tocar nada.

—Puedes coger lo que quieras —aclaró Niels para mayor felicidad de Anna.

La chica acabó decidiéndose por una muñeca y un osito de peluche de grandes dimensiones.

—¿Te apetece que nos comamos un trozo de tarta de chocolate? —La niña asintió con la cabeza— Muy bien, allí esperaremos a mamá y a tu hermana.

Mientras daban buena cuenta de sendos trozos de pastel y otros tantos cafés para Niels, éste cayó en la cuenta de que en América no se podía decir cosas como «nos vemos en la juguetería» o «pasamos a buscaros por la peluquería», puesto que hasta en el más miserable de los centros comerciales de toda Norteamérica había millones de peluquerías, jugueterías, cafeterías, etc. Los americanos lo hacían todo a lo grande, como comprobarían una hora y media después durante su visita al supermercado. Lo más llamativo de su excursión, según ellos, sería la variedad y el tamaño de las cosas. Todo grande, mucho de todo; miles de marcas, colores y sabores; refrescos azules, verdes, viscosos, espumosos, dulces, salados. Una customización absoluta de los productos a fin de adaptarse a cualquier consumidor. El horror de todo comerciante americano es que regresen los Rolling Stones con su nuevo tema «*In*satisfaction».

Oppenheimer supuso que sentarse en una de las mesas dispuestas en el exterior de la cafetería sería lo más adecuado. De este modo podría ver, o tendría mayor probabilidad de lograrlo, a Narine y Hasmik. Por fortuna, no hubo de esperar mucho hasta que las vio aparecer con el pelo impecable. ¡Chicas! Las llamó en armenio y en voz alta, mientras movía la mano para que prestasen atención.

—Bueno, bueno. Estáis sensacionales.

—Gracias —respondieron las dos al unísono.

—¿Os apetece un café o un trozo de pastel?

Narine parecía haber rejuvenecido. Más que debido a su paso por la peluquería, atendía al cambio de aires y las nuevas perspectivas que la vida le ofrecía.

—Reconozco que este país está empezando a gustarme —indicó Narine al tiempo que tomaba asiento.

—¡Es una pasada, papá! Gracias por habernos traído aquí.

—¿Qué opinas tú, Anna? —preguntó Niels.

Por respuesta, que no pudo ser más contundente, la menor de las hijas mostró sus dos nuevas adquisiciones. Hasmik acarició la cabeza de su hermana.

El resto de la idílica semana previa a la visita a las instalaciones de Bunk transcurrió sin mayores incidentes. A decir verdad, sin ninguno. Hasmik acudió al instituto, donde fue muy bien recibida; Anna ingresó en un colegio que contaba con instalaciones y medios adaptados a sus necesidades. El matrimonio, por su parte, se dedicó a organizar la vivienda y a hacerse con el barrio y sus alrededores, así como a disfrutar de unas cortas «vacaciones». Margaret Wachowski propuso a Terry O´Sullivan como profesor particular de inglés para Narine. Terry debía superar los setenta años —aunque aparentaba más de ochenta—, si bien la claridad de su pronunciación era envidiable. Impartía sesiones de dos horas al día en el domicilio de los Oppenheimer. Era un hombre menudo, muy delgado, el pelo ralo y un estilo muy pintoresco aunque típicamente americano. Usaba chaquetillas de lana decoradas con estampados de rombos, camisas de algodón recio y camiseta asomando por el cuello; pantalones estilo *chino* y tirantes. En ocasiones se presentaba con un pequeño sombrero que le daba un cierto aire a William Burroughs o con un paraguas negro en días soleados y sin riesgo de lluvia. Narine solía verle arrojar al pavimento los restos de un cigarrillo de liar antes de entrar a casa.

Tal y como lo habían advertido, dos días antes de que se cumpliera la semana, los hombres que habían acompañado a la familia durante el viaje contactaron con Niels para recordarle que pasarían a recogerle el lunes a las ocho de la mañana. Le recomendaron llevar ropa para una semana. «Vuelta al trabajo», pensó el físico.

Con previsible puntualidad, los dos agentes, o guardaespaldas, se presentaron en casa de los Oppenheimer a la hora señalada. Niels ya estaba listo. Se despidió de su esposa. Las niñas ya se habían marchado.

—Le recomendamos que se lo tome con calma —señaló el conductor—. Es un viaje largo. Tiene a su disposición bebida y comida en la nevera. Podemos parar cada vez que lo desee.

—¿Por qué no hemos tomado un avión?

—De este modo ahorramos tiempo.

El Hummer estaba perfectamente acondicionado, pulcro y era muy confortable. «Apuesto lo que sea a que está blindado», se dijo a sí mismo el científico.

—Si no tiene inconveniente, señor Oppenheimer, me gustaría informarle acerca del programa de su estancia. Esta noche pernoctaremos en Lincoln y mañana a primera hora será trasladado a nuestro centro de investigación y desarrollo. Allí se reunirá con el señor Esdras, asistente personal del presidente Crush, quien le guiará por nuestras instalaciones y le mostrará algunas cosas que desea que vea.

—Ya conozco al señor Esdras —se limitó a contestar Niels Oppenheimer.

Realizaron tres paradas antes de llegar a Lincoln. Oppenheimer pudo constatar que las carreteras en los Estados Unidos no tenían nada que ver con las europeas. Eran mucho más grandes y con una media de carriles muy superior. Apenas había curvas ni, para el vehículo en el que viajaba, límite de velocidad.

Se alojaron en un hotel muy moderno, donde el físico aprovechó para telefonear a su esposa. Los tres hombres cenaron en el restaurante del hotel y se retiraron a sus habitaciones temprano. A las siete de la mañana del día siguiente debían estar en movimiento.

Una hora y media después alcanzaron la base. Esdras les esperaba en el exterior del búnker fumando uno de sus habituales cigarrillos egipcios.

—Buenos días, señor Oppenheimer. Me alegro de verle por aquí. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Qué tal su nueva casa?

—Todo bien. —Se estrecharon la mano y el asistente del presidente le invitó a pasar al interior.

—Quisiera mostrarle unos planos, señor Oppenheimer —señaló su anfitrión sin rodeos.

—Ya sabe que no soy ingeniero.

—Lo sé. Pero merece la pena que vea esto. Me gustaría que estuviese en contacto con nuestro equipo de diseñadores.

—¿Diseñadores de qué?

—Permítame que le ofrezca un café antes.

Los dos hombres accedieron a una salita funcional pero muy acogedora. Esdras sirvió dos cafés menos exclusivos que los que solía tomar.

—Como ya habrá supuesto, además de las aplicaciones energéticas de su investigación, nos interesa mucho su vertiente armamentística. No se preocupe. No pretendemos volar ningún país ni nada por el estilo. Estamos creando un sistema disuasorio que nos proteja en caso de eventuales amenazas.

—Me temo que no le sigo.

—No sé si está al tanto de las cuestiones relacionadas con la política internacional. El caso es que tenemos conocimiento de que el gobierno chino planea una ofensiva en territorio americano y queremos prevenirles de lo erróneo de su postura.

—Echaré un vistazo en Wikileaks a ver qué dicen al respecto.

—No debe usted creer todo lo que difunden los amiguitos del señor Assange.

—Me gusta contrastar la información.

—Es usted libre —desistió Esdras con un gesto de desdén.

—Le advertí de mi negativa a participar en acciones bélicas —prosiguió el científico.

—Le prometo que no habrá derramamiento de sangre, señor Oppenheimer. Se trata tan solo, y como ya le he dicho, de una medida cautelar y esperamos, en última instancia, que este asunto se resuelva por la vía diplomática. Aun así, no deseamos estar desprotegidos. La política y la seguridad del Estado son así. Le ruego que lo entienda.

—Insisto en que no formaré parte de ninguna operación que pueda ocasionar daños personales. Me queda mucho para ser el nuevo Einstein, señor Esdras.

—Estoy convencido de que usted sabe que él no fue el primero en vislumbrar las posibilidades de una reacción nuclear en cadena, si es a eso a lo que se refiere. Szilárd y Wigner lo previeron anteriormente. También sabrá que, a pesar de ostentar el dudoso honor de ser el inspirador del Proyecto Manhattan, tampoco participó directamente en él. Al igual que usted, el señor Einstein era un declarado y convencido pacifista. Y es justo por ello por lo que pretendemos que usted valore el alcance de nuestro prototipo, a fin de evitar riesgos y catástrofes innecesarias. Por lo demás, ya sabemos construir una bomba nuclear y no es nuestro objetivo en la actualidad —Oppenheimer le miró lleno de incredulidad—. Qué curioso, quien sí participó fue un señor apellidado Oppenheimer. ¿Tal vez un pariente lejano?

—No, señor.

—Lo suponía —concluyó Esdras sardónicamente.

El anfitrión conectó un proyector de vídeo. Unos planos aparecieron en la pantalla.

—Bien, señor Oppenheimer, aquí tiene su bomba atómica.

Niels examinó con detenimiento la imagen. A simple vista no era capaz de relacionar lo que veía con un arma nuclear. Claro que tampoco podía relacionarlo con nada. Un conjunto de líneas, acotaciones y números, algo incomprensible para él. Si al menos figurase alguna fórmula habría podido tener una referencia. Pero de ese modo le resultaba imposible.

—Esta tarde podrá reunirse con nuestro equipo de ingenieros y podrá hacerle todas las preguntas que estime oportunas.

El teléfono de Esdras comenzó a sonar. Éste miró el número, pidió disculpas a Oppenheimer y salió de la habitación. El físico aprovechó la coyuntura para fotografiar con su móvil la pantalla, asegurándose de que la resolución de la foto fuera lo suficientemente alta. Fue un impulso repentino y no contempló la posibilidad de que dicho acto pudiera ocasionarle problemas ulteriores. La sala estaba equipada con cámaras de seguridad, de modo que se las ingenió para adoptar una posición que éstas no pudieran registrar con facilidad sus movimientos. Esdras regresó poco después, volvió a disculparse y le invitó a visitar el resto de instalaciones.

Por el camino, Oppenheimer preguntó qué podía hacer él exactamente con lo que le había mostrado.

—Según tengo entendido —respondió Esdras—, en los planos que ha visto hay algunos problemas. Se lo diré sin rodeos: el potencial destructivo de este mecanismo es excesivo y, como ya he señalado, no pretendemos generar armas capaces de dañar el ecosistema. Los efectos de una ofensiva con este prototipo serían demasiado duraderos, algo que no nos podemos permitir. Ahí es donde entra usted. Después de todo, constituye el principal aporte de sus investigaciones, ¿no es cierto?

—¿Me está usted diciendo que quieren que le ayude a construir un arma nuclear respetuosa con el medio ambiente?

—¿No le suena bien? Un arma nuclear verde. ¿Qué le parece?

—Terrorífico e incomprensible. ¿Para qué construir algo así si no puede cumplir su función?

—La cumpliría al milímetro, señor Oppenheimer, dado que su misión es la de disuadir al gobierno chino de atacar territorio americano.

—¿Y no lograrían lo mismo haciéndoles creer que la tienen aunque no sea cierto? —Esdras sonrió como si hubiera previsto esa pregunta y la estuviese esperando.

—No es lo mismo, señor Oppenheimer, no es lo mismo. Lamentablemente, el espionaje es algo más que una mera práctica del pasado. Por cierto, nos conocemos desde hace tiempo y siempre me he referido a usted como «señor», siendo usted doctor…

—Es un apelativo que hace tiempo eliminé de mi *ridiculum vitae*. No me ha servido de mucho, la verdad. Puede seguir llamándome señor Oppenheimer con toda tranquilidad. ¿Suele, *por cierto*, cambiar de tema con tanta facilidad?

—Es un mecanismo meramente retórico. No me lo tome a mal.

—Hablemos, pues, con franqueza: ¿qué demonios esperan de mí? —Esdras se detuvo en seco y le miró fijamente a los ojos.

—Señor Oppenheimer, lo que queremos es que nos ayude a perfeccionar un juguete capaz de asustar de verdad a los chinos sin que entrañe un riesgo para el planeta.

—No tengo nada contra los chinos y, además, me encanta el rollito de primavera.

—Ayúdenos o tal vez sean ellos los que hagan rollitos de primavera con nuestra propia carne. ¿Lo pilla?

Por primera vez, Esdras mostró su lado más fiero y menos decoroso. La bestia y el *gentleman* convivían en él de manera armónica. Los refinados modales podían dar paso a una reacción salvaje en escasas décimas de segundo.

—Y ahora —prosiguió Esdras—, si me lo permite, me gustaría mostrarle dónde se alojará esta semana.

Los dos hombres se dirigieron al ascensor que les llevaría al subsuelo. Oppenheimer se debatía entre preguntar por qué tenía que dormir allí durante una semana o no. Dado que no había visto las instalaciones subterráneas, no le era dado saber en qué zona se alojaría exactamente. La estancia en una base militar no formaba parte del trato y la actitud de Esdras sugería más una suerte de secuestro moral —en el mejor de los casos— que cualquier otra cosa. Quién sabe hasta dónde llegarían con tal de que colaborase con ellos. Advirtió la fragilidad de su posición y el peligro real de ser literalmente arrestado en medio del desierto. Nadie sabía dónde estaba con exactitud y,

aunque lo supiera, no podría acceder al recinto, ni siquiera a sus alrededores. A efectos prácticos, se había convertido en un prisionero enmascarado. Un prisionero que no tendría posibilidades de escapar, un prisionero al que nadie había informado de su estatus ni de las razones del encarcelamiento. Un prisionero, como otros tantos, sin delito. Comenzó a ponerse nervioso cuando se preguntó a sí mismo qué pasaría si se negase a cooperar. Ser todos deportados de nuevo a Armenia constituiría el menor de los males imaginables, el más inofensivo. «Pero una nación que ha pagado a un físico varios millones de dólares seguro que cuenta con mejores y más persuasivos argumentos», se dijo. Los dos minutos que duraba el descenso se le hicieron insoportables. Esdras no pestañeaba.

Al llegar abajo, Niels Oppenheimer descubrió una ciudad completamente terminada, una monstruosidad provista de una morbosa belleza. El deleite científico y tecnológico que experimentaba era tan intenso como la repulsión ante tamaña aberración. El coronel y los suyos se habían empleado a fondo.

—Los señores que le han acompañado se han encargado de dejar su maleta en su bungalow —aclaró Esdras.

—¿De verdad espera que me aloje aquí?

—Considérelo un seminario intensivo. Una concentración de prestigiosos científicos —Esdras no perdía ocasión para hacer gala de su sarcasmo.

Esdras condujo a su invitado hasta un pequeño vagón futurista. Aquel cacharro se deslizaba sobre los raíles a toda velocidad, a pesar de lo cual Niels contempló lo que habían construido allí abajo: tiendas o algo parecido, una especie de micro-hospital, locales de ocio, un miniaturizado campo de golf, apartamentos, bungalows… Todo muy aséptico mas teñido de colores llamativos y alegres, como un anuncio de *Ben & Jerry*: *naturalmente* artificial. Se apearon en una zona que trataba de imitar a un barrio cualquiera de cualquier ciudad pequeña estadounidense. Casitas prefabricadas dotadas de jardín sintético, vallas blancas y diseño acogedor.

—Ya hemos llegado —anunció.

No daba la impresión de que nadie habitase en dicho barrio de momento. Esdras caminó hacia uno de los bungalows seguido de un obediente Oppenheimer. La casita era sencilla y cálida. La maleta del científico ya se hallaba allí, situada en el dormitorio.

—Tal vez experimente algunos problemas con la cobertura de su móvil, señor Oppenheimer —advirtió Esdras.

—¿Y si deseo telefonear a mi familia?

—Hay un servicio de centralita cerca de aquí. No obstante, no he dicho que su teléfono no vaya a funcionar, pero sí que hay puntos en los que resulta más complicado establecer la conexión.

Oppenheimer captó la indirecta: todas las llamadas estarían intervenidas mediante algún sistema. Las buenas intenciones de aquellos a los que Esdras representaba comenzaban a desplomarse una tras otra. De cara al exterior, el búnker no existía y no sería tarea fácil informar a nadie de su paradero —luego de la ubicación de las instalaciones— sin que los mecanismos de alarma de la ciudad bajo tierra se disparasen. Visto lo visto, le extrañó que no le hubiesen drogado a través de la bebida de la nevera del Hummer para dificultar todavía más que pudiera tener constancia de por dónde había llegado hasta allí. Pensó que las medidas de seguridad eran tan fuertes que se habían permitido el lujo de omitir dicho paso. Lo cual era cierto.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Oppenheimer.

—Considérelo la residencia más segura de los Estados Unidos.

—No sé a quién le apetecería vivir aquí, la verdad.

—Le garantizo que a más gente de la que puede albergar este sitio. —Esdras hizo una pausa— ¿Le apetece darse una ducha o cambiarse de ropa?

—No es necesario, muchas gracias.

—En ese caso, tenemos algo de tiempo. Tal vez le apetezca conocer el resto de las instalaciones.

—Supongo que no tengo otra cosa que hacer.

Esdras le mostró un teléfono desde el cual podría contactar con la centralita y con los servicios de limpieza, restaurante, asistencia médica o cualquier cosa que pudiera necesitar. Y, cómo no, añadió socarronamente el asistente de Crush, también podrá comunicarse con su familia.

—¿Se puede fumar aquí abajo? —inquirió Niels.

—No es lo más recomendable. Tampoco está permitido en todas las dependencias. Dispone usted de ceniceros en su bungalow, que, a su vez, cuenta con un extractor de humos bastante eficaz.

—¿Y el tabaco?

—Nos hemos tomado la libertad de suministrarle unas cuantas cajetillas de sus cigarrillos predilectos y encendedores.

—Todo un detalle…

El aspecto del exterior era terroríficamente sublime. Las dimensiones de aquella construcción se magnificaban debido al vacío. Ni un trabajador, ni ningún otro habitante. Nadie.

Esdras le comunicó que después de comer —«será un honor que tenga a bien acompañarme durante el almuerzo», fueron las palabras del anfitrión— se reuniría con el equipo de ingenieros.

—Me encantaría mostrarle el orgullo de nuestros arquitectos y, dicho sea de paso, de nuestro presidente, a quien tendrá ocasión de conocer en persona.

Esdras se puso al volante de uno de los cochecitos con dirección a la Piscina. Niels no perdía detalle. Una vez allí, Esdras pulsó un interruptor y las luces comenzaron a encenderse acompañadas de un sonido que se perdía en la oscuridad.

—Bienvenido a la Piscina, señor Oppenheimer. —Niels permaneció absorto.

—¿Sería tan amable de explicarme qué es esto?

—No querrá quedarse sin agua, ¿verdad, señor Oppenheimer? Se trata de un pequeño depósito.

—¿Un pequeño depósito?

—Así es. ¿Le apetecen unos rollitos de primavera para comer? ¿Sabe? A mí también me encantan.

17

Klaus Zimmermann y Esdras permanecían frente a frente, sentados en los sillones de una salita de la parte superior. Se miraban sin decir nada. Klaus se hallaba desconcertado; Esdras a la expectativa de alguna pregunta o reproche.

—¿No le parece demasiada agua, señor Esdras?

—Uno nunca sabe lo que puede suceder en el futuro, señor Zimmermann.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo? ¿Echarle cloro?

—En principio unos cálculos. No estamos acostumbrados a trabajar con cantidades tan grandes de agua en entornos controlados, una de sus especialidades. Nuestros químicos podrán darle una información más precisa, aunque en líneas generales deseamos que el agua almacenada en la Piscina mantenga todas sus propiedades y sea potable en todo momento. Cuestiones de ajuste fino, nada más.

—¿Quieren dedicarse al negocio del agua? Esto no parece una planta de embotellado, la verdad.

—Digamos que la Piscina en sí es una gran botella.

—Me temo que están ustedes muy colgados, si me permite el coloquialismo y el atrevimiento.

—Respeto su punto de vista, aunque no lo comparto, señor Zimmermann.

Klaus sacó a colación el tema de su alojamiento, señalando que no le había dado la impresión de ver ningún «hotel» por allí cerca.

—Hemos dispuesto un bungalow para usted solo aquí mismo.

—¿Voy a alojarme en un zulo? Genial. —Zimmermann no reprimió un gesto de fastidio.

—Termínese su café y se lo mostraré.

El biólogo apuró su bebida de un trago y se puso en pie. «Estoy deseando verlo», añadió sin ocultar lo irónico de su comentario. Los dos hombres volvieron a recorrer el mismo circuito repleto de ascensores, pasillos y caminos severamente señalizados, con la diferencia de que, en esta ocasión, su destino era la zona de viviendas *de lujo* y no la Piscina. Esdras enseñó al científico sus aposentos.

—¡Qué bien! —exclamó Klaus tras echar un vistazo alrededor— Echaba de menos un lugar sin vecinos.

—No por mucho tiempo —precisó Esdras—. Hoy llegará otro invitado al que debo recibir. Se hospedará allí —dijo señalando otro bungalow muy próximo al suyo.

—¿Cree que podremos hacer una barbacoa aquí dentro? Ya sabe, para darle la bienvenida a este paraíso.

—Deje que nuestro servicio de cocina se encargue de ello. Así su ropa no cogerá olor a humo.

—Lleva usted razón. —Zimmermann sonrió forzadamente.

—Para no perder más tiempo, le acompañaré al laboratorio. Allí conocerá al resto de su equipo.

—¿«Mi» equipo? —repuso Klaus.

—Sí, usted estará al mando.

—Escúcheme, yo he venido a pasar unas *vacaciones* y a tratar de que me dejen en paz de una vez por todas. No pienso dirigir ningún equipo. Para eso ya tenía la universidad y, mire usted, me largué.

—Me temo que su estancia se va a prolongar un poco más de lo previsto, señor Zimmermann.

—Doctor Zimmermann, si no le importa. —Esdras dibujó una media sonrisa de desprecio.

—Doctor Zimmermann —rectificó con retintín.

Zimmermann se sorprendió de estar aferrándose a un título académico que aborrecía para preservar un mínimo de dignidad. Sospechó al instante que sus peores pronósticos podrían cumplirse. «¿Cómo he sido tan estúpido?» pensó. Su falsa arrogancia denotaba temor. Y Klaus Zimmermann no era precisamente un cobarde, pero aquella situación habría puesto a cualquiera en guardia. El biólogo miró hacia lo alto. Una luz cegadora imposibilitaba la visión del techo. Un firmamento construido mediante una luz blanca que se asemejaba bastante a la que emitían los OVNI en televisión cuando se disponían a abducir a un despistado paseante. En cierto modo, la fortaleza subterránea era bastante similar a la recreación popular del interior de los platillos volantes —como si alguien supiera que tienen forma de platillo—. Era como estar en el interior de la *Discovery*, pero en versión oscura y con más de cuarenta metros de altura. Solo faltaba HAL 9000 y unos cuantos monos peleando con huesos. El césped artificial que bordeaba las casas prefabricadas llamó la atención de Klaus.

—Bonitos jardines —señaló—. Pero, insisto, no creo que necesiten tanta agua.

—Aunque no lo crea, doctor Zimmermann, contamos con un pequeño huerto aquí abajo. Cultivo hidropónico.

—No se les escapa detalle.

—Soy consciente de la impresión que esto debe causarle, pero le aseguro que es necesario.

—¿Necesario para quién?

—Para usted mismo, por ejemplo.

—Si usted lo dice...

—Bien, si no tiene más preguntas, le llevaré al laboratorio.

La cabeza de Klaus estaba llena de preguntas, empero, sabía que discutir con Esdras no tendría demasiado sentido. Le acompañó dócilmente a uno de los cochecitos y admiró el paisaje subterráneo: almacenes de contenido desconocido, una especie de edificio de oficinas, pistas de pádel, un parque infantil, algunas cafeterías y restaurantes y algo similar a un supermercado. Conforme se acercaban a lo que parecía su destino,

los colores llamativos y los decorados amables daban lugar a estructuras funcionales y frías. Se apearon en una pequeña explanada. A ambos lados, puertas de seguridad transparentes posibilitaban el acceso a varios departamentos. Por aquí, señaló Esdras. Zimmermann le siguió. Accedieron a otro laberinto provisto de una luz verdosa, clínica. El laboratorio resultó ser ultramoderno. Seis hombres ataviados con batas blancas le esperaban. No le sonaba ninguno. Cuatro de ellos no debían llegar a los treinta años.

—Señores, les presento al doctor Klaus Zimmermann. A partir de este momento, él será el encargado principal del proyecto.

Los hombres avanzaron hacia él para estrecharle la mano y presentarse. Klaus no sabía muy bien qué decir. Mirando sus caras, volvió a repetirse la pregunta de siempre, la que no había sido capaz de responder en la vida: ¿Por qué preferían los científicos —subvencionados por los diversos gobiernos— investigar cómo ahorrar agua cuando lo más racional sería emplearse a fondo en desarrollar plantas desalinizadoras? Después de todo, agua no faltaba en un planeta compuesto de dicho elemento en más de un setenta por ciento.

—Es un honor para nosotros contar con su presencia. Es usted toda una institución —comentó el de mayor edad, seguramente el anterior responsable de la investigación. Zimmermann asintió con la cabeza, dándole a entender que no era necesaria tanta formalidad y que deseaba examinar los planos y los informes cuanto antes.

—Le dejo en buenas manos, doctor Zimmermann. Debo encargarme de otro asunto. Ellos le pondrán al corriente de todo. —Dicho esto, Esdras abandonó el laboratorio.

El hombre de mayor edad le entregó un dossier que Klaus hojeó inmediatamente. A simple vista no había ningún error en los cálculos y la insistencia de los agentes de Bunk le pareció innecesaria. Su presencia no estaba justificada, pues aquellos señores habían hecho bien su trabajo. Prefirió, no obstante, no comentar tal extremo y les siguió la corriente. Se dijo que tenía que descubrir los motivos reales por los que habían tratado de reclutarle a toda costa, determinando que poco tenían que ver con las investigaciones que aquel equipo había llevado a cabo.

—Han hecho ustedes un trabajo brillante.

—Muchas gracias, doctor Zimmermann.

—¿Qué problemas se le han planteado?

Los seis investigadores le observaron sin saber qué contestar. Klaus volvió a examinar detenidamente el laboratorio con la mirada mientras esperaba una respuesta. Retomando la palabra, señaló que, en dichas condiciones, el agua podría conservarse intacta durante varios años, incluso más de una década. Transcurrido ese periodo, y con los debidos tratamientos, podría mantener sus cualidades mucho más tiempo.

—Bien, como comprenderán, necesitaré más tiempo para evaluar el informe de manera rigurosa.

—Si desea ponerse a ello ya mismo, ahí tiene una mesa —informó uno de los jóvenes.

Klaus Zimmermann hizo como que le parecía bien, cuando lo cierto es que presentía cada vez más que el llamamiento de Bunk era una encerrona. La cuestión residía en conocer la finalidad real de aquel proyecto. No estaba llevando a cabo ninguna investigación pública que conviniera interrumpir; no había nada incorrecto en el dossier de aquellos científicos ni nada que tuviera que arreglar. Sí era, no obstante, un miembro de una organización ecologista cuyos intereses distaban mucho de los de Bunk. Lo más lógico y razonable era pensar que le habían descubierto. ¿Para qué, por tanto, llevarle al corazón del proyecto? Algún detalle se le estaba escapando y lo único que le quedaba era seguir esperando hasta descubrirlo. Por otra parte estaba la construcción del búnker. ¿Acaso era necesario financiar un complejo de tales características únicamente para poner a prueba las propiedades del agua? Difícil de creer.

Zimmermann ocupó su mesa de trabajo y se dispuso a leer con detenimiento el dossier que le habían entregado. En el reporte no aparecía la menor mención al contexto en el cual se estaban llevando a cabo los experimentos ni muchísimo menos la finalidad inmediata. Los enunciados presentaban un carácter general, como es propio de la ciencia, independientemente de la existencia o no del objeto analizado. Un proyecto

repleto de juicios sintéticos *a priori* que se habían materializado en una balsa gigante dentro de una fortaleza bajo tierra.

—Chicos —llamó Klaus, adoptando un tono informal—, ¿alguien sabría decirme la extensión de estas instalaciones?

—Nosotros solo conocemos este sector. Corren rumores de que hay alguno más, pero no es que nos interese demasiado, doctor Zimmermann —respondió otro de los investigadores más jóvenes.

—Un grupo de científicos sin curiosidad… Qué contradicción, ¿no creen?

—Nuestro Departamento se encuentra aquí y no solemos tener ocasión de salir a pasear por aquí dentro —corrigió el más veterano. Su respuesta le honraba, pensó Klaus. Había salido en defensa de los suyos y eso es lo que debe hacer un buen jefe de grupo. Aunque ahora él era el máximo responsable, por respeto al arrojo de su predecesor, no insistió.

Con cierta discreción, Zimmermann echó un vistazo a las fechas. Quería saber cuánto tiempo llevaba operativo el proyecto. Diez años desde el inicio, siete a partir del comienzo de las obras. «En siete años, con un buen equipo, se pueden hacer muchas cosas», se dijo Klaus pensando en las instalaciones más que en los estudios cuyas conclusiones acababan de poner a su disposición. Un tímido miembro del equipo, mientras procesaba unos datos en un ordenador, expresó que le había encantado un artículo firmado por Zimmermann acerca del ahorro y conservación del agua en medios rurales.

—Muchas gracias… disculpa he olvidado tu nombre.

—Tomita, doctor Zimmermann.

—¿Japonés?

—Mis padres sí, yo ya nací en los Estados Unidos.

—Vale, Tomita. Aprovecho tu intervención para rogaros que no es preciso que añadáis lo de «doctor Zimmermann» a cada frase, ¿ok? Atiendo igualmente a la llamada

de «Klaus» y preferiría que nos tuteásemos, si no tienen inconveniente. —Le gustaba generar un ambiente de familiaridad desde el principio.

—Muy bien Klaus. Si no es indiscreción, ¿puedo preguntarte por qué abandonaste la Universidad?

—Buena pregunta. Y la respuesta es: porque estos tíos de Bunk no paraban de llamarme para darme el coñazo y no me fiaba de ellos un pelo. ¿Cómo lo ves? Sin embargo mira, aquí estoy ahora. —Los científicos se miraron entre ellos, sorprendidos, reacción que motivó que Zimmermann suavizase sus declaraciones—. Quería alejarme de los teléfonos, los emails, los compañeros del Departamento, la vida académica, los artículos, por mucho que sean del agrado de Tomita, para poder disfrutar de la naturaleza. ¿Cómo os reclutaron a vosotros?

—Formábamos parte de un grupo de investigación en la Universidad de Wisconsin-Madison. —Klaus sufrió un repentino *shock*.

—Conoceréis entonces al doctor Burt Kutcher, ¿no es cierto? —Los hombres volvieron a mirarse unos a otros llenos de perplejidad—. Es un buen amigo mío.

—Por supuesto que conocemos a Kutcher, ¿quién no iba a conocerle?

Por unos instantes Zimmermann permaneció en silencio. No sabía si quería conocer la respuesta a la pregunta que estaba a punto de formular. Levantó la mirada hacia el techo y mantuvo la posición unos segundos. Palpó con delicadeza el volumen encuadernado que le había dado a examinar. Burt Kutcher. Todo el mundo conoce a Burt Kutcher.

—¿Estaba Kutcher al corriente de estas actividades?

—Klaus —intervino el ex-investigador principal—, ¿te ocurre algo?

—He llegado esta mañana y me temo que aún estoy un poco desubicado. ¿Sabía Kutcher algo de esto?

—Él era el director del proyecto en Wisconsin. —Un escalofrío recorrió la espina dorsal del biólogo.

—¿Por qué no está aquí?

—Comenzamos a desarrollar por nuestra cuenta, y bajo las órdenes de Burt, la línea de investigación. Kutcher, como bien sabrás, estaba muy interesado en cuestiones referidas al almacenamiento y preservación del agua. Con todos los respetos, estaba obsesionado con los lagos. Un tiempo después, unos tipos del Departamento Hidrológico se pusieron en contacto con nosotros. Querían que nos uniéramos a un proyecto de carácter nacional muy relacionado con nuestros planteamientos. Burt tenía sus reservas. Finalmente nos animó a unirnos a ellos, aunque él no aceptó el llamamiento. Dijo que mantendría en contacto con nosotros de manera regular y así lo ha venido haciendo desde entonces.

—¿Estáis autorizados a cederle información?

—Así es.

Kutcher conocía el entramado de Bunk y no había dicho nada. Las consecuencias de ese descubrimiento eran enormes y terribles al mismo tiempo. Klaus comenzó a atar cabos: Burt conocía su domicilio y además había ocultado una información vital para la resistencia. La conclusión no tardó en presentarse en su mente: Burt Kutcher era, presuntamente, un infiltrado. Zimmermann trató de borrar esa idea de su cabeza. No contaba con las suficientes pruebas y no deseaba precipitarse. Tal vez Kutcher tratase de protegerles de algo o de averiguar más pistas para estar seguro de los planes de Bunk o del Departamento Hidrológico. Tenía que dar con él, pero ¿cómo? Ni siquiera sabría cómo llegar a su bungalow, de modo que localizar a su colega de Universidad de Wisconsin desde aquel lugar le resultaría poco menos que imposible.

—¿Vosotros pernoctáis aquí? —preguntó a los miembros de su equipo. Obtuvo una negativa por respuesta—. Pues me han comentado que se cena de maravilla aquí abajo.

No podía disimular su fastidio. Le habían confinado a un zulo bajo tierra, a miles de kilómetros de su familia, controlado, aislado, aunque perfectamente atendido. Una prisión con barrotes de oro. Confió en que Esdras volviera a tiempo para llevarle de vuelta a su «nueva casa».

—Esta noche me llevaré esto a mi apartamento para leerlo con más calma —dijo Klaus.

—No puedes sacar esos documentos de aquí —advirtió el viejo del grupo.

—Yo no he dicho que vaya a sacarlos. Ahora *vivo aquí*. Además, como nuevo investigador principal, cuento con una serie de privilegios a los que pienso sacarle partido. Espero que no me lo toméis a mal. El viaje ha sido largo y no me apetece dar una respuesta poco precisa a vuestros informes. El respeto por el trabajo ajeno es una máxima para mí —Zimmermann se puso en pie—. ¿Alguien puede decirme si hay una máquina de café por aquí cerca?

Si tenía que pasar un tiempo en aquel lugar, nada mejor que aprovechar la oportunidad que se le brindaba y tomar unas fotografías nítidas en la intimidad del hogar.

18

Allí estábamos los cuatro: Maribel y yo convertidos en despojos humanos; mi hermano en pijama y Fela cubierto con una bata y fumando *Gauloises*. Maurice se decantaba por los *Gitanes*, tal vez debido al eco español de peineta y mantilla que desprendían. Traté de explicarles por encima la surrealista cadena de acontecimientos que nos había llevado hasta allí.

—Hermanito —señaló Maurice—, siempre te ha gustado meterte en líos.

—Cierto. Pero en esta ocasión me han ayudado bastante.

—Maribel, ¿quieres ponerte una bata mía mientras lavo tu ropa?

—Te lo agradecería.

Maurice se levantó y se dirigió a su habitación. Fela nos miraba un tanto desconcertado.

—Tu novia es muy guapa —apuntó.

—No soy su novia —puntualizó Maribel.

—Sí que lo es —corregí yo. Maribel me miró de soslayo.

Maurice regresó con una bata de seda con motivos japoneses.

—La trajimos de nuestro último viaje a Tokio. Te quedará de maravilla. —Maribel se retiró al baño para cambiarse.

—Puedes cambiarte aquí —le dije mientras se alejaba—. Ellos no van a asustarse.

—Pero tú sí —la oí decir desde el aseo.

—Veo que os lleváis muy bien —dijo mi hermano bajando el tono y con una sonrisa cómplice. Hice un gesto de resignación con la cabeza.

Maribel volvió con la bata puesta. Sí que le queda bien, me dije. Ella ocupó de nuevo su sillón. Se atusó el pelo. No estaba incómoda, pero se le notaba que se sentía un poco extraña. Fela se dispuso a llevar la ropa sucia a la lavadora.

—Yo lo haré —dijo Maurice.

—No te preocupes. Quédate con ellos. Supongo que tendréis cosas de las que hablar.

—Gracias, Fela.

—Lo vuestro sí que es afinidad. —Le devolví la jugada, aunque seguía perdiendo por goleada.

Con la mayor sutileza posible, mencioné el peligro que todos corríamos, incluso ellos, rogándole que nos mantuvieran un poco alejados. Maurice nos comentó que tenían una especie de cobertizo perfectamente habilitado como casa de huéspedes, no sin dejar de manifestar su incredulidad respecto a mi relato. Estaba dentro de la parcela pero lo suficientemente retirada para disponer de un poco de intimidad y de margen necesario para escondernos en caso de que alguien apareciese por allí preguntando por nosotros.

Fela apareció con una infusión de vainilla y *rooibos* para cada uno. Lo imaginé cazando leones por la selva al son de una imaginaria selección de temas de Mulatu Astatke o de su tocayo Fela Kuti (¿qué tal «Roforofo Fight» o «Expensive Shit»?), aunque mucho me temo que pocos animales salvajes habría abatido. Su madre era francesa y él se había doctorado en sociología en la Sorbonne. Había conocido personalmente a Bourdieu y seguía manteniendo un cierto contacto regular con Gilles Lipovetsky. Grandes empresas solían contratarle para realizar estudios de mercado y estaba forrado. Francamente, me gustaba charlar con él y creía que mi hermano había tenido mucha suerte al dar con un hombre como Fela.

De pronto, pensé que Maribel también habría mandado a lavar su ropa interior y me excité al pensar que, con toda probabilidad, dormiría desnuda junto a mí. Después de todo, tal vez no hubiese sido una mala idea lo de ir a París. Me imaginé siendo el Michel de *Pickpocket* de Bresson cuando, a través de los barrotes de la celda, besa a

Jeanne y le dice: «Cuánto tiempo me ha llevado llegar hasta ti». Tan lejos tan cerca y viceversa. Sonreí como un estúpido sin que nadie pudiera explicarse por qué tenía esa reacción.

—Creo que ya os hemos interrumpido bastante. ¿Nos decís por dónde queda el cobertizo?

Nuestros anfitriones se pusieron en pie y nos acompañaron a lo que resultó ser una acogedora casita perfectamente equipada: teléfono, cama de matrimonio, nevera, una pequeña cocina, baño con toallas, sábanas de refuerzo, calefacción, televisor. Todo.

—Ya me contarás mañana cómo te va la vida, aparte de las últimas semanas que, veo, han sido más que moviditas —dijo Maurice.

—Trato hecho.

—Aquí te dejo un traje, unos vaqueros y un par de camisas y ropa interior sin estrenar. —Agradecí que mi hermano tuviera la misma talla que yo, aunque era un poco más alto, y, sobre todo, buen gusto.

—Muy bien hermanito. No quiero que os desveléis.

—Ya lo hemos hecho, cabronazo —puntualizó Fela.

—En ese caso te sugiero que jodas un rato con mi hermano. Así os dará sueño.

—Da gusto ver que sigues igual que siempre.

—Es mi secreto contra el envejecimiento. —Fela sonrió.

Maurice y su marido nos dejaron solos. Maribel no se lo pensó ni un instante para darse una ducha relajante. Le propuse meterme con ella, pero lo rechazó con elegancia.

—Pues no olvides quitar los pelos cuando salgas. No me gusta ver el desagüe atascado. —No obtuve más respuesta que el agua de la ducha al caer.

Advertí lleno de orgullo que mi hermano había sabido aprovechar las oportunidades que le había brindado la vida. Siempre había sido más pragmático que yo.

Propuse a Maribel salir de compras al día siguiente y dio el visto bueno. Su voz provenía del cuarto de baño.

—¿Puedo pasar ya al baño?

—Un segundo. Ya.

Nos cruzamos en la puerta y le dediqué mi mejor sonrisa.

—No me hagas sufrir más —le rogué. Ella me dio una palmada en el trasero y salió al salón.

—Siento curiosidad por verte en vaqueros —la oí decir.

Una vez me hube duchado, me dispuse a meterme en la cama. Ella permaneció de pie dubitativa. Finalmente, se decidió a desprenderse de la bata. Estaba en lo cierto: había mandado la ropa interior a lavar. Pude contemplar por primera vez a Maribel en todo su esplendor y aseguro que no quedé defraudado. He estado con muchas mujeres a lo largo de mi vida, pero lo que vi me dejó sin habla. Sin duda, Maribel era de otra especie. Su cuerpo ejercitado cercenó mis facultades parlantes.

—¿Vas a dormir en calzoncillos? —me preguntó.

—Creo que no.

Así comenzó la noche de sexo más fantástica que conservo en mi memoria. Como buen caballero, no entraré en detalles, si bien todavía hoy, y en estos delicados momentos, el recuerdo hace que me estremezca.

A la mañana siguiente éramos dos personas diferentes, nuevas. Decidimos que nos desplazaríamos en transporte público. No podíamos arriesgarnos a ser detenidos en un control rutinario o algo similar. Mientras nos dirigíamos a casa de Maurice, Maribel hizo un comentario que me obligó a admitir que, a pesar de mis buenas intenciones, había subestimado su inteligencia. ¿Cómo sabía Junco que había un soplón? ¿Se lo había comunicado alguien? ¿Quién? ¿Y en tan breve periodo de tiempo? Lo evidente,

añadió, puede jugarnos malas pasadas. Y no pude menos que darle la razón. Allí iba yo, puesto de vaqueros y pensando en lo que Maribel acababa de decir.

Maurice y Fela ya estaban arreglados. Se olía a café y tostadas con mantequilla. Nos dimos los buenos días y nos sentamos a la mesa.

—¿Qué plan tenéis hoy?

—Tenemos que hacer algunas compras. Nos vamos al centro.

—Muy buena idea.

—Por cierto, Maurice, ¿en serio que la bata que le dejaste a Maribel era tuya?

—Soy marica, León, ¿no lo recuerdas?

—No, si te lo decía porque me gustaría que la próxima vez que visites Japón podrías traerme una… Además, como para no acordarme de esa aberración que supone tu orientación sexual. Estás casado con un negro que vive contigo, ¿lo recuerdas? —repetí con sorna.

—¿Algún problema con los hermanos? —preguntó Fela desde otra sala.

—Depende —respondí—. Si se parecen a ti…

Fela trajo la ropa de Maribel lavada y planchada. ¿Qué suavizante usarían? Olía de maravilla.

—Estamos encantados de teneros por aquí —dijo el marido de mi hermano mientras me agarraba por el hombro y me plantaba un beso en la sien.

—¡Quita ya, pelmazo! —La verdad es que yo también me sentía feliz de estar con ellos.

—Bueno —nos interrumpió Maurice—, cada uno a sus tareas. ¿Nos vemos luego para cenar?

—Será un placer.

El matrimonio se despidió de nosotros y se marchó. Nos quedamos terminando el desayuno. Maribel se vistió delante de mí. Habíamos superado la barrera del pudor.

Me pareció interesante y necesario adoptar algunas medidas de seguridad: Hojearíamos los periódicos a diario para ver si se había publicado algún anuncio de búsqueda y captura. Propuse que cambiáramos de aspecto: yo, por mi parte, me dejaría crecer la barba al estilo «George Clooney». Maribel acordó teñirse el pelo. Llevaríamos a cabo un seguimiento de los movimientos de nuestros accidentales compañeros vía email. Cosas aparentemente insignificantes que podían salvar nuestra vida o, como poco, mantenernos libres por más tiempo.

Conocía la zona perfectamente, a pesar de no recordar la existencia de un granero rehabilitado, de forma que sabía que una parada de autobús quedaba bastante cerca de casa. Aun a riesgo de resultar provinciano, para mí París concentraba su encanto en Montmartre y Saint-Germain-des-Prés. ¿Un café en el *de Flore* o *Les Deux Magots*? No, no. Excesivamente turístico. No obstante, se daba una profunda ironía en el acto de peregrinar a ambos lugares. La intelectualidad filocomunista de principios y mediados del siglo XX, la bohemia artística y cultural, se daba cita en locales que, con el correr de los tiempos, acabarían convirtiéndose en centros de la burguesía más decadente, casposa y trasnochada. Frases como «Picasso es comunista, yo tampoco» —fruto de la genialidad de Dalí—, o la estancia —tan censurada por Lukács— de algunos miembros de la Escuela de Fráncfort en el «Gran Hotel Abismo», con sede en Pacific Palisades, entre Los Angeles y Santa Mónica, me hacían adoptar una postura crítica con respecto a las bondades y coherencia de la izquierda. Sé que tengo un montón de prejuicios con casi todos los colectivos: los izquierdosos; los y las drogotas; los inmigrantes, más por incordiar que por otra causa; los homosexuales, por chinchar a mi hermano. En honor a la verdad, me llevo bastante bien con ellos, incluso han llegado a confundirme con uno de su especie —lo que me preocupa profundamente, aunque lo atribuyo a la ignorancia y la incultura de los que piensan así—; las Lisas Simpson; los *perroflautas*; los ciclistas; las neo-liberadas, a pesar del gran favor que siempre me han hecho; los franceses... En otras palabras, me llevo mal con todo el mundo, en especial con aquellas personas que se parecen a mí. A esos seres los odio. Un terapeuta podría detectar algún complejo de inferioridad o trauma infantil derivado de mi experiencia paterna. Yo, sin embargo, lo

atribuyo todo al exceso de películas de *Harry el Sucio* y Charles Bronson durante mi infancia y adolescencia. Parecen tener un efecto desigual en el espectador, ya que mi hermano las veía conmigo y salió gay. Creo que esto ya lo había dicho, ¿no? Supongo que me gustaría aprovechar estos últimos momentos para efectuar una confesión: durante mi adolescencia no me comía una rosca. Era tan raro y siempre tan enfrascado en los libros que cualquiera, hasta mi hermano marica, me las levantaba. Dicha circunstancia hizo que desarrollara una especie de resentimiento generalizado que, ya durante mi vida adulta, traté de paliar gracias a una actitud seductora y arrogante. A fecha de hoy puedo decir que me arrepiento. Sí, me arrepiento. Me he perdido muchas cosas y ya no podré recuperarlas jamás. Maldita pose de mierda.

—Vayamos a Montmartre. Conozco una peluquería estupenda —solicitó Maribel. Olvidaba que había pasado en París más tiempo que yo.

—De acuerdo.

En París pude comprobar que lo de la fortuna familiar de mi compañera no era un rumor. La conocían en las boutiques más exclusivas y no le temblaba el pulso a la hora de dar rienda suelta a su tarjeta de crédito. La esperé en una cafetería cercana mientras ella cambiaba de aspecto en la peluquería. La vi llegar tres horas después con el pelo teñido de pelirrojo. Un color anaranjado claro y unos bucles muy sueltos que cortaron mi respiración por segunda o tercera vez en pocas horas.

—Tu pelo haría juego con mis sábanas púrpura.

—Ya me las enseñarás —añadió ella.

—Estás muy buena, ¿sabes?

—Claro que lo sé, mi querido troglodita.

Recuerdo que sonaba «Substitute» de los *Who*. Maribel pidió un café con leche en un francés impecable.

—¿Quieres casarte conmigo?

—¿Estás de coña?

—¿Por qué no? No veo ningún impedimento. ¿Acaso soy peor que el inepto de Lucho? —«But I´m a Substitute for another guy / I look pretty tall but my heels are high / The simple things you see are all complicated / I look pretty young, but I´m just back-dated, yeah».

—Habrá que verificarlo. Por lo pronto puedo decirte que follas mejor de lo que habría imaginado.

—Lo cual es la base de toda relación que tenga perspectivas de continuidad.

—León, estás completamente loco.

—Y eso te encanta, ¿a que sí?

Maribel me sonrió y contestó con un simple «sí».

—¿Follo mejor que Lucho? —insistí.

—No seas cutre, por favor. —Torcí el morro en señal desaprobación.

—Votre café, Madame. —El camarero dejó el café sobre la mesa de la terraza.

—Merci beaucoup.

Cómo me gustaba oírla hablar en francés. Señalé que, con el tiempo que me había tenido esperando, quizá sería más apropiado pasarse a la *Créme de Cassis*.

—¿No crees que la espera ha merecido la pena? —repuso acariciándose con picardía un bucle. La examiné de arriba abajo y le ofrecí un pitillo.

Por mi parte tampoco había perdido el tiempo. Había buceado en varios periódicos descubriendo, para mi satisfacción, que no existía ni rastro de órdenes de búsqueda y captura en las noticias. Saqué a colación el tema del soplón. Efectivamente, aquel detalle había pasado desapercibido y constituía un elemento clave. En pocas horas alguien había detectado el paradero de Junco y había avisado a los agentes de Bunk que, forzosamente —eso pensaba yo—, le habían seguido desde Madrid. ¿O se había tratado de una coincidencia? Entendiendo por «coincidencia» que los agentes ya estuvieran tras nuestra pista y que la llamada del chivato precipitase la captura, haciendo, además, que

matasen a dos pájaros (tres) de un tiro. Esta interpretación no se me figuraba como muy plausible. De haber sido así, los gorilas habrían acudido directamente a nuestros domicilios —que a estas horas estarían patas arriba—.

—La novia sabía que vendría a buscarnos —apuntó Maribel.

—Ya, pero, ¿crees que una novia haría algo así?

—Si está cansada de las ausencias de su pareja, quién sabe. En serio, no creo que ella lo hiciera. No la conozco, pero es una intuición femenina.

—Yo tampoco lo creo.

—Lo más probable es que nos hayan estado siguiendo todo este tiempo —prosiguió Maribel—. Tal y como yo lo veo, los de Bunk pondrían a esos agentes en lugar de los que fueron a la redacción a fin de que no los reconociéramos. Lo de Enrique fue fruto del azar. Alguien querría tenderle una trampa sin más.

—No me parece una argumentación sólida —repuse—. Tiene que haber un «algo más». No me da la impresión de que estos tipos jueguen a tientas. —Por primera vez en mucho tiempo, parecía haber recuperado una cierta seriedad en mis palabras. La impresión que podía dar de estar siempre de broma había desaparecido temporalmente. Una tregua que daba mi lengua, más centrada en el café con leche, y mi cuerpo en su conjunto, más centrado en el cuerpo de Maribel.

—Francamente, no sé qué decir.

—Supongo que darás con la solución. Tiempo no nos va a faltar.

Haciendo gala de una preocupación que no solía manifestarse en mí, le pregunté a mi compañera si no sería mejor llamar a la redacción y decir que nos ausentaríamos durante un tiempo. Mañana será otro día, contestó Maribel.

Pasamos el resto del día paseando por los lugares emblemáticos de París. Puede que resulte un tanto cursi, pero nunca falla. Ninguna mujer puede resistirse al encanto de la *Ciudad de la luz*, por mucho que haya vivido allí el tiempo que sea. «Miss Sarajevo» de *The Passengers*, el grupo fantasma de U2 y Brian Eno, sonaba en el ambiente, es decir,

en el interior de mi cabeza. Un delicioso recorrido por el Pont Neuf, las orillas del Sena, el cementerio de Montparnasse (más Beckett, Cortázar y Sartre y menos Père—Lachaise, sintiéndolo por Jim Morrison, Wilde, el infumable Proust y sus egregios e insignes compañeros por toda la eternidad). Bien pensado, Sartre siempre me había parecido un pelmazo —soy más de Camus— y de Beckett me quedaba con su foto junto a los contenedores, pero, puestos a ser innovadores, el cementerio de Montparnasse era más exótico. Y, como todo no tenía por qué parecer tétrico, nada mejor que unos *Pastis* cerca de la *Place de la Concorde*.

—Nunca me ha gustado esta bebida —apuntó Maribel al darle un sorbo al anisado.

—¿Por qué no has pedido otra cosa? Absenta tal vez.

—Quería demostrarme a mí misma que muchas cosas no cambian por mucho que pase el tiempo.

—Palabras de filósofa parisina —añadí emulando la pronunciación de los *gabachos* hablando castellano.

—¿Te llama la atención la filosofía?

—De hecho me planteé estudiarla de joven.

—¿Filósofo tú? No se te nota nada.

—De eso se trata, guapa. —Maribel me regaló una amable mirada de condescendencia.

—¿Y cómo acabaste siendo periodista?

—Lo que de verdad quería ser era escritor. Acabé graduándome en literatura comparada, pero una cosa es saber y otra muy distinta saber hacer. Escribí algunos cuentos que no interesaron a ningún editor. Me desanimé. Si no era capaz de vender unos relatos cortos, ¿cómo iba a atreverme con una novela? Además, para ser sincero, no tenía muchas ideas. De la literatura solo me queda el gusto por la lectura. Es lo único que conservo.

Encendí un cigarrillo con la esperanza de que disipara mi repentino malestar. Otra vez había hurgado en la vieja herida que suponía mi pasado. No soy muy dado a compadecerme de mí mismo, pero, bien mirado, mi historia personal era prototípica: fracasado aburguesado que perdió la ocasión de forrarse con el negocio de un padre fantasma ya fallecido y acabó en un periódico de mierda escribiendo sobre cosas que no le importaban un carajo.

—¿Qué fue de aquellos cuentos? ¿De qué iban?

—Iban de gilipolleces, ¿sobre qué si no? Los quemé. Lo quemé todo.

—Lo quemaste todo… qué enigmático. En fin, mi querido León, ¿no crees que ya tienes material para una buena novela?

Aspiré profundamente el humo del pitillo y miré a Maribel directo a los ojos.

—Quizá en otra vida.

—¿Qué otra vida?

—Lo dicho, una filósofa francesa. ¡Dos absentas, por favor! —El camarero asintió con la cabeza desde otra mesa.

Esa noche cenamos con mi hermano y su marido. Fela preparó un sabroso plato africano (¿cómo se llamaba? Como para acordarme) y Maurice se encargó del postre. Por mi parte llevé a cabo la siempre saludable travesura de adquirir un vino de la competencia para acompañar los platos. Nos pusimos al día de nuestras respectivas vidas y borrachos a la par. Conforme el alcohol iba haciendo mella en nosotros, la conversación se tornó más divertida. Incluso bromeamos acerca de nuestro padre, Michel Poiccard. ¿Michel Poiccard? ¿No se llamaba así el personaje al que interpretaba Belmondo en *Al final de la escapada*?, preguntó Maribel. Así es, respondió Maurice. Un nombre tan agridulce como apropiado para el personaje en cuestión, añadí. Esto es lo que hay al final de la escapada, amiga, una casa grande y una familia desecha. No somos una familia desecha, me corrigió Maurice. Después de todo, seguimos unidos. Las palabras amables y los reproches a los difuntos se mezclaban a partes iguales.

Maurice se había reconciliado con el rufián de mi padre. Yo, a la vista estaba, creía que no lo haría nunca.

Una vez acabados los postres y cuenta habida de varios licores, mi hermano nos condujo hasta el salón y metió algo en el DVD. Era una reproducción de unas cintas grabadas en súper 8 y convertidas a un formato digital. En ellas nos veíamos mi hermano, mi madre, mi padre y yo jugando. Éramos pequeños, muy pequeños. Aquellas imágenes transpiraban felicidad, algo incomprensible para mí, dado que no recordaba aquellos momentos. Mi padre me lleva en brazos. ¿Por qué nos abandonó? Nunca lo sabremos.

—Hermano, me está dando un bajón que no veas.

—Venga ya, León, va siendo hora de que entierres el hacha de guerra.

Me encendí un cigarrillo para no tener que contestarle. Maribel y Fela contemplaban el vídeo manteniéndose al margen. Se abstuvieron de hacer comentario alguno. Era una película íntima.

—Qué guapa estaba mamá —señalé.

—Tú has salido a ella —mencionó Maurice—. Yo, sin embargo, soy idéntico a nuestro padre. —Mamá, padre. Diferencias en el tratamiento debido a la familiaridad. Sí, nuestro padre era un extraño para nosotros. Ahora sabía algo más: que tenía un gusto enorme para las camisas—. Guardo algo más que puede que te interese.

—¿De qué se trata?

—Un segundo. —Mi hermano fue a otra habitación. Volvió con una caja de madera y me la entregó. La abrí con cuidado. Dentro había un reloj.

—¿Qué es esto?

—Es el reloj de papá. He pensado que querrías conservarlo.

¿Papá? Cogí el reloj con cautela y lo examiné. Un Breguet perfectamente cuidado. Lo agité para que se activase el mecanismo automático, el cual quedaba a la vista por la parte trasera.

—Es una maravilla, pero no pienso quedármelo. —Acto seguido metí el reloj en la caja y se la entregué a mi hermano.

—¡Es un Breguet! —exclamó Maurice.

—Es *el* Breguet de mi padre y, como bien debes saber, si no consentí ser partícipe de una empresa que me habría posibilitado comprarme varios yo mismo, no voy a coger el puto reloj.

—Chicos, no estropeemos la velada —advirtió Maribel—. Es tan solo un reloj, y muy bonito, por cierto.

—Hazle caso a tu chica, hombre —apoyó Fela.

—Está bien, ¡pero lo venderé! —concluí.

Todos sabían que no lo haría. De un modo tan cáustico me reconcilié con mi padre y, por qué no decirlo, con todo mi pasado. En pocas semanas estaba con una mujer estupenda, veía a mi hermano, vivía locas aventuras. Incluso fantaseaba con la idea de volver a escribir. ¿Qué me importaba ya que el viejo nos hubiera dejado? A lo mejor tenía sus razones. Nunca pude preguntárselo. Solo me quedaba una cosa por hacer, me dije: no ser como él. O, como poco, no actuar como él lo hizo. Es curioso cómo la redención espera a la vuelta de la esquina, sin grandes actos ni aspavientos. Uno se libera sin más.

—¿Quieres formar parte del negocio del vino? —Mi hermano y sus chascarrillos.

—Prefiero bebérmelo. Además, ese caldo que tú produces, es sencillamente… —medí mis palabras, miré a Maurice y sonreí—… estupendo. —Mi hermano se levantó y me dio un abrazo.

—Éste es mi hermano.

—Creo que ha llegado la hora de retirarnos —anuncié.

De camino a nuestro cobertizo de diseño le pregunté a Maribel si me compraba el reloj. Evidentemente, me respondió con una negativa. Con un poco de suerte, se repetiría la escena de la noche anterior. Lo estaba deseando.

Los dos meses siguientes pasaron como un suspiro. Vivíamos como un auténtico matrimonio. Quedaba claro que Maurice y Fela estaban encantados con nuestra presencia. Incluso los franceses comenzaron a caerme bien. Ocasionalmente volvía a la noche del reloj —ya colocado en mi muñeca— en mis pensamientos, si bien prefería dejarlo estar, detener el exceso de raciocinio y limitarme a sentir lo positivo que había en aquel asunto.

Mi barba había crecido considerablemente y no me quedaba mal del todo, aunque me hacía parecer un pelín más viejo. El frío se había metido de lleno y, para un espíritu mediterráneo, resultaba un tanto molesto. Por fortuna, nuestro granero estaba bien acondicionado y las noches eran cálidas en todos los sentidos. Seguíamos preguntándonos de tarde en tarde si debíamos contactar con Junco para ver cómo iba la cosa, si es que todavía era un hombre libre. Una vez a la semana revisábamos el correo electrónico. Sin noticias. Hasta que una mañana un nuevo mensaje apareció en nuestra pantalla. El remitente era nuestro nuevo viejo amigo Enrique Junco, bajo el nick de *Geekologic*.

Aquel que sopla ha sido identificado.

Ya sabíamos a qué se refería: habían identificado al infiltrado. Nos sorprendió un tanto que no nos proporcionase el nombre del tipo en cuestión. Por lo pronto, sabíamos que Junco seguía vivito y coleando y capaz de enviar correos.

París estaba cubierto de carteles de la próxima Bienal artística. Una niña con aspecto de Pippi Långstrump decoraba la ciudad. Debía ser la «mascota» o la imagen corporativa del evento. Mencioné a Maribel que me gustaría asistir si todavía seguíamos por allí y a ella le pareció bien. A través de las ventanas del *ciber* en el que nos hallábamos podía verse un panel de grandes dimensiones anunciando la exposición.

—¿Qué debemos contestarle a Junco? —preguntó Maribel.

—La verdad, no lo sé.

Los dos nos dábamos cuenta de que nuestro informático nos estaba haciendo partícipes de una historia de la que nosotros, en realidad, tratábamos de escapar. Saber o no saber, ésa era la cuestión. Personalmente me picaba la curiosidad. ¿Cómo lo habrían desenmascarado? ¿Por qué lo había hecho? Y, ni que decir tiene, ¿quién era?

¿Quién osa a destapar la caja de los vientos?

El tono estrafalario y ampuloso del mensaje nos pareció adecuado. Se suponía que teníamos que actuar como espías, empleando el lenguaje en clave y el resto de la parafernalia. Dentro de poco, me temía, empezaríamos a emplear términos tales como «coartada», «búsqueda», «escondite», «presunto», etc. Aquello no dejaba de tener su lado divertido, aunque el «presunto» resultado fuera dar con nuestros huesos en la cárcel.

Por puro instinto introduje en el buscador las palabras «Bunk Wikileaks» sin mucho éxito.

—Wikileaks… —sopesó Maribel—. Creo que tengo que hacer una visita a un amigo. Preferiría ir sola.

—¿A qué tanto secretismo?

—Cuestión de seguridad.

—¿Nuestra?

—No, de Henri. Tranquilo, es un hacker inofensivo. —El comentario me serenó un poco. Si era hacker, era feo—. Supuestamente está contratado por Facebook, pero tiene otras inclinaciones, por decirlo de algún modo. —Esperé que tales inclinaciones no tuvieran nada que ver con ella—. Me consta que ha colaborado con Wikileaks en varias ocasiones. Quizá pueda decirme algo más. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

—Has estado demasiado ocupada pensando en mí.

—Debe ser eso. —Una sonrisa fugaz se dibujó en su rostro para desaparecer bruscamente.

—Como veas. Si quieres visitar al tal Henri tú sola, adelante.

—Tengo que avisarle antes. No le gustan las visitas inesperadas.

Me crucé de brazos y permanecí callado. Horrendo o no, la idea de que ella se fuese a visitar a otro tío dejándome deambulando por París no me convencía demasiado. Sacó una agenda del bolso y se acercó al encargado del local. Él señaló un teléfono que había en la pared, embutido entre dos paneles de formica que simulaban un poco de intimidad —que, obviamente, no proporcionaban—. Una especie de alegría iluminó su cara cuando alguien descolgó el auricular al otro lado. No conseguía oír lo que decían, lo cual me fastidiaba aún más. La vi colgar el aparato y regresar a donde yo me encontraba. Estaba sonriente.

—¿Tu amigo el fóbico social ha tenido a bien recibirte?

—¿Quién ha dicho que sea un fóbico social?

—Los hackers ya se sabe.

—Te sorprendería conocer a éste en particular. No se adapta mucho al patrón estándar. —Arqueé las cejas para expresar mi sorpresa, así como mis ganas de que ampliase la información, algo que no sucedió—. ¿Te he dicho en alguna ocasión que mi doctorado en periodismo lo cursé en la Sorbonne?

—No que yo recuerde. Quizá coincidieras con mi cuñado el moreno.

—Pues bien —prosiguió, ignorando mi comentario—, mantuve un apasionado romance con un apuesto estudiante de telecomunicaciones, ¿te imaginas cómo se llamaba?

—Me hago una ligera idea.

Y, aún así, esperaría que me quedase tan tranquilo esperando a que ella se reencontrase con un viejo amante de juventud, apuesto para más inri, según sus palabras.

¿A qué se debió vuestra ruptura? —pregunté fingiendo indiferencia.

—Cosas que pasan.

Me dijo que nos veríamos en casa. Mal empezamos, pensé yo. Maribel había tenido una vida sexual inquietantemente activa. Por mi parte no podía quejarme, pero qué quieren que les diga: cuando uno se las tiene que ver con los triunfos de *las* demás, fastidia.

Decidí perderme entre las librerías de viejo de Montmartre con la intención de evadirme un poco y despejar la mente. Adquirí unas cuantas Moleskine y un puñado de bolígrafos de tinta líquida. Si la cosa seguía así, me veía retomando la escritura antes de lo previsto. En fin, que estaba más que mosqueado.

Esperé en casa hasta que regresó Maribel. Se le notaba un poco achispada y bastante alegre.

—¿Qué tal con tu «agente secreto»? —pregunté sin paliativos.

—Sigue igual que siempre.

—Eso es algo que no me preocupa. ¿Alguna información que nos sea de utilidad a los demás?

Maribel dio un ligero traspié antes de sentarse a mi lado y sonrió. Henri había hecho los deberes.

—Lo de Bunk es un asunto serio.

Apenas había información al respecto, por más que los colaboradores de Wikileaks se hubieran esforzado a conciencia por obtener el menor rastro. Por supuesto que estaban al tanto de su existencia y deseando de hincarle el diente a sus actividades. A diferencia de Junco y compañía, ellos habían tenido constancia mucho antes de la diversificación hidráulico-nuclear de sus operaciones. Sabían que el tal Oppenheimer había sido reclutado recientemente y que se hallaban inmersos en la construcción de unos novísimos misiles provistos de tecnología desconocida hasta la fecha. No había pruebas de sus afirmaciones, de modo que no se atrevían a difundir los datos. Demasiados problemas estaban teniendo como para abrir un frente tan demoledor sin poder ofrecer nada sólido.

Henri había comunicado a su antigua concubina que existían otras organizaciones similares a Wikileaks con las que mantenía cierto contacto. Tantearía el terreno a ver qué podía averiguar y volvería a contactar con ella.

—Por cierto, Henri me ha comentado que estaría encantado de conocerte. Ha sugerido una cena la semana que viene.

—¿Era necesario que le hablaras de mí?

—Te lo aseguro. —La respuesta sonó enigmática aunque reconfortante. Por lo menos había tenido el detalle de mencionar mi existencia, lo cual habría impedido, con toda probabilidad y de momento, la exaltación carnal del reencuentro, o un polvo de extranjis sin más.

—Me voy pensando lo de la cena.

Maribel se acercó a mí y me dio unos cuantos arrumacos. Entre el vino o lo que hubiera tomado y su efusividad no había dudas de que llevaba un buen calentón. La parte desagradable: que lo había ido fraguando en compañía de otro tío.

—Céntrate, por favor —dije mientras trataba de apartarla con suavidad. No es que no me apeteciera retozar con ella, es que estaba disgustado doblemente: por el hecho de que se hubiera visto con Henri y por no poder confesárselo abiertamente—. Dime algo más sobre Bunk.

—Habrá que esperar hasta que Henri sepa más. De momento es todo lo que puedo decirte. —Retomó los abrazos y los ronroneos. Si no tenía nada más que decir, lo mejor era pasar a la acción. Es lo que habría dicho y hecho un defensor de la inteligencia emocional, ¿no?

19

El presidente Crush se hallaba sentado en una salita relativamente pequeña. Sostenía un ejemplar del informe *Cómo escapar de la trampa del conflicto: Guerra civil y políticas de desarrollo* que parecía apoyar la tesis de que la mayor parte de los conflictos bélicos tenían una motivación económica y no religiosa —como en otros tiempos—. Sobre la mesa también descansaban varios libros de arte repletos de reproducciones de cuadros como *El jardín de las delicias*, el *Et in Arcadia ego* de Poussin, el paraíso según Tintoretto, Durero, Lucas Cranach el Viejo y otros y bastantes grabados. Todo acorde al gusto clásico que se supone debe poseer un presidente. Nada de Francis Bacon y especímenes similares. La presencia de El Bosco era la única licencia que se podía permitir.

En otro lote había pequeños memorándums de guerras acaecidas durante los últimos quince años. Lamentablemente apoyaban las ideas vertidas en el informe que repasaba Crush. En última instancia, la guerra era un negocio muy lucrativo para los ganadores —casualmente procedentes del Primer Mundo—. En el dossier se prestaba especial atención a los movimientos de China desde antes de la Guerra Mundial.

El principal problema de China era el territorio físico. Una vez instalados cómodamente en el capitalismo, el siguiente paso era expandirse de manera corporal. De otro modo, todo el avance económico no podría ser disfrutado de manera plena. En otras palabras, su nación se les quedaba pequeña y había suficientes motivos, a juicio de Crush y sus asesores, para pensar que estaban planeando una ofensiva por todo lo alto. El presidente repetía para sus adentros estas palabras como un mantra o una especie de autoafirmación. El rostro del presidente denotaba una honda preocupación. Cogió el teléfono y marcó una extensión. La voz de Esdras sonó al otro lado.

—Necesito visitar las instalaciones, señor Esdras. Los huéspedes llegarán el mes que viene y tengo que comprobar que todo está según lo previsto.

Desde allá donde se encontrase, Esdras prometió a su presidente que todo estaba listo y que podría acudir cuando lo desease. El día siguiente fue la fecha establecida

para la visita de Crush. Éste se encendió un habano, se sirvió un poco de whisky y cerró los ojos.

20

Esdras y Oppenheimer alcanzaron una sala muy similar al laboratorio en el que el físico había trabajado en Armenia. Veinte hombres le esperaban alrededor de una mesa ovalada de metacrilato iluminada mediante unos leds azulados. La estampa resultaba un tanto grotesca, más parecida a un juicio secreto que a una comisión de investigadores.

—Señores, les presento al doctor Niels Oppenheimer. Él se encargará de revisar algunos detalles del prototipo *Green Justice* 4.0. —Los hombres saludaron con respeto—. Ellos le pondrán al corriente de las cuestiones más técnicas —indicó a Oppenheimer—. Nos veremos a la hora del almuerzo, no lo olvide.

—Descuide —repuso el físico pensando a su vez en el significado del «apellido» del prototipo: «4.0». Esdras abandonó la sala y Niels se puso al frente de la junta—. Muy bien señores, estoy deseoso de saber algo más acerca de este fabuloso proyecto.

Alguien conectó un cañón de vídeo y unos planos ocuparon la pantalla.

—¿Por qué no vamos al grano? —solicitó el nuevo jefe del equipo—. No soy muy bueno con los planos si no se me especifica un poco más la nomenclatura o se me habla en «cristiano». ¿Qué problemas les ha planteado? ¿Qué puedo aportar yo? —Niels no se andaba por las ramas, cansado de no obtener una respuesta satisfactoria por parte de sus anfitriones.

—El problema es el potencial destructivo de los misiles. —Un chaval de poco más de veinticinco años rompió el hielo.

Misiles. El muchacho había supuesto que Oppenheimer ya conocería los pormenores del invento, incluida su forma real.

—No veo ningún problema en que un misil sea destructivo. ¿Acaso no es esa su función?

—Sí, pero, como imagino que sabrá, la intención es que presenten un carácter más disuasorio que destructor.

—Empiezo a estar harto de oír la misma frase.

—¿En qué bando está usted? —irrumpió violentamente otro de los miembros del comité—. China planea invadir occidente el veinticinco de diciembre y vamos a detenerlos antes. Intervendremos sin recurrir a la violencia, pero nuestro potencial debe quedar claro. Ahora bien, no estamos dispuestos a poner en peligro al planeta. —El ambiente estaba crispado. Oppenheimer no tuvo que preguntar para saber que quien acababa de intervenir era militar. Su forma de expresarse le delataba.

El veinticinco de diciembre era una fecha muy significativa para occidente. El supuesto día de nacimiento de Jesucristo. Atacando ese día, se atentaba contra el orden occidental en su conjunto.

—¿Conocen la fecha de la ofensiva y no lo han puesto en conocimiento de la población? —Oppenheimer se mostró ofendido.

—¿Ha perdido usted el juicio? ¡Ese escándalo sería de dimensiones bíblicas! ¡Cundiría el pánico! Además, todavía confiamos en que el asalto no tenga lugar.

Las cosas no comenzaron bien. El ánimo tenso y hostil era palpable. Las caras de muchos de los científicos allí reunidos denotaban desconcierto. Esdras había puesto al frente del grupo a un hombre que, en principio, no parecía tener ni idea de qué iba el proyecto.

—Mire, doctor Oppenheimer, necesitamos que nos ayude a reducir la duración de los efectos de los misiles.

—¿Podría ser más preciso?

—Tal y como están diseñados, el efecto de una explosión duraría aproximadamente cien años o más en desaparecer. Estamos hablando de armas cuyo potencial excede en varios millones el de las bombas de Hiroshima o Nagasaki. ¡El planeta Tierra sería una especie de Chernóbil a lo bestia por más de un siglo o Dios sabe cuánto! —el científico trató de serenarse y sorbió un poco de agua—. Necesitamos que nos ayude a que los misiles sean menos potentes.

La situación resultaba verdaderamente demencial: científicos diseñando el fin del mundo y rogando que alguien les posibilitara crear armas menos agresivas, un planteamiento contradictorio donde los hubiere. Oppenheimer se veía obligado a tomar una decisión crucial en cuestión de segundos.

—Está bien, veamos cómo podemos reducir el impacto de estos cacharros. Tomaremos las medidas que sean oportunas, aunque presupongo que todos ustedes son conscientes de que, aun reduciendo el efecto dañino a unos segundos, si han aplicado mal mis observaciones, es decir si lamentablemente han exprimido todas sus consecuencias, dichos misiles seguirán siendo mortales.

—Nos hacemos cargo, doctor Oppenheimer. La prioridad es no tener que llegar a dispararlos.

—En ese caso, manos a la obra.

Niels Oppenheimer examinó con ayuda de los ingenieros cada fase de la construcción de las armas, estando advertido de que solo quedaba por insertar «el ingrediente final» —el que debía contribuir a sintetizar el físico y que coincidía con el contenido de las cabezas nucleares—. El resto ya estaba montado. Después entregó una lista de tareas a cada uno. Los caballeros se lanzaron con avidez a ejecutarlas. Era como si hubieran estado esperando ese momento como agua de mayo, lo cual no era de extrañar si se consideraba que en menos de dos meses China invadiría Occidente a menos que lo impidieran.

Debido a la agitación, Niels no había reflexionado seriamente sobre la noticia que acababa de recibir. En dos meses cabía la posibilidad de que el mapa geopolítico, por no hablar de algo considerablemente peor, cambiase de golpe. Peligro de atentados nucleares. De no haber sido por la inercia que tal información le otorgaba, habría pensado en Narine y las niñas y habría dado sentido a la insistencia por parte de la gente de Bunk en que viajase con la familia: estaban intentando protegerles. En lugar de ello, se estrujó la mente tratando de localizar el fallo crucial del diseño de los misiles.

Unas horas después, recibió una llamada telefónica a su móvil personal. Esdras al aparato recordándole su cita para almorzar. No va a ser posible, se disculpó Niels.

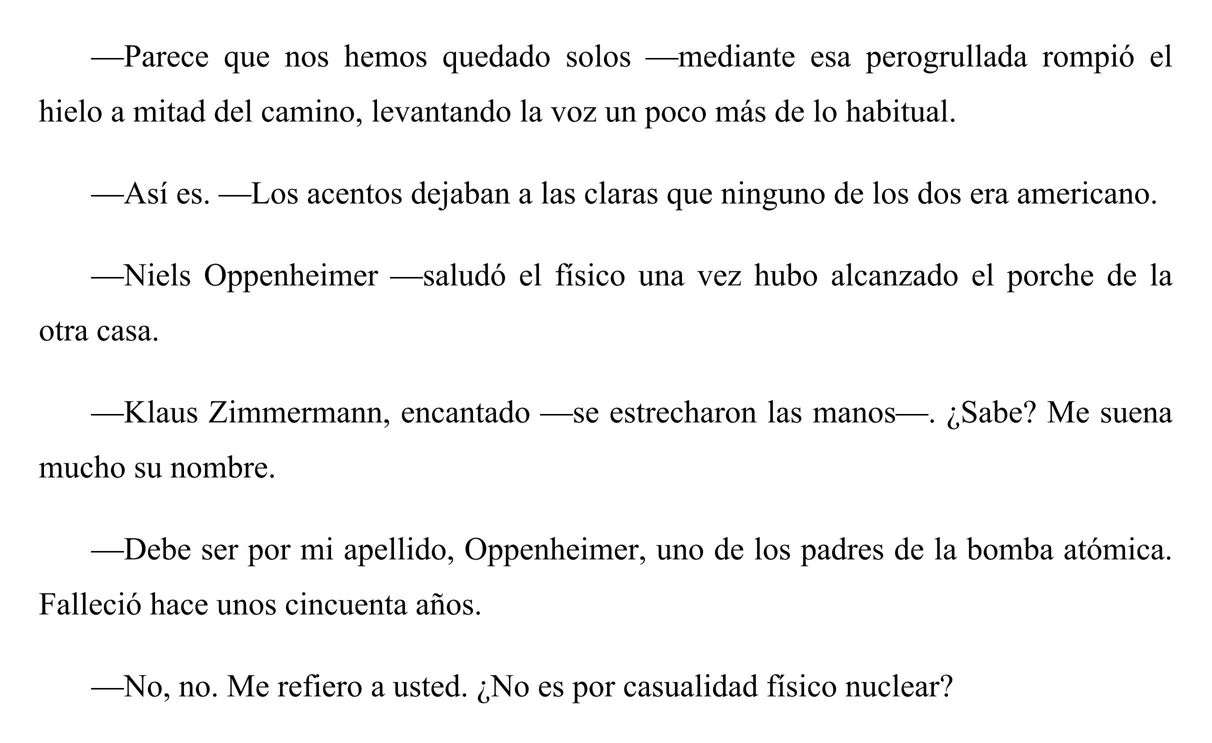
Demasiado trabajo y poco tiempo. Estaba frenético. Esdras recibió las palabras del físico con abierta satisfacción. Al fin su hombrecito se había puesto a trabajar en serio. Se despidió de él informándole que a la mañana siguiente el presidente Crush les visitaría en persona y que no podía faltar. Oppenheimer prometió que acudiría puntualmente. No se preocupe por nada, señor Oppenheimer, nosotros pasaremos a recogerle, dijo Esdras. De acuerdo, muchas gracias. ¿Sabría regresar a la zona de bungalows? Marcando una determinada extensión, un auxiliar le acompañaría gustosamente a «su» casa. Gracias de nuevo.

Alrededor de las diez de la noche, Oppenheimer había dado con el *quid* de la cuestión. No sería muy difícil corregirlo, aunque asumió que para otro cerebro habría supuesto una tarea prácticamente imposible. Solo él conocía los secretos de, por así llamarlo, su creación. Suspiró de tranquilidad al comprobar que sería capaz de salir del atolladero, del aprieto teórico pero potencialmente letal en el que le habían colocado. El laboratorio estaba vacío a esas horas. Todos sus colaboradores se habían retirado. También ellos vivían fuera del complejo. Oppenheimer estaba deseando llegar a su bungalow para hablar con Narine y decirle que todo iba bien y que, presumiblemente, en menos de una semana se reuniría con ellas. Le contaría que iba a conocer al presidente de los Estados Unidos en persona, pero omitiría el detalle del supuesto ataque chino. No había necesidad de preocuparles gratuitamente. Llegado el momento les transmitiría con sutileza el estado de las cosas y les rogaría que le acompañasen al búnker. Si todo salía bien, ya tendrían tiempo de saber qué tipo de héroe era su marido y su padre. Si por el contrario el proyecto fracasaba, entonces no quedaría nada por saber.

Niels pulsó la extensión indicada por Esdras para que un auxiliar viniera a recogerle. En escasos cinco minutos se presentó un hombre vestido con un peto de trabajo futurista, lo acompañó hasta un cochecito y, sin darle demasiada conversación, le dejó en casa. Contraviniendo las órdenes laxas de Esdras, Oppenheimer extrajo un cigarrillo del paquete que llevaba en la chaqueta y se lo encendió en mitad de aquella nave hipertrofiada. Salvo las cámaras de seguridad, nadie le vería. Sintió una extraña y súbita sensación de tranquilidad. Era como estar en líquido amniótico o en una campana de vacío. Únicamente algún eco muy, muy lejano, del cual solo llegaba una cola, la estela sonora. Entró dentro de la maqueta a escala real que suponía su casa bajo tierra

dispuesto a telefonear. En el exterior todo seguía igual que el día anterior, sin novedades destacables ni noticias extraordinarias. Justo lo contrario que en el interior del búnker, donde todo era descubrimientos acelerados y sobredosis de información. Se despidió de ellas cargado de cierto remordimiento y decidió fumar otro cigarrillo fuera de la caseta prefabricada.

Para su sorpresa, uno de los bungalows que se encontraba enfrente del suyo tenía las luces encendidas. Se sentó en lo que intentaba ser un porche y dio largas caladas al cigarrillo. No se detectaba movimiento dentro de la iluminada vivienda, ni tampoco se oían ruidos. Estuvo a punto de acercarse a inspeccionar el interior, pero antes de que eso sucediera, la puerta se abrió. Klaus Zimmermann observó a su vecino desde el otro lado de la «calle». Ambos se saludaron con las cabezas, pero no iniciaron una aproximación de manera instantánea. Niels permaneció mirando al otro huésped con los ojos enrojecidos debido a una inesperada deriva del humo. Klaus, por su parte, hizo como que oteaba el sintético horizonte. Después de un rato jugando a los vaqueros antes del duelo, Oppenheimer se levantó de la silla y se acercó al otro ser vivo que se hallaba visible en ese momento.



—Parece que nos hemos quedado solos —mediante esa perogrullada rompió el hielo a mitad del camino, levantando la voz un poco más de lo habitual.

—Así es. —Los acentos dejaban a las claras que ninguno de los dos era americano.

—Niels Oppenheimer —saludó el físico una vez hubo alcanzado el porche de la otra casa.

—Klaus Zimmermann, encantado —se estrecharon las manos—. ¿Sabe? Me suena mucho su nombre.

—Debe ser por mi apellido, Oppenheimer, uno de los padres de la bomba atómica. Falleció hace unos cincuenta años.

—No, no. Me refiero a usted. ¿No es por casualidad físico nuclear?

—Así es. Para ser sincero, me sorprende mucho que haya oído hablar de mí.

—¿Una cerveza?

—Sí, se lo agradezco —respondió Niels tras un imperceptible atisbo de duda.

Klaus entró en la casa para salir poco después con un paquete de seis cervezas.

—No creo que pueda ayudarle con todo eso. Mañana tengo que madrugar —señaló Oppenheimer.

—No se preocupe. Yo también. El presidente de los Estados Unidos viene a recogerme en persona —comentó Zimmermann con una sonrisa incrédula.

—Menuda coincidencia.

Hubo un momento de silencio. No se escuchaba el sonido de insectos u otros animales nocturnos ni tampoco, por razones obvias, había estrellas en el firmamento. En su lugar, una luz atenuada y la intuición del vacío en el interior de millones de conductos al otro lado de las paredes y el techo.

—¿A qué se dedica usted, si me permite la indiscreción?

—Soy biólogo. Mi especialidad es el tratamiento y el almacenamiento del agua. ¿También le recibirá el presidente mañana?

—Así es. ¿Es usted alemán?

—En efecto. ¿Turco? —Klaus intentó hilar tan fino como su interlocutor sin el mismo éxito.

—Armenio. ¿No le sorprende que nos hayan dejado aquí exclusivamente a nosotros?

—Resulta curioso, en efecto.

La conversación se encaminó al tema de la Piscina. Zimmermann confesó su desconcierto. Oppenheimer trató de dilucidar si el biólogo estaba al tanto de la cuestión china. Me temo que no me han puesto sobre antecedentes, respondió éste. El físico evaluó lo que podía ser una metedura de pata descomunal.

—¿A qué cuestión china se refiere?

—Según tengo entendido, China pretende llevar a cabo una ofensiva contra Occidente, probablemente el veinticinco de diciembre.

—Vaya, nos van a dar las navidades, ¿no es así?

—Eso parece.

—Por lo menos ya sé qué es este lugar: un refugio.

Oppenheimer no dijo más. El alemán había extraído sus propias conclusiones y no iban desencaminadas. Zimmermann le preguntó cuánto tiempo pasaría allí abajo. Al oír que una semana su sorpresa aumentó.

—¿Y usted?

—No me lo han especificado. Insistieron en que mi familia viniese, pero preferí que no lo hicieran.

Niels dijo que los suyos vivían en Milwaukee, en una casa estupenda. ¿Los traerá aquí? Seguramente. Entre insinuaciones y exploraciones conversacionales veladas, los dos hombres advirtieron que se hallaban en una situación similar: ninguno de ellos tenía una relación directa con ninguna entidad vinculada a los Estados Unidos y sus privilegiados cerebros constituían la única razón de su presencia en el subsuelo. Por otra parte, el físico pudo constatar que su colega alemán desconocía la amenaza del *Gigante asiático*, de donde dedujo que había sido llevado allí sumido en la mayor de las ignorancias —algo que también le había sucedido a él hasta descender al subsuelo—. Sin conocerle demasiado, se hizo una impresión bastante favorable. Le pareció un buen tipo y no alcanzaba a entender por qué le habían ocultado tan decisivo dato. De haber sido así, con toda probabilidad habría decidido llevar a su familia consigo.

—¿Cuál es su cometido aquí abajo? —preguntó Klaus, tras dar un sorbo a la cerveza. Oppenheimer se sintió un tanto azorado.

—Llevo a cabo unas comprobaciones en una serie de dispositivos.

—Una muy buena respuesta. No aclara nada, pero suena bien. —Ambos hombres sonrieron con la cabeza agachada. Sabían que lo que sucedía bajo tierra entrañaba una parte de misterio de dudosa naturaleza.

El hecho de que Zimmermann desconociera lo de la invasión china contribuía a que Niels Oppenheimer se relajase un poco. Los situaba en el barco de los inocentes, lo que favoreció una actitud más distendida por parte del armenio.

—Esto es una locura, ¿no cree?

—Ya lo creo —concedió Zimmermann.

—En el fondo creo que todos ignoramos nuestra verdadera función en este lugar. Insisten en que trabajemos duro por un objetivo acerca del cual no se nos ha informado con precisión. Una amenaza nuclear, un depósito enorme… es descabellado —Klaus miró atentamente al hombre del cual salían aquellas palabras. Destilaba honestidad—. Tengo una hija pequeña que está muy enferma. Me prometieron que aquí podrían tratarla.

—Espero que así sea —le animó Klaus.

—Gracias. ¿Tiene usted hijos?

—Sí, dos. Una niña y un niño.

—¿Qué le ofrecieron a usted?

—En realidad nada. Simplemente consideré oportuno acompañarles. —Su rostro se ensombreció. Oppenheimer advirtió la preocupación, mas, por prudencia y educación, prefirió no incidir en dicho aspecto.

El calibrado se había llevado a cabo con éxito y los dos supieron de inmediato que se hallaban respectivamente ante un hombre bueno. Cada uno tenía sus razones para encontrarse en un búnker inexistente para el resto del mundo y ambos albergaban un sentimiento de desconfianza en su interior. Querían realizar su trabajo con pulcritud por razones ajenas a la ciencia.

—¿Qué cree que va a pasar aquí? —se sinceró Niels.

—Si no me fallan los cálculos, este sitio es un refugio antinuclear.

—¿Para quiénes? ¿Para los ricos? ¿Cuántas personas pueden caber?

—Me da la impresión de que usted ha sufrido en carne propia la injusticia y la desigualdad, ¿me equivoco? —Oppenheimer no contestó.

—Construir esto lleva su tiempo. ¿Desde cuándo conocían las intenciones de China?

—No soy espía —respondió Klaus con una sonrisa cómplice. En ese momento de incipiente camaradería anhelaba que los ánimos se crisparan lo menos posible.

—No da usted el perfil —Oppenheimer había captado el mensaje—. En fin, es un poco tarde —se disculpó—. Mañana nos espera un día duro. Será mejor retirarse. —Zimmermann asintió y aquellos dos hombres se dieron las buenas noches bajo un cielo sin estrellas.

A primera hora Esdras y el presidente Crush recogieron a los científicos. A Oppenheimer le llamó la atención que no llevara escolta a la vista. Por otro lado, ese pequeño detalle constituía un indicativo de la seguridad que había dentro del búnker, por no hablar de los eficaces sistemas de vigilancia y de algún que otro francotirador que debía haber agazapado en algún punto ciego. Esa especie de puesta en escena debía ir orientada a que el encuentro adoptase tintes de informalidad. A Klaus, sin embargo, le deprimió la presencia de un presidente desnudo, sin la comitiva alrededor, al mismo tiempo que le aterró por las mismas razones que a su colega armenio. Bajo aquella estructura gigantesca, y desprovisto de un pequeño ejército camuflado, el presidente daba el aspecto de ser más pequeño en todos los sentidos, casi minimizado, al igual que ellos. A la hora de la verdad, nada más que un puñado de huesos. Lo mismo que el resto.

Por algún motivo, desconocido como mínimo para Zimmermann y Oppenheimer, el presidente Crush lucía un traje de civil con discretos y diminutos motivos militares: algo que se asemejaba a una insignia y un corte muy concreto, más rígido e industrial,

preservando —como Dios manda— el patrón de un traje confeccionado a medida por los mejores sastres. Sus maneras eran delicadamente artificiales: por una parte trataba de mostrarse cercano y, por otra, se notaba que su naturaleza distaba mucho de dicha «naturalidad». Se presentó por su nombre propio y apellido, sin recurrir al distintivo de «presidente».

Klaus estuvo a punto de reír inoportunamente al imaginárselo con una cazadora tipo *bomber*, cubriendo su cabeza con una gorra con la bandera americana, *Ray-Ban Aviator* verde botella y montura dorada y mirando por unos prismáticos con las lentes cubiertas o posando mientras apuntaba con un *bazooka* orientado al revés. De hecho estaba seguro de haber visto una foto así en alguna parte. «Se trataría de un retoque», pensó. Aunque no pondría la mano en el fuego por ello. Esdras, fiel a su estilo, lucía el sempiterno traje *British Style* y un peinado acorde, como recién salido de la barbería de las SS, sin galones ni broches.

Cruzaron el complejo subterráneo a bordo de un cochecito. «¿El cochecito presidencial? ¿Su noble culo consentiría compartir asiento con dos paganos?» Daba la impresión de que sí. Crush elevaba la parte central de la frente, lo que hacía que sus ojos cayeran más de lo habitual y le diera un aspecto soñador. Klaus lo veía con un sombrero tejano mirando a un buitre a la voz de «búfalo». «Seguro que es como esos típicos pesados que apoyan un codo en la barra de un bar medio vacío dispuestos a darte la brasa toda la noche», se dijo Zimmermann. «Hey Joe —siempre se referiría a ti como Joe cuando, a todas luces, no era tu nombre—, ¿de paso? Menudo verano, ¿eh? Se nos va a ir al infierno toda la plantación de maíz. Ya no hay maíz como el de antes. ¿Lo recuerdas, Joe? Seguro que allí de dónde tú eres pasa lo mismo. Son los putos mejicanos. Sí, esos cabrones se lo han cargado todo. ¿No piensas, Joe, que deberíamos tomar medidas?» Y así sucesivamente.

La mente de Zimmermann aterrizó cuando el coche se detuvo. Oppenheimer advirtió cómo Esdras, con suma discreción, acercó los ojos a una especie de láser y la puerta se abrió con un clic prácticamente inaudible.

—Adelante señores, por favor. —Esdras sostenía la puerta metálica, dando paso al jefe y a los dos convocados.

Accedieron a una sala extremadamente sobria. El presidente tomó asiento y los demás lo hicieron acto seguido.

—Señores, como mi ayudante el señor Esdras les habrá informado —craso error—, les he llamado para abordar una cuestión espinosa pero de vital importancia para todos nosotros. —Hizo una pausa retórica— Desde hace tiempo tenemos conocimiento de que el gobierno chino prepara un ataque contra los Estados Unidos de América, símbolo de la occidentalidad a su juicio, y siguiendo los pasos de otros enemigos de la libertad como los grupos extremistas talibanes. Indudablemente, su objetivo principal es sembrar el terror en Norteamérica y extender el pánico por todo el hemisferio norte. Algo que, como podrán imaginar, no estamos dispuestos a tolerar. Nuestro Servicio de Inteligencia nos advirtió de sus intenciones hace ahora siete años. Tiempo que hemos empleado en construir esta pequeña «guarida», así como en desarrollar estrategias que motivaran el replanteo de la idoneidad de sus objetivos. —Mientras el presidente hacía una pausa para aclarar la garganta, Klaus siguió manteniendo un fabuloso diálogo interno, llegando a la conclusión de que un presidente jamás hablaba, sino que siempre daba discursos—. Teniendo en cuenta que la naturaleza de sus armas es nuclear, con el consiguiente efecto devastador para el medio ambiente, dentro del cual se desarrolla nuestra vida, claro está, consultamos al Club de Roma al respecto. Contamos con su entero apoyo así como con el del Club Bilderberg. Las vías diplomáticas se agotaron hace un mes, de modo que nos vemos obligados a recurrir a métodos más expeditivos —Crush abrió una de las botellas de agua que había dispuestas sobre la mesa y vertió un poco en un vaso—. ¿Desean ustedes un café, té o alguna otra cosa, señores? —Negativa unánime— Tanto el doctor Oppenheimer como usted, doctor Zimmermann son dos piezas clave de nuestro proyecto de paz y les agradezco a título personal las molestias que se han tomado. Me consta que su familia está instalada en Milwaukee —dijo dirigiendo la mirada hacia el físico— y que la suya permanece en Dresde. Le ruego encarecidamente que nos permita traerlos hasta aquí. El veinticinco de diciembre, éste será el lugar más seguro del planeta.

—Con todos los respetos, ¿qué pasará con el resto de los ciudadanos? —interrumpió Klaus.

—Esperamos que el atentado no tenga lugar. Rezo a Dios cada día para que nadie llegue jamás a enterarse de lo que pudo haber pasado.

—¿Y si pasara? —Oppenheimer apoyó indirectamente a su colega.

—Si eso llegara a suceder, no me atrevo a darle una respuesta, doctor Oppenheimer. No quiero ni imaginármelo.

Todos guardaron un momento de silencio sobrecogedor. «Genial, un plan sin garantías», se dijo Zimmermann. Oppenheimer dedicó una fugaz mirada a su único compañero en el *Underground Hotel*. Algo no les cuadraba. A pesar de que el presidente se esforzase por ofrecer una visión tranquilizadora de la situación, sus palabras certificaban que ni siquiera él mismo confiaba al cien por cien en el éxito de la misión.

—Debo agradecerles de nuevo las atenciones que nos han brindado y el valioso servicio que están prestando.

Crush se despidió de ellos alegando que tenía que visitar otras áreas del complejo. Se ofreció para llevarles a sus dependencias, pero ellos rehusaron la atención. Llamarían a algún auxiliar para que les dejase en sus respectivos puestos de trabajo. Con suavidad, Esdras les sacó de la sala tras avisar telefónicamente a un conductor para que les llevase donde ellos solicitasen.

Durante su espera, Klaus y Niels tuvieron ocasión de intercambiar impresiones. La visita del presidente era mera puesta en escena, sin contenido de fondo. Él o sus asesores habrían supuesto que su presencia en clave informal tendría un efecto cuasi mágico en los científicos, contribuyendo a acercar las posturas y a derribar sus reservas, cuando lo cierto es que, tácitamente, ambos reforzaron su desconfianza.

—Una visita singular, ¿no le parece?

—Sin duda —coincidió Zimmermann. Agachó ligeramente la cabeza poniendo de manifiesto su preocupación.

—¿Ocurre algo doctor Zimmermann?

—No, no, qué va. Estaba pensando en lo que sucedería si al final la ofensiva tuviera lugar.

—Sería terrible.

—Todos moriríamos.

—No tengo tan claro que «todos» murieran. ¿Se imagina al presidente fulminado durante un ataque nuclear?

—Usted es físico y sabe muy bien que lo imprevisible existe. Si no me falla la memoria, algo que suele sucederme, creo que era Heisenberg quien hablaba del *principio de incertidumbre*. Ya sé que es una aplicación libre y burda del mismo, casi un juego de palabras, pero creo que entiende por dónde voy.

—Tal vez.

Klaus Zimmermann miró a su alrededor. Sabía que sus movimientos estaban siendo registrados. Probablemente su conversación también y prefirió no seguir la conversación.

—¿Le apetecería tomar otra cerveza esta noche? —preguntó con extremada seriedad. Oppenheimer se tomó su tiempo para responder. Examinó con detenimiento el rostro de su compañero.

—Me parece una buena idea.

El cochecito que los llevaría a sus laboratorios no se hizo esperar. Había llegado la hora de que aquellos dos hombres intercambiaran algo más que opiniones y pasaran a la acción.

21

Dos días después, los tres nos reunimos en el apartamento del tal Henri, un guaperas fornido que parecía recién salido de la ducha. Era un poco más alto que yo, y también un poco más joven. Vestía vaqueros desgastados y camisa de cuadros sin abrochar completamente, con camiseta debajo. Una especie de *grunge deluxe* que apestaba a persona forrada desde lejos: el pelo cortado a capas, no muy largo; el vallar de sus dientes de un blanco nuclear deslumbrante; la sonrisa omnipresente. Me pareció el típico chulo que cocina de maravilla, folla como nadie, es culto y sensible pero al mismo tiempo viril. Un tipo al que igual de bien le quedaría un traje que los jodidos *jeans*. En otras palabras, un rival al que me costaría llevarle el pulso.

—Así que tú eres el famoso León Poiccard.

—Eso parece. —Henri sonrió con cierta condescendencia, lo que por poco hizo que le agarrase por la pechera y le abofetease. Traté de tomármelo con calma.

Maribel daba la impresión de estar divirtiéndose con la situación. Lo de verme un tanto apurado debía hacerle mucha gracia. Para colmo, el tío tenía buen gusto para el vino. A modo de tic inconsciente, mordía la parte interna de mi carrillo izquierdo. La faceta de *dominatrix chic* de mi flamante «novia» no terminaba de encajarme. Aprendí de sopetón que la que es desinhibida con uno, potencialmente, lo será y lo habrá sido con los demás. Yo había bajado la guardia demasiado rápido. Mis propósitos de enmienda y mi predisposición a que la tensión sexual no resuelta fuera una historia del pasado habían acabado en un saco roto. En honor a la verdad, he de decir que ellos se comportaban como viejos amigos —que *es* lo que eran y lo que esperaba que siguieran siendo durante mucho tiempo—, pero ello no aliviaba mi malestar. Por decirlo sin ambages, me sentí un pelele.

Henri confirmó que había contactado con algunas organizaciones dedicadas a desmantelar los excesos de la clase política.

—Gente unida para joder al sistema, ¿no?

—Lo cierto es que yo habría recurrido a una explicación menos… cruda. Pero, en líneas generales, así es. Vivimos en una cultura transmediática. Estamos dando los primeros pasos hacia una democracia participativa. Podemos decir que, básicamente, las plataformas digitales han heredado los mecanismos anárquicos, en tanto que descentralizados y carentes de jerarquía, orientados a devolver el poder a la gente. —El Don Juan era además un ilustrado. Belleza y cultura, una combinación desastrosa para mí.

—Tu disertación es brillante y me está encantando, pero, ya metidos en el asunto que nos ocupa, ¿qué has averiguado? —Mi voz descendió unos cuantos decibelios y casi llegaría a decir que me tembló ligeramente.

Henri nos habló de un búnker situado en algún lugar del desierto de Nebraska. Las reservas de agua que estaban acumulando abastecerían a los huéspedes. La relación entre agua y armas nucleares seguía siendo una incógnita, aunque todo apuntaba a una amenaza bélica. Dejó de extrañarme el celo que los agentes de Bunk habían guardado. El asunto era gordo de veras.

—Está bien —insistí—, eso, más o menos, ya lo sabíamos. ¿Qué más puedes decirnos?

—Recientemente varios peces gordos han recibido una invitación para alojarse en el complejo del que os he hablado: empresarios, científicos, banqueros… la *crème de la crème*.

—Tal vez hayan financiado parte de las operaciones —señaló Maribel.

—Es probable —corroboró Henri.

—¿A qué demente le apetecería pasar unas vacaciones bajo tierra? —cuestioné.

—A alguien que quisiera salvar su vida —afirmó Henri con contundencia. Gili…pollas. Maribel estaba disfrutando de lo lindo.

—¿Qué tal un poco de champagne?

Nuestro informador sacó una excelente botella de Armand de Brignac de la nevera y me propuso hacer los honores. Una especie de sudor frío empezó a recorrerme la espalda. La ligirofobia amenazaba con aguarme la fiesta, hundiéndome un poco más en la miseria. Agarré la botella con manos temblorosas y me dispuse a retirar la malla que cubría el tapón. Repasé mentalmente el procedimiento para abrir una botella. Así con fuerza el corcho y comencé a girar la botella. Me sudaban las manos. El tapón estaba muy duro y amenazaba con romperse si seguía forzándolo. Notaba cómo gotas de sudor perlaban mi frente.

—¿Te echo una mano? —se ofreció Henri. El muy puerco también estaba pasándolo en grande con mi desgracia.

—Está casi, pero gracias por tu amabili…dad —el tapón salió sin hacer mucho ruido, tal y como debe ser. Me hubiera gustado suspirar, pero habría puesto de manifiesto mi nerviosismo y no me lo podía permitir. A última hora la suerte había estado de mi lado. Un tapón roto habría constituido la última humillación de la velada.

—Tienes un estilo muy particular de descorchar botellas. Ya me enseñarás a hacerlo. —A la próxima broma, le introduciría el cuello de la botella por el ano y le instaría a descorcharla apretando el culo. Eso sí sería original. Pero, lejos de hacer públicas mis intenciones, sonreí con desgana y me justifiqué diciendo que me sudaban mucho las manos desde que era niño, algo completamente falso.

Sigo pensando que el propósito de Henri era cenar con Maribel, puesto que no había ampliado significativamente la información con respecto a su conversación anterior. Yo estaba en medio, como un mal menor que se conlleva. Un auténtico convidado de piedra de carne y hueso. Un novio celoso y molesto. Un coñazo.

Desde mi última intervención decidí no volver a decir mucho más y lo mantuve. Adopté el modo «monólogo interior» y me abstraje. Ellos continuaron hablando de sus cosas, de los viejos tiempos, evitando —por suerte— toda referencia a su romance, de cómo iba la vida de cada cual y otros convencionalismos sociales. Deduje que fue ella quien dejó a Henri, aunque resultaba evidente que seguía teniendo un buen recuerdo de aquella historia.

De vuelta a casa Maribel me preguntó si estaba celoso. Le respondí que sí a secas. El taxista ni se inmutó.

—No seas así, hombre. Es un buen amigo. Nada más. —No consiguió sacarme una palabra más. Crucé los brazos y fruncí el ceño como un niño enfadado— Estás demasiado mal acostumbrado. Siempre tienes que ser el guapito del grupo y claro…

—Es justamente lo que deseo seguir siendo. Siempre podemos quedar con algunas viejas amigas mías para restablecer el equilibrio cósmico, si te parece.

—Cariño —dijo en tono tiernamente despectivo— las mujeres siempre ganamos. —Me tuve que callar.

Lamenté que a esa hora no hubiera abierto ningún lugar franco para poder acceder al correo electrónico y ver si Junco había contestado. Quería despejar la mente y borrar de ella ciertas imágenes personalmente perturbadoras. Siempre me quedaba la opción de recurrir a cualquier amigo que tuviera más de cuarenta grados, pero no me parecía una solución muy recomendable. Súbitamente experimenté la inferioridad ontológica que padecía el hombre contemporáneo con respecto a las mujeres. Después de unos cuantos milenios de infravaloración femenina y sometimiento por la fuerza bruta, el desamparo caía sobre nosotros los hombres. Se había demostrado que eran más inteligentes, más eficientes y que lo tenían más fácil para la fornicación. Era cuestión de poco tiempo que el argumento de la diferencia emocional fuera cosa del pasado, una anécdota graciosa e incomprensible para las generaciones futuras. El presente era el canto de cisne de la dominación masculina, algo de lo cual me alegraba aunque me dejase en una posición desfavorable. Todas mis camisas, mis comentarios ingeniosos, mi descapotable y mi actitud desafiante se presentaban como algo inútil a la hora de competir con la nueva figura del hombre apolíneo y dionisiaco al mismo tiempo. Debía estar aproximándome a la crisis de los cuarenta, precipitándome por la pendiente resbaladiza de la existencia. Más gimnasio y menos cultura, eso era lo que necesitaba.

Nuestro nidito de amor me pareció más frío aquella noche. No estaba para muchos trotes, así que me eché en la cama y dejé que la noche se ocupase del resto.

Como no quería abusar de la hospitalidad de mi hermano, nada más despertarme dije a Maribel que quería acercarme al centro a comprar unas cosas y, ya de paso, mirar nuestra correspondencia digital. Ella contestó que prefería quedarse en casa. No me satisfizo su respuesta, pero tampoco me opuse. A fin de cuentas ya estaba acostumbrado a comprarme las camisas yo solo. Y allá iba yo, dispuesto a vivir la versión masculina y parisina de *Sexo en Nueva York*, o la serie que más daño había hecho al imaginario femenino. Por alguna extraña razón, alguna hembra había tenido la feliz idea de que los hombres preferíamos a una modelo anoréxica que a una actriz porno con sus curvas y sus carnes; que todos éramos unos insensibles cuadriculados más preocupados por generar dinero que por otras cuestiones; o, simplemente, que la vida era más sencilla para nosotros. Nada más lejos de la realidad. Definitivamente, *Sexo en Nueva York* había hecho un flaco favor a las mujeres, ofreciéndoles una alternativa vital consistente en una caricatura ¡de un modelo, o cliché, de hombre inexistente! Anotado esto, me lancé a comprar unos trapitos, rumiando la idea de que si Clint Eastwood había dado el salto de *Harry el Sucio* a *Los puentes de Madison* todavía había una esperanza para el género masculino.

En hora y media ya me había provisto de un par de trajes (no fue preciso arreglarlos), tres camisas, unos zapatos, otros vaqueros y algo de ropa interior, o, lo que era lo mismo, tres mil euros menos en mi cuenta bancaria. Cargado de bolsas entré en un *ciber* ubicado en los alrededores del Louvre, todo un contraste con el delicado diseño del museo. Enrique Junco había hecho los deberes y contestado a nuestro mail.

Cara a cara es como se habla de estos asuntos

Como si no hubiera dicho nada. Su prudencia le impedía escribir el nombre del soplón y yo me pregunté para qué nos había hecho partícipes de un descubrimiento del cual no podía darnos los detalles relevantes.

¿Un croissant con denominación de origen?

Seguramente no entendería que lo que le estaba proponiendo era una visita a París, pero me daba igual. Estaba demasiado contento con mis nuevas adquisiciones e igualmente enfadado con Maribel como para perder el sueño por algo tan insignificante.

Acudió a mi mente el recuerdo de una amiga japonesa, con nacionalidad francesa, con la que pasé una semana estupenda en París. La imagen se desvaneció tan rápido como ella, dejando en su puesto un flujo de instantáneas absurdas e inconexas, disparadas desde la Polaroid de mi cerebro. Lo interpreté como una señal de que debía encenderme un cigarrillo a toda prisa. Desde que llegamos a Francia, el consumo de tabaco por mi parte se había reducido drásticamente, lo cual no significaba que hubiese dejado de fumar. Eso nunca.

Me sentía reacio a regresar a casa, aunque no se me ocurría qué más podía hacer. Pensé en telefonear a mi jefe y pedirle disculpas por mi ausencia, sin implicar a Maribel. Deseché la idea de inmediato y cogí un taxi que me llevase al granero de Maurice y Fela. De camino tarareaba mentalmente el tema «Trip» de unos colegas españoles que tenían un grupo muy sugerente: *Simon on the Beach*. El nombre se debía a un miembro australiano, el bajista, que abandonó la banda, pero dejó su sello imborrable. «Viaje», una buena canción para una situación jodidamente alocada.

Mi díscola «novia» no había perdido el tiempo. Envuelta en un delicado vestido de punto bastante caro (no se dejen engañar por el *folk*) leía una edición en versión original de *El diablo en la cabeza* de Bernard-Henri Lévy que había tomado prestado de la casa de mi hermano unos días antes, fumaba elegantemente y bebía té. Levantó los ojos del libro cuando me vio entrar y sonrió. La presencia del nombre «Henri» en la cubierta me puso sobre aviso otra vez: mejor no subestimar a don Perfecto. El libro en sus manos trazaba un triángulo que hizo disparar mis alarmas. La trinidad compuesta por la lectora, el nombre Henri, con una reciente carga emocional para mí, y el estilo de Lévy —bastante parecido al mío cuando me encontraba en horas altas— no me dio muy buena impresión. Allí nos hallábamos los *tres* en una perversa conjunción y quedaba claro que, si me fastidiaba sobremanera «compartir» ordenador, mucho más una mujer.

—¿Una lectura ligera antes del aperitivo? —observé con malicia.

—¿Qué tal tu mañana? —respondió ignorando por completo mi impertinencia.

—Junco ha respondido. Pasa de decirnos quién es el chivato por email.

—¿Me dejas ver la ropa? No, no, trataré de adivinarlo. Traje negro, traje gris marengo con una discreta raya diplomática, camisa blanca, ¿o dos camisas blancas?, camisa negra, ¿o azul oscuro tornasolado?, unos zapatos, ¿y qué más?

—Eso es trampa. Sabes perfectamente que tengo un estilo muy predecible.

—Demasiado diría yo. —Su respuesta presentaba una doble lectura y se adentraba en el plano personal.

—Dos camisas blancas y una negra. Bingo en los trajes.

—Buena elección. Te sienta bien el blanco.

—Sin embargo no me sienta tan bien que tontees con el Henri ese.

—No seas crío. Lo que pasó entre él y yo terminó hace tiempo. No me negarás que es un buen ejemplar… —Estaba dispuesta a plantarme cara.

—Si tú lo dices…

Dejé las bolsas en la habitación y eché una sonora meada con ánimo de acrecentar mi lado más vulgar.

—Escucha, León, estoy encantada de estar aquí contigo, pero me pregunto cuánto tiempo tendremos que permanecer en este lugar.

—Supongo que hasta que nos atrapen o hasta que el mundo se vaya al infierno.

—Dos perspectivas poco halagüeñas, ¿no te parece?

—¿Se te ocurre alguna opción más atractiva?

—Siempre podemos destapar el escándalo. Con una cortina de humo de tal magnitud, es probable que dejen de prestarnos atención.

—¿Estás loca? —me opuse— De ese modo solo conseguiríamos aumentar su rabia contra nosotros.

—¿Cómo iban a saber que era cosa nuestra?

—Seamos sinceros, ¿qué pruebas tenemos? Si las hubiera ya alguien habría filtrado la información.

Llegamos a la conclusión de que, hasta el momento, nos habíamos limitado a escapar, adoptando una postura pasiva, cuando lo cierto es que estábamos metidos en aquel lío hasta el cuello. El destino puede ser cruel y hacer mártires a dos personas que lo único que anhelan es beber buen vino, vestir estilosas prendas de calidad, cruzar el asfalto a lomos de un descapotable, leer libros, escuchar música y hacer el amor a todas horas. Pero tenía que reconocer que hay circunstancias que obligan. Nadie podría sacarnos las castañas del fuego y, por muy bien que me encontrase en casa de mi hermano, yo tampoco aspiraba a petrificarme allí.

—Busquemos esas pruebas, León. Hagamos algo noble por una vez en nuestra vida. —Su mirada y sus palabras eran sinceras, lo que me producía un desasosiego mayor si cabe.

—¿Y por dónde empezamos?

—Lo mejor será empezar a pedir ayuda.

Aliarme con Henri me horrorizaba; esperar a Junco me frustraba. Quedarme quieto me resultaba del todo imposible. Encendí otro pitillo con la vana esperanza de que el humo disipase mis dudas.

Tres días más tarde sucedió lo esperado. Dos hombres uniformados llegaron a casa de Maurice a primera hora, cuando todavía estaban desayunando. Fue una suerte que nosotros siguiéramos en la cama. Estaban sobre nuestra pista y era cuestión de poco tiempo que nos atraparan. Nuestra estancia en Villa Paraíso estaba a punto de tocar a su fin. Maurice nos rogaría que tuviéramos cuidado. Me sentí mal porque no quería meterle en esto y le aseguré que nos iríamos esa misma mañana. Muy a su pesar, reconoció que tal vez sería lo mejor para todos, sobre todo para nosotros. Una furgoneta de reparto nos llevaría a un lugar seguro, una pequeña finca propiedad de un cliente que mantenía una relación de amistad con el matrimonio. Otro homosexual dispuesto a jugarse el culo, bromas aparte, por nosotros.

Las casas de los ricos parisinos, máxime si su orientación sexual atenta contra los principios elementales de la física —los polos opuestos se atraen y demás—, tienen un encanto particular. Era el caso de la villa de recreo de André, nuestro nuevo benefactor. Debía tener unos cincuenta años y unos modales verdaderamente exquisitos. Delgado y eterno soltero, pañuelo en el cuello y en el bolsillo de la chaqueta. No hizo demasiadas preguntas, en cualquier caso ninguna que fuera más allá de la mera cortesía. La discreción imponía una interpretación menos comprometida: debíamos ser dos amantes buscando ocultarnos de nuestros respectivos cónyuges o tratando de avivar la llama de nuestro amor.

Literalmente, André había construido un imperio a partir de la basura. Era dueño de una de las plantas de reciclado más importantes de Francia, lo que le convertía en el perfecto alquimista: había logrado convertir la mierda en oro.

Nos entregó una copia de las llaves y nos dijo que podríamos estar allí todo el tiempo que quisiéramos. Se lo agradecimos de corazón, prometiéndole que era cosa de unos días. Esperábamos poder cumplir nuestra palabra, también por lo concerniente a nosotros mismos. Ahora sabíamos que nos pisaban los talones y que no pasaría mucho hasta que nos diesen caza.

Instalados en la lujosa mansión, procedimos a elaborar un plan de ataque. Las opciones reales de que disponíamos eran Henri o Junco. En ambos casos estábamos obligados a esperar, puesto que ni uno ni otro se hallaban en disposición de ofrecer más información. Por nuestra parte quedaban pocas cosas por hacer, de modo que lo mejor sería andarse sin rodeos y manifestarles la voluntad de sacar a la luz todos los datos posibles, aunque se redujesen a meros rumores. Nuestra propuesta sería recibida con grandes reservas, mas habíamos llegado a la conclusión de que si algo horrible podía suceder, éramos moralmente responsables de ponerlo a disposición de los ciudadanos de a pie. En el peor de los casos, la noticia entretendría a los integrantes de Bunk el tiempo suficiente como para descubrir cuál era el siguiente paso. Teníamos, por así decirlo, que encomendarnos a lo imprevisto.

¿Cómo convencer a nuestro rescatador y a mi rival de que destapasen la Caja de Pandora? A mi juicio, la clave residía de nuevo —y muy a mi pesar— en Maribel. Si

ella lo pedía, y me constaba que era extremadamente persuasiva, alguno de los dos accedería. Claro que recurrir a ella a modo de carnada me desagradaba un poco bastante al considerar que era una forma suave de prostitución, pero si ella no tenía reparos —en tanto que no implicaba sexo y que se limitaba a ser un ejercicio de las armas de mujer— dejaría que las cosas se desarrollasen según la lógica del *laissez faire*. De nuevo apelé a *Con la muerte en los talones* y a la madre ficticia de Cary Grant para aliviar mi sufrimiento y el resquemor que me producía la idea de echarla a los leones. Mis neuronas se esforzaban por encontrar una alternativa a otra cena con el enemigo —entiéndase yo— neutralizado. Si el plan pasaba por que Maribel y Henri tuvieran otra velada al margen de mí, el mundo podía irse al carajo.

Otra opción que me causaba menos recelo era engatusar a Junco. Relaciones sentimentales al margen, no podría resistirse a una petición de Maribel. O eso era lo que yo pensaba. Era plenamente consciente de lo maquiavélico de nuestro plan, pero poderosas razones nos empujaban a ello. El mundo tenía que conocer el estado de las cosas, tomar sus propias decisiones y actuar de acuerdo a sus intereses, incluida la opción de celebrar una fiesta de despedida eterna por todo lo alto. Se me ocurrían un par de países donde la medida sería acogida con gran entusiasmo. Ahora solo faltaba que Junco se pusiese en contacto con nosotros de nuevo.

Sin darnos cuenta llegó el uno de diciembre. La decoración navideña se había apoderado de las calles de todo el planeta que respetaba dicha tradición. Continuábamos sin noticias de Junco. Cada día que pasaba aumentaba la probabilidad de que le hubiesen arrestado, algo indeseable al menos en dos sentidos: uno que nuestro amigo quedaría fuera de la circulación durante un tiempo y dos que habría que llamar a Henri. No sabía cuál era peor.

Me sentí aliviado cuando en el blog apareció una nueva entrada de Enrique, sobre todo por el hecho de no tener que recurrir a *Mister Six Pack*.

Tomaremos los croissants con mermelada de fresa. Café en la Place de Clichy dentro de dos días. La paciencia es una virtud. Los relojes no dan la hora.

Traducción instantánea: Junco llegaría a París en dos días. Nos veríamos en alguna cafetería de la Place de Clichy, aunque la hora no quedaba clara. Nos tocaría esperar y tener los ojos bien abiertos. La batalla acababa de comenzar.

22

1 de diciembre.

Crush, Esdras y el coronel inspeccionaban cada rincón del búnker. El militar se sentía orgulloso de haber sido recibido por su presidente. Salas y más salas; edificios y más edificios; bancos de semen y óvulos criogenizados; medicinas; despensas abarrotadas de comida deshidratada; laboratorios de todo tipo y material tecnológico de última generación. Y sobre todo camas. Muchas camas.

—En quince días llegarán nuestros invitados —anunció el presidente Crush. Portaba una lista encuadernada en la que venían relacionados todos ellos. Esdras la miró de pasada, aunque visiblemente interesado.

El coronel recibió una llamada telefónica, lo que permitió que Esdras y Crush intercambiasen opiniones acerca de algunos asuntos peliagudos.

—Deduzco que todos los futuros huéspedes han sido debidamente informados de las razones del llamamiento, ¿cierto?

—Así es.

Esdras hizo una pausa para sopesar la pertinencia de su siguiente interrogación.

—El pánico se desatará conforme se aproxime la fecha.

—Hemos pensado en ello y está bajo control. El complejo dispone de unos conductos a través de los cuales se administrará una mezcla de gas sedante experimental, que relaja la mente pero no el cuerpo, y óxido de nitrógeno para evitar situaciones de máxima tensión.

Las pruebas de dispensación del «gas de la risa» reforzado con tranquilizantes habían sido un éxito. Prueba de ello era la rápida conversión a la causa y sin reservas del coronel. Las flexiones efectuadas aquella noche poco habían tenido que ver.

La tensión era palpable en el ambiente. Solo Esdras parecía no exhibir el menor rastro de nerviosismo. Su devoción y fanatismo únicamente resultaba comparable a la de un samurái como los descritos en el *Hagakure*. Uno de esos tipos cuya última meta era la muerte en defensa de su daimio (en este caso, un presidente estadounidense). Estaba dispuesto a entregar su vida por sus convicciones, sin valorarlas moralmente.

El coronel regresó y pidió disculpas por su ausencia.

—¿Está seguro de que aún no estamos a tiempo de reconducir el problema por vías diplomáticas? —preguntó el militar sin ocultar su intranquilidad.

—Me temo que no, coronel. Tenemos que estar preparados para lo peor y lo estamos. —Esdras y el coronel asintieron con un rápido movimiento de cabeza.

—¿Cuál será el procedimiento para alojar a los huéspedes? —preguntó el coronel.

—Distribuiremos a cada invitado y a sus familias en distintos sectores, atendiendo a un criterio de rango y afinidad en sus funciones.

El militar hubiera querido preguntar dónde se situarían él y su familia, pero no deseaba resultar impertinente y se reprimió. Solicitó permiso para retirarse aduciendo que acababan de reclamarle en otro área. Tras cerciorarse de que no había ningún problema, sino que se trataba de un asunto rutinario, el presidente le concedió la autorización. El coronel se despidió con un saludo marcial y desapareció.

—Aquí abajo podrá revisar el Antiguo Testamento tantas veces como lo desee, señor Esdras. —Éste no contestó, si bien esbozó algo parecido a una sonrisa—. ¿Le gustaría conocer dónde se alojará usted?

Hasta el momento, Esdras no había recibido invitación alguna y en su fuero interno se alegró de oír aquella pregunta. El presidente Crush le observaba con cara de «viejo amigo», esbozando una media sonrisa cómplice.

—Será un placer, señor presidente.

—En ese caso tendrá que guiarme usted mismo. Sector cinco, parcela seiscientos dieciséis. Conozco el emplazamiento, pero no la ruta.

—Déjelo de mi cuenta. —Extendió el brazo izquierdo con la palma de la mano orientada hacia el frente. El presidente se adelantó un poco y Esdras no dejó de mirar la lista.

23

Los relojes anunciaban que la noche había caído fuera del búnker, sobre un mundo tan ajeno a las actividades subterráneas como a los inminentes acontecimientos que acaecerían en menos de un mes. Una de las mayores preocupaciones de Bunk y del Gobierno estadounidense seguía siendo lograr que las gentes continuaran con su vida cotidiana. Ante un destino fatal e inevitable, lo más humano y estratégico era no incrementar el sufrimiento de los demás, de aquellos que no podrían resguardarse en la Ciudad del futuro.

Cerveza en mano, Oppenheimer y Klaus se pusieron al corriente de cómo habían sido reclutados por Bunk. Si les quedaba alguna duda de lo irregular de sus intenciones —así como de sus procedimientos—, se disiparon por completo.

Klaus mostró las fotos que guardaba en su móvil, las del exterior y las del informe. Niels hizo lo propio con las de los planos.

—¿Te parecen pruebas suficientes de algo turbio? —preguntó Oppenheimer. De manera tácita se había establecido que, si iban a jugarse el pellejo juntos, tenían derecho a tutearse.

—De entrada podría ser cualquier cosa, incluso algo «lícito» —sonrió con cierto nerviosismo—. En cualquier caso, es un documento gráfico de lo que se cuece aquí abajo. Quién sabe si será de alguna utilidad más adelante.

En unos días Oppenheimer regresaría a la superficie. Era un privilegio del que no disponía Klaus Zimmermann. Se devanaban los sesos tratando de establecer una línea de actuación. Se resistían a quedarse de brazos cruzados, aunque admitían que no sabían por dónde empezar. El tiempo jugaba en contra suya. La capacidad de maniobrar en el interior del búnker estaba claramente mermada y, aunque no hubiera sido así, tampoco se les ocurría nada. Klaus pensó en Burt Kutcher. Tal vez él podría aportar alguna idea, a pesar de hallarse en una posición un tanto ambivalente y, desde hacía poco, desconocida para el biólogo.

—Oí que ahora vives en Milwaukee —dijo Klaus—. Tengo un amigo allí a quien puede que se le ocurra algo. Creo que podrías hacerle una visita a ver qué se cuenta.

—¿Es de Milwaukee?

—Suele pasar largas temporadas en el Lago Superior. No queda lejos. Un lugar perfecto para una excursión con la familia —Oppenheimer le miró atentamente—. Desde aquí no puedo hacer nada sin que me descubran, pero tú sí podrías enviarle un mensaje de mi parte.

—¿De qué se trata?

—Podrías llevarle mis fotos.

Zimmermann prefirió omitir el hecho de que albergaba ciertas reservas hacia su colega, por mucho que se viese forzado a recurrir a él *in extremis*. Oppenheimer accedió a la petición del biólogo, quien procedió a anotar las señas en un papel y a transferir las imágenes a través del bluetooth. El físico, por su parte, realizó una operación similar con los planos que había fotografiado.

—¿Qué crees que podrá hacer él?

—No tengo ni idea —admitió Klaus—, pero debemos encomendarnos a la inteligencia colectiva. Por nosotros mismos no llegaremos a una solución. Estamos atados de pies y manos. Recemos porque a alguien, a quien sea, se le ocurra algo…

—Que Dios nos oiga.

Por esa noche estaba bien. Cada cual se retiró a su bungalow con la única compañía de sus pensamientos.

Klaus cedió al impulso de enviarle los planos a Brandeis por si él podía aportar alguna información adicional. Sentía que era algo monstruoso hacer partícipe a un niño de algo así, pero la ocasión lo exigía. Adjuntó los planos y redactó un breve mms: «Bran, ¿puedes decirme algo sobre estos planos? Tenéis que venir urgentemente aquí. Dile a mamá que es algo muy grave». *Send*. La impotencia le paralizó una vez enviado

el mensaje. A su mente acudió *La carretera*. Pensó en Dagna y en sus hijos y se entregó a un desconsolado llanto. Torpemente inició una especie de rezo. Para un científico, hacer una llamada a Dios se convertía en una ardua tarea. De poco servía pensar en la serie de Fibonnacci y el número áureo o la gematría estudiada por la Cábala, tan conocida por él debido a la influencia de su madre, pero de la cual renegaba. En efecto, Dios también era el Cosmos y la Naturaleza; Dios estaba en el interior de cada uno de nosotros, si el bueno del maestro Eckhart no estaba equivocado. Y Klaus esperaba que, en esa ocasión, no lo estuviera. Zimmermann proyectó una imagen mental de los planos, las fotos del exterior del búnker, de su familia y del concepto de humanidad al infinito, esperando una respuesta, una iluminación, una salida.

Dagna debió recibir el mensaje a las cuatro de la madrugada aproximadamente debido a la diferencia horaria y a las siete de la mañana del día siguiente telefoneó a su marido. Éste se emocionó al escuchar su voz. Le advirtió que no podría hablar mucho y que tenían que marchar para los Estados Unidos inmediatamente. Le puso en antecedentes con la mayor economía de medios que pudo. Ella se mostró escéptica. La voz se retardaba un poco.

—Si pudieras ver lo que yo he visto no tendrías la menor duda —insistió Zimmermann.

—Tenemos la exposición de Erika a la vuelta de la esquina.

—Es probable que no haya exposición, Dagna. Créeme. Es muy importante —su voz reflejaba abatimiento y desesperación.

Pausa al otro lado del auricular.

La inauguración de la Bienal se había fijado el veinticuatro de diciembre, también conocida por el biólogo como el «Día previo a la ofensiva definitiva».

—Déjanos al menos enviar los cuadros. La pequeña está muy ilusionada, pero no quiero que sigas preocupado. —Klaus se sintió aliviado.

—No os pediría esto si no fuera del todo necesario. Sé lo importante que la exposición es para Erika. Lo sé.

Tras haber aclarado las cosas con su esposa, Zimmermann le pidió que le pasara a Brandeis.

—¿Has visto lo que te mandé, hijo?

—Sí, papá.

—¿Qué te parece?

—Pienso que se trata de una bomba nuclear de última generación.

—Así es. ¿Crees que es muy potente?

—No creo que la humanidad haya visto nada semejante, papá —.Confirmado. El pequeño gran cerebro daba fe de aquello que Oppenheimer le había comentado. Oír hablar a un niño con tanta madurez resultaba conmovedor e inquietante al mismo tiempo—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó el futuro ingeniero.

—Estoy bien, hijo —Klaus sorbió los mocos de la nariz. Estaba a punto de romper a llorar. La voz de su hijo sonaba tan cerca mientras que sus cuerpos estaban separados por una enorme distancia. Una distancia potencialmente infinita—. ¿Cómo está tu hermana?

—Te la paso. —Zimmermann tuvo que redoblar sus esfuerzos para impedir que las lágrimas se apoderasen de él.

El padre se disculpó por impedirle acudir al estreno de su obra y ella se mostró comprensiva aunque un tanto decepcionada. Dagna volvió a ponerse al aparato. Klaus le dio una serie de claves y de direcciones electrónicas y le pidió un favor: tenía que difundir aquellas imágenes así como toda la información que le había proporcionado en el blog. La mujer le prometió que lo haría. *Aquarius*, le recordó el biólogo.

—Te quiero —se despidió Klaus.

—Te quiero. Cuídate —respondió Dagna.

Silencio al otro lado. Vacío. Murmullo de fibra de vidrio y fibra óptica. La nada, esa que *nadea*. «Das Nichts nichtet». ¿Qué esperanza le queda a un hombre cuando ya no

queda esperanza alguna? Klaus Zimmermann salió fuera del bungalow y miró hacia el cielo. De aquella estructura de cristal, hormigón y metal no llegaría la respuesta. Juró una vez más que acabaría con los hombres que le habían puesto en esa situación, aunque solo quedara uno de ellos después de que el mundo se sumiese en una luz cegadora y mortal. Incluso después de la aniquilación, si es que, para entonces todavía seguía con vida.

24

La Place de Clichy ya estaba concurrida a las ocho de la mañana. Maribel y yo desayunábamos con los ojos bien abiertos: Junco podría aparecer en cualquier instante y proveniente de cualquier parte. Todavía sumido en mis reflexiones sobre Henri y la nueva masculinidad, me pareció sugerente compartirlas con mi compañera.

—¿Sabes? No comprendo a las mujeres. Me he esforzado por aproximarme a su mente, después de alcanzar sus cuerpos claro está, y de veras que no lo consigo.

—Tendrás que seguir probando suerte —contestó Maribel. Sus ojos estaban cubiertos por unas estupendas gafas de sol negras de gran tamaño.

—Desde mi punto de vista hay dos tipos de hombre: los que han dado en llamarse como machos alfa y los proveedores.

—¿Proveedor? —estalló en una simpática carcajada—. ¿Qué es eso de proveedor?

—El típico tío que te paga las copas en un bar, saca la basura, friega los platos de *motu propio*, porque a él le apetece, plancha la ropa, mantiene a su familia y va al supermercado en ropa deportiva los sábados mientras su mujer ve la televisión… vamos, el calzonazos o el baboso de turno.

—Entiendo. —Maribel parecía divertirse con mi clasificación del género masculino, tan pobre como la visión que ellas tenían de nosotros.

—A lo que voy. Mucho se ha hablado de las exigencias masculinas con respecto a la mujer: que si debe ser una señora en la calle y una zorra en la cama, que si debe tener cuerpo de modelo y triunfadora, ocuparse de la crianza y compaginarlo con su vida laboral, bla bla bla, bla bla bla.

—Es cierto, ¿no?

—¿Y qué se puede decir de vosotras? Nos exigís ser unos leones salvajes y unos castrados al mismo tiempo. Nos tiene que sentar tan bien el traje como los tejanos, ya sabes a lo que me refiero.

—Debe ser por aquello del ciclo menstrual. Cuando estamos en plena ovulación buscamos un amante potente y en otros momentos preferimos a un tío casero.

—Yo lo veo de otro modo —repuse—. Para follar buscáis a un malote y para convivir a un huevón. ¿Me equivoco?

Maribel matizó mi punto de vista, catalogándolo de simplista y retrógrado. No le extrañaba que jamás hubiese mantenido una relación seria y duradera con una mujer, me dijo. Me defendí argumentando que cuando conseguían domesticar al insumiso que tanto les había atraído se cansaban de él, llegando incluso a propinarle una patada en el culo, simbólica o literal, y largándose con el primer cabrón que se les cruzase. Algo a lo que yo había bautizado como «el tiro de gracia». Para mí, aquello era perverso y cruel. Ella contraatacó diciendo que algunos hombres hacían lo propio cambiando a sus mujeres por jovencitas de piel tersa y traseros prietos.

—No siempre es así.

—Por supuesto. No siempre podéis hacerlo. —Mostraba una clara superioridad expresada a través de una serenidad extrema. No debía ser la primera vez que un hombre le abría su corazón poniendo al descubierto su inseguridad testicular.

—Vuestro modelo de hombre es una mezcla de Indiana Jones y James Bond.

—Me quedo con míster Bond. Tiene más *glamour* —en el fondo, su afirmación encerraba un halago hacia mi persona—. Además, ¿a qué viene esto? ¿No será por Henri?

Ni que decir tiene que no podía poner las cartas sobre la mesa, pues me habría convertido en un cero a la izquierda. Así que corté en seco esa deriva discursiva y aseguré que nada tenía que ver con él. Después de todo no era ni un Jones ni un Bond, sino un pijo que se ganaba la vida muy bien enfundado en unos vaqueros de diseño. Pedí un segundo café con leche.

—Puede que las mujeres nos hayamos convertido en seres malignos, algo que ya éramos desde el principio de los tiempos a juicio de los hombres, cansadas de la dominación masculina.

—Eso es resentimiento y mala fe.

—No. Es supervivencia, cariño. Sencillamente nos hemos puesto a vuestro nivel. Una simple cuestión de igualdad.

—Muy bien. Pues que sepas que no pienso hacer la colada.— Maribel recibió mi última palabra con una sonrisa.

Nuestro salvador no se hizo mucho esperar. Antes de que dieran las nueve de la mañana le vimos aparecer a lo lejos. Levantamos los brazos para llamar su atención. Por bien que me cayese seguía pensando que Junco necesitaba varias duchas seguidas, así como unas cuantas visitas a la tintorería.

—Buenos días —saludó mientras tomaba asiento—. ¿Cambio de look?

—Así es —respondió Maribel.

—La barba te hace más viejo —me dijo.

—Muy amable. —Hice una mueca con la boca y la lengua enfatizando lo irónico de mi respuesta. Me faltó propinarle un cariñoso puñetazo en el bíceps para quedar como un completo adolescente.

Sin perder el tiempo le pregunté qué noticias nos traía. Burt Kutcher, anteriormente conocido como A.E., era el soplón.

—Parece que el bueno de A.E. no era tan de fiar como pensabas —añadí en un intento de vengarme de su juicio estético.

—Nunca lo hubiera creído. Kutcher era un buen tipo. No me lo esperaba de él. —Enrique estaba ligeramente consternado—. De hecho, no tenía ni idea de que Kutcher y A.E. fueran la misma persona.

—¿Por qué, entonces, mandó el primer email? —cuestionó Maribel—. ¿Acaso no atentaba contra sus intereses?

—El remordimiento suele ser un poderoso móvil.

Topos arrepentidos y bromas acerca de mi barba. Mal asunto. Maribel prosiguió con sus pesquisas. Quería saber por qué después de mandar el mail había informado a los de Bunk acerca de los movimientos de Junco. Sin duda, algo le habrían ofrecido. Tal vez estaba coaccionado. La tortura suele ser un móvil aún más poderoso que el remordimiento. Quizá el paradero desconocido de A.E., ahora Burt Kutcher, había sido una mera tapadera y lo cierto es que había caído prisionero.

Junco dio algunos datos biográficos sobre Kutcher: profesor universitario en Wisconsin-Madison, ecologista convencido y, por último, chivato. Uno jamás debería fiarse de un cortesano de la Academia, me dije. No estaban acostumbrados a soportar la presión. Supongo que la valentía es algo que no se le puede presuponer, y mucho menos exigir, a un vasallo endogámico.

—Por curiosidad —mencionó Maribel—, ¿quién os ha desvelado la identidad del infiltrado?

—No viene al caso —sentenció Junco. Él y su misticismo—. Lo que sí puedo deciros es que la bomba estalló ayer mismo. —Maribel y yo nos miramos fugazmente y prestamos toda nuestra atención y oídos al recién llegado—. En el blog del que os hablé han aparecido fotografías del búnker, así como unos planos de algo parecido a un gigantesco depósito de agua y unos misiles nucleares. —No negaré que sentí un cierto alivio al constatar que lo de «la bomba estalló ayer» entrañaba un carácter metafórico.

De inmediato le pregunté cómo había reaccionado la prensa y la sociedad, que parecía no incluirme, en tanto que no me había enterado de nada en absoluto. Su respuesta fue lo más frustrante que uno pudiera imaginar. Hasta el momento, ni una nota de prensa —hasta donde él llegaba—, ni una mención en el telediario. Salvo en algún blog de aficionados, dos o tres páginas dedicadas a los asuntos paranormales y alguna mención en páginas que recopilaban automáticamente y sin criterio alguno material de otros sitios, nada de nada. La noticia había sido acogida de la misma manera que las amenazas de la inminente llegada de los extraterrestres, el descubrimiento del Arca de Noé en el monte Ararat, el fin del mundo en 2012, una vez superado el infierno tecnológico del *efecto 2000*, el cambio climático y otras amonestaciones cósmicas. A juicio de Enrique Junco ello se debía a la creciente insensibilización de la población a

raíz de la saturación informativa. La gente había sustituido el pánico por la juerga en un mundo donde los rumores eran cada vez más constantes y la publicidad viral comenzaba a fomentar la incredulidad. Si una noticia no te gusta, cambia de canal.

Maribel y yo nos habíamos quitado un peso de encima, a saber, la ardua tarea de difundir información sobre la que no teníamos pruebas. Alguien ya lo había hecho por nosotros y el resultado era un desastre. En ocasiones me preguntaba qué sentido tenía luchar por un mundo que había perdido la fe por completo. Más televisión y menos revolución. Tristemente tenía que reconocer que teníamos lo que nos merecíamos.

—¿Quién ha publicado las imágenes? —se interesó Maribel. Yo preferí encenderme un cigarrillo.

—Imágenes y datos. Incluso la fecha de la supuesta ofensiva china se ha dado a conocer. Ha sido un camarada alemán.

—¿Y qué podemos hacer ahora? —pregunté guiñando los ojos para que no se me metiera el humo del pitillo que llevaba en la boca mientras hablaba.

—Me temo que esperar —contestó Junco sin mucha esperanza.

—¿Esperar qué? —prosiguió Maribel.

No había respuesta para esa pregunta. Junco pidió un café con leche y el anunciado croissant con mermelada de fresa. Otra forma más de ocultar la terrible verdad.

A pesar de mi abortada tentativa de estudiar filosofía, un pretexto para estar todo el día paseando libros y vacilarles a las chicas haciéndome el interesante, lo cierto es que en ocasiones ponía a trabajar a mi cerebro. «Nada que esperar» siempre me ha parecido una respuesta al límite. Desde mi punto de vista, equivalía a estar muerto —otro momento límite, «el momento límite», según los existencialistas—. Cuando la esperanza se pierde, o está ausente desde un punto de vista objetivo, algo se rompe irreparablemente en nuestro interior. Nuestro cuerpo puede seguir deambulando por el mundo, pero *Das Nichts* se ha apoderado de nosotros para siempre. En algunos momentos de mi ditirámbica existencia había llegado a creer que ese era mi destino. Pero no. Si algo me caracteriza, más allá de los Campari y las camisas, ahora me doy

cuenta, era la pulsión por la vida. Me aferraba a ella con todas mis fuerzas. Debe ser porque nací sietemesino.

—Para mí, éste es un capítulo cerrado —concluí.

Ante la perspectiva de ser atrapado por unos agentes locos o de saltar por los aires el día de navidad, no me quedaba otra que desentenderme un poco. Si disponía de menos de un mes de vida, estaba dispuesto a disfrutar al máximo.

—Mañana me afeito la barba. —Mis dos acompañantes me miraron desconcertados.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Maribel. Junco también esperaba una respuesta.

—Que paso. Paso de esta mierda. No sé por qué debería convertirme en un mártir de una causa perdida. ¡Yo no me lo he buscado! —traté de serenarme y lo logré— Hemos hecho todo lo que hemos podido. Ya no tengo miedo.

Me dio la impresión de que nadie se había percatado anteriormente de ese detalle, del hecho de que yo también pudiera estar asustado. El caso es que me había cansado de la historia del pequeño grupo disidente oponiéndose a un enemigo poderoso e infinitamente superior en número y en medios. Sin estruendos, la noticia se había dado a conocer y nadie lo había creído. ¿Por qué demonios tenía que creerlo yo? Habían irrumpido en mi asquerosa redacción llevándose mi ordenador; ya habrían revuelto mis libros, mis discos y mi ropa; me mudé a París huyendo de unos tipos a los que no les había hecho nada, convirtiéndome en un prófugo de la justicia, un fugitivo. Demasiado para mí.

—¿Estás diciendo que tiras la toalla? —preguntó Maribel ofendida.

—Más o menos. Aunque, si lo prefieres, te diré que pienso disfrutar a tope lo que me queda de vida. Me quedaré hasta la Bienal y después regresaré a España. Tú puedes hacer lo que quieras. ¿Qué te parece?

—Que eres un cobarde —respondió mi compañera de mansión.

—¿Te parezco un cobarde? Hey, nena, no soy ni James Bond ni Indiana Jones. Esto no va conmigo. —Enrique Junco escuchaba con atención el partido de tenis dialéctico entre Maribel y yo.

Por un segundo temí que ella se levantara y se largara. Pero lo que hizo fue pensar con detenimiento en el contraataque. Encendió un pitillo y dio unas caladas largas y reposadas. El humo salía con elegancia de su boca apretada. Sabía que tarde o temprano me daría la razón. Esta historia no había sido otra cosa que una locura grotesca y agotadora.

—¿Se han pronunciado las autoridades chinas? —Maribel cambió de conversación.

—Ni una sola palabra. Lo cierto es que han sido bastante hábiles. Callando desacreditan a sus oponentes. Si le hubieran dado importancia al asunto, alguien podría haber sospechado. Es una estrategia básica… —Un hacker estratega. Lo que nos faltaba.

Reponiéndome de mi mal humor, dije que deseaba ver las fotos del famoso búnker. Considerando que era la fuente de nuestros problemas, qué menos que contemplar dicho santuario del dolor. Junco sacó un teléfono de su bolsillo y se conectó a Internet. Impresionante.

—Espero que ese móvil esté más protegido que los otros —comenté haciéndome el gracioso. Mi broma no causó ningún efecto, salvo una mirada de desaprobación a dúo—. Bien, ¿y se te ocurre algo a ti, Enrique?

—Pienso que Dios proveerá.

—¡Vaya, otro creyente! Me sigue sorprendiendo que el Dios vengativo del Antiguo Testamento despierte tanto entusiasmo. No creo que los consejos de alguien dispuesto a matar a su propio hijo deban ser tenidos en cuenta.

—No has entendido nada —repuso Junco—. Es una forma de hablar. Además, Abraham actuaba movido por la fe ciega en el sentido y grandeza de su misión.

—Mi devoción no llega a tanto. Lo siento.

—Nos lo has dejado bastante claro —me reprochó Maribel.

Si Darth Vader hubiese estado presente, seguro que habría soltado aquello de «su carencia de fe resulta molesta». Sabía cómo debía sentirse ella. La había arrastrado conmigo y ahora me desentendía del asunto. No era el acto más heroico que cupiese imaginar, mas no estaba dispuesto a seguir poniendo en peligro su vida. Una irresponsabilidad todavía mayor.

—Cabe la posibilidad de que en el transcurso de los días, alguien reaccione. —Junco trataba de insuflar un poco de optimismo.

—¿Y qué tipo de reacción nos es dado esperar?

—¿Eres tan cuadriculado para todo?

La pregunta me dio que pensar, pero no me entregué a la auto-introspección y lo dejé estar. Había llegado el momento de guardar silencio. El panorama era bastante hostil y los ánimos estaban un poco caldeados. Mejor parar.

Junco nos preguntó por alguna pensión económica donde pudiera alojarse unos días. Una ingenuidad por su parte pensar que había algo barato en París.

—Ven con nosotros. Tenemos sitio de sobra y te debemos más de una.

Algunos turistas japoneses contemplaban la estatua realizada por Amédée Doublemard dedicada al mariscal Moncey. Miré la estufa que nos calentaba, imaginando la bombona de butano en su interior. Sonreí con cierta nostalgia: ¿qué era un poco de butano en comparación con una explosión nuclear?

25

Los cuadros de Erika habían sido enviados a París. Un transporte especializado en obras de arte se había encargado de ello. Dagna mantuvo una charla con los chicos. Por una parte deseaba tranquilizarles con respecto a la situación de su padre y, por otra, pretendía consolar a la pequeña Erika. La decisión de Klaus sería acatada sin reservas, pero la desilusión resultaba patente en el rostro de la niña. Su madre acordó que, dado que no estarían el día de la inauguración, visitarían las instalaciones y se cerciorarían de que los cuadros habían llegado intactos. Los niños nunca habían estado en París y acogieron con gran entusiasmo la propuesta.

Treinta y cinco horas después aterrizaban en el Charles de Gaulle. Los chicos estaban maravillados. Dagna tenía el aspecto de una Brigitte Bardot teutona y los niños parecían recién llegados de un pasado remoto, sacados de una versión alemana de *La casa de la pradera*. Los Zimmermann constituían una familia auténtica donde las hubiera. Dagna telefoneó a uno de los marchantes de arte que habían visitado su casa. Se prestaron a ir a recogerles al aeropuerto y facilitarles un alojamiento. Toda atención era poca si se trataba de la estrella de la Bienal.

Tras coger el equipaje, la familia se dirigió hacia la salida. Una de las mujeres les esperaba. Les saludó efusivamente y les guió hacia el coche.

—¿Qué prefieren, ir a la sala o instalarse? —preguntó en un inglés mediocre.

—Nos gustaría dejar el equipaje y refrescarnos un poco, si no es molestia.

—En absoluto, *madame*.

La mujer arrancó el Saab y tomó rumbo hacia un lujoso hotel del centro. Dagna se sorprendió gratamente de la eficiencia de la organización.

—No es habitual contar con la presencia de artistas tan jóvenes y, entre nosotros, genuinos en la Bienal. El trabajo de Erika causará una conmoción enorme. ¡Es magnífico!

—Nos sentimos muy agradecidos por la oportunidad que han brindado a Erika.

—El honor es nuestro, no lo dude. —Había algo sensual en el modo en que pronunciaba el inglés, a pesar de que ella no fuese sensual en absoluto. Tenía una voz suave y penetrante, por oposición a la voz grave de Dagna.

La habitación estaba lista a su llegada. Dejaron las maletas y se dieron una ducha rápida. La marchante les esperó abajo, en la recepción, tomando un *Martini*. Llevaba las gafas de sol puestas en el interior del hotel. Vestía el sempiterno jersey de cuello alto negro y unos pantalones de pitillo del mismo tono. Cuando los Zimmermann aparecieron, se puso en pie de un salto y les recibió con una amplia sonrisa. Antes de entrar al coche, pidió permiso para fumar un cigarrillo.

—La ley anti-tabaco es un fastidio —se justificó—. ¿Fuma usted? —preguntó a Dagna mientras alargaba la cajetilla hacia ella.

—Lo estoy dejando, gracias.

—Algún día yo también lo dejaré. —No dio más de cuatro caladas antes de arrojarlo al pavimento.

Dagna pidió a la otra mujer que parase en un puesto de prensa donde vendiesen diarios internacionales. La mujer aceptó gustosamente. Me gusta estar informada, añadió la alemana. Hicieron una breve parada delante de un quiosco de camino a la exposición y Dagna compró dos periódicos franceses, dos americanos y uno inglés. Los alemanes los había hojeado en el aeropuerto de Dresde. Constató que tampoco la prensa internacional se había hecho eco de su *post* en el *Aquarius*. Observó las calles desde la ventanilla del coche. Aquellas personas inocentes vivían en la total ignorancia. Dentro de poco dejarían de existir y apuraban sus últimos días realizando compras navideñas. Fuera quien fuera el cerebro que había organizado aquella atrocidad, lo había hecho de maravilla: el mundo no se detenía, ni un alarido, ni una parada en el ejercicio de la vida cotidiana. Ni siquiera muchos de los trabajadores de Bunk sabrían a qué se enfrentaban, llevando a cabo sus labores con afán y como si tal cosa. Miles de empleados de la construcción y otros oficios, militares, agentes de policía, informáticos, y ni uno de ellos había abierto la boca. La razón era fácil de comprender: no sabían lo que iba a suceder.

El plan perfecto siempre se nutre del factor silencio y de la falta de información. Era imposible conocer a ciencia cierta el alcance de los daños en caso de una ofensiva por cualquiera de las dos partes. ¿Se limitaría a China o Estados Unidos? ¿Aniquilaría a Occidente en su conjunto o se extendería al resto del planeta? La amenaza global era una realidad, al menos potencialmente. Brandeis le había puesto al corriente de algunos detalles técnicos que le habían puesto los pelos de punta. Ella se había esforzado por restarle importancia, prometiéndole —piadosamente— que eso no llegaría a pasar, que papá lo evitaría, y, a pesar de su superdotada inteligencia, el niño la había creído.

Media hora después llegaban a las instalaciones donde se desarrollaría la Bienal. Se trataba de una enorme nave industrial situada a las afueras. Evocaba a una vieja estación de ferrocarril, algo que jamás había sido, y los materiales principales eran el hierro y el cristal. Brandeis observaba cada elemento con suma atención, como si su mente estuviera dibujando los planos, trazando líneas y ubicando el cableado. Erika, por su parte, se mostraba más juguetona. No había muchos coches en el enorme aparcamiento, tan solo los de algunos operarios.

En la entrada había colgado un inmenso cartel con el rostro de Erika, la imagen de la Bienal. Los tres miembros de la familia Zimmermann, en especial la pintora, sintieron un gran regocijo. Al acceder al interior, advirtieron que el lugar estaba listo. Únicamente faltaba colocar las obras y que el equipo de limpieza diese el repaso final. Los otros miembros de la comitiva les esperaban dentro. Hicieron gala de tanta efusividad como su compañera y procedieron a indicar en qué zona estaría instalado el trabajo de Erika. Habían elegido para ello la sala central, perfecta para montar piezas de gran formato.

—¿Habías soñado con un debut de estas características? —preguntó el hombre afeminado a la protagonista. Ésta respondió negando con la cabeza y con una tímida sonrisa.

Todos parecían estar encantados con la visita de la nueva revelación del arte contemporáneo y ella se dejaba querer. Su madre, sin embargo, se enfrentaba a una contradictoria oleada de sensaciones. Compartía el entusiasmo del resto y lamentaba

tener que partir en breve. Le hubiese gustado gritar a los cuatro vientos la locura que estaba a punto de desatarse, pero se dijo a sí misma que la tomarían por loca. El exterminio de parte o la totalidad de la raza humana siempre ha sido un asunto peliagudo. El sentimiento predominante era una bestial impotencia. Dagna era la perfecta encarnación de un actualizado mito de Casandra: sexy, visionaria e ignorada.

Trajeron unos refrescos para los menores y un termo de café para los adultos. Los cuadros habían llegado sin mayores problemas, señaló uno de los organizadores.

—¿Puedo verlos? —rogó Dagna.

—Todavía siguen embalados.

—Por favor. —La esposa del biólogo sabía que aquella podía ser la última vez que contemplase la obra de su hija. El afeminado captó parte de lo invisible y le pidió que lo acompañase. Descendieron a un sótano acorazado de enormes dimensiones.

Rasgaron el envoltorio con una cuchilla y la madre permaneció de pie delante de las pinturas. Era una mujer fuerte, mucho más que su marido, y no lloró. Apretó las mandíbulas presa de la rabia y recordó en ese instante por qué jamás había creído en Dios.

—Son preciosos —dijo el hombrecillo. Dagna no se inmutó y siguió absorta en la contemplación.

—Subamos —dijo transcurridos unos minutos.

Una hora después, los Zimmermann se dispusieron a disfrutar de una visita guiada por la *Ciudad de la luz*. Los tres comisarios se ofrecieron para mostrarles los lugares más emblemáticos de la capital francesa. Por suerte para todos, los niños no eran *fans* de los subproductos culturales de la casa Disney y pudieron ahorrarse la discusión en torno a una parada en el conocido parque temático. Brandeis demostró gran interés por ver la Torre Eiffel y Erika se decantó por el Louvre. Los corredores no tuvieron el menor problema para conseguir pases VIP para todos y Erika pudo disfrutar de la contemplación de *La muerte de la Virgen* de Caravaggio, *La balsa de la Medusa* de

Théodore Géricault, *Les Bergers d'Arcadie* —mítica pieza de Poussin— y el *Código de Hammurabi*. Experimentó una suave decepción al constatar con sus propios ojos el escaso tamaño de *La Gioconda*.

A la salida, Brandeis volvió a deleitarse con la pirámide de leoh Ming Pei. Desde muy niño le había fascinado aquella estructura. Conocía los detalles técnicos: la inclinación de 51 grados en las paredes, el centro de gravedad coincidente con el de los tres pabellones del museo, etc. En la misma puerta se despidieron de sus cicerones y dieron una vuelta por la ciudad. Dagna se preguntó si volvería a verles alguna vez.

La noche cayó sobre París. Los niños estaban dormidos cuando Dagna Zimmermann se sirvió una copa de vino y se sentó en el alféizar interior que hacía las veces de banco. La ciudad estaba preciosa y habría deseado que su marido estuviese allí. Compró unos billetes de avión desde el hotel y se acostó sin poder conciliar el sueño.

Quince horas después, volaban rumbo a Nebraska. Dagna había enviado un sms a Klaus anunciando su llegada. Sabía que habían obligado al biólogo a permanecer dentro del búnker debido a la ausencia de su familia. El cautiverio se convertía en una forma de presión para que los suyos acudiesen al recinto y, a su vez, la presencia de ellos se convertiría en un garante de la estancia del científico en las instalaciones. Un mecanismo de feedback. Un círculo vicioso.

Un hombre desesperado y temiendo por su familia siempre es un peligro potencial. Tarde o temprano, trataría de escapar o algo más serio y eso era algo que Bunk no podía permitirse: Klaus Zimmermann debía quedarse en la prisión subterránea por las buenas o por las malas. Y así sería.

26

La llegada de Oppenheimer a su hogar fue celebrada con gran entusiasmo. Las tres mujeres de su vida le esperaban ansiosamente y le hicieron muchas preguntas acerca de su lugar de trabajo. El físico trató de darles esquinazo, saliéndose por la tangente. Les dijo que era un recinto muy moderno situado en el desierto de Nebraska donde se reunía un buen número de científicos locos —sin precisar hasta qué punto—.

En la superficie, las cosas no habían cambiado demasiado. Anna se había adaptado bien a su nuevo centro, Hasmik estaba encantada con su *high school* y Narine seguía las clases de Terry con gran atención. En líneas generales, podía decirse que se habían aclimatado de manera óptima.

Cansado de la comida subterránea, Niels rogó que cenaran en casa. Le apetecía un poco de calor familiar. Se moría por un delicioso plato de *tabouleh* y una buena *khorovats*. «Eso está hecho», aseguró su esposa.

Oppenheimer necesitaba una ducha. Bajo el agua repasó los acontecimientos recientes. Su corazón se hallaba dividido entre la necesidad de poner a su familia al corriente de la situación y su deseo de disfrutar, aunque fuera por unos días, del reposo y la tranquilidad que le aportaba su familia. Pensó en Anna, en cómo lo llevaría bajo tierra, en quién se podría ocupar de ella; visualizó a Hasmik, su bella hija adolescente, con una vida por delante que sería interrumpida, cercenada, amputada sin piedad en unos veinte días; y Narine, la luz de su existencia, su amada esposa, su mitad, sin perspectiva de disfrutar del sosiego tan merecido, del fruto de años de espera, de lucha y de paciencia. De este modo, Niels Oppenheimer, un hombre poco dado al sentimentalismo, comenzó a llorar por primera vez desde hacía muchos años. Tantos que ni recordaba cómo era. Los sonidos, los gestos, los espasmos, algo extraño para él.

Al tiempo que se secaba, hizo una lista mental de lo que tenía que hacer: ir al Lago Superior, localizar a Burt Kutcher (Zimmermann le había dado todos los detalles necesarios, descripción del sujeto incluida), mostrarle las fotografías y los planos y

esperar a que el otro tuviera una ocurrencia genial o, en el peor de los casos, una simple idea.

Niels estaba ansioso por salir a la calle. De camino a casa, a bordo del coche oficial, se había deleitado en la contemplación del sol, como si fuera la primera vez que lo veía, como alguien que pisa una playa a los ochenta años.

—Creo que nunca he tenido tantas ganas de ir a un supermercado —anunció a su familia—. ¿Quién me acompaña?

Los Oppenheimer al completo se dispusieron a hacer la compra. Ninguno quería perder ni un segundo lejos del padre. Fueron caminando. Las calles cobraron un nuevo brillo para el científico. Éste se dijo que las añoraría. Echaría de menos cualquier calle bañada por el sol, el viento, la lluvia, la noche y las estrellas. Una semana en el búnker había bastado para que odiase la luz fluorescente. Paseaba como un niño curioso que acabase de descubrir el mundo. Los coches, los semáforos, las farolas y el asfalto adquirían un nuevo valor. Narine saludó con la mano a una vecina que se había personado en su casa para darles la bienvenida al barrio y Niels se emocionó al ver que las cosas le iban bien.

¿Qué tipo de loco desearía que un lugar así saltase por los aires?, se preguntaba el físico. ¿Por qué las gentes tenían que quedar a merced de los caprichos delirantes de unos pocos políticos chiflados? ¿No existía una alternativa posible? Hacía mucho tiempo que no votaba, pero se prometió que, si escapaban de aquella pesadilla, no volvería a hacerlo en la vida e invitaría al resto a seguir su ejemplo. El modelo democrático había ido demasiado lejos, otorgando un poder casi absoluto a un puñado de descerebrados narcisistas y megalómanos que se creían con el derecho de decidir por y sobre las vidas de los demás. Se dijo que, con el dinero que había acumulado, jamás se vería forzado a trabajar para ganarse la vida; abandonaría la ciencia e invertiría todo su tiempo y esfuerzo en concienciar a la población de los atropellos de la clase dominante, de los políticos, los banqueros y los poderosos. Sin proponérselo, se estaba convirtiendo en un anarquista con los medios necesarios y suficientes para plantar cara al sistema. Un millonario comprometido y disidente, un grano en el culo de los tiranos.

Poco le importaba si su postura incitaba a sus enemigos a acabar con su vida. En última instancia, ya sabía lo que era estar muerto.

Los pasillos del supermercado pueden convertirse en un verdadero santuario en determinadas ocasiones. Una de ellas bien podía ser la circunstancia de que el mundo fuera a irse al traste en breve. Otra, haber vivido una semana en un laberinto subterráneo. Niels Oppenheimer cayó en la cuenta de que en lo cotidiano, aquello que solía ser objeto de menores atenciones, residía el milagro: doy al interruptor y se hace la luz; abro el grifo y cae agua caliente; cojo un teléfono y me comunico con alguien que se encuentra a miles de kilómetros de distancia. Detalles que solían pasar desapercibidos para la mayoría y que, sin embargo, daban buena cuenta del gran poder de transformación y adaptación al medio de un ser tan frágil como era el ser humano.

Llena la cesta de la compra, los Oppenheimer regresaron a casa. Mientras preparaban la comida, Niels propuso una excursión al Lago Superior. Estaría bien alquilar un coche y hacer algo de turismo. A las chicas les pareció una muy buena idea.

—Me gustaría reunirme allí con una persona.

—¿Ya has hecho amigos? —preguntó Narine.

—Lo cierto es que todavía no le conozco personalmente, pero he de mantener una conversación con él.

—Empiezas a parecerte a los americanos, aprovechando el tiempo de ocio para establecer contactos —repuso divertida su esposa.

—Yo no diría tanto. Ես մնում հայերեն է հիմնական. —Niels dejó bien claro que seguía siendo armenio hasta la médula.

Bien pensado, era más un apátrida que otra cosa. Había adoptado la nacionalidad armenia, a pesar de no ser su lugar de procedencia. Ahora estaba en los Estados Unidos con un permiso indefinido de residencia. Lo de «indefinido» no dejaba de encerrar una gran ironía, considerando que América podría desaparecer del mapa en escasos días. Sin discursos grandilocuentes, Niels Oppenheimer había asumido la ciudadanía del mundo como su seña de identidad y auténtica bandera. Algo bastante complicado para una

persona casera y familiar, deseosa de establecer fuertes raíces. Dentro de poco no quedaría suelo donde echarlas.

Los Oppenheimer disfrutaron de una velada agradable. Preparar una *khorovats* en condiciones en Norteamérica era una empresa difícil de llevar a cabo, pero hicieron lo que pudieron. Después de todo, el resultado era irrelevante.

Ese día Niels había dormido poco, por no decir nada. Habían salido del búnker a las diez de la noche del día anterior y después de comer se sintió cansado y decidió echarse una siesta. No era algo muy habitual en él, pero en ese caso estaba plenamente justificado. Tampoco era frecuente que Niels Oppenheimer soñase. Aquella tarde se vio a sí mismo a la orilla de un lago. El entorno estaba carbonizado. Podía percibir pavesas y ceniza flotante. Anna estaba al otro lado, de pie con el peluche que le había regalado. En su sueño se estremeció al contemplar a su hija erguida, pero la angustia se apoderaba de él puesto que no podía cruzar el lago. La niña andaba de un lado para otro. Pudo oír cómo le llamaba, si bien no desde la distancia, sino como si toda su voz envolviera el ambiente sin poder precisar de dónde provenía. De repente, el físico comenzó a caminar dentro del agua, descubriendo que no se hundía. Se deslizaba sobre el líquido elemento como Jesucristo según las Sagradas Escrituras. Antes de alcanzar la otra orilla, Niels se hundió bruscamente. Podía respirar bajo el agua, aunque no detener la caída. Al llegar al fondo vio delante de él una estructura de madera, un poliedro irregular con pequeñas ventanas a los lados. Tuvo la sensación de que se trataba del búnker, aunque físicamente no se pareciera demasiado. Caminó despacio hacia él. Seguía oyendo la voz de Anna que le llamaba. Ahora parecía surgir del interior del arca. Sí, intuyó que aquella cosa era el Arca de Noé, cuya imagen había sido difundida por supuestos investigadores chinos. En lo que debía ser la puerta principal estaba el osito de Anna, sobre el suelo. Trató de abrir la puerta, pero por mucho que empujaba no se abría. Una luz cubrió todo, hasta el punto de que ya no se veía nada, solo un color blanco intenso y una voz desconocida para él, de género indeterminado, pronunció en un idioma extranjero algo que él supo que significaba: «No es el Arca de Noé», tras lo cual se despertó todavía bajo los efectos de una sensación desagradable, poderosa e infinitamente triste. La manifestación más nítida de la soledad.

Estaba anocheciendo cuando Niels apareció por el salón. Seguía ligeramente aturdido, aunque prefirió no hacer partícipe a su esposa del extraño sueño que acababa de tener.

A primera hora ya habían alquilado un coche y se disponían a pasar un día de asueto para unos y de trabajo o maniobra anti-bélica para otro. Si algo bueno había tenido colaborar con los Estados Unidos era que, por arte de «magia», absolutamente todos sus papeles estaban en regla: pasaportes, visados, permisos de conducir, etc.

Le aguardaban unas horas dentro del vehículo y Niels no tenía muy claro que regresaran hasta el día siguiente. No obstante, se lanzaron a la aventura sin reservar habitación en ningún sitio. Lo grande de América, pensaba Oppenheimer, es que siempre había una habitación para los visitantes, terrestres o extraterrestres.

Las carreteras estadounidenses suelen llamar la atención de los extranjeros debido a su amplitud, linealidad y número de carriles. Incluso en poblaciones pequeñas, las vías poseían más que muchas autopistas principales europeas. Niels bromeaba diciendo que un americano —salvo en las grandes urbes— no tendría que saber aparcar ni dar marcha atrás si no quisiera, pues podría llegar a cualquier lugar, hamburguesería incluida, pisando el acelerador únicamente y casi sin tocar el volante.

La vegetación era espectacular. El centro de Norteamérica era un bosque. Cuando Niels Oppenheimer encendió la radio, la versión del «Hallelujah» de Jeff Buckley sonaba en una emisora local y su música transformó por completo y por unos instantes la travesía, dotándola de una espiritualidad maravillosa. Incluso los árboles parecían vibrar al son de la voz del prematuramente fallecido músico.

Después de unas cuantas paradas para estirar las piernas, tomar un tentempié y otras necesidades biológicas ineludibles, los Oppenheimer alcanzaron la parte del Lago Superior señalada por Klaus Zimmermann como el lugar donde Burt Kutcher se hallaría. Había unas cuantas señales que indicaban por dónde se llegaba hasta la base. Era mediodía y hacía sol, pero la temperatura era espantosamente baja. Había nieve por todas partes y hacía un frío que pelaba. La base resultó ser un campamento como los

que se veían en las fotografías de las expediciones a los polos. El acceso no estaba restringido. Desde la orilla el lago parecía un mar, cosa nada rara teniendo en cuenta que su extensión era mayor que la de la República Checa. Como cualquier lago que se precie, también éste encerraba una historia paranormal: la del OVNI derribado el veintitrés de noviembre de 1953 que yacía en el fondo junto al Kinross F-89. Y, al igual que en el resto de los casos, las pruebas nunca habían sido lo suficientemente concluyentes. O bien no habían salido a la luz. Niels, que conocía la historia, se dijo que no hacía ninguna falta la llegada de alienígenas para acabar con la Tierra, que los propios habitantes del planeta —en especial algunos especímenes tarados— ya se encargarían de ello.

Oppenheimer fue el primero en alcanzar la base. Los científicos que había por allí no le dieron mucha importancia a su presencia. Estaban acostumbrados a las caras nuevas y el armenio tenía todas las trazas de un investigador. Preguntó por Kutcher y le indicaron dónde estaba. Después de presentarse como amigo de Klaus Zimmermann, Niels dijo que venía con su familia. Kutcher le animó a que pasasen y tomasen un chocolate caliente o un café. Asimismo les ofreció una habitación para pasar la noche.

Burt era un tipo de unos cincuenta años con aspecto muy saludable. Pelo cano, mejillas sonrosadas y un carácter bastante afable. Oppenheimer le explicó brevemente el motivo de su visita, omitiendo los detalles más comprometedores. Las mujeres permanecieron en el interior de la base y los dos hombres salieron a dar un paseo.

—¿Qué tal está el bueno de Zimmermann? —se interesó su colega.

—En líneas generales bien. Me pidió que le enseñase esto. —Le mostró las imágenes tomadas con la cámara del móvil.

—No se aprecia muy bien de qué se trata —dijo Kutcher tras echar una ojeada.

—No se preocupe. Podemos imprimirlas ahora.

Le comentó de qué se trataba y el americano palideció un poco. Oppenheimer no se anduvo con rodeos y añadió que el alemán le había mencionado que él sabría de qué se trataba, lo cual era parcialmente cierto, dado que Burt solo conocía los planos de la Piscina. Expuso brevemente qué era lo otro, a saber, los planos de los misiles nucleares.

—Supongo que usted está al tanto de la amenaza china, ¿me equivoco? —Burt Kutcher se sintió azorado.

—Así es —contestó motivado por la franqueza del extranjero.

—¿Cree que hay algo que podamos hacer al respecto?

—Señor Oppenheimer, yo soy científico, no militar ni periodista.

—Yo tampoco. —El rostro de Niels transmitía dureza. Se iría de allí con una respuesta precisa.

El frío hacía que saliese una especie de vapor condensado al exhalar. Burt Kutcher sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo del abrigo y le ofreció uno antes de encender otro para él. Niels aceptó el ofrecimiento.

—La situación es delicada —prosiguió Burt—. He pensado mucho en ello y no logro llegar a una solución. Es algo que excede a mis capacidades.

—Creo sinceramente que debemos tomar cartas en el asunto.

—¿Y qué podemos hacer?

—Esperaba que usted pudiera decírmelo.

—Me temo que han hecho un viaje en balde.

—No del todo. El paisaje es precioso y ha merecido la pena. —Los dos hombres sonrieron. La situación no podría ser más rocambolesca.

Cuando el cigarrillo se hubo consumido, Kutcher lo terminó de apagar en el suelo y lo envolvió en un pañuelo de papel. Ecologista convencido. No debía tratarse de un mal hombre.

—¿Alguien más sabe todo esto? —prosiguió el anfitrión de los Oppenheimer.

—Supongo que bastantes.

—Me refería a…

—… ¿A si alguien sabe que yo lo sé?

Burt Kutcher no supo qué responder de entrada y se tomó su tiempo. En un determinado momento debió suponer que era mejor poner las cartas sobre la mesa y dejar de tantear el terreno. Contaba, a su juicio, con razones suficientes para tener claro que el armenio sabía muchas cosas. No obstante, lo cierto es que Oppenheimer se estaba probando, por no decir que estaba marcándose un farol. Klaus Zimmermann no le había dado toda la información sobre su homólogo americano. De hecho, ni había mencionado que albergase dudas con respecto a él. De haberlo sabido, Kutcher habría caído en la cuenta del error que acababa de cometer.

El americano, en cierta medida, había mentido, considerando que conocía la entrada en el blog. De modo que lo más probable era que estuviera buscando conocer al remitente de la misma. Si Klaus Zimmermann estaba dentro, ¿quién la había colgado? En esa cuestión residía el verdadero misterio para él, sobre todo teniendo en cuenta que Kutcher sabía que se había firmado con el alias del alemán.

—¿Sabía usted que han difundido la información que me ha facilitado? —se atrevió a preguntar finalmente.

—Es probable.

Aquel hombrecillo de aspecto amable llamado Niels Oppenheimer presentaba una determinación y una contundencia en sus declaraciones que resultaba pasmosa.

—Y no sabrá por casualidad quién lo ha hecho, ¿cierto?

—¿Cómo saberlo? —Niels evitaba a toda costa que sus palabras diesen algún indicio de que él tenía algo que ver con la difusión de la noticia, pruebas incluidas. Tampoco Klaus le había contado que él había mandado las imágenes a su esposa, ni estaba al tanto de la existencia del blog revolucionario. Así que, en sentido estricto, no faltó a la verdad—. En cualquier caso —prosiguió—, lo importante es que ahora todo el mundo sabe lo que pasa en Nebraska y lo que acaecerá dentro de unos días.

—¿Siente que alguien haya hecho lo más mínimo?— Kutcher esbozó una sonrisa desencantada— Ni rastro de alarma social, ni la más insignificante reacción. ¿No se da cuenta? O a nadie le importa o nadie parece darse cuenta de la gravedad del asunto. Nadie *nos* cree.

—Piénselo detenidamente —propuso Niels—, ¿lo creería usted?

Burt Kutcher echó una ojeada rápida al lago. La preocupación quedaba patente en su cara. Era como si algo le dijese que no podían hacer nada por mucho que se esforzasen.

—Señor Oppenheimer —concluyó Burt—, éste es el fin.

En un intento de mantener la calma y la esperanza, Niels Oppenheimer, tras una mirada al lago de sus sueños, repuso: «Yo no estoy tan seguro de ello».

Al caer la noche, todos se refugiaron en la base. A pesar de estar equipada con tecnología punta, la construcción era obsoleta y funcional, similar a un campamento científico ruso de los años setenta del siglo veinte. Aunque ninguno de los suyos dijo nada, la excursión no había resultado del todo satisfactoria. El frío era muy intenso y no apetecía salir a pasear y, aunque así hubiese sido, Anna no habría podido. Un fallo de previsión y cálculo.

Cenaron rancho y se acostaron temprano. El barracón estaba perfectamente equipado con sistemas de calefacción y Niels no pudo evitar recordar el búnker. No consiguió descansar mucho aquella noche y tan pronto como se hizo de día agradecieron a Burt y a los suyos su hospitalidad y procedieron al regreso.

Antes de que el físico hubiera subido al coche, Kutcher le llamó. Los demás se resguardaban dentro del vehículo.

—Señor Oppenheimer, tengo que confesarle algo —el armenio le miró expectante—. Sabía quién era usted, aunque reconozco que me ha sorprendido que conociera a Klaus. —Había bondad en su mirada— Es probable que volvamos a vernos en breve.

—Es probable —se despidió Niels sin molestarse en recabar más datos sobre cómo le conocía.

De camino a casa, Oppenheimer trataba de explicarse qué había llevado a Burt a ocultar la información. Un hombre que no tira las colillas al suelo para no dañar la naturaleza a pesar de que poco importaba ya no era una mala persona. ¿Cuáles eran sus

motivos? ¿Qué le habían ofrecido a cambio? A pesar de las bajas temperaturas, no era preciso recurrir a cadenas para conducir.

Antes de acostarse aquella noche, Oppenheimer confesó a su esposa la verdad, la terrible verdad. Narine no daba crédito a las palabras de su marido.

—¿Dices que en diez días tendremos que meternos todos en un búnker bajo tierra?

—Así es —contestó Niels consternado.

El sueño americano daba paso al insomnio universal. El físico instó a su mujer a no preocuparse. Todo irá bien, le prometió. Todo irá bien. ¿Ocurriría algún milagro? Se preguntó Oppenheimer con la mirada clavada en el techo de la habitación.

—Dios —dijo—. Dios, ¿querrás ayudarnos, Dios mío? —dijo. Y así logró quedarse dormido.

27

15 de diciembre.

A tan solo diez días la fecha señalada para el asalto, comenzaron a llegar los primeros invitados. Las instalaciones, prácticamente deshabitadas hasta entonces, se convirtieron en un hervidero humano. Era posible advertir el murmullo de la masa, el ruido de la maquinaria antropomórfica, los pasos y el desconcierto controlado. Había personal destinado a dirigir el tráfico de personas, guiándoles hasta sus habitaciones e indicándoles apresuradamente la ubicación de los establecimientos principales.

El resto de los Zimmermann había llegado días antes para regocijo y consuelo de Klaus. Éste había dado órdenes de que fueran a recogerles al aeropuerto. El importe de los billetes fue inmediatamente repuesto en su cuenta bancaria, si bien él no tenía ni idea de ello. Durante todo aquel tiempo no había pensado lo más mínimo acerca de las cuestiones materiales, más allá de las que tenían que ver con la enorme Piscina («Bañera», según la llamaba el biólogo en ocasiones, fingiendo haberse confundido) y con el modo de traer a su familia, o escapar, en su defecto.

Resultaba curioso ver cómo los americanos ejecutaban escrupulosamente los detalles formales, al margen de la relevancia que pudieran tener: reembolsar el dinero que habían costado los billetes de los Zimmermann; mantener a varios agentes buscando a «fugitivos» que bien podían llamarse León Poiccard o Maribel Salgado, etc. Asuntos que podrían haber pasado a un segundo plano pero que los *yankees* no descuidaban en absoluto.

Dagna y los niños habían experimentado un gran impacto al contemplar con sus propios ojos el lugar donde su padre había sido destinado («arrestado», a juicio de Klaus). El científico subió a la superficie a recibirles, acompañado por dos militares armados. Los pequeños corrieron a estrecharle entre sus brazos y su mujer caminó pausadamente hacia él, aunque con el mismo entusiasmo, hasta fundirse en un emotivo abrazo. Conforme iba aproximándose, una sonrisa amplia y emocionada se dibujaba en su rostro. Los hombres uniformados contemplaban la escena impasibles. La nieve

cubría lo que meses antes fuera un suelo ardiente y abrasador. Todo era blanco allí arriba: la superficie, el cielo, los árboles, el horizonte. Era como hallarse en una dimensión desconocida por el hombre, una especie de escenario virtual sin acabar, similar al que se empleaba en el diseño de videojuegos.

Brandeis, fiel a sus costumbres, lo observaba todo con gran detenimiento, prestando especial atención a los elementos arquitectónicos y técnicos. Enfundado en un abrigo parecido al de los exploradores polares, incluida la capucha con pelo sintético en el borde, y las manos cubiertas por unos guantes de tejido técnico, el chico iba agarrado a la mano de su padre. Erika cogía la otra y Dagna les seguía muy de cerca, en paralelo. En el interior del recinto, la calefacción funcionaba a pleno rendimiento. Los recién llegados se desprendieron de sus abrigos y fueron detrás de Klaus, quien les indicaba el camino hasta su bungalow.

A diferencia del día en que el biólogo había llegado, el quince de diciembre se había convertido en un día complicado para desplazarse por la planta superior del búnker: pocos ascensores y muchos cuerpos tratando de descender. Los había de todas las edades y géneros, aunque, por ahora, no de todas las razas. Klaus no percibió la presencia de ningún individuo negro o de aspecto hindú. Indudablemente, los chinos brillaban por su ausencia y, hasta donde creyó ver, tampoco detectó a ningún ciudadano de origen latinoamericano. Casi todas las personas que llegaban, captó, vestían ropas caras, a pesar de que muchas de ellas lucieran modelos informales e incluso deportivos. Incluso se sorprendió de ver algún individuo ataviado al modo de los rabinos.

Un eco babélico se expandía por todos los rincones. Palabras en idiomas diversos que daban lugar a otro común, el único audible pero desgraciadamente incomprensible. Palabras sueltas procedentes de israelíes, alemanes, austriacos, ingleses, australianos, norteamericanos, llenaban los pasillos del búnker.

Zimmermann descubrió que su «barrio» comenzaba a encontrarse en situación de superpoblación: todas las viviendas estaban ocupadas por familias enteras de individuos que no tenían muy claro qué debían hacer o esperar. Se les veía desorientados y algo nerviosos.

La actividad en el interior de aquel complejo comenzaba a ser frenética. La gente no paraba de llegar. Si bien lo peor era el ruido de lo que no era posible vislumbrar desde donde se encontraban Klaus y los suyos: sonidos que daban cuenta de la enorme amplitud de aquel lugar y que señalaban que algo descomunal se había puesto en movimiento. Dicho sonido casi llegaba a convertirse en vibración. Una vibración sutil y a la vez perturbadora, como si de un movimiento sísmico que no alcanzase el tres en la escala de Richter se tratase.

La casa de los Oppenheimer tenía las luces encendidas. Narine, Hasmik y Anna acababan de llegar esa misma mañana. Los Zimmermann les dejaron unas horas para instalarse debidamente y acordaron cenar juntos esa misma noche para establecer lazos desde el primer momento. La soledad y el aislamiento podían ser enemigos fatales allí abajo. El idioma constituía un inconveniente que, en ese caso, no tardaría mucho en solventarse.

Las primeras impresiones de los recién llegados de ambas familias eran contradictorias: por una parte se suponía que debían sentirse agradecidos por disponer de un lugar en el que resguardarse en caso de ataque nuclear, pero, por otra, la sensación de estar bajo tierra —por no hablar de la perspectiva de ser objeto de una ofensiva de tales características— les apabullaba sobremanera. ¿Debería un condenado a muerte sentirse agradecido por su última cena? Seguramente. Mas ninguno de los miembros de las dos familias era proclive a padecer tan particular *síndrome de Estocolmo*.

Klaus se preguntaba cuánto tardarían en instalarse los invitados, deteniéndose así el incesante movimiento y permitiéndole de ese modo recuperar un poco de calma ahora que los suyos se hallaban junto a él. ¿Acaso habrían sido todos convocados el mismo día y a la misma hora? Cabía pensar que, ante la posibilidad de un asalto sorpresa —anterior a la fecha señalada—, se hubiese emplazado a los «elegidos» a acudir antes de lo previsto. También podía atender a razones de adaptación. Vivir en un búnker no resultaba algo fácil de digerir, de modo que lo mejor era prepararse un poco para ello. Obviamente, la pregunta que se imponía a continuación era: ¿tanto tiempo iban a pasar allí debajo que necesitaban un periodo de adaptación?

Tenían que reconocer que las viviendas estaban perfectamente equipadas con todos los utensilios y provisiones necesarias. Quedaba claro que la intención de los organizadores era transmitir una sensación de normalidad y proporcionar la mayor comodidad posible a sus huéspedes. Las casas estaban dotadas de televisión por cable con una extensa programación de documentales, dibujos animados y películas de todos los géneros. Nada de noticiarios ni cadenas procedentes del exterior. Si al final la cosa se ponía *peluda*, nada menos recomendable que la emisión del fin del mundo a través de la pequeña pantalla. Las reservas de jabón, toallas, ropa, comida y bebida eran abundantes dentro de las casas y el complejo contaba con unos mega-almacenes donde se guardaban más provisiones. En otras palabras, los invitados podrían pasar sus bizarras vacaciones celebrando fiestas a cualquier hora del día. La consigna era muy sencilla: todo está bien. Disfruten de su estancia en el búnker. Disfruten, disfruten, disfruten.

Y también los Zimmermann y los Oppenheimer se dispusieron a disfrutar aquella noche. Las mujeres compartían en la cocina de los alemanes recetas internacionales, pocas palabras y muchos gestos amables. Los niños jugaban en ese idioma suyo que no entiende de fronteras ni nacionalidades y los dos científicos dispusieron la mesa sin despegarse de sus respectivas cervezas.

Oppenheimer creyó reconocer un rostro al otro lado de la calle, varias casas más allá.

—¿Ves a aquel señor de allí? —preguntó a Klaus señalando con la mirada.

—¿El viejecito?

—Sí, ese señor de aspecto tan dulce y respetable.

—Se trata de un viejo conocido de los armenios —hizo una pausa—. De algunos armenios y más de un azerí. Debajo de esa fachada de anciano entrañable se encuentra un despiadado espía. —Otra pausa dolorosa—. No todos los judíos son buenos. —Sus ojos perdieron momentáneamente el horizonte, viajando a las profundidades del alma del hijo de Azerbaiyán a la velocidad de la luz, para regresar poco después. Klaus asintió con la cabeza.

—¿Conoces a muchos judíos? —preguntó el biólogo.

—Técnicamente yo lo soy. Mi madre lo era y supongo que sabrás que si uno nace o se hace judío no deja de serlo jamás.

—Lo sé.

—Zimmermann… —musitó Niels.

—… Oppenheimer. —El físico le devolvió la sonrisa. Las cosas estaban claras para ambos.

—También nací en Azerbaiyán y acabé viviendo en Armenia.

—Bueno, yo soy alemán y tengo bastante poco de nazi. La vida da muchas vueltas, camarada. —Niels le dio gestualmente la razón.

El anciano entró en su bungalow sin haberse percatado de que los dos hombres le observaban.

—Al menos tenemos un vecino que no es científico y que nos asegurará una buena ración de cotilleos…

—Él no es científico, aunque supiera administrar la muerte con una precisión aterradora, pero su mujer sí. Mara Rodenstein, una de las patólogas más importantes del mundo. Una extraña pareja. —Tras meditarlo cuidadosamente, añadió— Chico, no me gusta nada este barrio.

A pesar de la hora, todavía seguían acudiendo personas, aunque a un ritmo más pausado.

Alemán y armenio se lamentaron de la nula ayuda que Burt Kutcher había podido prestarles. Las mujeres no tardaron en llegar con la comida. Los caballeros habían instalado la mesa en el porche y, tan pronto como las vieron aparecer, se levantaron para ayudarles a traer los platos. Daba la impresión de que los chicos se estaban llevando bastante bien, lo que suponía un buen indicio de la viabilidad de la convivencia *underground*. Una mezcla de gastronomía alemana y armenia, adaptada en función de

los ingredientes disponibles, cubrió la pequeña mesa. Los hombres dieron cuenta de las viandas permaneciendo en pie y las mujeres y los niños sentados.

Antes de que hubieran terminado, sucedió algo inaudito. Burt Kutcher apareció con su mujer y sus dos hijos. Klaus alzó el cuello y parpadeó un par de veces hasta quedar completamente seguro de lo que estaba viendo. Niels Oppenheimer contemplaba la escena con atención, sin pronunciar palabra. El alemán se pasó la mano por la barbilla y las mandíbulas. El pelo que ya estaba creciendo sonó a hojarasca reseca. Se levantó con suavidad, pero con firmeza, llamando la atención de su homólogo americano, quien levantó la mano en señal de saludo.

Zimmermann comenzó a caminar hacia él. Niels le había apretado suavemente el brazo en un vano intento de serenarle.

—Buenas noches Burt. Cuánto tiempo.

—Así es. ¿Cómo va todo? —Kutcher hizo un gesto para que su familia entrase a su bungalow e intentó mantener la calma.

—No podemos quejarnos —hizo una pausa—. Qué bueno que ahora seamos vecinos —forzó una sonrisa poco convincente—. Tal vez podamos comernos ese pescado que teníamos pendiente, ¿no te parece?

—Faltaría más.

—No tenía ni idea de que fueras a venir por aquí. —La ira de Klaus iba en aumento.

—Te aseguro que no estaba previsto.

—Muy bien —se serenó Zimmermann—, no quiero entretenerte esta noche. Seguro que ha sido un largo viaje y querrás instalarte lo antes posible. ¿Crees que mañana podríamos reunirnos? Hay un amigo al que me gustaría presentarte.

—Será estupendo —contestó Kutcher con la voz ligeramente temblorosa.

—Perfecto. Mi casa está allí —apuntó señalando con el dedo—. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

Mientras regresaba al bungalow, Klaus Zimmermann recompuso sus ideas. Su comportamiento no había sido del todo decoroso. Pero tampoco la reacción de Burt había despejado sus dudas. Había omitido la información y ahora parecía un poco nervioso, lo que le convertía en sospechoso por el momento. Aun así, Klaus se sentía un tanto despreciable: su aspecto fornido contrastaba con la incipiente flacidez del americano, a pesar de su buen aspecto, y no le gustaba en absoluto proceder como un matón de tres al cuarto. Aclarada una serie de cuestiones, le pediría disculpas, pensó. Después de todo, seguía creyendo que el fin no siempre justifica los medios.

Klaus tomó asiento de nuevo y mencionó que se trataba de un viejo amigo que había declinado la invitación a cenar con ellos. Acaban de llegar y preferían descansar, les disculpó. No dejaba de echar rápidas ojeadas a la vivienda de Burt durante la cena. Una mezcla de rabia y pesar se albergaba en su corazón. Burt Kutcher, la persona que le había introducido en la resistencia ecologista, había acabado siendo un colaborador de Bunk. *Porca miseria!*

La visita de Kutcher la mañana siguiente no se hizo esperar. Por lo menos había que concederle un resto de coraje. Se presentó con un termo de café y unos vasos de plástico.

—Espera aquí —le pidió Klaus y se dirigió a la casa de Niels. Al cabo de pocos instantes, los dos regresaron a la casa del biólogo alemán. Kutcher le había seguido con la mirada todo el tiempo.

—Te presento al doctor Niels Oppenheimer, físico nuclear. Tal vez te suene. —Burt se puso en pie para estrecharle la mano.

—Desde luego que me suena —apuntó—. De hecho, y como muy bien sabrás, ya nos conocemos personalmente.

—Creo que será mejor ir a un lugar concurrido —miró en derredor sin fijar la vista en nada—. Me gusta la gente.

Los otros dos comprendieron inmediatamente que lo que Klaus deseaba era hallarse lejos de las cámaras y los micrófonos o, como mínimo, confundido entre el mayor número de personas posible. Pidió a Kutcher que dejara el termo y los vasos y todos se pusieron en marcha. Por el camino, Zimmermann charlaba sobre cuestiones banales y anodinas: qué tal el tiempo en el exterior, el OVNI fantasma del Lago Superior, el aceite de las *Harley Davidson* y el pescado, etc. Quería dar a los controladores detrás de las cámaras una impresión de tranquilidad, alegría y despreocupación. Tres amigos caminando por las «calles» de la ciudad más VIP de todas.

—Cuando lleguemos al sitio, sería deseable que, al hablar, bajarais la cabeza un poco. Así, como hago yo —musitó e hizo una muestra: miró ligeramente al suelo y levanto la cabeza con una sonrisa—. De este modo les costará más leernos los labios.

Las concentraciones de gente no abundaban allá abajo, de forma que optaron por situarse en los alrededores de uno de los almacenes de alimentos.

—Muy bien, Burt, ¿tienes algo que decirnos? —preguntó Klaus sin paliativos.

—¿A qué te refieres?

—Sabías muy bien lo que estaba sucediendo aquí abajo y no fuiste capaz de decirme nada. Llegaste a permitir que me trajeran. ¿Qué habría pasado si mi familia hubiese decidido no acompañarme? ¿Quién les facilitó mi dirección?

—Fui yo.

—¡Hijo de perra! —Klaus se abalanzó sobre él y le propinó un contundente puñetazo en la boca del estómago. Acto seguido se detuvo. No estimaba prudente llamar la atención de ese modo.

—Me temo que va a ser uno de los primeros en visitar la enfermería —señaló Oppenheimer sin inmutarse.

Kutcher estaba encogido, apretándose la barriga con las dos manos, pero sin tratar de defenderse. No solo porque reconociera la superioridad física del alemán, sino porque, en cierto sentido, consideraba justo el castigo.

—Me prometieron un hueco para los míos aquí abajo —explicó el americano—. No es fácil para un inmigrante judío. ¡Nada ha sido fácil desde que llegamos de Polonia! Mis padres tuvieron que cambiar sus nombres y apellidos. —Klaus y Niels le miraron sorprendidos.

—¿No eres americano? —preguntó Oppenheimer.

—Ahora sí. Conseguí la nacionalidad hace tiempo.

—¿Y eres judío? —Burt asintió con la cabeza.

—Yo les facilité tu dirección, Klaus. Lo lamento de veras. No sabía qué otra cosa hacer. Tenía que salvar a mi familia y también traté de avisarte de que lo más recomendable era acudir. ¿No recuerdas la respuesta que debía dar *Alí Babá*? Yo soy A.E.

Burt Kutcher explicó cómo, movido por el remordimiento, había enviado el famoso mail «Niels Oppenheimer is in» tan pronto como supo que éste había aceptado el ofrecimiento de Bunk, que no era otra cosa que una empresa fantasma detrás de la cual se hallaba el propio Gobierno de los Estados Unidos.

Reconoció haber perjudicado indirectamente a muchas personas, incluso a ciudadanos inocentes, e intentó justificarse afirmando que le amenazaron con acabar con su carrera científica y con complicarle la existencia de maneras insospechadas. Ante su negativa, le hablaron del inminente ataque chino y, finalmente, le prometieron refugio para él y su familia si se prestaba a cooperar. No tuve elección, afirmó antes de suspirar pesadamente.

—Este asunto resulta francamente extraño —sostuvo Oppenheimer— y el mundo, dicho sea de paso, es un lugar muy pero que muy pequeño. —Quedaba claro que los ánimos se habían relajado un poco y que, tácitamente, los tres científicos se concedían una tregua.

—Muy bien —retomó la palabra Klaus—, considerando que estamos aquí, ¿qué podemos hacer para evitar esta catástrofe?

La respuesta no llegaría con facilidad.

—Creo que debemos proceder por partes —sugirió Oppenheimer—. En primer lugar, Burt, no sabemos en qué consistía exactamente tu labor fuera del búnker.

Kutcher les explicó que su función era, básicamente, investigar el agua del Lago Superior. No sé si sabéis la cantidad que han almacenado aquí abajo, comentó.

—Sí que lo sabemos —matizó Zimmermann. Había acabado comprendiendo que su compañero había sido presa del pánico. La heroicidad no se le debe presuponer a todos los seres humanos.

—Recapitulemos, pues —Niels procedía de un modo meticuloso y calculado.

Hicieron balance de las tareas de cada cual: uno de ellos analizaba las cualidades del agua en la superficie; otro la viabilidad de almacenarla en las condiciones que imponía el refugio y el tercero el modo de reducir el impacto de un supuesto contraataque nuclear por parte del ejército estadounidense.

Muchos elementos no cuadraban. Los tres científicos trataron de juntar todas las piezas del puzle. ¿Para qué reducir el impacto de un ataque? ¿No era la destrucción lo que se perseguía? Destrucción controlada. Destrucción masiva, rápida pero poco duradera. Combinación de neutrones que aniquile la superficie terrestre sin dañar el subsuelo. Los argumentos fluían a toda velocidad, como en un *brainstorming* de una agencia publicitaria.

—Me pidieron reducir el impacto de los misiles nucleares, pero, aunque el efecto apenas perdurase, acabaría en un instante con toda la vida en la superficie. Únicamente los refugiados en un búnker similar a éste sobrevivirían.

—Luego sí hay algo que podamos hacer —señaló Kutcher. Los otros dos investigadores le miraron ansiosos a la espera de una respuesta—. Podemos publicar en el *Aquarius* —dijo mirando a Klaus con gesto cómplice —el modo de protegerse en caso de que, finalmente, el ataque se produzca. ¡Hay que habilitar el subsuelo! Estaciones de metro, alcantarillados, cualquier sitio bajo tierra que pueda emplearse como refugio.

—Conocemos las características del armamento americano, pero no las del ejército chino —puntualizó Klaus.

—No creo que difieran demasiado —anotó Kutcher—. Ningún gobierno en su sano juicio querría que su país desapareciera con el resto del mundo. Estoy convencido de que los chinos disponen también de refugios nucleares. Dañando el subsuelo, resultaría imposible regresar a la superficie. Las cosechas crecerían contaminadas, así como el agua. La vida no sería viable en la Tierra, al menos durante mucho tiempo.

—Burt —matizó Oppenheimer—, no es por dármelas de importante, pero me han pagado quince millones de dólares por descubrir cómo impedir los efectos devastadores. No es probable que haya muchos cerebros como el mío, a juzgar por el precio que han puesto a mis ideas.

—Seguramente, pero no nos es dado saberlo con precisión. China es un mundo desconocido para nosotros y las mentes portentosas no escasean precisamente en aquellas tierras. —Niels le dio la razón con un gesto que también ponía de manifiesto la herida en su vanidad.

El armenio buscó en el fondo de su mente, hasta que cayó en un pequeño detalle:

—Sin que venga a cuento, ¿alguien ha reparado en que, aquí abajo, todos tenemos algo de judío?

—¿Es importante?

—Es mucha coincidencia. Hemos pasado algo por alto. —De repente recordó su conversación con Esdras a las faldas del monte Ararat, mientras fumaban pitillos egipcios y americanos respectivamente. Esdras… Según el Antiguo Testamento, el Libro de Esdras y Nehemías constituía un texto mesiánico. En particular la parte que correspondía a Esdras tenía que ver con la reconstrucción del Templo de Jerusalén y la organización legal del judaísmo.

Las imágenes viajaban a toda velocidad por el interior de su cabeza: los chinos y el Arca de Noé; la amenaza nuclear; el sueño donde se le desvelaba que lo que había en el

monte Ararat, si es que había algo realmente, no era la mítica arca, la tabla de salvación de toda la humanidad y los animales que poblaban la Tierra.

—¡Un segundo! —Prosiguió el físico— ¡Oh, Dios mío! ¡Rápido, tenemos que encontrar un ordenador! ¡Hay que subir algo terrible a la Red! —Niels Oppenheimer inició una carrera frenética y los otros dos hombres le siguieron sin preguntar.

—Todos los ordenadores están intervenidos —advirtió Klaus mientras corría a toda velocidad sin rumbo fijo.

—Pero a mí sí se me ocurre algo —dijo Burt Kutcher, jadeando, sonriendo y agitando un móvil en su mano.

Niels Oppenheimer sabía que, si les descubrían, les matarían. Pero no le importaba demasiado. Había demasiado en juego como para andar preocupándose por algo tan insignificante como la vida de uno mismo.

A varios kilómetros de distancia dentro del mismo complejo subterráneo, Esdras y el presidente Crush comentaban la jornada. Habían supervisado la llegada de los invitados desde una sala repleta de monitores. La enigmática lista descansaba a la derecha del presidente y Esdras no podía evitar mirarla de vez en cuando. El humo del cigarrillo del asistente y del habano del máximo representante del pueblo norteamericano llenaba toda la habitación, dotándola de un aspecto fantasmagórico y crepuscular.

—Señor —preguntó Esdras sin apartar los ojos de uno de los monitores—, si me permite la indiscreción, ¿qué opina la Primera Dama de su nueva *residencia*?

—La Primera Dama es plenamente consciente de que sin sacrificio no hay recompensa. Esta situación es dura y compleja para todos, pero no tenemos más remedio que afrontarla con total entereza. —Dio otra profunda calada a su puro—. Si no le importa, voy a retirarme. Ha sido un día largo y muy ajetreado. Necesito descansar un poco. ¿Se queda usted?

—Sí, señor presidente. Seguiré aquí un rato más.

El presidente Crush abandonó la sala dejando, para sorpresa de Esdras, la lista sobre la mesa. La tensión se apoderó de este. Se debatía entre llamar a su superior y decirle que había olvidado el dossier o guardarlo. Finalmente la curiosidad ganó la batalla y, por primera vez en muchos años —por no decir en toda su vida—, Esdras cometió un desliz y abrió el portafolios.

Miles, millones, de nombres. Algunos conocidos por él, otros —los que más— no. Había de todo: médicos, pintores y demás artistas, deportistas de élite, *top models*, científicos de diversas ramas y especialidades, militares, banqueros, empresarios… Esdras se preguntó dónde se alojaría toda aquella gente. Nombres y apellidos europeos y norteamericanos compartían espacio con otros de origen hebreo. Algunos de ellos habían sido adaptados o actualizados, bien por los individuos que los ostentaban, bien por el puro paso del tiempo.

Esdras encendió otro cigarrillo y estudio la lista con detenimiento, saboreando cada calada al ritmo de sus ojos recorriendo aquellos nombres en su mayoría desconocidos. ¿Qué estaba sucediendo allí abajo? Se sintió hondamente defraudado, aunque jamás habría sido capaz de reconocerlo —ni siquiera a sí mismo—. Advirtió que se le había dado el mismo trato que a sus subalternos: también la cadena informativa se había roto para él a partir de un determinado eslabón.

Nisim Aaretzky, Sodi Kaczanowski, John Coen, Nathaniel Bernstein, Hannah Chadow, Naomi Sachman, Mark Zuckerberg... El listado se hacía interminable. ¿Qué demonios estaba pasando en el subsuelo del desierto de Nebraska?

Contrariamente a su proceder habitual, Esdras comenzó a hacerse preguntas y se propuso investigar a alguna de aquellas personas al azar, puesto que hacerlo de manera exhaustiva habría resultado prácticamente imposible.

Miró a los monitores de seguridad. Las zonas comunes estaban casi desiertas. Los convocados descansaban en sus hogares prefabricados y advirtió con profundo dolor que lo único que a él le esperaba era una cama fría en un cuarto vacío. ¡Menuda recompensa a una vida repleta de esfuerzos, sufrimientos y sacrificios!

28

24 de diciembre.

El dispositivo de alarma se había puesto en marcha. Desde el día dieciséis de diciembre, la noticia había sido publicada: a diferencia de lo que se había barajado anteriormente, los últimos datos apuntaban a que la información acerca de las intenciones chinas era completamente falsa. Nuevos hallazgos habían sacado a la luz una verdad más inquietante, a saber, que era el propio gobierno estadounidense el que planeaba una ofensiva sobre suelo asiático.

En el blog se glosaba el descubrimiento. Según parecía, desde un poco antes de 2006 se tenía información precisa del potencial nuclear chino, la cual contradecía la relación armamentística, la localización geográfica de las mismas, y el decálogo de buenas prácticas aportado por China al *NTI: Working for a Safer World* —incluyendo el principio del *no-first-use*—. Los incidentes en Corea del Norte habían destapado la *caja de Pandora* y Estados Unidos había decidido imponer su superioridad una vez más, «anticipándose» a cualquier incidente sorpresa.

Otros internautas adjuntaban datos un tanto más extravagantes que relacionaban el asalto norteamericano con un deseo de expandir el judaísmo por el *continente amarillo*, retomando el espíritu del antisemitismo y estableciendo un nuevo destino para los *hijos de Sión*. O, en otras palabras: China pasaría a ser un *mega* campo de concentración. Las razones atenderían, por un lado, a mermar el enorme poder que estos habían alcanzado en las últimas décadas dentro del *Nuevo mundo* y, por otro, a cuestiones de seguridad. Desde los atentados del 11S, las instancias musulmanas a atacar a los judíos y los países que defendieran sus intereses se habían convertido en una constante. Un nuevo éxodo a China resolvería ambas cuestiones, al tiempo que les otorgaría, por la puerta pequeña, su anhelada *Tierra prometida*.

No faltaban los comentarios delirantes que pretendían certificar que no era la primera vez que los judíos emigraban allí. Según estos, durante el siglo VI *a.C.*, algunos seguidores de Esdras partieron con el historiador (profeta, según otros) hacia Asia,

estableciéndose en el noroeste de la India. Desde aquí fueron expandiéndose hasta llegar a China, formando —al pasar los siglos— lo que dio en conocerse como la *comunidad judía de Kaifeng*, que contaba con su propia sinagoga, y que se habría mantenido hasta la actualidad, «renovando» o, como mínimo, adaptando algunos preceptos del judaísmo. Definitivamente, la Wikipedia estaba causando estragos en algunas mentes blandas y deformes.

Interpretaciones al margen, la noticia había tenido el mismo impacto que la entrada anterior, es decir, se había limitado a llamar la atención del sector más friqui de la población, si bien ninguna entidad seria le había concedido el menor crédito.

El origen de la entrada en el blog había sido un sms de Burt Kutcher a un camarada ecologista que, a su vez, había remitido la información a Enrique Junco —quien, tras recibirla a través de su nuevo «teléfono blindado», había colgado finalmente el mencionado *post*—. Si alguien más había subido más información o era responsable de alguno de los comentarios más alternativos era algo que Junco desconocía por completo.

A modo de recomendación adicional, el informático sugería que el día de Navidad todos trataran de resguardarse bajo tierra: estaciones de metro, cloacas, refugios nucleares, minas de carbón, etcétera. Cuanto más hondo, mejor. Asimismo, aportaba detalles sobre las características del armamento americano: efectos letales, volatilidad y superficialidad —lo que no reduciría lo devastador del impacto—.

Mientras Enrique Junco se buscaba la vida para colgar una información que había recibido vía sms, Maribel y yo permanecimos en la lujosa mansión del cliente de mi hermano. Mi compañera parecía clara y profundamente afectada. Yo, sin embargo, consideraba que todo aquello parecía increíble: primero una organización secreta asociada al Gobierno de los Estados Unidos, después una amenaza china y ahora una especie de novela bélica de *drugstore*. Lo único que me desconcertaba era que, en efecto, unos hombres muy reales se habían presentado en la redacción donde en otros tiempos solía trabajar llevándose mi ordenador y que, más tarde, nos habían perseguido.

En definitiva, unos cuantos meses después seguía sin saber qué coño había sucedido y seguía pasando.

—Empiezo a creer que toda esta historia no se basa más que en rumores —dije con intención de tranquilizar a Maribel.

—Los rumores no persiguen a las personas, León.

—De acuerdo. A lo mejor se trata de otra cosa, pero que nada tiene que ver con ataques nucleares ni con conspiraciones secretas.

—Pero, ¿y si no fueran rumores? ¿Y si, después de todo, la historia fuera absolutamente cierta?

—En ese caso, me temo que estamos perdidos.

El abatimiento de mi compañera era patente y yo no sabía muy bien qué podía hacer para consolarla. Al final su fragilidad, no femenina sino humana —ésa que yo mismo habría podido compartir o experimentar—, emergió. Hasta el momento había hecho gala de una fortaleza que rozaba lo inhumano y, a pesar de que sufría por ella, no pude dejar de conmoverme ante aquella muestra de sensibilidad. No es que creyese que Maribel no era una mujer sensible, pero la experiencia de la situación límite la volvió, si cabe, más encantadora y cercana. Una mujer desnuda, desprovista de los habituales mecanismos de distanciamiento estratégico, del lastre de las apariencias, del baile de máscaras. Una Maribel tal y como era, sin trampa ni cartón. La abracé sin ningún otro tipo de intención que transmitirle todo mi apoyo, calma y buenos deseos. Algo que, he de reconocer, no hacía con demasiada frecuencia.

Aunque no mencioné la expresión «debemos estar preparados para lo peor», empecé a dar los primeros pasos en esa dirección. No era capaz de predecir la respuesta que la entrada en el blog tendría, si bien mi carácter propenso al cinismo y al desencanto me hacía suponer que sería bastante tibia, por no decir nula. Independientemente de mi decisión de «desentenderme» del asunto, y únicamente por contentar, o al menos tranquilizar un poco, a Maribel, accedí a llevar a cabo la última acción relacionada con aquel sinsentido.

Sugerí hacer algunas pintadas por las calles, bombardear los blogs que tratasen temas relacionados, no solo el de Junco y los suyos, fusilar los foros y saturarlos de información —más bien recomendaciones e instrucciones sobre cómo protegerse—, pero, sobre todo, avisar a familiares y seres queridos, confesarles toda la historia y rogarles que efectuasen un último acto de fe —por delirante que les pareciese nuestro relato— y se pusieran a salvo atendiendo a nuestras indicaciones.

Enviar una última «nota de prensa» al *Vientos de cambio* no estaría tampoco mal. Quizá fuera, a la postre, la mejor noticia que hubiese difundido en toda su historia. Podríamos aprovechar la ocasión para disculparnos con nuestro jefe. Abandonar este mundo sin haberse reconciliado con todos nuestros enemigos y dejando cuestiones pendientes no suele ser una buena idea. Luego, uno puede retornar en forma de fantasma y la cosa tiende a complicarse por el resto de la eternidad. La parte positiva: que ya no quedaría ningún lugar al que regresar.

Tres horas después, Enrique Junco se hallaba de nuevo en nuestra «mansión franca». Le expuse mis ocurrencias y estuvo de acuerdo con ellas. Telefoneó rápidamente a su madre, a su novia, a Big Dick Jr. y a unos cuantos amigos más. La madre y su chica vendrían a París; Big Dick se buscaría la vida en Madrid, al igual que el resto de compañeros de Junco.

Maribel, por su parte, llamó a sus padres desde el fijo de la casa. Más tarde enviaría algunos mails a varios amigos, incluido el detestable Henri. No sabía cómo darles la noticia: si ser directa o vender la idea de una cena de Navidad pintoresca. Finalmente se decidió por la sinceridad y les transmitió su preocupación. Sus padres no creyeron de entrada lo que su hija les estaba contando, pero acabaron aceptando sus recomendaciones de mala gana. Ella sabía que disponían de un sótano habilitado, de modo que les sugirió que celebrasen la Nochebuena en su *reservado*. Lo bueno de ser millonario es que siempre cuentas con un rinconcito donde protegerte en caso de un eventual ataque nuclear.

—¿Entonces no cenas con nosotros ese día? —le preguntó su madre.

—No, mamá. Estaré fuera.

—Una pena, hija. ¿Vendrás en Nochevieja?

—Tal vez.

La última pregunta de su madre no sorprendió a Maribel. Jamás se habían tomado en serio nada de lo que ella dijera. Y ni siquiera en esta funesta circunstancia parecían hacerlo. Maribel apretó los dientes al colgar, de modo que sus afiladas mandíbulas se acentuaron aún más. Unos pómulos duros y sensuales al mismo tiempo.

Yo solo contaba con Maurice y Fela. Telefoneé a mi hermano también desde el fijo.

—¿André? —preguntó al otro lado del auricular.

—Soy yo, León.

—Ah. ¿Qué me dices?

Le conté por encima la historia advirtiéndole previamente que iba a parecerle descabellada. La visita de los agentes contribuyó a que diese más crédito a mis palabras, a pesar de lo cual, en efecto, confesó que lo que le estaba diciendo era una completa locura. Optaron por celebrar la navidad en uno de los sótanos de la bodega y nos ofrecieron compartir con ellos refugio, viandas y buen vino. Decliné su invitación. Me sucedía algo similar a lo que ocultaba Maribel: aunque nunca habíamos estado presentes en un ataque nuclear y no sabíamos lo que se sentía ni durante cuánto tiempo, no queríamos compartir ese momento con nuestros seres queridos. Sencillamente, no queríamos verles morir o que ellos nos vieran caer a nosotros, al margen de que ni siquiera su cerebro tuviese ocasión de procesar la información, esa última imagen. Se trataba de una cuestión de respeto y de decoro.

En lo más hondo de mi corazón, tampoco quería estar junto a Maribel en el fatídico instante. Algo que me producía una gran tensión interior. Ver o no ver, esa ha sido siempre la gran cuestión.

—¿Y dónde os vais a meter vosotros? —preguntó Maurice.

—Lo tengo todo planeado. Por cierto, ¿vendréis con nosotros a una exposición de arte?

Mi respuesta confundió un tanto a mi hermano, quien, después de un instante de duda, respondió que sí. Sabía perfectamente lo que pensaba. Aquella podía ser la última vez que nos viéramos y era una excusa perfecta para despedirnos sin dramatismos y con un «hasta luego» en lugar de un «adiós».

Hicimos lo que pudimos durante los días previos al *día D* y la víspera de la fecha prevista para el fin del mundo decidimos relajarnos un poco y deleitarnos en la belleza de las piezas presentadas en la Bienal de París.

La madre y la compañera sentimental de Junco llegaron dos días antes. No hubo visita turística y sí muchas explicaciones. Emma, la —hasta ahora— desconocida compañera de Enrique, confesó que siempre había temido que algo así pudiera acabar sucediendo. No compartía al cien por cien las aficiones contestatarias de su novio, si bien durante mucho tiempo no habían pasado de ser una suerte de pataleta cibernética bastante inofensiva. Desde que él le comentó el asunto de Oppenheimer, Emma cambió de parecer.

Me enternecí al constatar que lo único que deseaba la madre era pasar la, presumiblemente, última navidad al lado de su hijo. La señora no hacía preguntas, no juzgaba. Además, se le veía maravillada de estar en París, a pesar de no visitar ninguno de los monumentos y lugares emblemáticos. No tuve la necesidad de preguntar para saber que era la primera vez que salía de España. Maldije para mis adentros a los cerdos que habían organizado un desenlace de aquellas características para toda la humanidad. Observando a la buena mujer, se me hacía inconcebible que algún desequilibrado se hallara dispuesto a acabar con millones de personas similares a ella por motivos puramente personales —por mucho que se adornasen con razones de Estado—.

Un taxi grande nos recogió en la puerta de la casa de André, otro que también disponía de un refugio particular. La madre de Junco estaba encantada. Todo lo que contemplaba desde la ventanilla del vehículo le parecía fabuloso. La ciudad apuraba las

últimas horas antes de sentarse a la mesa. Guirnaldas, farolillos y canciones navideñas enmascaraban el horror. Caras felices, familias enteras disfrutando de las vacaciones, ese último regalo de Santa Claus que siempre se nos olvida. Millones de neutrones preparados y dispuestos a arrasar el Planeta. Un terrible contraste entre la masa humana y la *masa crítica*.

Cuando llegamos a las puertas del edificio que alojaba la exposición temporal más importante de Francia, advertí que mi cajetilla de cigarrillos estaba vacía. Podría haberle pedido uno a Maribel, pero, de repente, comprendí que un último acto de transgresión bien podía ser no hacer lo esperado: echar un último pitillo antes de morir. Así que estrujé el paquete vacío, lo arrojé a una papelera y me dije que, puestos a palmarla, prefería hacerlo contemplando algo hermoso en lugar de perforarme los pulmones por última vez.

Maurice y Fela nos esperaban junto a la taquilla. Había un tráfico notable de amigos del arte, a pesar de la fecha que los organizadores habían seleccionado para la apertura al público de la muestra. Los carteles de gran formato con la niña pecosa —que posteriormente llegaría a saber que se llamaba Erika Zimmermann— se hallaban por todas partes, incluida la pared principal, justo encima de la puerta de entrada. Mi hermano ya había comprado las entradas y no permanecimos mucho tiempo fuera. Por mi parte, había adquirido el hábito de inspeccionar cada escenario antes de dar un paso, verificando que nadie nos seguía. Y así parecía ser.

El interior de la gran nave estaba repleto de gente. Aforo completo, como solía decirse. De manera espontánea, aunque eso es algo que no sucede ni en los supermercados ni en las galerías de arte, nos dirigimos a la sala central, en la cual se habían instalado las piezas de Erika Zimmermann. Lleno total. La obra de la niña constituía un rotundo éxito y no me extrañó que la hubiesen seleccionado como el principal reclamo de la Bienal. Todos los lienzos tenían algo muy especial y, aunque hacía tiempo que había perdido la fe en el arte —y sobre todo en los artistas y críticos—, reconozco que experimenté algo similar a lo que sentí la primera vez que estuve delante de *El jardín de las delicias*. Sencillamente, me sentí traspasado por la autenticidad de su pintura; quedé suspendido momentáneamente de toda dimensión espacio-temporal. Las pinturas de la pequeña encerraban algo demoledor, una prueba

naïf de que el mundo se encaminaba por derroteros erróneos, pues había olvidado la dimensión espiritual —más apegada al suelo, a la tierra y al cuerpo de lo que solía suponerse—. Aquello me hizo pensar en cómo sería el mundo cuando los supervivientes, en caso de haberlos, regresaran a la superficie. Para mí era todo un misterio.

—Las galerías de arte importantes disponen de cámaras acorazadas en el subsuelo —mencioné a mis acompañantes—. Y es justamente ahí donde nosotros vamos a escondernos esta noche. —No podía dejar de pensar en la madre de Enrique Junco. Menuda última navidad le íbamos a dar…

El resto de mis acompañantes tuvo la deferencia de no hacer ninguna observación al respecto. Insinué a Maribel que sería mejor que nos pusiéramos a buscar la entrada a la «caja fuerte» y a pensar en el modo de acceder a ella. Nos dispersamos discretamente. Yo no sabía si aquello acabaría siendo una última despedida o no. Solo recuerdo que le dije a Maurice: «Nos vemos luego» y él asintió con la cabeza. Maribel y yo fuimos por un lado y Junco y los suyos por otro. Acordamos vernos en esa misma sala, como muy tarde a las cinco de la tarde. La exposición cerraba sus puertas ese día a esa hora y poco nos preocupaba que las cámaras de seguridad detectaran nuestra presencia. Después de todo, incluso le haríamos un gran favor a los de seguridad.

Los problemas no tardaron en presentarse. Un hombre-armario, a los que tanto estábamos ya acostumbrados, nos llamó «cortésmente» mientras transitábamos por un pasillo desierto. Deduje que nos había seguido hasta un lugar poco concurrido para no llamar la atención mientras nos detenía.

—Disculpen. —Maribel y yo nos giramos. Allí estaba.

Antes de que pudiera reaccionar, Maribel le asestó dos golpes certeros y el gigante se desplomó como un saco de patatas, cayendo al suelo completamente inconsciente. La miré estupefacto.

—¿Te he dicho alguna vez que he estado en Japón un par de veces?

—Algo así había oído, creo —respondí.

—Pues no fui de turismo. Estuve en el *Hombu Dojo* perfeccionando mi *Aikido*.

—Vaya, chica —exclamé—, eres una caja de sorpresas…

Me agaché y le confisqué a nuestro perseguidor la placa y el arma. Sabía que solían ir en *packs* de dos, de modo que recomendé a Maribel andarse con ojo, tras lo cual me sentí ligeramente avergonzado, puesto que, en caso de dificultades, sería ella la que me protegería a mí, visto lo visto.

Localizamos el acceso a la planta baja, donde, presumiblemente, se encontraría la fortaleza en la que las obras de arte descansaban a buen recaudo. No nos costó mucho dar con ella. Un vigilante protegía la entrada. Me presenté como agente de la Interpol y mostré la placa del gorila caído en acto de servicio. Por suerte, no incluía una fotografía del susodicho y el encargado de seguridad no tuvo muchos reparos a la hora de abrirnos la puerta una vez le hube dicho que estábamos persiguiendo a un escurridizo ladrón de arte.

Una vez en el interior, le entregué la pistola a Maribel. A decir verdad, a mí me daban bastante grima las armas y a ella, sin embargo, le sentaban de maravilla. La sala estaba prácticamente vacía y lo más destacable era un montón de envoltorios desparramados por el suelo. Mucha Bienal y luego mira, comenté a mi *amazona*.

—Será mejor que nos separemos —dije—, por si aparece el otro agente, ya sabes.

—¿Y dónde nos metemos cada uno? Esto no es muy grande. No voy a poder perderte de vista fácilmente —comentó con una sonrisa. Me alegré de ver que había recuperado su buen humor. Lo cierto es que todos estábamos llevando a cabo un gran esfuerzo para disipar el malestar que nos producía aquella situación desesperada—. Mira —prosiguió—, yo voy a decirles a Junco y los demás que hemos dado con la cámara acorazada.

—¿Y cómo piensas entrar de nuevo acompañada? —pregunté. Me miró arqueando una ceja y la respuesta me quedó clara sin palabras—. Está bien. Cuídate. —Le planté un apasionado beso en la boca y ella me correspondió con la misma intensidad.

Fue allí abajo donde decidí transcribir esta historia en mi pequeña grabadora digital. Disponía de unas horas y no se me ocurrió nada mejor que hacer. Ahora ya conocen lo que sucedió. Espero sinceramente que estas notas sean de alguna utilidad para alguien. Por mi parte esto es todo. Dentro de poco, con un poco de suerte, me reuniré con mis compañeros y esperaré pacientemente a que llegue nuestra hora. No sé si volveré a ver a mi hermano y a mis escasos seres queridos. No sé si volveré a contemplar la luz del sol y la superficie terrestre. No sé si seguiré vivo dentro de unas horas. Únicamente quiero añadir que fui muy feliz aquí. Desde París, se despide de ustedes León Poiccard, el veinticuatro de diciembre de…

29

25 de diciembre.

Ni Klaus Zimmermann, ni Niels Oppenheimer ni el recién reclutado, de nuevo, Burt Kutcher habían conseguido promover una revuelta en el interior del búnker. Habían ejecutado alguna tímida pintada en lugares donde las cámaras de seguridad no estaban presentes —por la sencilla razón de que el tránsito por tales zonas era nulo— y poco más. No podían pasar notas por debajo de la puerta, ya que los ordenadores estaban intervenidos y cualquier texto dejaba una huella digital; escribirlas a mano supondría un suicidio aún más inmediato. La grafología les perseguiría hasta la muerte. Y propagarlo abiertamente habría sido el camino más directo hacia el cadalso —si metafórico o real quedaría sin determinar—.

Solo les quedaba esperar a que las noticias que habían enviado al exterior hubieran calado en el grueso de la población. Evidentemente, era algo que no podían comprobar desde donde se encontraban. La fe y la esperanza se habían convertido en las únicas armas con las que contaban los tres científicos. ¡Qué ironía! Repetía Klaus, toda la vida al servicio de la razón para acabar encomendándome a Dios.

No fue preciso que los tres hombres sembraran la duda o el terror entre sus vecinos, puesto que la propia situación les sumía día tras día en un creciente desconcierto y nerviosismo. Intentaban por todos los medios disimularlo. Hacían como que se disponían a celebrar la navidad, los que respetaban dicha tradición, como si nada, pero la tensión era palpable. Conforme se aproximaba el veinticinco de diciembre, los rostros de los adultos confinados bajo tierra se contraían. La mayor parte de estos había ocultado a los niños los verdaderos motivos de la reclusión, lo que facilitaba que estos jugasen despreocupadamente en «calles» custodiadas por miles de cámaras de seguridad. Sin duda, la víspera del evento adquiriría tintes de *última cena* en muchos hogares.

Las familias Oppenheimer, Zimmermann y Kutcher habían decidido celebrar algo parecido a una Nochebuena todos juntos. En sentido estricto, no se trataba de una

conmemoración de la llegada del hijo de Dios, dado que no creían que Jesús fuera el Mesías, ni que existiese un Dios del cual hubiese enviado alguno, pero tampoco una versión reducida y adaptada del *Hanukkah*, pues ninguno de ellos era practicante, ni creyente, a decir verdad. Aquella reunión, por tanto, tendría un significado pagano. Tres familias que decidieron juntarse para celebrar que todavía seguían con vida, quién sabe si por mucho tiempo, y mostrar su agradecimiento a ningún dios en particular.

Las mujeres hacían gala de una valentía y entereza sin precedentes. No se despegaban de sus hijos ni por un segundo. Los hombres tenían el gesto duro, a la expectativa de un ataque sorpresa, como si estuvieran dispuestos a salir en defensa de su manada, aun a sabiendas de que sus «palos y flechas» no tendrían ninguna oportunidad frente al enemigo todopoderoso. Las mandíbulas contraídas, los ojos entrecerrados, el ceño fruncido y los puños apretados. En cualquier momento, un sonido ensordecedor y fugaz determinaría el fin del mundo tal y como ellos lo conocían. Se sentían impulsados a creer en las fuerzas salvadoras provenientes del exterior, de guerreros anónimos y contrarios a los deseos de la cúpula estadounidense, pero sabían que estaban condenados al fracaso más estrepitoso.

En un acto no tanto de egoísmo como de protección, habían decidido no intentar escapar del búnker —según Esdras y el presidente Crush, el lugar más seguro de la Tierra en caso de ataque nuclear—. Al menos los suyos estarían a salvo. Si hubiese dependido de ellos, tal vez su respuesta hubiese sido distinta: no les quedaba claro que deseasen vivir en un mundo como el que, presumiblemente, se encontrarían cuando subieran a la superficie. Pero los niños no tenían la culpa. Obrar de otro modo les habría conducido a una muerte segura y eso era algo con lo que no querían cargar sobre sus conciencias.

Esdras había rechazado la oferta de cenar esa noche con el presidente y los suyos y lo hizo solo. Repasó toda la información que había obtenido durante los últimos días. Lo que caracterizaba a cada una de las personas que figuraba en la lista es que había destacado en el ejercicio de su profesión y, curiosamente, todos ellos eran descendientes de judíos por la rama materna. No entendía nada de aquello. Se sirvió otra copa de Grand Marnier reserva especial y se encendió el séptimo cigarrillo en menos de media hora. Sus ojos claros y líquidos escudriñaban cada sección del listado, tratando de

establecer alguna relación entre los convocados más sólida que la detectada por él. Nada.

Sus sentidos, agudos y entrenados —como los de un felino—, advirtieron un ligero *clic* procedente de las entrañas de aquella construcción. Supo de inmediato de qué se trataba: todos los accesos estaban siendo sellados mecánicamente. A partir de ese momento, 00:00, el inicio del veinticinco de diciembre, nadie podría entrar ni salir de la fortaleza acorazada. Era cuestión de segundos, minutos u horas que una fuerza desconocida tambalease las profundidades de la Tierra y todo terminase para una parte muy considerable de la población mundial.

Esdras se propuso averiguar qué se escondía detrás de aquel entramado antes de que fuera demasiado tarde, para lo cual no debía faltar demasiado. Si tenía que abandonar este mundo, prefería hacerlo con conocimiento de causa o sin dejar cuestiones pendientes. Cogió el móvil y escribió un sms al presidente. Sabía que se trataba de un acto improcedente, pero ya no le importaba. Durante toda su vida se había conducido como un autómata, estricto en el cumplimiento del deber, silencioso y obediente. Ahora quería redimirse. Al contrario que sucede a muchos cristianos, las últimas horas de Esdras no parecían conducirle a la absolución de manera espontánea. No había un sacerdote a quien confesarse ni quien le diese la última bendición. Además, tampoco habría sabido a qué pecados renunciar, dado que siempre había actuado de acuerdo a lo que consideraba correcto. Él era, por tanto, tabla de su propia salvación, la única fuente de la que podría emanar el perdón.

Señor presidente, disculpe mi atrevimiento, pero he encontrado una lista que debió usted dejar olvidada en la sala de monitores y he pensado que podría necesitarla.

Éste fue el mensaje que envió a Crush. No tardó en recibir una respuesta:

Señor Esdras, muchas gracias por avisarme. Si no le viene mal podemos vernos en la última sala *a las dos de la madrugada.*

Esdras conocía perfectamente la citada habitación. Era el lugar desde donde se activarían los misiles si fuese preciso. Cogió la lista, fumó otro cigarrillo a toda velocidad y se encaminó hacia la sala a pie. Quería recorrer por última vez los pasadizos

de aquel laberinto invisible desde el cielo donde muchos se habían «acogido a sagrado». ¿Se trataba realmente de un asilo subterráneo o de un enorme monumento a la destrucción? Esdras no podía serenar la mente. No dejaba de sentir el profundo aguijonazo de la traición.

No se escuchaba el menor sonido, aunque lo más seguro es que ninguno de los adultos hospedados en aquel complejo estuvieran durmiendo. Tal vez lo más deseable llegada la hora fuera que la Parca nos encontrase sumidos en un sueño profundo y que, de este modo, el tránsito de un estado a otro no resultase traumático. Pero una cosa siempre ha sido lo deseable y otra muy distinta lo de facto. Nadie logró conciliar el sueño, salvo los niños. Los niños.

Por el camino tuvo ocasión de descubrir algunas de las patéticas pintadas del trío conformado por Zimmermann, Oppenheimer y Kutcher. Se preguntó por qué alguien se habría jugado la reclusión —o incluso la vida— para advertir a los demás de algo que, quizá, no fuera cierto. No hacía frío en aquellos corredores, gracias a un sistema aéreo de calefacción que regulaba la temperatura de manera automática.

A las dos en punto, Esdras llegó a la entrada de la *última sala*. Ni siquiera él tenía acceso a ella, de forma que tuvo que poner en funcionamiento un mecanismo de aviso. Menos de un minuto después, la puerta de seguridad se abrió con suavidad permitiendo el paso al confundido asistente del presidente Crush. Lo que vio en el interior de la sala le dejó completamente helado. Las paredes estaban recubiertas de reproducciones de escenas del paraíso, fotografías, banderas de una nación desconocida clavadas sobre un mapa enorme dibujado a mano en el cual no había separación entre países ni continentes; un enorme mapa blanco, la imagen de un mundo post-nuclear. También había grabados, muchos grabados. Parecía la habitación de un fanático demente de *El secreto*. Esdras recorrió con la mirada todas las imágenes sin decir nada.

—Aquí tiene su lista, señor presidente. —Le entregó el portafolios.

—Muchas gracias, señor Esdras. Es usted muy amable.

—Lo encontré ayer.

—No es así —corrigió su superior. Ante la mirada atónita de Esdras, Crush sonrió y pulsó el botón de *play*. En una de las pantallas se reprodujo el material grabado por una cámara de seguridad. Allí estaba Esdras llevándose el listado el día quince de diciembre—. De todos modos, no se preocupe. No me molesta que haya revisado el documento. ¿Conocía a muchos de los convocados?

Esdras no respondió a esa pregunta e insistió en tomar otra dirección.

—¿Dónde se albergan tantas personas? Es imposible que quepan todas aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde es «aquí»? —un brillo desconocido para Esdras se reflejó en los ojos del presidente—. La extensión real del búnker ocupa todo el subsuelo de Nebraska. ¿Qué le parece? ¿Cómo si no podríamos alojar a dos millones de personas?

Esdras dirigió la vista al enorme panel digital que ocupaba prácticamente la pared principal, la del frontal. Un *mapa-mundi* del caos.

—Con todos los respetos, señor presidente, debo comunicarle que no entiendo del todo lo que está sucediendo. —A pesar de la tensión, Esdras mantenía el gesto firme y controlado— Hay rumores de que el asunto de la invasión china es una farsa, una pantalla de humo, un mero pretexto para abalanzarnos sobre ellos.

—¡Ah, sí! —el presidente cogió unos papeles y se los entregó a Esdras. Eran unos *print* de pantalla donde podía leerse las entradas en el blog de Klaus, Junco y los suyos—. Ya hemos localizado a los responsables y a estas horas deben estar detenidos. Se trata de tres personas de origen español: León Poiccard, Maribel Salgado y Enrique Junco. Me consta que hay más personas implicadas, pero todavía no han sido identificadas. Unos agentes vigilaron sin cesar a Maurice Poiccard, hermano del tal León. La última noticia que recibimos es que habían sido vistos en la Bienal de París. Arte, ya sabe —esbozó una sonrisa maliciosa—. Como ya le he dicho, seguramente esos infieles habrán sido puestos fuera de la circulación a estas horas.

El término «infieles» descolocó a Esdras. El presidente se recreó en la visión de su asistente leyendo por encima los datos aportados en el blog llamado *Aquarius* y las observaciones subidas por los internautas.

—¿No le parece gracioso? —Prosiguió Crush— ¡Una comunidad judía en Kaifeng! Estos rebeldes han hecho los deberes —reconoció—. El problema es que los han hecho mal. —Sus ojos se entornaron ligeramente y su rostro adoptó rasgos más duros. La luz blanca de la habitación y la oscuridad de las paredes y el mobiliario contribuyeron a hacer más tétrica la estampa. Los pómulos del presidente se acentuaron más por efecto de la iluminación—. Señor Esdras —el presidente Crush se disponía a formular una pregunta que resultaría muy familiar a su asistente—, ¿ha deseado algo con tanta intensidad que se haya materializado? —Antes de que éste pudiera responder, el presidente retomó la palabra— Pues el pueblo judío sí.

Crush se lanzó al relato del éxodo judío a los Estados Unidos. En su opinión, el deseo de su pueblo era establecer allí su particular *Tierra prometida*. Generaciones de judíos, incluida su familia, había luchado duro por conseguirlo. Las guerras por el petróleo, las cuestiones referidas al cambio climático y la supuesta escasez de agua que convertiría a dicho líquido en un bien más preciado que el oro, ni las teorías sobre los radares HAARP empleados como armas, no han sido más que hipótesis falsas, que hemos dejado que se desarrollasen libremente en tanto que nos beneficiaban, confesó. En otras palabras, meras cortinas de humo. «Manejar a nuestro antojo a la opinión pública siempre ha sido una de nuestras especialidades», sostuvo sin pudor al tiempo que encogía los hombros como un niño travieso que acaba de cometer una fechoría sin importancia. Esdras no daba crédito a lo que estaba oyendo. Tenía claro que ya no escuchaba a un hombre sensato, sino que Crush había perdido el juicio por completo.

—Pero los estadounidenses de toda la vida, esos que piensan que llevan aquí desde el principio de los tiempos, ¡esos advenedizos!, no nos lo pusieron tan fácil, relegándonos a un *gueto*, o un lobby muy importante, pero un mero lobby, si lo prefiere. Y ahora nos hallamos en disposición de ejecutar nuestro plan definitivo. —Hizo una pausa que aprovechó para encender uno de sus famosos puros— Por fin podremos llevar a cabo el sueño de una raza pura, pero no aria, como pretendían esos ineptos de los nazis, sino judía. Desde que era un niño soñé con ver un día así. Un mundo que no nos obligase a seguir buscando una tierra donde reposar nuestros huesos. Los míos, y también los suyos, señor Esdras, se lo merecen. Usted también es judío, no lo olvide. —Crush no consentía que su interlocutor tomase la palabra—. Hemos reclutado a los

mejores cuerpos y las mejores mentes y disponemos de bancos de semen y óvulos eugenésicamente seleccionados. —Dio otra calada al habano—. Cuando regresemos a la superficie, será preciso reconstruir el mundo y cada uno de los aquí congregados será de gran ayuda, por no decir imprescindible.

Esdras lo comprendió todo en un instante: los cultivos hidropónicos, la Piscina, el agua era algo que de ningún modo podía faltar, las modelos, los científicos, los animales en algún lugar del complejo… No había dudas: los elegidos serían los únicos supervivientes de la raza humana y animal. El mundo empezaría desde cero. En efecto, aquella construcción bajo tierra se asemejaba al Arca de Noé. Un *búnker de Noé* donde se salvaguardarían a los ejemplares más decisivos —por cuestiones físicas o intelectuales— de la especie más amada por Dios, la más semejante a él. Y Crush se erigiría como el nuevo y único Dios, renacido el veinticinco de diciembre en lugar de la tradicional y antropomórfica Epifanía de Yahvé: Jesús.

—Señor presidente —añadió Esdras—, yo soy judío, pero lo que está diciendo constituye una majadería absoluta. Es usted un demente que va a poner en peligro la vida de todo un planeta por nada. Creo firmemente en la convivencia de los pueblos, en el valor de la vida, y no pienso tolerar que apriete usted el botón.

Dicho esto, Esdras se arrojó a toda velocidad sobre Crush, quien, en previsión de lo que podría suceder, había sacado de su chaqueta una pequeña pistola del calibre veintidós.

—Una pena, señor Esdras. Una pena. Me habría gustado contar con usted en esta nueva etapa.

Desde el exterior de la cámara acorazada, se había escuchado un disparo, cuyo sonido se amplificó gracias al vacío para perderse poco después sin que nadie hubiera podido apreciarlo.

Las tres de la madrugada suele ser considerada la *hora del diablo*, dado que es el momento opuesto al establecido por Mateo (Mt. 27:45-54) y por el resto de la tradición popular como hora de la muerte de Jesucristo. A dicha hora, se dice que el Demonio

camina sobre la Tierra. Y precisamente a esa hora, un presidente absolutamente enajenado se dispuso a pulsar el botón que activaría los misiles que acabarían con la vida sobre la faz del Planeta. Aspiró profundamente, henchido de orgullo y satisfacción. Él, ya no el mesías, sino el nuevo Dios, creador de un nuevo mundo, contemplaba el mapa con las manos apoyadas a ambos lados del interfaz. Un botón rojo dentro de una carcasa de metacrilato transparente llamaba poderosamente su atención. Levantó la tapa de manera ceremonial y fue aproximando lenta pero inexorablemente su dedo hacia el botón. No le temblaba el pulso, pues sabía que el destino de la humanidad ya estaba decidido.

30

Epílogo.

A las tres de la madrugada del veinticinco de diciembre, las familias Zimmermann, Oppenheimer y Kutcher aún seguían con los ojos bien abiertos. Los pequeños dormían desde hacía rato y Hasmik luchaba por mantenerse despierta. El silencio resultaba aterrador, como si se hallasen en el lugar más sagrado de todos y en presencia del mismísimo Creador.

Maurice y Fela se revolcaban, ebrios, sobre una alfombra dispuesta en una de las bodegas propiedad de la familia, es decir de Maurice, Poiccard.

Algo similar, pero en compañía de un nuevo amante, hacía André, el benefactor de León y sus acompañantes.

Henri, ¿dónde se habría metido Henri?

De quien sí quedaba claro el paradero era de Big Dick Junior: se encontraba completamente borracho en una estación de metro madrileña. Llevaba unos auriculares y el «Whole Lotta Love» de los Led Zeppelin a todo volumen. Se había pasado toda la noche haciendo un repaso de los temas rockeros más «románticos» y pimplando bourbon sin cesar: «I was made for loving you» de Kiss, «I Love Rock n´ Roll» de The Arrows, «Is this love?» de Whitesnake u «Only my heart talkin´» del veterano Alice Cooper. Había considerado que sería su particular y postrero homenaje a la vida y al amor.

Los padres de Maribel Salgado dormían después de haber disfrutado de una velada tranquila y despreocupada, yéndose a la cama con la certeza de que su hija se había equivocado de nuevo.

Y en la cámara de seguridad de la nave donde se celebraba la Bienal de París se encontraban Junco, su madre y su novia, el vigilante —que o bien había entrado en razón finalmente o no deseaba pasar la Nochebuena deambulando en solitario por la

galería—, Maribel y León Poiccard. Habían cenado a base de café, cortesía del equipo de vigilancia, y unas galletas rancias.

Sin que nadie se explicase la causa, de repente comenzó a sonar de fondo el «Corpus Christi Carol» de Jeff Buckley. La música procedía de una de las salas de exposición. El tipo de seguridad aseguró que formaba parte del material empleado durante una *performance*. Salvo que, en aquella ocasión, no había ningún espectador.

Para más información:

www.comomeconvertienunescritormillonario.com

Twitter: @gabrirodenas

Facebook: Gabri Ródenas

eMail: uncafecongabri@gmail.com

Gabri Ródenas no utiliza *Community Manager* y contesta personalmente a cada mensaje, lo que puede ocasionar algunos retrasos. Ruega que tengan paciencia y sepan disculparle.